JOSE INSUA

CRISTINA

(NOVELA)





BUENOS AIRES
Imprenta Rodriguez Giles - Calle Sarmiento 1172
1918

I

Cristina Irala daba lecciones de piano. Poco después de terminados sus estudios de profesora en el conservatorio, la muerte de su padre la puso en la necesidad de trabajar para atender a su subsistencia, a la de su madre y a la de su hermano Alfredo, que sólo contaba diez años. Cristina no se imaginó nunca tener que utilizar tan pronto el diploma que había obtenido, porque nunca pensó que su padre pudiera morir tan prematuramente.

Criada con toda delicadeza, la vida no le había ofrecido hasta entonces más preocupaciones que las de cumplir sus tareas escolares, primero, y las del conservatorio más tarde; y había tenido para ella todas las alegrías que concede a la niñez y a la juventud, en un hogar donde reina el cariño y el orden, y donde los recursos permiten vivir con comodidad.

Cristina tenía veintidós años cuando murió su padre, y de ésto hacía poco más de dos años. Pero delgada, de mediana estatura y con una cara fresca, más de niña que de joven, representaba a lo sumo diez y nueve.

Era una tarde de julio y una lluvia fina y persistente caía sobre Buenos Aires. El viento sudeste soplaba con bastante velocidad empujando unas tras otras las nubes bajas, por encima de las cuales una capa plomiza llenaba todo el horizonte. Una ligera ne-

blina envolvía la ciudad haciendo más brumosa la lluvia, y rigor de invierno, el frío se dejaba sentir intensamente. Hacía dos días que reinaba lo que los viejos llaman "temporal del río".

Cristina, en el comedor de su casa, leía un libro de teoría de la música y de rato en rato levantaba la vista para ver si calmaba la lluvia; cerca de ella su hermano se ocupaba en resolver un problema que le habían dado en la escuela, mientras su madre en el dormitorio contiguo, cosía en la máquina. Cuando el reloj, que pendía de la pared, dió las dos, Cristina cerró el libro, se calzó los guantes, tomó el paraguas y llamó a su madre. Su hermano la miró extrañado.

—Te decides a salir con este tiempo... — exclamó la madre al entrar.

—Sí, mamá; he quedado de ir hoy, y no sé cómo lo tomarían si faltara. Debemos asegurar esa lección.

—Entonces, que vaya Alfredo a buscar un automóvil.

Y sin esperar respuesta, la señora de Irala, mandó a aquél que lo trajera.

—Podía evitarse ese gasto, mamá; el tranvía no me deja lejos, y no podemos hacer desembolsos extraordinarios.

—Es indispensable. Llegarías con los pies mojados y ese no sería estado de presentarte, ni convendría a tu salud.

Alfredo no tardó en llegar con el automóvil y Cristina salió en seguida. Su madre la acompañó hasta la puerta de la calle, recomendándole que no se mojara al regresar, y haciendo votos por que le fuera muy bien. Y la vió partir no sin cierta tristeza.

La viuda de Irala había pasado por grandes angustias después de la muerte de su marido. Este, Juan Irala, un español nacido en la ciudad de San Sebastián, era profesor de gramática y literatura en uno de los colegios de segunda enseñanza de la Capital, y formaba parte de la redacción de uno de los diarios de la mañana. Con lo que ganaba, pudo sostener su familia en buenas condiciones; pero sin que le quedara margen para hacer economías. Algunas empresas literarias que había acometido, no le dieron resultado; y tuvo que concretarse a vivir del sueldo que percibía como profesor y de lo que le pagaban en el diario en que escribía. Así, pues, cuando a los cuarenta y siete años le sorprendió la muerte, en forma realmente inesperada, la familia se vió sin ninguna clase de recursos.

Apenas terminadas las visitas de duelo, que estaban obligadas a recibir, la señora de Irala y su hija tuvieron que preocuparse de la manera en que podrían obtener los medios de subsistencia de que la muerte de Irala las privaba.

El matrimonio no había tenido más que aquellos dos hijos, Cristina y Alfredo. Felizmente, Cristina, poseía ya el título de prosefora de piano, y se dispuso a dar lecciones. Era también lo único a que, por de pronto, se podía recurrir, pues la señora de Irala, cuyos padres habían tenido fortuna, fué criada en esa despreocupación de las personas ricas que ni remotamente presumen verse en la necesidad de tener que trabajar para vivir.

Instantes después de haber salido Cristina, la lluvia empezó a arreciar, barriendo las calles, y azotan-

do cuanto encontraba a su paso con la violencia que le imprimía el fuerte viento. Los transeuntes, aun los enfundados en sus impermeables, se habían refugiado al abrigo de los balcones, de las puertas de las casas y hasta de los zaguanes, a la espera de que amainara la tormenta. Y Cristina, arrinconada en el asiento del automóvil, viendo a través del vidrio de la ventanilla la intensidad de la lluvia, cuyo ruido se confundía con el crepitar del motor, pensaba que quizá su madre había tenido razón al expresarle que sería más prudente aplazar la lección para otro día. Pero sus recursos eran tan limitados y tenía ella tal afán por mejorar la situación por que pasaban, que extremaba su celo en ser cumplida y en ensanchar sus tareas, para aumentar las entradas. Y era aquella la primera lección que iba a dar en la casa de Acosta, por lo que consideraba oportuno entrar sin demora en "posesión de su cargo". Se habían visto tan mal después del fallecimiento de su padre, que temblaba solamente al recordarlo. Siquiera ahora podían vivir.

De un recuerdo a otro. Cristina vió aparecer, confundiéndose y mezclándose sin ilación, los pasajes más salientes de su vida. Sus abuelitos, los padres de su madre, tenían un establecimiento de campo en el sur de la Provincia de Buenos Aires; ella había estado allí, cuando era aún muy pequeña, durante una temporada en que sus padres fueron a veranear; y su abuelito la había llevado a caballo, recorriendo un trecho que a ella le pareció muy largo, en un tiempo que supuso muy corto. Tenían también los abuelos una gran casa en la ciudad, y coche particular en el que, a veces, la llevaban a Palermo. La fortuna fué

desapareciendo, ahora sabía cómo: gastos excesivos en relación a los beneficios que daba anualmente la estancia; compra de campos improductivos en las provincias, para especular con la valorización, hipotecando el establecimiento que producía, para pagar el precio de aquellos campos: una epidemía que se llevó una buena parte de los ganados; las ejecuciones por falta de cumplimiento de los compromisos; la liquidación final de la que no quedó nada; y al poco tiempo la muerte, uno tras otro, de los abuelos, llevados quizá por la pena. Tenía entonces ella doce años y estaba en el "Sagrado Corazón", muy adelantada en sus estudios. Su padre la hizo entrar en seguida en el conservatorio para que cursara la música más preceptivamente y se diplomara de profesora. Y Cristina no se daba cuenta cómo habían pasado tan brevemente los años compartidos entre el colegio y el conservatorio. Recordaba las grandes ilusiones que su padre se hacía con varios trabajos literarios en que estaba empeñado, y que le dieron muy escaso resultado y con la publicación de una revista, en sociedad con algunos amigos, la cual les ocasionó pérdidas. Al último había emprendido una obra que él llamaba de aliento sobre la historia crítica de las instituciones jurídicas de España en América, cuyos elementos estaba acopiando cuando le sorprendió la muerte. Desde su cuna había vivido ella en un ambiente espiritual, de distinción y de orden. La muerte de su padre, tan inesperada, fué como una verdadera catástrofe, de la cual sólo se salvó el espíritu de delicadeza que había reinado en el hogar. Frente a frente de la necesidad, su madre, hija única y mima-

da de los abuelos, sin ninguna preparación especial para crearse medios de vida y sin parientes que pudieran ayudarla, siquiera en los primeros momentos, sintió toda la angustia de las circunstancias, apenándola más que todo, que ella tuviera que dedicarse tan joven a procurar con sus lecciones los recursos para todos. Pero a ella esto nada le hacía sufrir, sintiendo al contrario una íntima satisfacción de estar en condiciones de poder hacerlo. Plegada a su madre por un cariño filial completo y por la armonía del modo de ser de ambas, con su hermano todavía pequeño y dócil, fué ella la primera en cobrar ánimo y en confortar a su madre. Se reducirían a una vida tan modesta como fuera necesario y vivirían así tranquilas. La serenidad volvió poco a poco a los espíritus, fortalecida por el optimismo con que ella apreciaba los resultados de la tarea que iba a emprender. Sin embargo éstos no respondieron sino muy limitadamente a sus esfuerzos. Por influencia de las amigas de su madre consiguió pronto dictar la clase de música en una de las escuelas primarias del Estado, pero el sueldo no alcanzaba a cubrir sino una parte de los gastos, y las lecciones particulares no se obtenían, pues sus relaciones ya contaban con buenas profesoras. Hubo que mudarse a aquella casita de la calle Urquiza en que ahora vivían, y vender los muebles que allí no eran necesarios y cuyo producto les hacía falta; paulatinamente se fueron empeñando varias de las alhajas de su madre, sin mayor esperanza de recuperarlas: recuerdos de familia, obsequios de cuando se había casado. Se salía del apuro, pero quedaba la incógnita del porvenir. En medio de todo, su madre fué adqui-

riendo ánimo, como si las dificultades despertaran su energía, y ella se sintió así más fuerte para la lucha. Consiguióse al fin una lección particular, más tarde otra y ahora, contando con la que iba a inaugurar aquella tarde, ya tenía cinco. Con todo, los recursos no eran abundantes y había que cuidar mucho de conservar las lecciones.

Sumida en estos pensamientos, Cristina, indiferente a la lluvia y a cuanto existía fuera del automóvil, no se dió cuenta de que éste llegaba ya a la casa de sus discípulas, en la calle Callao, más allá de Santa Fe. Cuando se paró, tuvo que cerciorarse de que efectivamente habían llegado. Le parecía imposible, que en lo que para ella fué como un momento, hubiera hecho todo el recorrido. Frente a la puerta había un automóvil particular. Cristina se bajó, evitando en lo posible la lluvia con su paraguas, y con paso breve y acelerado, casi con precipitación, penetró por la ancha portada de la casa, viendo en la escalinata que daba acceso al "hall" un joven que descendía y al que sin duda aguardaba el automóvil que estaba en la puerta.

—¡Señorita! — exclamó éste al verla en aquella actitud de pájaro asustado que busca refugio.

—Soy la profesora de piano de las niñas; vengo a darles la lección — dijo Cristina un tanto sorprendida.

—¡Ah! — exclamó el joven. — Y yo soy el hermano de sus discípulas. Pase usted, señorita.

Y la condujo a la antesala, ordenando al portero que avisara a la madre.

—Ya va a venir mamá, señorita. — Y saludándola, se retiró.

Al poco rato llegó la señora de Acosta muy er-

guida, con ese estiramiento de quien tiene empeño en hacer ver por completo que le corresponde el papel de señora principal.

—No la esperábamos a usted, señorita, con esta tarde... No había necesidad de que usted se molestara y expusiera a mojarse.

—He venido en automóvil, señora — respondió Cristina.

—Podía usted haberse evitado ese gasto. Lo mismo era otro día.

—Como quedé en venir hoy, y me gusta tanto cumplir...

Cristina se sintió bastante mortificada, más que por las palabras de la señora de Acosta por el tono de superioridad y protección con que le hablaba. Ella, por muy rica que fuera, no hubiera enrostrado nunca a otra persona su situación de necesitada; y la madre de sus discípulas pudo muy bien expresarse de otra manera al hablar del gasto del automóvil. Sin embargo, no dejó traslucir esa impresión desagradable.

Cristina conoció por primera vez a sus discípulas en aquella primera lección. Cuando estuvo a ver a la señora de Acosta, con una entusiasta recomendación de la señora del doctor Plot, viejo amigo de su padre y profesor en el mismo colegio en que éste dictara sus asignaturas, las niñas no estaban en casa. Cristina se halló con dos señoritas que debían ser de más edad que ella; que hacía ya algunos años que estudiaban el piano y que habían cambiado con demasiada frecuencia de porfesora. No eran antecedentes como para esperar que ella pudiera conservarse en su puesto. Sus otras discípulas, menores que ella en su mayoría y que

casi todas cursaban los primeros años, la querían y atendían sin dificultad sus indicaciones. Estas, que no habían estado satisfechas con sus maestras anteriores, difícilmente se conformarían con ella. Cristina conocía bien los secretos del piano; poseía una técnica admirable, e interpretaba con verdadero sentimiento artístico especialmente a los autores del norte de Europa. Examinó a sus dos discípulas y vió los defectos de que adolecían, pero tuvo la prudencia de dejar las correcciones para más adelante. Les habló de generalidades sobre la música, de la manera de estudiarla, y de la constancia que se necesita para dominar el piano, todo en tono de simple conversación. Y como sus discípulas le pidieran que tocara ella, ejecutó de memoria los ejercicios que les había señalado para la lección próxima y un nocturno de Chopín. Con esto dió por terminada la lección.

La lluvia continuaba, aunque no con la intensidad de antes. La señora de Acosta, sin abandonar su estiramiento, no permitió que Cristina se fuera a tomar el tranvía. Habló por teléfono con su hijo que estaba en el Club, para que enviara el automóvil, el cual después de llevar a Cristina, iría de nuevo a esperarlo. Y ésta pudo, así cómodamente, trasladarse de nuevo a su casa.

No bien Cristina se despidió, Marcela y Julia, sus discípulas, cambiaron entre sí una mirada interrogativa.

—¿Qué te parece? — preguntó en seguida la primera.

—Es amable y toca muy bien... ¡y tan joven! — respondió Julia.

—Mejor; así no será tan rezongona e impertinente como las otras.

—Escoba nueva barre bien siempre.

—Bah!.. Ella menos que nadie puede incomodarse con nosotras, porque necesita. Y después de todo, ¿por qué han de empeñarse en tratarnos como alumnas del conservatorio? No parece sino que una estudiara con la mira de poder ganarse la vida.

La madre, al oir esto, hizo un gesto de desaprobación.

—Es necesario estudiar — les dijo. — No van a estar ustedes aprendiendo siempre.

Su tono falto de expresión y de energía, revelaba que la reconvención no tenía otro objeto que el de llenar la fórmula a que, como madre, se consideraba obligada.

—Sería lindo, — dija Marcela, — verla enojada con nosotras: "Le he dicho a usted que la mano debe ponerse así... Ese pasaje debe tocarse más fuerte"... ¡Qué gracioso!

—Ahora me parece, en efecto, demasiado joven — dijo la señora de Acosta.

—Por lo menos tiene poca representación — agregó Julia — porque eso de la edad, no se puede saber.

—Bueno, si no da resultado la cambiaremos.

—Eso no, mamá — observó Marcela. — Para ogro ya hemos tenido bastante con la anterior.

II

No era frecuente que Cristina se engolfara en los recuerdos del pasado, ni que cuando caía en meditaciones como las que tuvo en el automóvil, en aquella tarde lluviosa, arrancara de ellas una nota pesimista respecto de su vida. Aunque de una sensibilidad extremada, poseía un gran espíritu de conformidad, que la ponía a salvo de los decaimientos de ánimo y de las protestas contra el destino. Por otra parte era bastante joven para que las ilusiones fueran a morir en ella al nacer; y así, experimentaba esa renovación constante de esperanzas que, salvo excepciones muy contadas, son propias de quienes entran a la juventud y contemplan una larga vida por delante, para realizar durante su curso los ensueños que alimenta todo corazón no gastado.

Reducido el círculo de las necesidades de la familia y ensanchado el número de sus lecciones, ya no lo pasaban mal, dentro de la vida metódica que llevaban; y su madre se sentía tan adaptada a la nueva situación, que ahora era ella quien la alentaba, haciéndole vislumbrar la perspectiva de una vida mejor, que a su juicio, no podía dejar de ofrecérsele tratándose de una niña de sus méritos. Y Cristina la esperaba, sin verla en forma concreta; dibujándose a sus ojos solamente con los contornos vagos y difusos de su casamien-

to, si llegara a tener novio, y si teniéndolo pudiera casarse, llevando consigo a su madre y a su hermano.

Por lo demás, sus tareas contribuían a distraerla. Daba lecciones dos veces por semana en cada una de las casas particulares en que tenía discípulas, y en esto y en la clase que dictaba en la escuela del Estado, empleaba una buena parte de su tiempo.

En su casa, la vida había tomado esa regularidad metódica que crean las tareas fijas puntualmente atendidas: su madre se ocupaba de los quehaceres internos, ayudada por una muchacha huérfana a la que habían criado; y su hermano Alfredo iba a la escuela. Como la muerte de Irala fué extremadamente sentida por todos ellos, y la situación se tornó doblemente dolorosa por la escasez de recursos, se sintieron más unidos en la desgracia; de manera que en el hogar reinaba esa cohesión que crean los lazos de familia fortalecidos por la comunidad de afectos y la identidad del modo de sentir y de pensar.

La señora de Irala sólo por forzosa necesidad salía de su casa. Más que el retraimiento que la imponía el luto, la ligaba a su encierro la decisión de mantenerse en aquella vida de intimidad con sus hijos, alejada de toda otra cosa. Y así la vida de familia no sólo era íntima, sino concentrada.

Pero sería imposible esperar que en medio de la regularidad a que se había llegado en la marcha de las cosas, no surgiera alguna nota que quebrara su monotonía. Y esa nota vino con ocasión de las lecciones que Cristina daba a sus últimas discípulas, las señoritas de Acosta, lo que trajo a su vida dos preocupaciones: una, la menos grave, tenía su origen en la

falta de contracción al estudio y en el carácter frívolo y un tanto desordenado de sus discípulas; y la otra, de mayor significación, en que Enrique, el hermano de ellas, el mismo con quien se había encontrado cuando fué a dar la primera lección, salía siempre a recibirla, con marcado interés de hablar con ella.

Las señoritas de Acosta, durante las primeras lecciones le hicieron pasar muy malos ratos. Vivían preocupadas con los chismes de sociedad y otras fruslerías; tomaban la música como simple pasatiempo, y lo que es peor, no le hacían mucho caso. En cuanto a Enrique, si bien era respetuoso y atento con ella, se dedicaba, según decían las hermanas, a hacer conquistas. ¿Con qué propósito trataba de trabar relación con ella? La madre de Cristina, aunque estaba con esto también preocupada, la alentaba a tener paciencia, no hallando hasta entonces causa suficiente para dejar las lecciones: sus discípulas adolecían de un defecto que ella suponía muy común en la gente rica; no tenían apuro por perfeccionarse en el piano, porque hacían este estudio sin ninguna finalidad práctica; y en cuanto a Enrique, siendo ella una niña tan juiciosa y de familia respetable, mientras las cosas se mantuvieran en el pie de corrección en que estaban, nada de particular ofrecían.

La de Irala pensaba para sí, que, malgrado la situación en que habían caído, su hija era una niña llena de méritos, y bastante bonita, y que por lo tanto nada de extraño tendría que le gustara realmente a Enrique.

Respecto a las lecciones, Cristina pudo al fin tranquilizarse. Una tarde Marcela, viéndola afligida por

lo mal que había tocado uno de los ejercicios que estudiaba, se puso a reir con entera libertad; y tuteándola le dijo: "No seas tonta, Cristina; si tú no tienes la culpa, y nosotras no estudiamos para ser pianistas".

Cristina habló empero, con la señora de Acosta, manifestándole que de continuar así estaba haciendo un gasto inútil: ella no quería cargar con la responsabilidad. La señora de Acosta le contestó, que, en efecto, sus hijas eran poco contraídas al estudio. "Pero, continúe usted — agregó; — están conformes con usted, les gusta cómo les enseña y siempre harán algunos adelantos".

Y Cristina, alentada por estas palabras, prosiguió en otra forma la tarea. Ya no les enseñaba como profesora, sino como una amiga mejor preparada que procurara ayudarlas a estudiar. Con este nuevo procedimiento, no tuvo más disgustos; conservaba su puesto, y aunque lentamente, obtenía que sus discípulas fueran progresando. No estaba, sin embargo, segura de que el día menos pensado no dieran lugar a cualquiera incidencia, colocándola en la necesidad de retirarse. Y en su casa no sobraban los recursos.

Pero esto no era ya lo que mayormente la preocupaba, sino la actitud persistente de Enrique.

Cristina pudo observar que aquella familia estaba lejos de ser un modelo de buena organización. Y no se equivocaba. Gente rica, con dos establecimientos de campo y varias casas en la Capital, lo que les aseguraba crecidas rentas, sólo se preocupaban de disfrutar de su cuantiosa fortuna. Esta última circunstancia no sería sin duda lo malo si no fuera el desorden que imperaba en el hogar.

El señor Acosta pasaba largas temporadas en sus establecimientos de campo, que dirigía y administraba personalmente. Hombre activo, había aumentado el caudal que él y su mujer heredaran; pero dado a mujeres hasta hacía muy poco, entre éstas y sus ocupaciones, se desentendió más de lo regular de los asuntos de su casa.

La señora si sospechaba de la conducta de su marido, no se lo dió nunca a entender. De poca ilustración, con escasa inteligencia, apenas poseía esa sociabilidad superficial que se adquiere con el trato. Era de carácter calmoso, y estaba poseída de un desmedido empeño en aparentar condiciones de dama principal, lo que le hacía caer en el estiramiento y la afectación. Como esto no era del agrado de Acosta, tenían disidencias, y ella se sentía muy conforme con que él se ocupara de sus negocios y de sus estancias y la dejara a ella manejarse a su gusto.

Las hijas, más inteligentes y vivaces, la dominaban. Como a ella, les gustaba la ostentación. Tenían un gran deseo de casarse, y como consecuencia, un completo afán por exhibirse. No faltaban a ninguna fiesta social que dieran sus amistades, ni al Colón durante la temporada; ni a Palermo, en los días en que concurrían las personas de más rango. La madre era feliz acompañándolas, como era feliz cuando tenía ocasión de saludar a alguna de las damas de abolengo, o cuando se le ofrecía una oportunidad, a su juicio propicia, para hacer uso de sus impertinentes, lo que reputaba de suma elegancia.

A ambas hermanas no les faltaban pretendientes; pero se precavían contra los cazadores de dotes, que

abundaban. Y cuando se daba el caso de hablar con cualquier joven aceptable, con mucho disimulo se lo disputaban.

En cuanto a Enrique, el Club, las aventuras amorosas, algunos galanteos en sociedad; acostarse a la madrugada, levantarse poco antes de almorzar; buenos propósitos de hacer algo útil y una pereza desesperante para llevarlos a la práctica, constituían su vida y su manera de ser.

El desorden que reinaba en aquel hogar, en el que cada cual quería obrar a su voluntad, poco se traslucía al exterior, porque afuera se guardaban las apariencias, y adentro, como se gastaba sin tasa, la servidumbre cuidaba de que ninguna cosa apareciera fuera de quicio.

A mediados del mes de agosto, Julia cumplía años, y con ese motivo la señora de Acosta resolvió efectuar en su casa una gran reunión social. Otros años esos aniversarios se celebraban con una fiesta íntima, a la que concurrían las personas más allegadas a la familia. Pero esta vez la señora de Acosta, aguijoneada por sus hijas y por el prurito de hacerse notar, quiso darle las proporciones posibles. El marido, a quien se escribió a la estancia, se opuso a que se saliera de lo usual; y como ni los ruegos de sus hijas lograron hacerlo consentir, hubo que formular un programa que conciliara la voluntad de aquél con los deseos del resto de la familia. Se pidió a Cristina que concurriera a ejecutar algunas piezas en el piano: con eso se suplía la orquesta que se pensaba llevar, y como se trataba de la profesora, Acosta nada podría decir. Entre las niñas amigas, había algunas que estu-

diaban canto: no se rehusarían a cantar algunas romanzas. La señora de Acosta se consideraba en libertad de hacer las invitaciones a su gusto, y Enrique se cuidaría de que no faltaran los jóvenes. Con esto y un buen servicio de confitería, la fiesta tomaba proporciones por sí misma, sin salirse de lo usual. Cristina no pudo excusarse, dada su necesidad de trabajar, aunque su ánimo no estuviera todavía para contemplar fiestas, ni hallara muy adecuado a sus antecedentes el papel que suponía se le asignaba.

La recepción era a las dos de la tarde y Cristina llegó puntualmente. No había ningún invitado y sus discípulas se hallaban en el tocador dándose los últimos arreglos. Enrique, que estaba al acecho de su llegada, salió a recibirla, y después que ella se sacó el sombrero y el abrigo, la hizo pasar a la sala. Cristina no sabía bien el lugar que debía ocupar en la reunión, y en la duda, haciendo absoluta abstracción de su persona, se sentó en el taburete del piano.

—¿Va usted a tocar ya?—le preguntó Enrique.— Creo que no hay aún quien la escuche, porque yo no me atrevería a solicitar de usted tal molestia.

—¿Le gusta a usted la música?

—Mucho, si es música buena, y está bien ejecutada. No falto al Colón.

—Entonces poco podría interesarle lo que yo tocara.

—Eso no; las cosas que agradan no cansan nunca, y usted toca bien.

—Apenas regular; el piano es difícil dominarlo bien, y estoy muy conforme con haber aprendido lo suficiente para poder enseñar... así... elementalmente.

—Yo le hallo mejores condiciones que las que usted quiere atribuirse. Toca usted con mucho sentimiento. La he oído con atención y agradezco a mis hermanas que en las lecciones le hagan tocar. Tengo por usted y por su música una extremada simpatía.

En ese momento llegaron la señora de Acosta y sus hijas, y se cortó el diálogo con grán contento de Cristina, porque le parecía impropio el giro que le quería dar Enrique.

Poco después entró Acosta, y Cristina fué presentada a él. Era un hombre franco, sencillo y correcto, que al verla de pie al lado del taburete le dijo que mientras no tocara debía ocupar uno de los asientos de la sala. Cristina le dió las gracias y se sentó en el sillón que estaba al lado del piano.

—Tan jovencita y ya profesora de piano y trabajando—le dijo con toda familiaridad.—Ese es un mérito, un gran mérito.

—Yo lo hago con mucho gusto, señor.

—Su papá no me era desconocido de nombre. Los que escriben tienen esa ventaja de hacerse conocer.

Empezaron a llegar los invitados y muy pronto hubo en la sala un regular número de señoras con sus hijas, y media docena de jóvenes amigos de Enrique. Toda era gente adinerada y de apellidos muy en boga en las crónicas sociales de los diarios. No se estilaba que a las reuniones de la tarde fueran las señoras con sus maridos, y aunque a veces algunos las acompañaban, no ocurrió tal cosa en esa ocasión. Acosta había criticado siempre esta moda o costumbre que él consideraba pésima, reñida con los principios más elementales de sociabilidad, y perjudicial, porque des-

arrollaba la frivolidad de las damas, cuyas conversaciones giraban alrededor de nimiedades: vestidos, joyas, chismes mundanos, la temporada de Mar del Plata, la del Colón... todo sin fondo alguno o con un fondo trivial y a veces maligno, que acusaba una vaciedad espantosa, cuando no malos sentimientos. Y las niñas se educaban en este mal ejemplo, mientras los jóvenes nada podían aprender de la vieja galantería, del fino trato de otros tiempos. Unos no salían de su timidez; otros caían en el desparpajo; algunos preponderaban en las reuniones, halagados por las damas y mirados como seres especiales por las niñas. Pero Acosta nada había hecho porque fuera a la reunión alguno de sus amigos, cuyas familias se hallaban en ella. Llegado del campo el día anterior y desentendido como estaba de la organización interna de su casa, su mujer lo hacía todo. Algunas señoras, de nueva relación de ésta, las trataba aquella tarde por primera vez.

La sala era muy amplia, un **petit** salón. Las amigas de Marcela y Julia habían formado grupo con cada una de éstas, y conversaban con los jóvenes. Enrique, que estaba esa tarde ocurrente y bromista, iba de un grupo a otro y salpicaba la conversación con algún chiste, fuera o no oportuno; pero que servía para provocar la risa, con lo cual los jóvenes se sentían más animados para hablar. La señora de Acosta no cabía en sí de contenta al ver el éxito de la reunión. Vestida con un rico traje que estrenaba ese día, acicalada con el auxilio de sus hijas y de la peinadora, ella misma se creía otra. Y como sólo gastaba humos de superioridad con las personas que consideraba in-

feriores a ella, no hacía del todo mal los honores de la casa. Por lo demás no se cansaba de decir que se trataba de una reunión íntima, casi familiar, porque a Acosta le agradaba más así, y para ella era también la mejor manera de festejar el cumpleaños de su hija. Acosta, aunque acostumbrado al trato de las señoras, no veía que fuera muy necesaria su presencia allí, tanto más cuanto que su mujer había tomado como tema de conservación, primero, la moda y luego la pasada temporada de Mar del Plata. Estaba, por otra parte, interiormente contrariado por el tono de exagerada ponderación con que su mujer solía calificar cualquier hecho social que a su juicio se descartara. "Tan aristocráticas las reuniones del Brístol, no?" Esta y las frases análogas le "reventaban" a Acosta.

Cristina contemplaba desde su asiento, al lado del piano, todo lo que ocurría, deseando le hicieran desempeñar pronto su programa para poder irse. En su casa había habido reuniones parecidas, por su cumpleaños, aunque menos numerosas y con personas sin ostentación. Y pensaba que seguramente el ambiente era en ellas de mayor sinceridad. A pesar suyo sentía un dejo amargo, al verse relegada a su papel de pianista.

Al fin una de las niñas, la señorita de Ramírez, iba a cantar, y Cristina se había sentado ya en el taburete para acompañarla en el piano, cuando llegó la señora Justa Larrea de Ortiz con sus dos hijas, discípulas también de Cristina. Esta sabía que las de Acosta y Ortiz se conocían, pero ignoraba se visitaran. La familia de Ortiz, quizá menos rica que la de Acosta, figuraba entre las más distinguídas de Buenos Aires por su tradición, su elevación moral y la delicadeza

y finura de su trato. Su amistad con la de Acosta era reciente, pues se había iniciado en la última temporada de Mar del Plata; y dió lugar a ella un servicio que Acosta prestara a Ortiz en años anteriores. Este tenía su establecimiento de campo próximo a uno de los de aquél y en un período de sequía en que el campo de Acosta estaba con poca hacienda y el de Ortiz demasiado recargado, aquél se lo facilitó para que echara una parte de los animales. Ortiz le pagó el pastoreo y el hecho en sí mismo tenía poco de particular; pero Acosta se mostró tan desinteresado, tan franco y llano al tratar el asunto y puso tal interés personal en que Ortiz saliera de la mala situación en que el tiempo lo colocaba, que éste consideró el hecho como un verdadero servicio, y le quedó agradecido. En la pasada temporada, Acosta no había acompañado a su familia a Mar del Plata, y su señora, libre de reatos y ganosa de vincularse a las familias de mayor significación, buscó el trato con la de Ortiz, lo que no le fué difícil, pues estaban en el mismo hotel.

Ortiz, en la primer conversación que tuvo con ella, al saber quién era, le dijo espontáneamente: "Pero si yo soy amigo de su marido; tenemos cerca las estancias y me prestó un buen servicio con su campo, en una época de seca". Esto fué lo suficiente para que la de Acosta viera abierto el camino para estrechar la amistad con la de Ortiz. Ya en Buenos Aires, se visitaron recíprocamente, pero una sola vez, de parte de la de Ortiz, pues en lo sucesivo ésta se limitaba a dejar su tarjeta en los días de recibo de las de Acosta. Pero para aquella reunión, la de Acosta, de acuerdo con sus hijas, le hizo una invitación especial, en la que le de-

cía "que esperaba no la desairara, rehusándole su honrosa presencia personal".

La llegada de la señora de Ortiz produjo en la de Acosta un delirio de satisfacción. La presentó con cierto énfasis a aquellas de sus amigas que no la conocían, y la hizo sentar a su lado. Enrique se encargó de presentar a las hijas, y éstas, al notar que Cristina se hallaba allí, la saludaron con la mayor afabilidad, y fueron a avisarle a la madre. La señora de Ortiz pidiendo permiso a la dueña de casa, la llamó con la mano.

—¿Ha venido usted a amenizar la fiesta, verdad? — le dijo cariñosamente después que se saludaron. — ¿Su mamá y su hermanito están bien?

—Bien, señora, gracias.

Cristina fué a ocupar su lugar, confortada por la amabilidad de que había sido objeto. Se le ensanchó el corazón ante la actitud casi maternal de la señora de Ortiz y hasta se despertó en ella un verdadero entusiasmo por realizar en la reunión su parte musical lo más brillantemente que le fuera posible.

—Es una niña muy fina e inteligente—dijo la de Ortiz a la de Acosta—y tiene el mérito de trabajar con todo empeño para ella y los suyos, no obstante su posición anterior. Mis "chicas" la quieren mucho.

Cantó la señorita de Ramírez, con bastante buena voz y entonación, el "racconto de Mimí"; tocó Cristina una "berceuse" de Chopin, poniendo toda la ternura de su alma en la interpretación de aquella música arrulladora y sentimental. A pedido de todos, Ester, la mayor de las de Ortiz, cantó a su vez la "Salve de Amor" de Tannhauser y algunos aires naciona-

les, y después de una pieza de concierto que ejecutó Cristina, se pasó al comedor, donde se servía el lunch.

Cristina fué ponderada y felicitada por lo bien que tocaba y por lo bien que había acompañado a las niñas .que cantaron; felicitaciones que se debían a la manera auspiciosa que con ella observó la de Ortiz y sus hijas, pues aunque tocaba bien, sin aquella distinción de que fué objeto de parte de señora tan principal, ningún pláceme habría recibido. Pero de todos modos. Cristina estaba contenta y satisfecha, habiéndose disipado de su espíritu la sombra amarga que quería envolverla al principio. Le parecía que no estaba ya aislada: la señora de Ortiz y sus hijas, con su simple presencia, la acompañaban. Cuando ya nadie quedaba en la sala, se acercó a una de las ventanas y corriendo el visillo se puso a mirar a través del vidrio. Sólo podía ver los edificios de enfrente y el cielo, de un azul obscuro, en el declinar de la corta tarde invernal. ¡Qué diferencia notable, pensaba, entre la familia de Acosta y la de Ortiz! La una, desviviéndose por sobresalir y por imponer a los demás una superioridad que no tenía más fundamento que el dinero, mientras la otra no mezquinaba nunca una palabra amable para quienes la merecieran, cualesquiera que fuera su posición. Acosta parecía ser también amable.

En el comedor corría el champan y se hacía honor a los emparedados y las confituras, en medio de una conversación animada y bulliciosa. La señora de Acosta, que había puesto a su derecha a la de Ortiz, estaba encantada. Al día siguiente los diarios se ocuparían de la fiesta, le darían contornos de un suceso sobresaliente, publicarían la lista de las señoras y ni-

ñas que habían concurrido, todas de apellidos en boga, y más de una de sus amigas se mordería de envidia. Y si no, ahí estaba la de Ortiz, para realzar por sí sola la reunión con lo mucho que valía y figuraba. Ya Rodríguez, el cronista amigo de Enrique, que también estaba allí, se encargaría de que la nota social apareciese en su diario y en los demás, en lugar preferente y con todas las ponderaciones y detalles del caso.

Acosta notaba la satisfacción de su mujer, y no le hubiera disgustado si no conociera el espíritu de superficialidad a que respondía. Entre las señoras había algunas que eran de antigua amistad de la casa y conversando con ellas de tiempos pasados, entretuvo buenamente el rato haciendo a veces que la conversación se genralizara, con mejor tino que su mujer que, aunque atendía a todas sus amigas, se particularizaba con la de Ortiz. Esta le había dirigido a él la palabra con cierta insistencia, especialmente para hablar de las costumbres de otras épocas, y Acosta, al ver la naturalidad con que ella conversaba, se convencía una vez más de que ningún empeño necesita poner en distinguirse quien lleva la distinción en sí mismo.

Las niñas querían bailar, "aunque no fuera más que dar dos vueltitas" y ellas y los jóvenes pidieron a la dueña de casa que lo permitiera. Esta alegó que ya se iba haciendo tarde, pero accedió sin ningún esfuerzo. Acosta se acordó entonces de Cristina y se fué a traerla. ¿Cómo se habían olvidado todos de ella? ¿Por qué se la trataba en su casa como a cualquier músico a quien se paga para que toque? Todos los de la familia, en su afán de sobreponerse, empequeñecían a ese extremo el carácter de la reunión, lastimando ade-

más a aquella delicada criatura. Acosta sabía por su mujer quién era Cristina, y apreciando con recto sentido la forma en que se había criado y sus buenas condiciones, no veía por qué se la trataba con tal displicencia. Y esto aumentó su disgusto.

—Pero, señorita Cristina — le dijo con sincero interés al entrar en la sala—¿por qué se quedó usted aquí? ¿por qué no pasó al comedor?

—Gracias, señor;—le contestó ella dándose vuelta hacia él, pues se hallaba aún mirando detrás de la ventana — no acostumbro a tomar nada a estas horas.

—Venga usted....

—Muchas gracias, señor; muchas gracias. Voy a tocar más bien alguna pieza.

En el semblante de Acosta se mostró toda la contrariedad de que ya estaba poseído, y que la excusa de Cristina vino a completar, no obstante haberle contestado ella con toda suavidad y hasta con una ligera sonrisa.

Acosta era hombre de músculos fuertes, y cuando se irritaba tenía una mirada enérgica, y ponía un ceño tan adusto, que inspiraba temor. Cristina, creyendo haberle desagradado con su respuesta, se apresuró a decirle casi afligida:

—Oh, señor Acosta, no se contraríe usted. Si usted lo desea iré.

—No... no...—dijo Acosta casi trémulo—no es con usted... Pero me agradaría mucho que usted viniera...

Pasaron al comedor, y como Acosta la llevó hasta su asiento, se le hizo lugar a su lado. La señora y sus

hijas procuraron que la conversación no se interrumpiera a fin de restar importancia a la escena muda que acababa de producirse. El tema del baile fué traído de nuevo por los jóvenes y la señora de Ortiz creyó prudente poner una nota conciliatoria entre los deseos de aquellos y la actitud de Acosta.

—Cristina—dijo—va a ser tan amable que tocará algunas piezas para que bailen los "muchachos".

—Con mucho gusto, señora — respondió aquélla.

Los jóvenes salieron al vestíbulo a fumar y las señoras y las niñas pasaron poco después a la sala. Acosta se quedó en el comedor, pues él deseaba también encender un cigarro.

En el vestíbulo, Enrique y sus amigos iniciaron entre risotadas una conversación sobre mujeres. Acosta se colocó de modo de poder oirlos.

—No seas tonto;—decía Enrique—con tus escrúpulos vas a estar haciendo siempre el papel de "pavo" y las mujeres se reirán de tí.

—No me importa. Sobra dónde pasar el rato sin necesidad de hacer desgraciada a ninguna mujer— contestó el aludido.

Acosta no distinguía sino la voz de su hijo, y hubo de escuchar el diálogo sin poder fijar a quién de los otros jóvenes pertenecían las palabras.

—Rodríguez es predicador de moral—dijo otro— tiene la conciencia de una monjita.

—¡Ché! No permitas que te digan eso. Mira que te va a quedar el nombre.

—Y es apropiado... ¡No hay que hablar de conquistas...! ¡A "Monjita" no le gusta...!

Aquí una carcajada.

—Bueno; no te enojes; es todo en broma. Ya sabemos que te gustan las francesas...

—Como que anduvo con la rubia cerca de un año.

—No me gusta que me motejen—les contestó Rodríguez.—Es un mal sistema ese de poner nombres; y cada cual es como es.

—Y se divierte a su modo. No vengas ahora a hacerte el santo, porque estás de novio.

—No lo pretendo; he dicho que para divertirse no hay necesidad de perder a ninguna "muchacha" honrada y agregaré también que no hay necesidad de tirar la vida por la ventana.

—¡Esa es una frase...! Un aplauso para el literato. Pero en realidad, muchachos, ¡qué ricura es la pianis...ta!

—Es preciosa y muy simpática; con ese cuerpito flexible, esa cara dulce y la expresión de sus ojos...

—Esa sí que ni Enrique se la pesca.

—¡Quién sabe! Es cuestión de tiempo y de tino.

—Ya sabéis mi sistema — dijo Enrique. — A las "cocots" las domino con dinero; a las del pueblo con mi posición y mi nombre; y a las de la clase de Cristina con una seducción refinada y... palabra de casamiento; ¿qué te parece, Rodríguez?

Este se encogió de hombros con un gesto de indiferencia. Estaba de novio con la mayor de las Ortiz, sabía que la madre y las hijas tenían mucho aprecio por Cristina, y debido a ésto y a su modo de pensar le molestaba se ocuparan de ella en aquella forma.

La conversación no pudo seguir. Sonó el piano y había que pasar a la sala. Acosta continuó en el come-

dor. Lo que acababa de oir le hizo caer en meditaciones que ya había tenido más de una vez. En verdad—pensaba ahora de nuevo—tenía poca suerte con su hijo. Nunca pudo conseguir que trabajara, que se dedicara a algo útil fuera en lo que fuese. No se preocupaba sino de pasar la gran vida, andar tras de las mujeres, divertirse en francachelas; aprovechar, según él decía, de la juventud; para eso sus padres eran ricos. Y siendo él así, parecidos debían de ser sus amigos. Esos eran los "hombres" que traía a su casa para que pudieran encontrar novio sus hermanas. Salvo Rodríguez que parecía el más serio de todos, los demás no valían para nada. En el campo merecían estar curando la sarna de las ovejas; siquiera serían de algun provecho. Pero ni para eso servían. El más infeliz de sus peones valía más que ellos. El no era un santo. A rigor de pulcritud, también él tenía que reprocharse. Pero había llevado una vida activa, había atendido sus intereses y aumentado su fortuna; se había movido sin pereza y se movía lo mismo ahora; había disfrutado de su posición, y había gastado dinero, pero sin tirarlo; mientras que esos zánganos no pensaban más que en divertirse. Y si se les decía algo, todavía se atufaban y murmuraban por atrás, cuando no le decían a la madre: son cosas del "viejo", ridiculeces del "viejo" hombre de otra época. Y su mujer, empeñada ahora en pertenecer a la "aristocracia", blanda y mimosa con el hijo, lo apoyaba: "déjalo que se divierta; está en la edad, es propio de la gente bien: vale más que lo haga ahora que de viejo". Y así, perdido el sentido de la medida, marchaban las cosas fuera de todo límite. Y como ella tenía sus bienes y ren-

tas propias, como podía decir que gastaba de lo suyo, el mal no tenía remedio. Admitía que su hijo no quisiera ir al campo a vigilar y enterarse del manejo de los establecimientos, si eso no le gustaba... ¿Pero no podía haber estudiado, seguido una carrera, dedicarse siquiera ahora a cualquier tarea intelectual, tomando con alguna seriedad la vida? ¿No lo hacían otros hijos de padres tan ricos? Verdad que eran pocos. Las aspiraciones, el empeño de adelantar, procedía por lo general de los que contaban con limitados o escasos medios. Los tiempos habían cambiado. Durante los primeros años de su matrimonio, su hogar era tranquilo, desenvolviéndose en ese ambiente de la gente acomodada, que nada mezquina dentro de su posición, pero que nada tira en crearse un mal entendido rango. Después todo fué cambiando. Las "chicas" se criaron: era necesario no sólo hacerlas ver, sino demostrar que son ricas herederas y pertenecen al gran mundo; se hacía forzoso construir un palacete, echando abajo la amplia y buena casa que tenían, porque cualquier "gallego o napolitano", que había venido al país y se había enriquecido, tenía su familia en petit-hotel; había que usar lacayo de librea para que abriera y cerrara la puerta del automóvil, comprar valiosas alhajas, emplear un capital en nuevo moblaje... hacer una vida de lujo y fausto en que la ostentación les diferenciara de la gente de menor rango... Y siquiera todo ello parara ahí, y vivieran con esa elevada sencillez de las personas de verdadero valer y que tan propio sería de la forma en que él y ella se habían criado; pero no, a su mujer y a sus hijas les había entrado la chifladura de los blasones y hasta rebuscaban en los

libros los hombres ilustres de su mismo apellido, pensando que bien podrían descender de ellos. "Papá, según la gramática, Giménez, el apellido de mamá, es patronímico; se deriva de Gimeno; quiere decir hijo de Gimeno. En España hubo un conde don Gimeno, que ganó muchas batallas a los árabes; quién sabe si no es nuestro ascendiente. Papá, en el diccionario bibliográfico hemos encontrado un Acosta que era escritor y se distinguió en la guerra de Flandes".... Era como para reventar! En parte él había tenido la culpa. Cediendo hoy un poco, otro poco después, por no darse desagrados, dejó hacer, y ahí estaba el resultado. Y quizá no hubiera logrado nada; todos eran bastante respetuosos por delante: sabían que tenía malos enojos; pero al fin por detrás, dirían: cosas del "viejo", ridiculeces del "viejo". ¡Y ahora Enrique, atreviéndose a querer seducir a aquella tierna criatura a quien la muerte de su padre había puesto en la necesidad de trabajar digna y honestamente para vivir! ¡Y quería aprovecharse de que venía a su casa! ¡Ah, no caramba! (Acosta usó una interjeción más fuerte). ¡Eso sí que no lo toleraré!

Desde el primer momento Cristina mereció toda la consideración de Acosta. La veía tan joven, tan sensible, y le conmovía de tal modo su situación de orfandad, que la consideró digna de la mayor protección.

Como él lo dijera, Acosta no había sido un santo. En otro tiempo, no hacía aún mucho, tuvo una querida, mujer mundana de alto copete en su género: él rico, ella joven con todas las artes de la seducción, hizo ella lo posible por enamorarlo a fin de sacarle dinero. Acosta llegó a quererla y aunque no desatendió

sus intereses, ni dejó de cuidar de que su familia nada supiera, el cariño por ella lo dominaba. Le había puesto casa y la visitaba todos los días cuando estaba en la capital. Entonces pasaba menos tiempo en el campo; pero hacía frecuentes viajes que Margot, la querida, aprovechaba para divertirse con un número de jóvenes de su relación a expensa de su protector, como ella denominaba a Acosta. Una noche organizó una comida en la casa, y ya puesta la mesa para seis personas, se presentó Acosta de improviso. Quiso explicar ella que se trataba de una comida entre amigas. "Comeré con ellas—contestó Acosta—y nos divertiremos mejor". Empezó a sonar el timbre: eran los convidados que llegaban y a los cuales la sirvienta se encargaba de hacer saber lo que ocurría encomendándoles enteraran a los demás. La fámula aleccionada de antemano y ducha ya en tales percances, explicaba muy satisfactoriamente las llamadas: "Señora, manda aviso la modista de que puede ir a probarse el traje que se mandó arreglar"... "Era, señora, un empleado de Revoretto, que venía a ver cómo quiere arreglar la lámpara del comedor. Le he dicho que la señora está ocupada"... Acosta tragaba saliva, pero quería llegar hasta el fin. ¿No han mandado algún aviso las personas invitadas?—preguntó Margot a la sirvienta, cuando ésta vino a dar razón del último llamado.—"Ah, sí señora: de la señorita Divet y de la señora..."—"Basta de farsas—bramó Acosta—hemos terminado". Rogó Margot, quiso prodigarle sus mejores caricias: él la rechazó furioso. Los celos lo devoraban, pero lo devoraba aún más la idea del ridículo porque se le había estado haciendo pasar.—"Te armaré un escándalo con

tu familia; tengo bastantes cartas tuyas—le dijo Margot, amenazadora y rabiosa.—El, apretándole el brazo con su mano de hierro, crispados los nervios y con una mirada torva de loco, la sacudió, haciéndola temblar de miedo y de dolor. "Puedes hacerlo"—le dijo soltándola y mirándola con desprecio.—Pero ten la seguridad de que te voy a quebrar los huesos y te voy a dejar la cara que ningún hombre va a poder mirarte. "Puedes hacerlo". Y sin decir otra palabra se retiró.

Margot le tuvo miedo y no cumplió su amenaza. Por el contrario, le escribió varias veces pidiéndole que la perdonara y diciéndole muchas otras cosas amables. El estuvo tentado de ir a verla; aquella mujer lo atraía; le era necesaria. Pero pudo vencerse, al recuerdo de la burla, tanto más sangrienta, cuanto que quería a Margot y no le mezquinaba el dinero. No podía perdonar que se hubiera jugado con él; que se hubiera tomado por imbecilidad la blandura con que debido a su cariño y a su modo de ser con las mujeres, había tratado a aquella farsante.

En lo sucesivo ya ninguna otra interesó su cariño fuera del hogar. Pero aún así, en una que otra relación ilícita que tuvo a la ligera y con jóvenes humildes, sufrió nuevos desencantos; no se podía ser bueno con mujeres de esa clase, porque ni por gratitud o conveniencia se conservaban fieles.

Y concluyó por catalogarlas todas bajo un solo rubro: sólo se diferenciaban superficialmente y en el tono que las unas se daban sobre las otras según el dinero con que contaban. En el fondo todas eran una simple mercancía, y unas degeneradas, capaces de se-

ducirse por cualquier cachafaz y mantenerle a costa de quienes les pagaban sus caricias.

Por ley de contraste, Acosta sentía desde entonces gran estimación por las mujeres honradas; por las que, cualesquiera que fuera su clase, se cuidaban de conservar el atributo esencial de su dignidad, perdido el cual ya nada valían como personas. Y en mayor grado sentía esa estimación por las jóvenes, sobre todo por las que tienen que trabajar para vivir, dignificadas doblemente por el trabajo y la honradez.

Por eso, enterado de quién era Cristina y de la situación porque pasaba, al comprobar sus especiales condiciones, en las pocas palabras que cambiaron, sintió por ella una verdadera ternura, muy propia de su corazón blando, no obstante su carácter y su constitución de hombre fuerte.

Acosta hubiera continuado divagando sobre la forma en que se manejaba su familia, si no hubieran venido a avisarle que la señora de Ortiz se retiraba. En la sala se había bailado dos piezas y la de Ortiz, considerando que ya había cumplido, se retiró y fué la primera en hacerlo. La reunión no se prolongó mucho más; se había hecho noche cerrada, y aunque en invierno esto ocurre temprano, con la salida de la de Ortiz, las demás señoras se dispusieron a retirarse.

Al irse Cristina, la de Acosta le pidió la cartera, y le puso en ella un billete de cincuenta pesos, y al despedirse de Acosta, éste, estrechándole cariñosamente la mano, le dijo que se felicitaba de que fuera la maestra de sus hijas y que hiciera presente a su mamá le considerara como un servidor que tendría suma satisfacción en poder serle útil. Enrique la acompañó has-

ta la puerta de la calle y la hizo subir al automóvil de la casa para que se fuera en él.

—Necesito hablar seriamente con usted, señorita Cristina—le dijo antes de que partiera; tengo una verdadera simpatía por usted y deseo hablarla detenidamente.

Su voz tenía tal acento de sinceridad que nadie dudaría de sus palabras.

—Pero, ¿cómo puede ser eso...? apenas me conoce usted—le contestó ella bastante emocionada.

—Hay personas que basta tratarlas una vez para saber lo que son y lo que valen. Y usted no ignorará que la simpatía puede producirse en un instante.

—Sin embargo...—Ella no sabía qué responder y sentía además apuro por irse.

—Por eso deseo que hablemos... Ahora no quiero detenerla más. Tápese bien con el abrigo, hace mucho frío; buenas noches, y hasta pronto.

Al darse vuelta, se encontró Enrique con María Carmen Vidal de Salcedo, joven viuda, que andaba en los treinta años y que en ese momento bajaba la escalinata acompañada por Marcela. Era amiga íntima de la casa, y en su papel de señora, se había mantenido en la sala dentro del círculo de las damas, siendo la última en retirarse.

—Siempre cumplido con las niñas—le dijo sonriente a Enrique.

—Es un deber que lleno con el mayor gusto,—le contestó él.

—¿No estaremos de aventura?

—Genio y figura...

—Cuidado; no vayas a resbalar.

También la acompañó a ella hasta el automóvil.

—¿Cuándo te vas a hacer serio?—le preguntó la viuda al subir al auto.

—Cuando tú quieras atenderme.

—Buenas cosas tienes tú para que te atiendan.

En su casa Cristina recibió una verdadera sorpresa. Acababa de llegar de España uno de sus primos, Lorenzo Irala, quien había estado a visitarles en la tarde, encontrándose solamente con su tía, pues Alfredo se hallaba en la escuela.

Cristina no conocía a sus parientes de la península más que por las conversaciones de su padre, y como estaban tan lejos y ni por correspondencia se trataban, nunca ocuparon su atención.

—¡Vaya! ¡hoy sí que ha sido para mí día de grandes impresiones!—no pudo menos de exclamar.

Su madre la impuso de lo que conversara con Lorenzo. Había desembarcado en la mañana y entendió que su primera visita debía ser para sus parientes. Era abogado, escritor, y traía el propósito de revalidar su título, trabajar cuatro o cinco años y regresar a su tierra con algún capital. Como deseaba conocer a sus primos y estrechar la relación de familia, se ofreció a volver al día siguiente por la noche, para encontrarlos. Todo esto se lo había dicho Lorenzo con entera franqueza y espontánea jovialidad.

—Y mañana vendrá a cenar con nosotros. Me consideré obligada a invitarlo.

A Cristina no le pareció del todo bien la invitación, viviendo como vivían tan modestamente; pero no hizo ningún reparo. Y por su parte refirió a su madre lo ocurrido en casa de Acosta.

III

Al día siguiente Cristina se levantó más temprano que de costumbre. Debía ayudar a su madre a preparar algunas cosas, a fin de atender a Lorenzo lo mejor posible; y sus lecciones no le dejaban lugar para poder hacerlo más tarde.

Las variadas emociones que había recibido, le quitaron el sueño, y pasó una buena parte de la noche dando vueltas en su cerebro a las diversas ideas que los hechos le sugerían. Se sentía lastimada por la actitud displicente de las de Acosta, sin que bastara a borrar esta mala impresión la afabilidad con que el dueño de casa trató de repararla. Quizá lo ocurrido no tuviera nada de particular, ya que sus relaciones con la familia eran simplemente las de profesora. Ella, por su parte, entendía que debieron tratarla de otra manera; pero aunque no fuera así, no podía menos que mortificarla la situación porque había pasado, agravada con el obsequio de dinero que le hizo la de Acosta. En su casa lo necesitaban; les venía muy bien en esa oportunidad, le fué entregado con fino disimulo, pero no obstante le causaba pena. Su fuerza de voluntad para dominar su temperamento excesivamente sensible, a la cual tuvo que acudir más de una vez desde que empezó a trabajar, no alcanzaba a cubrir desagrados de tal naturaleza.

Cristina hasta llegó a pensar si podrían arreglarse

dejando las lecciones que daba a las de Acosta: antes habían vivido sin aquellos emolumentos. Pero el peso de la amargura porque pasaron bajo la estrechez e incertidumbre de los primeros tiempos, más que previsión, infundía miedo en su ánimo, temerosa de que se torciera el destino y volvieran a verse mal. Había que seguir.

Todo esto lo meditó en un instante, pues sin dejar de seguir afectada, su pensamiento se aferró a lo que Enrique le había dicho y a la llegada de Lorenzo, cuyos dos temas estuvieron dando vueltas y revueltas en su cabeza durante largas horas.

Al hablar con su madre antes de acostarse, se detuvo particularmente en las frases con que Enrique la despidiera y le pidió su parecer; pero la madre no se aventuraba a darle una opinión concreta al respecto. En cambio le hizo notar que sería una imprudencia preocuparse de él sin conocer bien sus condiciones y saber si obraba con sinceridad. Y le previno que por nada consintiese en que la hablara en la calle. "Si realmente le eres simpática—había agregado— él franqueará el camino para tratarte en su casa o en la nuestra".

Cristina no necesitaba ciertamente tales advertencias, que por lo mismo, veía muy razonables. Pero pasaba por las impresiones que siente toda joven cuando por primera vez, aunque sea indirectamente, le habla un hombre en serio de su simpatía amorosa, y ese hombre no les resulta desagradable. Hallaba que Enrique no era mal parecido, poseía esa desenvoltura de las personas acostumbradas a la buena sociedad, le había hablado con la mayor corrección y lo que le di-

jo no carecía, a su juicio, de importancia. Sin embargo, veía su noviazgo con cierta duda, ante las dificultades de la diferente posición pecuniaria de ambos y las que indudablemente nacerían de las pretensiones de superioridad social de que estaba imbuída la madre de él. Por otra parte hallaba un vacío en la actitud de Enrique: había estado amable con ella a su llegada y a la salida, pero durante la fiesta no se preocupó de dispensarle la menor atención. No obstante, había sido tan formal y explícito en lo que le dijo cuando se retiraba, que Cristina, en las meditaciones de aquella noche, concluyó por inclinarse a creer que tendría un principio de simpatía por ella.

En cuanto a Lorenzo, aunque su madre le había dado detalles de cómo era, se alegraba de poder verle tan pronto. Hasta entonces, sus parientes de Europa eran para ella como si no existieran. Mas ahora que su primo se hallaba aquí y no allá y se les presentaba haciendo valer su parentesco, Cristina sintió despertar en sí la influencia natural de la sangre, y experimentaba verdadera curiosidad por conocerlo personalmente y ver sus condiciones. Así que, en cuanto se levantó y mientras arreglaba con su madre algunos pequeños detalles de la sala y disponían cómo había de ser la cena, hablaron extensamente sobre Lorenzo y su familia.

La viuda de Irala conoció a los padres de éste en un viaje que hizo a España con su marido, después de su boda. Aunque su residencia en San Sebastián fué corta, la familia de su marido no se presentaba a sus ojos en la forma inconcreta que tenía para Cristina. Los padres de Lorenzo estaban bien, pues la madre

había heredado varias fincas rurales, que les permitían vivir de rentas, dentro de un presupuesto holgado para la vida que hacían de gente meramente acomodada y que cuida de no excederse en los gastos. Pero tuvieron seis hijos, de los cuales Lorenzo era el menor. La madre había muerto, y en la repartición de sus bienes, no podía haber tocado mucho a cada uno de ellos. Por lo demás, conservaba un grato recuerdo de la cariñosa y franca acogida que todos le hicieron. Entonces vivía aún su suegro y Lorenzo tenía tres años: ahora debía tener veintisiete.

Ocupada más tarde en desempeñar sus tareas. Cristina distrajo un tanto su atención de las cosas que desde el día anterior habían venido a preocuparla.

Y llegó la noche y satisfizo su curiosidad. Su primo era un joven alto, robusto, un poco recio, franco y familiar, que desde el primer momento la tuteó sin vacilación alguna y la trataba de prima y no por su nombre.

En la mesa la conversación se inició sobre los recuerdos de familia entre la viuda de Irala y su sobrino. Y cuando hablaron de los abuelos paternos de éste, Cristina hallaba algo extraño que se tratara en realidad de sus propios abuelos; que su primo estuviera tan próximo a ella por el parentesco, que salvando una sola generación se hallara ya el tronco común de donde ambos procedían. El había nacido en el mismo lugar que los abuelos; ella bastante lejos; y sin embargo esta distancia no los separaba un ápice de aquellos en cuanto a la sangre. Su proximidad era igual: tenían los mismos abuelos paternos.

Cristina no tomaba parte en la conversación sino

para hacer preguntas. Conocía a los abuelos solamente por los retratos, y no tenía de ellos más que las escasas noticias oídas en la casa. Al través de los recuerdos, empezó a mezclarse en la conversación la persona de su padre, y la señora de Irala principió a conmoverse con ansias visibles de llorar. Entonces Cristina, aunque conmovida a su vez, procuró circunscribir la conversación a los presentes.

—Vienes, entonces, a juntar dinero y luego marcharte — le dijo a Lorenzo.

—Sí, prima; ese es mi proyecto. Formo aquí un capital, regreso a San Sebastián, me meto de firme en la política, y espero llegar lejos.

El tono de Lorenzo era jovial y animado.

—¿Y ya tienes partido?

—Claro que sí. Soy liberal. El abuelo era carlista y peleó por su causa; papá conserva las mismas ideas. Yo, como tío Juan, soy liberal. Ahora escribía en el diario del partido, que se publica en San Sebastián; pero sin dinero no se puede andar ligero.

—¿Y cuántos años piensas quedarte?

—Cuatro o cinco, si veo desde luego que podré hacer algo, sino me marcho antes.

—Si no te pasa lo que a tu tío, que se quedó del todo — dijo la señora de Irala.

—No — dijo con toda despreocupación Lorenzo. — Traigo un plan formado y no me separaré de él. Vengo, como yo digo, a conquistar la América. Si la conquisto me voy y les dejo el campo a otros; si no la conquisto me iré con mi derrota.

—¿Y no tienes miedo que la América te conquis-

te a tí? — dijo Cristina con una sonrisa de niña graciosa que encubre una inocente travesura.

—No lo espero, porque no traigo la idea de quedarme. Voy a trabajar y a estudiar el país, conocer su desenvolvimiento, llevar no sólo dinero, sino ideas. ejemplos prácticos de esta democracia. Y mi porvenir está allá, sin duda alguna.

—A base de lo que aquí obtengas.

—A base de eso, para poder dedicarme de lleno a la realización de mi plan.

—Pero aquí la fortuna no se hace en poco tiempo, salvo casos excepcionales de suerte.

—Ya me lo han dicho; pero no se trata de hacer fortuna, prima, sino de reunir un pequeño capital que me permita disfrutar de una pequeña renta; porque si uno tiene que pensar en ganar lo que necesita para el día siguiente no puede atender otra cosa; se carece de independencia y de tiempo.

—¿Y si no juntas el capital?

—Me marcho a luchar allá; otros lo han hecho y han llegado a la meta, aunque hayan tardado.

—Te liga algo allá....

—No, prima; mi plan, exclusivamente mi plan. Para hacer algo en este mundo hay que tener un objetivo fijo y marchar hacia él con constancia. Yo tengo mi objetivo y a él me encamino. No pienso cambiar.

—Pues a mí se me ocurre que para conquistar la América, como Hernán Cortés, hay que quemar las naves.

—Pues me iré sin conquistarla, y en ese caso no tardaré mucho. Pero me siento con fuerzas para tra-

bajar; tengo energía; no soy un ignorante... no espero el fracaso.

Terminada la comida pasaron a la sala y Cristina tocó el piano: varios aires españoles y algunos nacionales.

Lorenzo salió sumamente satisfecho de la amabilidad de sus parientes y encantado de su modo de ser. En San Sebastián, su tía había dejado muy gratos recuerdos por su suavidad de maneras; entonces era jovencita, y ahora tenía el simple aspecto de una señora aun joven, más suave posiblemente con la serenidad que dan los años. Su abuelo tenía razón cuando decía: "con una mujer tan cariñosa y delicada, Juan ha de ser feliz, sí..."

La viuda de Irala era, en efecto, una mujer de esas condiciones. Por más que había cumplido ya los cuarenta y cinco años, conservaba las facciones bastante frescas, en un rostro ovalado y de nariz recta. Fina en sus maneras, elegante, acostumbrada al trato social, aunque tuviese que efectuar en su casa varios de los quehaceres a cargo antes de las sirvientas, cuando era necesario, sabía mantener el estilo de sus mejores tiempos.

En cuanto a Cristina, le parecía a Lorenzo que era lista; tenía un modo de decir de persona instruída, pero sin altisonancia, cursilería ni afectación alguna. Y era también suave. Esta dulzura natural, este aire tan femenil, pensaba Lorenzo que debía ser propio de la mujer argentina.

Por su parte, su tía y su prima habían quedado bien impresionadas de él, y les satisfacía mucho que viniera a establecerse en Buenos Aires. Tendrían así

un pariente con quien comunicarse y que en caso obligado podría prestarles su apoyo de hombre. Lorenzo era fuerte y lo parecía más con aquel acento tan español, que hacía sonar de lleno las palabras y pronunciaba la "ce" y la "zeta" fuertemente; acento que a Cristina no le sonaba muy bien, acostumbrada al decir más blando del país. Su padre y algunos amigos de él, españoles, no tenían una pronunciación tan acentuada; sin duda se habían modificado con su residencia en la República o quizá Lorenzo fuera distinto. Pero su madre afirmaba que cambiaría, a poco de estar en Buenos Aires. Era abogado, se dedicaba a escribir, y por lo tanto debía ser bastante ilustrado: su provincialismo desaparecería rápidamente a poco que lo envolviera el nuevo ambiente. Y después de todo, ese no era ningún defecto.

IV

Enrique no tardó en abordar de lleno la conquista de Cristina. La circunspección de ésta no le daba base para prever un éxito fácil ni cercano; pero las dificultades mismas que presentía, despertaron en él mayor interés por el logro de sus deseos.

Enrique, aunque gozaba entre sus amigos fama de conquistador, no contaba en su haber con aventuras del género de la que emprendía. Sus triunfos los obtuvo unas veces a fuerza de dinero, otras con mujeres de escasa significación, o muy predispuestas a dejarse vencer. El título de conquistador le quedaba, pues, por el momento, demasiado holgado. Pero tenía condiciones para penetrar en el ánimo de las mujeres, y calma suficiente para no malograr sus propósitos con actitudes precipitadas. Y todas esas condiciones se vió obligado a ponerlas en juego, porque Cristina era muy distinta de lo que él se imaginara. Su capricho llegó así a interesarlo en una forma que no había previsto.

Dadas sus intenciones, para no comprometerse mayormente, no quiso hablarla en la casa de él; y la esperó en la esquina en que tomaba el tranvía. Obligado a plantear las cosas con aparente seriedad, la conversación que tuvieron le demostró que había emprendido una tarea difícil si bien agradable.

—Cristina; — le dijo — estaba esperándola para hablarla.

Ella le miró con cierta timidez.

—Usted sabe — le contestó con toda serenidad — que éste no es lugar apropiado, y menos viniendo, como vengo, de su casa.

—Lo comprendo, pero allí no podríamos conversar libremente, y yo necesito que usted me escuche todo lo que tengo que decirle.

—Lo siento, pero no me es posible.

—Quizáás usted me juzgue mal... quizás crea que quiero tratarla a la ligera, y la sorprenda mi deseo de conversar con usted formalmente.

—No por cierto; que usted me hablara, lo esperaba: usted me lo anunció cuando salí de la recepción. Que se proponga usted tratarme a la ligera no podría sospecharlo, ni por usted, a quien debo considerar un perfecto caballero, ni por mí, que creo no dar lugar a ligerezas. Pero debo cuidarme, precisamente, de que los demás no puedan hacerse malos juicios.

—De todos modos yo necesito decirla que la quiero. En mi casa se opondrán seguramente a estos amores, por eso no se lo he dicho allí. Créame usted que es por eso y nada más que por eso.

—¿Pero usted no comprende que una relación entre nosotros no es posible en esa forma?

—¿Por qué? No sería el primer caso.

—Sencillamente porque yo no podría ocultar esto en su casa, yendo como voy a dar lección a sus hermanas. Imagínese la situación en que me colocaría y lo que podrían decir de mí. Luego para poder tratarme usted, debe empezar por vencer la resistencia de su familia.

—Pero usted ve las cosas con demasiada grave-

dad. A la juventud le es permitido empezar así, en la forma que yo le propongo: lo esencial es que se proceda con buen fin. ¿Por qué suscitar prematuramente las dificultades?

El tranvía llegaba y Cristina quiso hacerlo parar. Pero él le pidió que esperara otro, diciéndole que estaba dispuesto a todo y debían quedar de acuerdo.

—Usted comprende — le dijo Enrique — que no pretendo jugar con usted; tratándose de una niña de sus condiciones sería demasiada audacia.

—Hable, entonces, usted con su familia y luego con mamá. Y después veremos...

—¡Quiere usted ser cruel conmigo!

Cristina no pudo menos de sonreirse. Ese era el terreno en que quería verla Enrique.

—Usted me teme — agregó él muy cariñosamente y sonriéndose a su vez — y por eso se muestra tan esquiva.

—¿Lo cree usted así?

—Me lo imagino. Casi tengo la seguridad.

—Usted no debe insistir en lo que me propone. Me obligaría a no continuar las lecciones en su casa y....

Se acercaba un nuevo coche del tranvía y Cristina tuvo que cortar la frase para indicar que se parara. Y dándole la mano a Enrique en señal de despedida, le dijo:

—Si usted no halla que tengo razón, voy a dudar de su sinceridad.

Y subió al coche. Fué después de esta conversación cuando Enrique comprendió que Cristina no era como se había imaginado.

Creyó él deslumbrarla con su posición social y pecuniaria, estando ella tan necesitada. Al verla tan joven y tan sensible, pensó que cuando la hablara, le contestaría que no la engañase, que no fuera a jugar con ella, y generalidades por ese estilo. Supuso también que hallaría su parte de resistencia y de incredulidad, y aun que Cristina tomaría a broma su declaración, permitiendo así un buen juego de palabras; pero no se imaginó nunca aquella lógica para contestar y para conducir el asunto al terreno en que precisamente él no quería colocarlo.

Cristina era inteligente y vivaz; tenía una perfecta educación de hogar, y contaba con la dirección de su madre, que la prevenía de todo cuanto pudiera perjudicarla. Se daba exacta cuenta de que teniendo que andar sola, de su seriedad dependía que la respetaran, y había adquirido maneras serenas de mujer formal, sin caer por ello, en la gravedad y menos en la acritud. Por otra parte, si bien no esperaba que Enrique la hablara allí, no la tomó de sorpresa lo que iba a escuchar.

Enrique advirtió así que Cristina era tan amable como de buen juicio, y estuvo a punto de desistir de su intento. Pero ¿cómo iba a quedar entre sus compañeros de jarana? Y además, ¿qué perdía con seguir la aventura? Si llegara a hacerse querer, su triunfo podría ser completo. En realidad Cristina no le rechazaba; y era tan joven, que andando como andaba sola, quizás concluyera al fin por dejarse llevar por él.

Como suponía que la madre la había de aconsejar, no la esperó más en la calle, para no despertar sospechas y para que no dejara las lecciones que daba en

su casa. Pero procuraba verla con frecuencia y conversaba con ella delante de las hermanas, verdad que de cosas ajenas a sus supuestos amores, pero en cambio con mucha galantería y con mucho empeño de hacérsele agradable y obtener su confianza. Y este modo de tratarla le exhibía a los ojos de ella como realmente sincero.

Cristina se formó así la ilusión de que Enrique la quería de veras, y empezó por su parte a sentir las primeras impresiones del amor, forjándose un ensueño que no sólo consistía en su noviazgo, sino en la situación de bienestar que para ella y los suyos importaría su matrimonio con él. Y como su actitud autorizaba a creerlo, hizo caso omiso de la afición a hacer conquistas que sus hermanas le achacaban. Seguramente se trataría de otra clase de mujeres.

Su madre no estaba, empero, satisfecha. Mas como Cristina nada le ocultaba, como Enrique no había insistido en hablarla en la calle, y las conversaciones se efectuaban ahora ante las hermanas de aquél, no vió en ello nada que obligara a cortar el trato. Tenía además mucha confianza en la rectitud de conducta y en los sentimientos de pundonor de su hija, y pensaba cuán sensible sería que por un exceso de suspicacia fuera a cortarse una relación que auguraba para Cristina un buen porvenir, ya que a ésta no le desagradaba Enrique. Por otra parte no quería contrariar sus sentimientos. Se limitó, pues, a prevenirle que no se dejara entusiasmar antes de tiempo, porque cabía siempre una duda, mientras Enrique no fuera más categórico ante su familia. Aquello no era por cierto un noviazgo.

La venida de Lorenzo dió motivo a Enrique para mostrarse celoso. Pero como ella le dijera, con un acento de perfecta sinceridad, que si bien estaba realmente contenta de que su primo se radicara en Buenos Aires, ya que no contaban en la Capital con pariente alguno, ello no obstante sus relaciones con él no pasaban de las meras de familia; Enrique, que ningunos celos sentía, abandonó el tema. Sin embargo, en el empeño de hacer camino, una tarde que quedaron un momento solos, le dijo:

—Yo confío, Cristina, en que usted no me engañará; que su primo no ha de interponerse entre los dos.

—No tengo motivo para engañarle — le contestó ella. — En cuanto a lo demás nada hay que nos comprometa.

—Espéreme usted... yo me considero comprometido, y deseo que usted se coloque en igual situación. Tenga confianza en mí.

El padre de Enrique no se hallaba en Buenos Aires. Se había ido a la estancia pocos días después del cumpleaños de su hija, resuelto a dejar allí todo arreglado para poder quedarse permanentemente en la ciudad. Estaba convencido de que su presencia era necesaria en su casa, porque, según él decía, los tornillos se iban aflojando demasiado.

La madre de Enrique al ver la asiduidad con que éste trataba a Cristina, lo interpeló.

—Es por pasar el rato, mamá — le dijo Enrique.

—Pero no vayas a engañar, hijo, a esa "muchacha"...

—No, mamá; me gusta hablar con ella porque es

realmente fina y monona. Pero, ¿cómo te crees que llegue a formalizar nada y a prometerle nada?

La madre quedó satisfecha. No tenía gran interés en que su hijo se casara. Pero si le diera por hacerlo, quería que fuese con una niña que contara con fortuna y encumbrada posición social. Le gustaba que se **divirtiera** y lo miraba como una defensora contra el padre, si éste pretendiese hacer pesar demasiado su autoridad.

Las hermanas de Enrique no vieron con buenos ojos tanta amabilidad con Cristina. Las conversaciones, que se producían siempre antes de la lección, eran cortas, sin sentarse ninguno, y tenían el carácter de un cambio familiar de palabras en el que todos tomaban parte; pero a veces Enrique las prolongaba más de lo regular y era visible la preferencia con que se dirigía a Cristina. Las hermanas llegaron a incomodarse; pero Enrique, al contrario de siempre, las halagó con buenas palabras. Las dijo que quería hacerse serio, que le agradaba el despejo con que Cristina trataba todos los temas; les prometió acompañarlas más, ponerlas en relación con sus amigos; les acarició la cara, las besó. Iba a cambiar de vida y se estaba ensayando.

Enrique ejercía una especie de autoridad en la casa, cuando no estaba su padre. Y la amabilidad con que ahora se conducía con sus hermanas, desarmó en ellas toda resistencia. Con la ayuda de Enrique podían encontrar buenos novios, y como la madre no daba importancia a que conversara con Cristina, ellas no se opusieron tampoco. Veían que aquel trato podía despertar en Cristina sentimientos que pasaran de la sim-

ple amistad. Pero si llegaba a sufrir un desengaño, que se fastidiase, por pretensiosa.

Cristina no tenía, pues, motivos para desconfiar, y continuó acariciando su ensueño.

Entretanto Lorenzo había pasado por grandes desilusiones. Los proyectos que le traían a América eran irrealizables. Llevaba dos meses en Buenos Aires y bastó el primero para que se diera cuenta de cuán engañado estaba. Su examen de reválida no podía rendirlo sino en la época de exámenes, es decir, cuatro meses después. Los informes que había recogido respecto de su éxito profesional, no podían ser más pesimistas: sobraban abogados; existían ya varios de su nacionalidad, con clientela hecha dentro y fuera de la colectividad española; los había del país y de mucha nota; las facultades de derecho lanzaban año tras año una gran cantidad a la lucha, y eran bastantes los fracasados que tenían que refugiarse en los empleos y vivir atenidos a pequeños sueldos. La América no era ya para los diplomados; la Argentina se había preocupado mucho de la instrucción, tanto de la primaria como de la universitaria, y era desmedida la inclinación de la juventud a seguir carreras. Si todavía fuera médico, podría ejercer en algún pueblo lejano y llenar sus propósitos. Pero como abogado tendría que vencer muchas dificultades para lograr resultados de importancia.

Lorenzo traía algunas cartas de recomendación y al presentarlas siempre escuchaba los mismos informes. Como estaba lleno de energías, pensó que a veces el fracaso es consecuencia de la falta de voluntad para luchar, y no quiso desanimarse en el primer momen-

to. Fué a los centros sociales de españoles, se hizo presentar a sus compatriotas, habló con ellos de sus miras, en procura de ayuda; pero a este respecto se le contestaba con vaguedades. Los comerciantes tenían ya sus letrados; algún asuntito podrían darle una vez que revalidara, pero con eso no podía contar mayormente para sostenerse. En cambio oía una serie de afirmaciones desalentadoras. Era un error venir a ejercer al país profesiones liberales; la América no era ya la de antes, ni para el comercio, ni para los trabajadores manuales o de campo, y mucho menos para los diplomados. No debía soñarse en hacer fortuna o capital; la gente necesitada, trabajando, lo pasaba aquí mejor que en Europa; con economía y esfuerzos perseverantes podrían adelantar y hasta hacerse ricos; pero se necesitaba años para llegar a ese resultado y acierto y suerte: él que tenía un título y cómo sostenerse allá, era mejor regresara.

Lorenzo no tenía pretensiones de establecerse solo: no se le ocultaba que sin relaciones tardaría en conseguir asuntos y quizás fracasara totalmente. Pero pensó que no le sería difícil adscribirse al estudio de algún colega con suficiente trabajo para necesitar ayuda. Siguiendo indicaciones de las personas a quienes estaba recomendado y de algunos conocidos, vió a varios, sin obtener resultado, ni siquiera palabras de aliento.

Y concluyó por desengañarse, ya no sólo por lo que todos le decían, sino por lo que iba comprobando personalmente. Toda la culpa de lo que le ocurría se la achacaba a sí mismo, por haberse lanzado, sin informe alguno previo, a un país cuyas características

no conocía, sin más bagaje que su título de abogado, y aun éste sujeto a ser revalidado para que pudiera servirle. ¿Cómo pudo ocurrírsele semejante cosa? La América tiene, es cierto, mucha atracción, cuando se busca hacer dinero; pero forjarse un plan, como él lo hiciera, y venir atenido a él, con humos de conquistar un capital a plazo fijo, ignorando hasta las probabilidades, era un solemne disparate. Lorenzo se hubiera reído de su imprevisión si no fuera que se sentía herido por aquel desengaño tan brusco, y por la situación de ridículo en que se colocaba al tener que regresar a San Sebastián, desencantado, como si dijéramos corrido, después de haberse embarcado para Buenos Aires lleno de tantas ilusiones, comunicadas a sus amigos.

Y ni siquiera podía dar su examen de reválida en seguida. Pasada la primer quincena, vió que el hotel le resultaba caro y que sin darse cuenta había gastado más de lo que pensaba. De ninguna manera quería quedarse sin el dinero necesario para el regreso. Se trasladó a una casa de pensión, y formuló un presupuesto de lo que debía gastar, para poder quedarse un tiempo más, pues consideraba una vergüenza volver a los pocos días de llegado; dirían que ni tiempo había tenido para cerciorarse de lo que podría hacer. Además había visto muy poco, y quería llevar algo que contar, fuera de su desencanto. Los recursos le alcanzaban para permanecer dos meses más.

En aquellos quince días de peregrinación en busca de apoyo para trabajar como abogado, no había ido por casa de su tía. No quería comunicarles su derrota mientras no la viera totalmente inevitable. Pero

después que se trasladó a la casa de pensión, convencido ya de que tenía que regresar y sería pronto, iba allí todas las noches. En su quebrantamiento sentía un gran alivio al conversar con su tía y con Cristina. Además se había hecho retraído: no podía gastar sino lo que había acordado, so pena de precipitar el regreso; no contaba con amigos íntimos... en niguna parte lo pasaba mejor que con sus parientes.

Para la tía fué una sorpresa el decaimiento de ánimo y la resolución de Lorenzo. ¡Había llegado con tanto entusiasmo, parecía tan dispuesto a luchar por la realización de sus propósitos!

—Pero, hijo, — le dijo la primera noche que fué a verlas cuando les contó lo que le pasaba — hace muy pocos días que has venido. Debías suponer que no ibas a encontrarlo todo dispuesto para trabajar en seguida.

—Es cierto, tía. He sido bastante iluso; pero no son las dificultades que ahora pudiera tener las que me deciden a irme. Es que no veo porvenir para mí. No me han engañado; no sólo no hacen falta abogados, sino que sobran.

—Pero — dijo Cristina — aunque sobren, eso no impide que los buenos se sobrepongan. Todas las empresas ofrecen dificultades al principio.

—Y cuántos han venido en peores condiciones — agregó la señora de Irala — y han progresado y se han hecho ricos.

—No lo dudo, tía; pero yo no lo voy a lograr con mi profesión: he podido convencerme de ello. Como no soy ningún proscripto, como nada me obliga a quedarme, vivir por vivir, usted no hallará a mal que prefiera mi tierra.

—Claro que no.

—Si yo fuera uno de tantos a quienes la necesidad u otra circunstancia lanza fuera de su patria, o que no ven en ella horizontes para sus aspiraciones, me quedaría y lucharía; pero mi proyecto resulta irrealizable, tal como lo he concebido; **otro camino no lo quiero emprender,** porque serían siempre eventuales los resultados y a término indefinido. Además ¿qué podría hacer fuera de mi profesión?

Lorenzo se expresaba con amargura; estaba realmente abatido; le dolía tener que volver con la noticia de que no había hallado campo para su actividad. Muchos no le creerían y atribuirían su regreso a falta de condiciones para someterse al trabajo. Ya le parecía oir que murmuraban por atrás: "Este se ha pensado que en América se encuentra el dinero por la calle o que se gana paseando".

Cristina, al verlo así, se aventuró a decirle:

—Pero, hombre, no te afectes tanto por eso... Parece que te sucediera alguna desgracia. Venías a "conquistar la América", hallas que no es posible, y te vas. Eso es todo; y el regreso también entraba en tus proyectos.

Y luego sonriéndose agregó:

—Ya te dije que para conquistar la América, hay que seguir el ejemplo de Hernán Cortés: quemar las naves.

—Tienes razón; parezco un chiquillo al dejarme dominar por el abatimiento, teniendo como tengo segura la retirada: ¡a España otra vez!

Lorenzo no quiso expresar en ese momento la razón porque sentía tanto regresar inmediatamente. Lo

hizo en las noches posteriores conversando, ya menos dolorido, sobre su situación.

Lorenzo adquirió con sus parientes la intimidad que el parentesco y el trato diario debían producir. No se había imaginado, que fueran tan amables y le trataran con tanto cariño. Al fin antes no se habían conocido. Y en el estado de ánimo porque cruzaba, le atraía cada vez mas el ambiente sereno y de sencilla distinción que reinaba en aquella casa.

Lorenzo traía dos cartas de presentación del cónsul argentino en San Sabastián para los directores de dos diarios de Buenos Aires, y cuando finalizaba el segundo mes de su residencia en el país, se resolvió a presentarlas. Eso y visitar a un pariente lejano de su madre, que residía en el campo y al que quería saludar antes de irse, era lo único que le quedaba por hacer. Cristina le había indicado que, puesto que escribía en la prensa de su ciudad, podía hacerlo aquí también; pero él sabía de antemano que con eso adelantaría muy poco: aparte de otras razones, tenía el caso experimental de su tío. Deseaba, sin embargo, conocer el manejo de los diarios de Buenos Aires, de cuya importancia estaba admirado, y presentó las dos cartas. Resuelto a marcharse, no manifestó el objeto real que lo traía a Buenos Aires: dijo que había venido para conocer la Capital y la familia de su tío Juan. En la redacción de uno de los diarios se encontró con César Rodríguez, el amigo de Enrique, a quien en la conversación habida en la casa de éste y de que hemos dado cuenta, habían llamado "Monjita", nombre que por cierto no se repitió en lo sucesivo. Rodríguez, cuando el director le presentó a Lorenzo, al oír su apellido y que tenía pa-

rientes en la Capital, le preguntó si no se trataba de la familia de Cristina, y como Lorenzo le contestara que sí, Rodríguez le manifestó que la había conocido en la tertulia de Acosta. Con este motivo hablaron de la situación en que había quedado aquella familia, tema sostenido por Rodríguez, que deseaba intimar con Lorenzo para prevenirlo más adelante de las intenciones de Enrique. Se ofreció Rodríguez a acompañarlo a recorrer la ciudad y a mostrarle todo lo que deseara ver en ella, y quedaron en salir juntos.

Un domingo se fué Lorenzo a visitar al señor Pedro Otaegui, el pariente lejano de su madre, y que había sido, además, compañero de la infancia de su padre, pues iban ambos a la misma escuela. Días antes Lorenzo le había escrito, anunciándole la visita, y le incluía una carta de su padre en la que éste le expresaba la idea que traía Lorenzo. Otaegui llevaba treinta años en la República y en San Sebastián se decía que estaba rico, que había adquirido campo y tenía mucha hacienda.

Otaegui vivía a dos horas de la Capital, y Lorenzo tomó el tren de las siete de la mañana para llegar temprano. Otaegui fué a la estación del pueblo a esperarlo. Cuando Lorenzo bajó del tren, aquel, prevenido como estaba, adivinó por la pinta que era él, y se le acercó preguntándole si en efecto era Irala. Aunque hablaba derecho el castellano, Otaegui se conservaba siempre vasco, y al instante se trataron ambos al modo y con franqueza de los de su tierra. Subieron en el tílbury, con que Otaegui lo había ido a esperar, y emprendieron viaje al campo de éste, que quedaba como a una legua de la estación.

Lorenzo, sin dejar de atender a la conversación que le daba Otaegui, se iba fijando en el paisaje plano que se ofrecía a su vista. Respiraba a pulmón lleno el aire fresco y puro de la mañana, y una gran tranquilidad se posesionaba de su espíritu.

En la casa fué recibido por la familia con la misma franca confianza de Otaegui. La mujer de éste era argentina y se había criado en el campo. Tenían seis hijos, cuatro mujeres, de las cuales tres casadas, que vivían no lejos de allí, y dos varones, que con la hermana soltera, estaban con los padres.

Otaegui era propietario de trescientas hectáreas de campo, que a Irala le parecía una importantísima extensión, y tenía en él como unas cien vacas lecheras, también de su propiedad, cuya leche vendía en el pueblo y mandaba en tarros a la Capital. Era aquello, pues, lo que en el país se llama "tambo". Se dedicaba Otaegui a explotar la leche y criar novillos mansos. En todo, poseía como unos ciento cincuenta mil pesos de capital, adquiridos con su trabajo, suma que Lorenzo consideraba respetable para un hombre de las condiciones de su paisano. ¿Cómo no se le había ocurrido marcharse a su tierra y vivir allí de rentas?

Lorenzo pensaba regresar a la noche, pero todos se opusieron: debía quedarse por lo menos dos días más, "para tomar un poco de campo", y saber lo que éste era en la Argentina, tanto más cuanto que iba a retornar tan pronto a España. Por otra parte, Otaegui quería informarse de la suerte de los conocidos que tenía allá cuando se ausentó, hacía treinta años, "como quien dice ayer". Lorenzo se quedó de buen

grado, en vista de la espontaneidad de la familia y del bienestar que allí se sentía.

Como es natural, la señora de Otaegui se esmeró en la comida, para obsequiar a su huésped, yendo ella misma a la cocina a ayudar y vigilar a la cocinera. En la casa había los elementos necesarios: gallinas, pollos, etc. El aire del campo agrandaba el apetito de Irala, y el primer día, sobre todo a la noche, comió bastante más de lo acostumbrado y no le escatimó el cuerpo al vino. Cuando se acostó, no pudo dormirse en seguida. Su cerebro en actividad discurría sobre la posición de Otaegui, sobre el producto del "tambo" y sobre su regreso a San Sebastián, tan desengañado. La sangre, alentada por el poco vino que había tomado de más, bullía en sus venas; sus energías se despertaban, renacían sus ilusiones. Si como abogado no podía hacer nada, ¿por qué no emprender una explotación de campo aunque fuera en pequeño, reembolsarse de los gastos que había hecho en el viaje y formar el capital que venía buscando? Lorenzo conservaba los bienes que le tocaron por herencia de su madre: su padre los administraba. ¿Por qué no pedirle a éste el envío, por cuenta de ellos, de una suma de dinero, arrendar una porción de tierra, comprar unas vacas y establecer un "tambo"? Caramba! solamente con lo que debía pagar por derechos de reválida y los demás gastos que le originara el exámen, podía comprar quince buenas vacas.

Y Lorenzo pensó que la tierra es la gran madre, que trabajándola con afán y con amor, compensa todos los esfuerzos; que jamás es ingrata con quien la quiere, devolviendo por el contrario centuplicado todo

cuanto se deposita en su seno. Ni aun cuando los resultados son malos, puede culpársele a ella, que no mezquina ninguno de los elementos generadores que posee, prodigándolos todos con verdadero cariño de madre. No; no podía culpársele a ella sino a causas independientes de ella misma, que al malograr su fuerza generadora o al azotar las simientes que con tanto afán alimentaba, la hacían sufrir también a ella, también a ella la azotaban. ¿Por qué, entonces, no pedirle a la tierra lo que él necesitaba, en un país donde la tierra era tan productiva y abundante?

Lorenzo acarició esta idea, como un recurso salvador; hizo cuentas con la imaginación, calculando lo que podía producirle el "tambo" y los años que precisaría para reunir los fondos que necesitaba. En los cinco años que fijara como término máximo de su residencia en América, tendría el capital anhelado. No debía, pues, vacilar en llevar a la práctica su idea. Otaegui le había contado de muchos vascos llegados pobres, que tuvieron que empezar trabajando como peones y que ahora eran muy ricos: algunos poseían más de una legua de campo. El no pertendía eso: sus aspiraciones eran más limitadas. Tenía capacidad para dirigir, energía para luchar y seriedad y voluntad bastante para consagrarse por entero a su empresa: muy mala había de ser su suerte si no lograba lo que otros, con menos condiciones que él, habían obtenido. Lo que se leía en las novelas, sobre las fortunas hechas en los países nuevos, estaba lejos de ser pura fantasía. El fondo era real y evidente; pero real debía ser también el esfuerzo y aplicarse a la verdadera fuente capaz de producir la riqueza. No era en

la ciudad, moviendo expedientes donde él podría desenvolver sus energías; ese terreno estaba ya demasiado ocupado, y él, extranjero recién venido, tropezaría con toda clase de dificultades y no lograría sus propósitos. Había hallado un medio propicio de hacer fortuna, ¿por qué irse sin intentar su explotación? Cuando uno se expatría con el fin que él buscaba, era una verdadera cobardía volverse sin nada. Lorenzo se sentía de nuevo conquistador, y a plazo fijo. A los cinco años vendería todo y se marcharía; si para entonces no hubiese llenado por completo sus deseos. siempre llevaría algún dinero y podría demostrar que de su parte hizo lo posible por realizar sus propósitos.

Al día siguiente habló de ello con Otaegui. Este le advirtió que no todo eran flores, como se imaginaba; pero, que con dedicación y constancia, salvo una calamidad, que también puede sobrevenir en cualquier otra empresa, obtendría resultados.

Lorenzo pasó allí tres días y a su regreso a Buenos Aires, escribió una extensa carta a su padre, dándole cuenta de todo, y pidiéndole que buscara dinero por cuenta de sus bienes y se lo mandara en seguida.

En casa de su tía, la nueva resolución de Lorenzo causó más sorpresa aún que cuando anunció su regreso. A la señora de Irala le asustaba un poco el entusiasmo de su sobrino.

—¿No te ilusionarás demasiado en tus cálculos? — le dijo.

—No lo creo, tía. Por de contado voy a luchar sobre terreno firme y productivo, voy a pedirle a la tierra lo que necesito. Haré cultivar una parte, en la otra tendré ganado; consagrándome permanentemen-

te a esto, sólo una desgracia puede hacer fracasar mi plan; y en las desgracias no hay que pensar, porque entonces nada se haría. Lo que intento es mucho más real para empeñarme en trabajar de abogado, teniendo que escogitar, al principio, toda clase de recursos para poder vivir y solamente vivir.

—Si tienes tanta decisión y voluntad, positivamente harás algo. Tu tío también pensaba en la tierra, también veía sus resultados; pero no le fué posible emprender nada; quería comprarla y no pudimos hacerlo.

Cristina al notar tan alegre a Lorenzo, empezó a darle bromas.

—Tendremos el gusto de ir a visitarte y verte con gorra de vasco.

—Claro que sí. Pero no creas que me voy a convertir en un rústico. Llevaré mis libros, leeré a la noche y en los ratos desocupados; tendré jardín, huerta..

—Y podrás decir, entonces, como el poeta: "del monte en la ladera, por mi mano sembrado, tengo un huerto"...

—No; haré una pequeña granja y me pondré la gorra de vasco, si es necesario; pero por adentro estará siempre el mismo Lorenzo Irala.

—El mismo Lorenzo Irala intelectual... y cubierto de polvo.

—Tanto como intelectual, no; no puedo atribuirme ese título. Pero sería un error pensar que el trabajo rural entorpece, si uno no quiere entorpecerse.

—Eso sí; y me alegro que veas las cosas en esa forma, porque nada perderás.

—Al contrario: por ese lado pienso adelantar

también. El campo se presta al estudio y a la meditación: la otra noche pensaba en ello. Y en cinco años puedo prepararme despacio para volver a España con dinero y con una cosecha de conocimientos que me pongan en condiciones de sobresalir.

Cristina no conocía bien hasta dónde alcanzaba la preparación intelectual de su primo. Sus conversaciones meramente familiares, no habían dado motivo para que se revelara, y él ningún empeño ponía en exhibir sus conocimientos. Pero aún así, Cristina había notado que Lorenzo era inteligente y que había leído bastante. La idea de continuar estudiando, de hermanar el interés de hacerse de dinero con el de vigorizar sus conocimientos para sobresalir intelectualmente, le causaba gran satisfacción. Aunque Cristina tenía sus ilusiones en otra parte, Lorenzo era su primo.

—Con esas ideas — le dijo ya en tono formal — triunfarás indefectiblemente. Por de pronto el capital intelectual no está sujeto a riesgo de perderse: el que lo tiene lo lleva consigo, y nada ni nadie puede quitárselo.

—Ya suponía que me hallarías razón — le contestó Lorenzo. — No puede negarse que eres hija de un intelectual y que tienes una excelente madre.

La viuda de Irala, los dejaba hablar. La seriedad de su sobrino, sus aspiraciones, aquella decisión misma de irse al campo, le hacían ver en él condiciones de porvenir que Cristina no notaba. Durante el tiempo en que había ido, casi todas las noches, a pasar con ellas unas horas, como si buscara el calor de la familia contra su desencanto, la señora de Irala fué sin-

tiendo por él un verdadero afecto de familia. Unico pariente con que contaban cerca, con cualidades tan buenas, ella hubiera deseado se quedara para siempre en el país.

Volviendo al tema del campo, se le ocurrió a Cristina que no estaría de más que Lorenzo visitara el establecimiento de Acosta, en el cual tenía una cremería, instalada con la maquinaria más moderna. Y a Lorenzo, que le sobraba tiempo, pues debía esperar la respuesta de su padre, le pareció excelente la idea: aunque él no iba a acometer una empresa de tal magnitud, le gustaba ver, enterarse, conocer todo lo que se relacionara con la explotación de la tierra. Cristina quedó en que hablaría con la señora de Acosta al respecto. Tenía interés en que Lorenzo se relacionara con el padre de Enrique.

V

Cristina habló a la señora de Acosta de los deseos de Lorenzo, y ésta escribió sin demora a su marido; y hasta le vino bien tener ese motivo para hacerlo, porque Acosta no había contestado sus dos últimas cartas en las que le decía que estaba sin dinero.

La resolución del primo de Cristina no dejó de extrañar a la de Acosta y sus hijas. Siendo abogado irse al campo a trabajar con escasos recursos, les parecía un contrasentido. Pero quién sabe qué clase de abogado sería! — pensaban — posiblemente algún inútil; y en ese caso era lo mejor que podía hacer.

Cristina les había hablado muy poco de él y absolutamente nada de sus condiciones. Verdad que las de Acosta tampoco nada le preguntaron, y dado el prurito que tenían de mantenerse en su habitual actitud de superioridad, Cristina sólo obligada hablaba de sí y de los suyos.

Acosta contestó por telégrafo que tendría mucho placer en recibir la visita de Irala; pero que no demorara en ir, porque pensaba regresar pronto. Y Lorenzo se fué dos días después, por el tren que salía a la mañana de la estación "Once de Septiembre". No bien dejada la ciudad, el tren en su normal carrera, fué presentando a Lorenzo las villas, con sus jardines y sus parques; las huertas y los pueblos rodeados de casas-quintas, que se sucedían a cortos inter-

valos. El día anterior, había salido con César Rodríguez a recorrer la ciudad y la había hallado grande y sonriente, con sus calles limpias y rectas, bien pavimentadas, y sus edificios modenos, elegantes, sin sombra de severidad. Las afueras que iba cruzando, le parecían una prolongación de la ciudad misma, con su mismo gusto selecto, traducido en las residencias veraniegas, más hermosas entre los finos arbustos que se destacaban sobre los amplios macizos de césped, los rosales entremezclados con aquellos y la madreselva que cubría los cercos.

Pero ésto no tardó en quedar atrás, pasando en la celeridad del tren, como una visión de encanto. Los pueblos estaban más distantes, y la planicie empezaba a mostrarse en grandes extensiones, en parte cultivada, y en parte sin cultivo alguno: dedicada al pastoreo. Y más adelante la uniformidad del paisaje, no tenía solución de continuidad. Las estaciones del tren menos próximas unas a las otras, casi todas iguales; los pueblos, más distantes aún, entre sí, iguales, el campo siempre igual.

La mañana era hermosa; el sol se levantaba en un cielo azul obscuro en el cénit, muy claro hacia el límite del horizonte, cruzado por pequeñas y ligeras nubes blancas, semejantes a capullos de algodón. La vista se tendía sobre una llanura que se dilataba hasta el confín formado por la tierra y el espacio. Y la sensación del desierto se hubiera sentido por momentos ante el campo sin más vegetación que los pastos naturales, si no fuera que el tren en su marcha presentaba a cortos intervalos las líneas del telégrafo, los cercos de alambre divisorios de las heredades, los ais-

lados bosques de las estancias, los ganados que en grupos pacían tranquilamente, y algunos trechos de tierra cultivada.

Lorenzo pensó que aquello debía asemejarse a las estepas rusas; pero al instante cambió de parecer: las caras satisfechas de los viajeros que ocupaban su mismo coche, su porte de propietarios y hombres de negocios, los chorros del sol potente de luz y calor, que cubrían la superficie alegrando el paisaje, evidenciaban que aquello era distinto de la estepa, y que la vida civilizada y activa corría vigorosa sobre la pampa. Lorenzo cruzaba las tierras del Oeste de la provincia de Buenos Aires.

Arrinconado en uno de los últimos asientos, mirando siempre por la ventanilla, sentía la sensación de que en el límite del horizonte concluía el mundo, que la tierra se perdía allí en el vacío.

No obstante, Lorenzo no tenía su pensamiento totalmente entregado al paisaje que contemplaba. De vez en cuando venía a preocuparle una idea que no le abandonaba sino por momentos. El día anterior Rodríguez le había dicho que Enrique Acosta cortejaba a Cristina, dándole a entender que la sinceridad de tal galanteo era muy dudosa. Y ya satisfecho con lo que había visto y que se repetía con gran uniformidad, su pensamiento vino a ocuparse de esto solamente.

Habían hablado muy poco del asunto: una insinuación ligera de Rodríguez; una manifestación por parte de él de tener perfecta confianza en la seriedad de su prima; una opinión decididamente acorde de Rodríguez en cuanto a ello, con el solo agregado de que, sin embargo, sería sensible llegara a ser engaña-

da en sus sentimientos; y nada más. Pero era bastante, y Lorenzo quedó y continuaba preocupado. Se imaginaba a su modo lo que ocurría. Acosta rico, desocupado, con una alta posición social; su prima pobre, dando lecciones de piano para vivir: él no vería en ella más que una desventurada criatura, susceptible de deslumbrarse con sus falsas .promesas; y ella en cambio vería en él al predestinado por el cielo para sacarla de la pobreza y hacerla feliz. ¡Cómo podría imaginarse nunca Cristina, dada su bondad y su educación, que se tratara solamente de jugar con ella o de algo peor? Porque era indudable que Rodríguez sabía, quizá por Acosta mismo, bastante más de lo que había insinuado.

Y Lorenzo empezó a sentir una cierta animosidad contra Enrique, extrañándole, por otra parte, que su prima atendiese a éste sin haberse percatado previamente de sus intenciones y sin plantear las cosas en el terreno formal que correspondía. Era necesario prevenirla; hablar con su tía; y pensaba que ya debía haberlo hecho antes de partir.

En la estancia, Acosta lo recibió con la mayor amabilidad y llaneza.. Por casualidad ese día fué a la estación el coche del establecimiento a traer unas encomiendas, y Lorenzo pudo así trasladarse en él. No había avisado, en la creencia de encontrar allí carruajes de alquiler. Pero la estación estaba rodeada de campo raso. Sólo existía frente a ella una casa de negocio.

—Pero, doctor, le dijo Acosta, ¿cómo no me telegrafió que venía? ¿Qué hubiera usted hecho si no se encuentra con el coche?

—Creí que iba a descender en un pueblo.

—El pueblo está una estación más adelante y allí sí contaría con medios para venir.

Acosta, en el aislamiento en que se había confinado, vió con satisfacción la llegada de Lorenzo, tanto más cuanto que conocía sus propósitos y éstos coincidían con su modo de pensar. Le gustaba la gente que miraba el trabajo como el medio más honroso de mejorar de posición. Esa misma tarde le mostró el establecimiento, recorriendo en coche una buena parte del campo. Lorenzo examinó todo con el mayor interés: los toros a galpón; los novillos gordos y lustrosos, de las mejores razas; la cremería... Era aquel un gran establecimiento, representaba una verdadera fortuna, y él iba a emprender una explotación modestísima. Así se lo significó a Acosta, agregando que sólo la fantasía de su prima podía haberle inducido a ir allí para ilustrarse sobre lo que podía hacer.

—Su prima — le observó Acosta — sabe menos que usted de estas cosas, puesto que no habrá salido nunca de Buenos Aires; pero créame, otros han empezado por menos que usted, y lo que aquí vea no le estará de más.

—Al contrario; ningún conocimiento está de más ciertamente; he querido expresar que lo que yo pueda hacer será en muy pequeña escala.

Lorenzo se hizo simpático a Acosta. A través de lo que conversaron durante aquel día, aquel notó que era un joven no sólo inteligente sino discreto. Contrariado por la vida que su hijo Enrique llevaba en la ciudad, vida sin más objetivo que vestirse como un dandy, pasar las mañanas en la cama, las tardes en el

Club y las noches con mujeres, la decisión de Lorenzo de trabajar en el campo hasta que pudiera establecerse con desahogo en Buenos Aires, cobraba a sus ojos grandes proporciones. Y lo retuvo con él para regresar juntos cinco días después. Lorenzo se quedó con el mayor agrado. Acosta tenía una casa espléndida, llena de comodidades; poseía bastantes libros, recibía los principales diarios de Buenos Aires que mandaba a buscar todos los días al correo de la estación, y se daba buena vida: de manera que para Lorenzo era un verdadero recreo estar allí. Sin embargo, al caer de la tarde, cuando contemplaba el campo, le invadía una vaga tristeza. Pero ésta se iba tan pronto como penetraba en las habitaciones, iluminadas a luz eléctrica.

Acosta, de natural franco, pronto trató con confianza a Lorenzo, y le informó minuciosamente de los usos del país y de la vida en el campo. En uno de los últimos días le habló de la política, en una forma que causó extrañeza a su huésped. Los gobiernos preocupados, según él, de verdaderas minucias, no habían prestado la atención debida al problema esencial en que radica el engrandecimiento de la República: la división de la tierra y su explotación. Era necesario cultivar los campos, fundar nuevos pueblos, arraigar la población, porque en muchas provincias y en los territorios del Sur había grandes zonas poco menos que desiertas. Todo el progreso se había concentrado en la Capital y en algunas otras ciudades importantes, mientras las regiones del Norte se despoblaban y las del Sur continuaban sin población alguna. Era indispensable dividir la tierra, entregarla a la colonización, y proteger en forma decisiva a los pobladores para

que se radicaran definitivamente. Todos lo veían. Desde muchos años atrás se venía predicando, pero hasta entonces la acción de los gobiernos había sido nula. Entretanto los campos, en parte acaparados por grandes capitalistas que los tenían abandonados. esperando que el tiempo los valorizara, y en parte en manos aún del Estado, nada producían; se conservaban vírgenes y desiertos. Si hace veinte años se hubieran regalado en fracciones de una legua a hombres trabajadores decididos a explotarlos y mejorarlos, en impuestos habría sacado el gobierno mucho más de su valor. No habían servido los ejemplos que se operaron en la zona del Oeste de la Provincia de Buenos Aires. Hacía menos de cincuenta años que algunos vascos trazaban con sus carretas los caminos hacia las zanjas de la frontera con los indios, o cruzaban con sus majadas de ovejas a campo traviesa las tierras del Oeste entonces abiertas, sin alambrados divisorios, buscando los campos fiscales donde asentarse, porque en ellos no pagaban arrendamiento. La acción privada de esos hombres de energía, se realizó en la provincia por el influjo de las poblaciones ya formadas, de las cuales salían hacia los puntos deshabitados los ganosos de prosperar. El territorio nacional de la Pampa se consideraba entonces como un campo de desolación: el sólo nombre asustaba a los hombres de la Capital. Hoy se veía que era calumniado. Los territorios del Sur no se conocían sino por sus nombres geográficos; tierra adentro de ellos reinaba el misterio. Los gobiernos sólo tendían la vista a ellos sobre el mapa. Y fácil era de comprender que la simple acción privada, la lenta descentralización, no podía alcanzar,

sino después de muchos años, a las tierras lejanas del Sur.

Lorenzo le oía con la mayor atención, cuidándose de retener en la memoria lo que decía. Acosta, la emprendió en seguida con la Capital de la República.

—Es la Capital, mi amigo, la culpable de todo, porque todo se lo traga. Ella ha crecido de una manera enorme, se ha hecho populosa, adoptó los mayores refinamientos para la vida cómoda: todos desean ir a ella y nadie, ni aún los más necesitados, quieren salir de allí.

Lorenzo le observó que todas las grandes capitales tienen ese poder de atracción. Acosta convino en ello; pero en la Argentina pasaba de los límites razonables. No se conocía un país donde el desequilibrio entre la Capital y el resto de la nación fuera tan notable. Todos se daban cuenta de ello; pero nada se hacía por ponerle remedio. Y lo peor de todo era que la fantasía, el lujo, casi diría el sensualismo, se había infiltrado en el espíritu de la gente de la ciudad. La juventud, en su mayor parte, carecía de ideales, pensaba poco: los ricos sólo se preocupaban de divertirse; los empleados, de ganar su sueldo lo más cómodamente posible para disiparlo en los placeres que sus recursos les permitían; los pobres, de obtener dentro de la ciudad misma los medios de saborear la vida como los otros. No había previsión, no se pensaba en el futuro, eran escasos los que tomaban un rumbo formal o se preocupaban de ser algo. Diríase que en el amplio ambiente de la ciudad se esfumaran las energías. Todo el mundo se preocupaba en primer término, de gozar de una u otra manera.

Las mujeres eran el objeto predilecto de los hombres; éstos muy poco tiempo podían estar sin pensar y hablar de ellas; pero no para considerarlas como seres destinados a armonizar la vida, como las compañeras dignas con quienes compartir el destino, sino para verlas como objeto de placer o de superficial distracción o como suministradoras de capital si eran ricas. En su tiempo la juventud estaba animada de un gran espíritu de adelanto: unos pretendían descollar en la política, de la cual se preocupaban fundamentalmente; otros aspiraban a sobresalir en las letras o en sus carreras profesionales, y los que no podían más o sus inclinaciones los encaminaban hacia el campo, ponían su pensamiento en formarse una posición en él. Y no es que no pensaran también en divertirse, pero no subordinaban a ello lo mejor de su atención y de su tiempo. Ahora los jóvenes tenían tal afán de disfrutar de la juventud, que no parecía sino que fueran a perderla en seguida y se vieran obligados a procurar que no se les escapara sin aprovechar sus cortos momentos. Y quizás realmente con tal sistema se les iba con demasiada rapidez. Entretanto, las mujeres sólo soñaban en vestirse no ya con elegancia, que esto no sería un mal, sino con un lujo desmedido.

Lorenzo permanecía callado. Se daba cuenta que Acosta en sus últimas apreciaciones, respiraba por la herida. La conducta de Enrique tan en oposición con los deseos del padre, producían aquella acritud contra las cosas de la ciudad. Se hallaban sentados en los sillones del vestíbulo, y la luna iluminaba débilmente el campo por el cual parecía que flotaran vaguedades

de misterio: algo indefinible que conmovía el alma bajo la sensación producida por la llanura sin fin, sumida en la penumbra de la noche.

—Amigo — dijo Acosta — le he dado un "solo" como para que se duerma.

—Al contrario, me ha interesado mucho el giro de su pensamiento.

—Y sin embargo, como usted tiene un juicio tolerante, estoy seguro que cree que exagero.

—Me parece, si usted me permite, que generaliza demasiado. La generalización es un mal de nuestros tiempos. Un hecho aislado, una serie de hechos, que dentro de un conjunto grande no pasan de excepción, los tomamos como regla general y todo lo apreciamos al través de ellos. Yo no conozco bien la Capital, pero he visto una gran actividad en ella; la gente se mueve, trabaja; son pocos los que realmente pasean. He oído muy excelentes opiniones respecto de los hogares; veo por lo que pasa en casa de mi tía, que nada hay de exageración en esos juicios, y considero que si el crecimiento de la ciudad ha transformado las costumbres, ello no habrá afectado sino la parte exterior, diremos así, quedando en el fondo todo lo bueno que existía antes. Con el crecimiento, habrá mayor número de personas despreocupadas, viciosas, pero falta saber si se ha alterado la proporción. El progreso trae siempre grandes vicios consigo. Lo que puedo asegurarle es que en la Capital se percibe a simple vista, la cultura de la gente, en su gran mayoría de un natural fino.

—Eso sí; es proverbial en nosotros, y los que vie-

nen, si traen corteza ruda, concluyen por perderla. Pero, lo que he dicho, está lejos de ser la excepción de la regla. Quiero admitir que haya exageración en mi modo de calificar los hechos, en los conceptos que he usado al detallarlos. Pero, créame, la juventud no piensa y los gobiernos no sirven para nada. Usted va a tener ocasión de comprobarlo.

—En cuanto a los gobiernos no estoy en condiciones de opinar. Respecto de la juventud, si fuera a juzgar por César Rodríguez, el amigo de su hijo Enrique, le aseguro que merece mis mejores elogios.

—Verdad que ha andado usted con él. Parece realmente juicioso; pero los jóvenes como él no son los que abundan. Y además hay que estar en las intimidades de la vida de cada uno, para poder juzgar.

—Lo que indica que nadie puede hacerlo de una manera general, porque será imposible conocer a todos.

—Pero yo conozco el ambiente y eso me basta.

Lorenzo, antes de acostarse, escribió un resumen de lo que acababa de oir. Hallaba en lo que Acosta le había dicho más de un problema digno de estudio, y él se proponía observar por sí mismo las cosas para ver hasta qué punto era exacto lo que aquél afirmaba.

Al día siguiente regresaron a Buenos Aires. Lorenzo no demoró en hablar a su tía sobre los galanteos de Enrique, y las sospechas que ellos despertaban en Rodríguez. La viuda de Irala se mostró tranquila. Cristina la tenía al tanto de todo; se trataba de simples conversaciones en la casa de sus discípulas, hasta entonces sin importancia, y Cristina estaba advertida

de que no debía hacerse ninguna ilusión, porque no había fundamento para ello. Lorenzo no quedó conforme con esta tranquilidad, que atribuía a despreocupación de su tía. Cristina era formal, es cierto, pero siempre hay peligro en jugar con fuego. Por lo menos debiera decírsele que las intenciones de Enrique no eran serias. Pero no creyó conveniente insistir, temeroso de que Cristina llegara a considerarse ofendida. Y queriendo conocer más concretamente lo que Rodríguez supiera, se vió con él. Rodríguez esquivó darle detalles en ese momento; pero le invitó a ir a Palermo el domingo próximo; pasearían y podrían hablar con detención.

En realidad, Rodríguez quiso ganar tiempo para ver lo que debía decirle. Irala se interesaba en el asunto de una manera que podía dar lugar a que se planteara una explicación entre él y Enrique y hasta quizás un incidente. Por su parte consideraba un deber de conciencia hablar claramente, decir todo lo que Enrique había manifestado al respecto; porque para él era una enormidad que por un mero capricho de aquél, pudiera Cristina caer en una desgracia irrepa-
de cumplirse. No entraba en sus sentimientos que los
rable o amargarse por algún tiempo la vida, engañada por falsas palabras y por promesas que no habían hombres, para satisfacer sus deseos, se valieran de tales medios, y menos con personas como Crstina, cuya circunspección la hacía más digna de respeto. Hasta tuvo la idea de advertírselo a ella misma o de hablar con el padre de Enrique para que impidiese lo que éste proyectaba. Pero no veía la necesidad de que Irala

se precipitase tanto: se trataba de un asunto que, con calma, se solucionaría perfectísimamente y sin trascendencia alguna.

Lorenzo continuó yendo por la noche a casa de su tía y le pareció que Cristina estaba preocupada. ¿Le habría advertido algo la madre? ¿Quería a Enrique y sería esto lo que embargaba su espíritu? Nada se hablaba al respecto e Irala no podía descifrar el enigma.

VI

Llegó, por fín, el domingo y Lorenzo se vió con Rodríguez. Este fué más explícito que anteriormente respecto de las intenciones de Enrique. "Tengo motivos suficientes — le dijo — para afirmar que está jugando con Cristina." Lorenzo quiso saber en qué se fundaba, pero Rodríguez volvió a excusarse de entrar en detalles, alegando que para advertir a aquella y hacerle cortar la relación, lo dicho era bastante. Y le invitó a ir al Hipódromo: allí podría ver una parte de la alta sociedad porteña, pues se disputaba el gran premio de primavera; y posiblemente se hallaría también la familia de Acosta. A la vuelta pasarían por el paseo de Palermo. Lorenzo hubo de resignarse a dejar de lado el asunto de su prima: no se consideraba con la confianza necesaria para obligar a Rodríguez a mayores explicaciones. Pero la negativa misma de éste y su afirmación final, le inducían a pensar en lo más malo. Era ya indudable para él que Enrique, hablando con sus amigos, se ocupaba con ligereza de Cristina.

Frente al Hipódromo se agrupaban los automóviles particulares, los de alquiler y algunos coches, ocupando la amplia avenida, a la espera de poder acercarse a la entrada. Venían en filas ininterrumpidas, haciendo cola los que iban llegando, mientras los que se desocupaban, unos se estacionaban más allá de los

portones para esperar a sus dueños, y otros regresaban a buscar nuevos pasajeros. Los tranvías llegaban también a cada momento repletos de hombres.

Rodríguez y Lorenzo se bajaron en cuanto su automóvil quedó detenido, y marcharon a pie. En el Hipódromo el gentío era excepcional. Las tribunas populares se habían llenado ya con los madrugadores en llegar, y una gran parte de la concurrencia buscaba lugar en las vallas que cercan la pista. En las tribunas de los socios y en los jardines, se destacaban las figuras atrayentes de las damas y las niñas, luciendo su elegancia: algo de lo más distinguido de la sociedad de Buenos Aires, con lujosos vestidos y caras sonrientes.

Rodríguez no se había engañado: sentada en uno de los bancos de la "pelousse" vió a la de Acosta y a sus dos hijas. Enrique debía andar por allí y quizá estuviera también el padre. Y así era en efecto, pronto se encontraron con éste que se encaminó hacia ellos.

—¿Es usted aficionado a las carreras, doctor? — le preguntó a Lorenzo mientras le estrechaba la mano con su derecha y tendía la otra a Rodríguez.

—No, señor; he venido por acompañar a Rodríguez y por ver la concurrencia.

—Pues no va a salir defraudado: hay bastante gente. Parece que se hubiera dado cita aquí una buena parte de nuestro gran mundo.

—Y una aún mayor del que no lo es — agregó Rodríguez.

—Oh! esa no falta nunca. Hay una afición desmedida al juego: una verdadera calamidad. Y ahora hasta a las mujeres les da por jugar.

En ese momento llegó Enrique y el padre no pudo continuar su crítica. Hecha la presentación de Lorenzo, Enrique empezó a hablar de la carrera que se iba a correr, de cuál era su caballo favorito y de las razones que tenía para esperar que ganara.

Lorenzo lo observaba con disimulo. Era un joven indiscutiblemente elegante, no mal parecido, y que estaba al corriente de todo el vocabulario exótico relativo al "sport". Vestía de jaquet, sombrero cilíndrico, zapatos de charol; sus maneras no contradecían su modo de vestir y nada revelaba que fuera un hombre disipado. ¿Cómo Cristina podía dejar de atenderlo si se dirigía a ella invocando sanos propósitos? Era lógico que lo atendiera y aun que se entusiasmara por él. Preocupado con esta idea, Lorenzo permanecía en silencio y un tanto mustio.

—La de Ortiz y sus hijas están al otro extremo de la "pelousse". Creo que esta noticia te ha de interesar — dijo Enrique dirigiéndose a Rodríguez.

Y se despidió para ir a hablar con sus amigos sobre las probabilidades de que ganara el caballo al cual había jugado. Rodríguez invitó a Acosta y Lorenzo a recorrer los jardines: deseaba saludar a su novia. Pero Lorenzo pretextó que tenía interés en ver la carrera que ya no debía tardar en partir, y le rogó que fuera a cumplir con sus relaciones: él le esperaría al lado de la valla. En realidad Lorenzo se sentía algo cohibido en aquel ambiente de lujo y refinamiento; le preocupaba el estado de su traje un tanto desaliñado, y por otra parte, consideraba que si Rodríguez quería hablar con la novia, lo haría más a su gusto yendo solo. Acosta apoyó la indicación de Lorenzo.

—Vaya, amigo, — le dijo — salude a su futura suegra, hable con su novia; yo acompañaré entretanto a Irala.

Pero Lorenzo no pudo substraerse, como quería, a cruzar por los jardines. Al poco rato regresó Rodríguez diciendo que la señora de Ortiz, al saber que andaban juntos, manifestó deseos de conocer al primo de Cristina, a la cual ella estimaba tanto; y él se había ofrecido a presentárselo.

—¿No le interesa a usted ver de cerca a nuestra buena sociedad, que no quiere usted aprovechar esta ocasión en que hay aquí reunida una buena parte de ella? — le dijo la de Ortiz iniciando la conversación.

Lorenzo tenía el gran recurso de su sinceridad para salir bien de cualquier situación social que se le ofreciera embarazosa.

—De ninguna manera, señora; — le contestó — me interesa y mucho, y esto debe suponerse en un extranjero. Habría visto con placer y hasta con especial atención tan selecta concurrencia si anduviera solo; pero ya ve usted, en tan buena compañía como el señor Acosta y Rodríguez y con este traje...

—Déjese usted de esa preocupación; está usted muy bien y aquí sabemos juzgar de las personas no sólo por su traje.

—No lo dudo, señora, pero...

—¿Por qué no trajo usted a Cristina? — le preguntó la de Ortiz interrumpiéndole intencinoalmente.— No le haría mal tomar aire.

—Yo mismo no pensaba venir; Rodríguez me trajo. Luego, no salen aún a fiestas.

—Es verdad; me olvidaba que guardan aún luto riguroso.

Rodríguez se había ído al grupo donde estaba su novia, a pocos pasos de allí. En ese momento, llegó la de Acosta y sus hijas, quienes al ver desde su asiento que aquél y Rodríguez andaban con un desconocido, se levantaron con el propósito de encontrarse con ellos y saber quién era. Lorenzo pudo conocer asi toda la familia de Acosta.

—Me ha dicho Cristina que piensa irse usted a trabajar al campo — continuó la de Ortiz. — Será usted de los pocos a quienes no seduce nuestra ciudad.

—No me incluya en ese número, señora. La Capital es sin disputa más agradable que el campo, y yo, como todos, preferiría quedarme en ella. Pero por razón de circunstancias y del propósito que me he formado, considero que mi base estará en la explotación rural.

—Ya lo creo, — dijo Acosta — y es una gran virtud, mi amigo, desprenderse de los halagos de la ciudad, donde usted no haría más que vegetar, para hacerse de recursos afuera.

—Por lo demás — dijo Lorenzo — no pienso irme lejos y me será más fácil venir de vez en cuando.

—Sólo así creo que podrá acostumbrarse — dijo la de Acosta. — La vida del campo es muy triste, en ese aislamiento...

Y no pudo concluir la frase.

—Le diré a usted — contestó Lorenzo. — Es en efecto, triste; lo he notado, en la estancia de ustedes, y para mí lo será más en la forma en que voy a establecerme. Pero es cuestión de carácter y aun de de-

cisión. De día no me faltará en qué ocuparme, y de noche, encerrado con mis libros, no sentiré la nostalgia.

—Escribe usted — dijo la de Ortiz. — Cristina me ha dicho que es usted escritor.

—Tanto como eso no; he escrito algo por afición.

—¿Y por qué no se queda usted en la ciudad y trabaja como abogado? — preguntó la de Acosta.

—Porque no le conviene — contestó éste por él, al ver la imprudencia de la pregunta.

—No quiero que pierda de ver la carrera — dijo la de Ortiz. — Salude a Cristina y dígale que celebro que usted se quede cerca de ella.

Acosta se alegró de que la de Ortiz pusiese fin a la conversación. Temía que su mujer hiciera alguna otra pregunta impertinente. Al mismo tiempo pensaba que la de Ortiz se interesaba por Cristina en una forma bastante especial. ¿Sabría que Enrique la galanteaba y quería con ese marcado interés protegerla moralmente? Era necesario que él hablara cuanto antes con su hijo para poner las cosas en su lugar.

Lorenzo se despidió, y con Acosta, que le servía de guía, se encaminaron, cruzando los jardines, hacia las tribunas populares. Él también se alegró de poder retirarse, pues aunque le fuera sumamente grata la amabilidad de la señora de Ortiz, no se hallaba con ánimo para conversar con señoras. Sentía algo de tristeza en aquel ambiente donde las personas exhibían no sólo su distinción sino sus medios de fortuna, considerando su situación de escasez y la de su tía. Ese ambiente muy bien podría haber sido el de Cristina, si fuese rica. La relación de ésta con Enrique ponía también en su espíritu un poco de abatimiento: era su

prima y le mortificaba que se jugara con ella. Por otra parte, le asaltaba el temor de que su tía no tomara en cuenta las advertencias que pensaba volver a hacerle, basándose en lo que Rodríguez le había dicho nuevamente.

No bien se retiraron, la señora de Acosta no pudo callar la impresión, nada favorable, por cierto, que Lorenzo le había causado.

—¡Si no tiene trazas de abogado ni de nada! — exclamó como final de su comentario.

—No hay que juzgar por las apariencias — le replicó la de Ortiz.

—¿Pero no ha visto usted qué acento tan grueso de voz? Se ve que no se ha tratado y me parece que ha elegido bien en irse al campo.

—Sin embargo — observó la de Ortiz — habla correctamente y nada demuestra que no sea una persona culta.

—¡Cállese, por Dios! ¿No ha visto que no tiene ninguna desenvoltura? Hasta parecía que hablaba con cortedad.

—Eso prueba que no es ningún atrevido — dijo la de Ortiz y agregó con un poco de ironía: —Nada extraño es que haya estado un tanto cohibido ante personas que trata por primera vez y de improviso, pues no quería venir de este lado y Rodríguez lo trajo. Pero ha estado perfectamente correcto, y créame, después de todo, es preferible poseer cultura interior, aunque el exterior no ayude, que aparentarla superficialmente sin tenerla.

La de Acosta, que no quiso darse por aludida,

convino en ello, pero agregó que en sociedad, ambas cosas son necesarias.

—Pero quien se expresa como él, aunque no vista bien, o no parezca pulido no puede considerarse que carezca de ambas — le replicó la de Ortiz.

—A mí no me parece tan tosco como tu dices, mamá — dijo Julia, la menor de las Acosta.

—Puede ser que a mí no me haya causado buena impresión. Yo no quiero decir que no sea instruído.

—Debe serlo, porque la expresión de sus ojos parece que viniera de lo profundo — afirmó Julia.

—¡Cómo lo has observado! — dijo la hermana.

—Y papá lo elogia mucho; — continuó Julia — de modo que algo ha de valer.

—A tu padre — replicó la de Acosta — como le hablen de ir al campo a trabajar, ya lo tienen encantado.

Julia, en efecto, se había fijado mucho en Lorenzo. Al principio, como todas, por mero espíritu de observación femenil que tan fácilmente percibe los detalles de las personas. Después le llamó la atención su mirada un poco triste y pensativa, y ya no perdió de vista lo que exteriorizaba su semblante.

No era buen mozo, pero tampoco era feo; su cara poseía rasgos de energía, que no se destacaban por la forma amable y medida de la conversación. Alto, a poco que quisiera, podría convertirse en un elegante. Su bigote negro y sedoso, suavizaba sus facciones, pero las suavizaba aún más, en ese momento, la expresión de sus ojos mansos, que parecían pensar por sí solos, tanto cuando él hablaba, como cuando escuchaba lo que le decía la señora de Ortiz. Había en ellos la na-

turalidad del hombre reflexivo, y al inclinarse levemente ante su interlocutora, lo hacía también con toda naturalidad. Su voz a veces era poco suave, pero esto respondía solamente al acento propio de su tierra.

Julia no hizo este análisis de Lorenzo con esa despreocupación de quien toma datos para tener de qué hablar. Le había impresionado todo eso, y consideraba acto de justicia reconocerle las cualidades que ella le notaba. Era quizá la primera vez que un joven había ocupado en esa forma su atención, habituada como estaba a considerarlos con frívola ligereza.

Corrido el gran premio, Lorenzo y Rodríguez se fueron a Palermo. En el camino, y mientras recorrían a marcha lenta del automóvil las avenidas que separan los jardines, Rodríguez quiso conocer las impresiones que Lorenzo tenía de lo que había visto. Sobre todo deseaba hacerle hablar, porque lo notaba preocupado.

Lorenzo se expresó con decidido entusiasmo respecto a la belleza y elegancia de las mujeres: cuidaban especialmente de la línea en su manera de vestirse, y todas tenían actitudes armoniosas. La señora de Ortiz había estado extremadamente fina con él, y quería a su prima, por lo que le quedaba agradecido. Las damas de Buenos Aires le iban resultando en su modo de ser muy mejores de lo que la crítica nacional las juzgaba. En la misma casa de su tía se hallaba un ejemplo evidente, a pesar de la situación no muy holgada por que cruzaban, y de no haber actuado en lo que se denominaba el gran mundo. Por otra parte, la gente que había visto en el Hipódromo, parecía ser feliz.

—En esto último no estoy del todo de acuerdo — le dijo Rodríguez.—Las mujeres, aunque a simple vista no se perciba, están lejos de ser felices, y además caen demasiado en la frivolidad, salvo contadas excepciones. En la clase medianamente acomodada, el lujo va más allá de los límites razonables; y me refiero a esa clase, porque en la pudiente, por más que también sea excesivo, es más disculpable.

Lorenzo vió que Rodríguez tenía la misma opinión que Acosta, y creyó oportuno aclarar las cosas.

—Usted sabe — le contestó — que la felicidad absoluta no existe. En cuanto a la frivolidad y al lujo es un producto de nuestros tiempos y también de los pasados; ha imperado siempre en las sociedades ricas, porque la riqueza abre las puertas al refinamiento general.

—Conforme; pero aquí pasa de raya, y la culpa la tienen los hombres.

—¿Cómo puede ser así?

—Verá usted; los padres y los maridos se dejan arrastrar por la corriente. Pocos tienen la fuerza de voluntad necesaria para constituirse en excepción. Nadie quiere ser menos; y así se gasta superfluamente más de lo que se debe. Una gran parte de nuestros jóvenes no se preocupa del porvenir, no tienen seriedad fundamental, piensan poco, y ofrecen escaso aliciente al idealismo natural de las mujeres. En cuanto a los hombres hechos, casados y no casados, también se podría decir mucho. Las mujeres caen en la frivolidad porque los hombres son también superficiales, indiferentes o poco contraídos.

Rodríguez exteriorizaba juicios que más de una

vez habían sido objeto de sus meditaciones. Le gustaba pensar, discutir interiormente, en procura de formar una opinión fundada, y, de ser posible, segura de las cosas que presentan aspectos opuestos o complejos. Había estudiado derecho, pero no concluyó la carrera. Era huérfano: su padre, un alto empleado de la administración, falleció siendo él muy niño: casi no lo recordaba; y su madre, cuando él estaba por cumplir los veinticuatro años. Heredó un campo que tenía arrendado, y cuya renta le permitía vivir holgadamente. Su madre, un tanto severa pero muy cariñosa, le crió bajo la idea de que estaba obligado a reemplazar al padre, tanto en seriedad y buen juicio, como en el manejo de los intereses que poseían. César se hizo así formal desde la infancia. De inteligencia clara, muy dado a leer y a escribir, se aficionó a las letras: colaboraba en uno de los diarios más importantes y se proponía hacer obra literaria más completa después que se casara, para lo cual había bosquejado ya algunos temas. Al morir su madre, dejó los estudios de derecho, estando en el penúltimo año, y pensaba reanudarlos, porque la de Ortiz, su novia, le pedía que se diplomara, aunque no lo exigía como condición para casarse. Ahora tenía veintiocho años.

Había, pues, puntos importantes de coincidencia en los rumbos mentales de Lorenzo y Rodríguez, y éste vió en aquél un colega en el periodismo, en las letras y casi en la profesión, a quien tenía placer en acompañar y suministrarle las noticias que le interesaran. Luego, eran de muy parecido carácter.

No obstante haber pensado diversas veces en lo que había dicho a Lorenzo, Rodríguez no alcanzó nun-

ca a considerar absolutamente ciertas sus opiniones. La sociedad era demasiado grande para abarcarla en un concepto general definitivo. No le cabía duda de que existían los defectos que señalaba; pero honradamente no podía determinar su extensión. Pero ya hemos dicho que quería hacer hablar a Irala, para que se distrajera, y ahora, además, para conocer su pensamiento, pues notaba que su criterio era reposado. Y por eso daba a algunas de sus afirmaciones una significación absoluta que iba más allá de su sentir.

—¿No piensa usted, como yo, que son los hombres los que tienen la culpa?

—No estoy del todo de acuerdo. Si las mujeres son frívolas, creo que no pueden cohonestar este defecto con la superficialidad de los hombres. Cada uno debe cargar con la responsabilidad de sus actos.

—Habla usted como un asceta o quizá como un jurista: de ahí lo de la responsabilidad. Pero las costumbres más que hechos individuales son un producto del medio en que se actúa. Y entonces, por lo menos, habría una responsabilidad conjunta.

—Equivale a lo que yo digo: cada uno debe cargar con su parte.

—Es distinto, porque aunque las mujeres no puedan disculparse con el modo de ser de los hombres, tratamos ahora de establecer las causas del mal que señalo.

—Si la frivolidad es un mal, como usted dice, o un simple defecto, como yo creo, es cosa demasiado generalizada en todas partes.

—Perfectamente, no nos particularicemos. ¿Pero quién tiene la culpa? Los hombres, por la excesiva li-

bertad que se atribuyen. Este lleva una vida tan disipada como de soltero; tal otro tiene su querida y se vanagloria de tenerla, salvando muy malamente las apariencias, porque su misma vanidad se lo impide. Aquél ha caído al matrimonio para refugiarse en él como lugar de descanso de los excesos juveniles, y aun comete el contrasentido de casarse con una mujer demasiado joven; el de más allá, acostumbrado al trato de las mujeres a quienes pagaba sus caricias, disimula mal sus hábitos ante la delicada criatura que ha unido a su destino. Agregue usted el juego... La enumeración sería larga.

—Eso es cierto; pero me parece que convierte usted en regla las excepciones. Conozco poco, pero los informes de mi tía van por otro lado.

—Demos por sentado que sea así, aunque desgraciadamente las excepciones serían demasiado numerosas. Pero prescindiendo de lo que he dicho ¿cree usted que las mujeres tienen motivos para estar contentas de los hombres?

—Veo, por lo menos, que de novias los quieren, y que después se casan con ellos muy complacidas. Sería absurdo pensar que lo hagan por mero convencionalismo, salvo uno que otro caso.

—Conformarse no es satisfacerse. No digo que de novias no se ilusionen y hasta que disculpen cosas que ciertamente no son para disculpar. Esperan siempre que el hombre, una vez casado, se haga juicioso; cada una cree que a pesar de todo, ella ha llegado a ser la preferida, y que en lo sucesivo llenará la vida del que la reclama como inseparable compañera.

—Y en la generalidad de los casos así resulta, y

en ello radica la armonía que subsiste en el matrimonio, a despecho de incidencias pasajeras. Me parece que usted va en pos de lo absoluto, y lo absoluto, al menos en esto, no puede existir.

—Con lo relativo se conformarían ellas, si lo relativo fuera suficientemente bueno. Amigo mío, los hombres han perdido el romanticismo, carecen de idealidad y es por eso que temen tanto al matrimonio y no se casan o lo hacen en ciertas condiciones. Y no es que yo piense que deban tratar a las mujeres con esa galantería romancesca de que habla la poesía del pasado y aun la del presente. No; pero podían hablarles un poco más a la imaginación, no desentenderse tanto de su vida interior, y seguirlas menos en sus frivolidades, substituyendo, desde luego, lo que es trivial, por algo de más agradable y más serio sentido.

Lorenzo no contestó. A este respecto estaba de acuerdo, aunque no atribuyera a eso las graves consecuencias que Rodríguez sacaba. Este continuó:

—Estamos hablando de las mujeres ricas, a propósito de las que usted ha visto en el Hipódromo. ¿Cómo cree usted que yo considero a una mujer rica, culta y espiritual? Como a una eterna perseguidora de la línea del infinito.

Rodríguez dijo esto sonriéndose y Lorenzo no pudo menos de hacer lo mismo.

—La figura es atrevida — dijo Lorenzo — digna del verso romancesco a que usted aludía. Por ese camino nos ponemos fuera de toda realidad.

—Menos de lo que usted se supone. Reduzca la frase como quiera; cámbiele todo el vuelo que tiene: lo cierto es que hay siempre en la mujer un anhelo

íntimo de algo mejor, una propensión marcada a las cosas completas o perfectas.

—Pero ese anhelo lo tenemos todos.

—Sí, pero mientras el hombre posee la libertad de expandirse, la mujer debe concentrarse, debe vivir a solas con su ensueño. Cuando es soltera todavía puede alimentar la esperanza de llenar su ideal; pero si es casada, desgraciado del marido que no se preocupe de hacerle sentir que el punto del infinito que busca lo posee ya; que más allá no hay nada; que la línea que persigue es una quimera, porque no teniendo límites el infinito carece de líneas. Desgraciado del que no tenga las condiciones necesarias para hacérsele comprender y palpar, o que con su indiferencia la deja expuesta a que prácticamente reciba el desengaño por sí misma, o a que otro despierte en ella la idea de tener a la mano lo que va buscando.

Lorenzo se rió de esta ocurrencia de Rodríguez.

—Hallo notable su fina ironía; pero usted convendrá conmigo en que, aun en el supuesto de que a una mujer rica, culta y espiritual, como usted dice, le pasara eso, siendo de suyo honesta, como lo son la mayoría, tendría la virtud de encerrarse con su ensueño relativo a la línea del infinito. Su tesis niega a la mujer toda virtud propia para mantenerse a salvo, y aún para distinguir la realidad de la quimera.

—La virtud de mantenerse a salvo no puede negarse a todas; de perseguir la quimera ya es otra cosa. Y por eso afirmaba que la simple falta de atención de los hombres puede ser causa de que no sean felices. Ya dije que conformarse no es satisfacerse.

—Y yo le repito que la felicidad absoluta no exis-

te y que las mujeres, como los hombres, lo saben. Todos nos sometemos a esta realidad evidente.

—Es que los hombres nos sometemos en mucho menor grado. Hoy las mujeres, es cierto, gozan de una libertad más amplia que en otros tiempos; pero créame, es consecuencia de la gran libertad de que los hombres, a su vez, quieren disfrutar. Muchos toleran esto o lo otro, para quedar más libres, y hacer más cómodamente su gusto. Y luego queremos que no sean frívolas, que no se dejen arrastrar por el afán de la vida inquieta, o que no caigan en las meditaciones peligrosas de que puede existir una dicha mayor más allá del círculo moral en que se sienten aprisionadas. Las mujeres pudientes, cuya vida se desliza sin mayores atenciones y a las cuales las costumbres modernas han colocado en el camino de ocupar su tiempo en la lectura, los paseos, las visitas, los teatros y las fiestas sociales, para no sentir el tedio en su casa, y para no anhelar cosas mejores, necesitan una renovación constante de matices, que cambie el aspecto de las cosas, sin cambiar las cosas mismas, ya que esto no sería posible. Y necesitan, además, que el hombre, aun ausente, llene la casa.

—¡Vamos! según usted los esposos deben vivir en perpetua luna de miel.

—Al contrario: un hombre demasiado apegado a su mujer, será después de cierto tiempo molesto para ella, como lo será para el hombre la mujer demasiado melosa. Basta que él se preocupe como corresponde de su hogar, y esté a la altura de su mujer, para que lo allane todo. Eso mismo le dará el espíritu de dirección que necesita, y lo demás consistirá en una simple con-

versación agradable, en una frase de interés sincero por la mujer, en un recuerdo del pasado... hasta en una discusión, si es tranquila y amena. De ese modo, cuando la mujer está sola en su casa, lo tiene a él presente, y cuando sale sola lo lleva consigo.

—Veo que es usted un defensor acérrimo de la mujer y no estoy en desacuerdo con usted en lo último que acaba de decir; pero noto que ha tratado esta cuestión desde un punto de vista parcial. También las mujeres están obligadas, por su parte, a hacer lo posible para atraer al hombre, para hacerle agradable el hogar.

—Indudablemente; y muchas no saben hacerlo. Pero convendrá usted conmigo en que la mujer se someterá a las indicaciones del marido, si está convencida de que él la quiere y ella se ha casado por amor. La que se da por amor, no se reserva nada. Al hombre le toca procurar que cuando por razón del tiempo, la pasión se calma, se transforme en ese cariño que continúa haciendo agradable la vida. Y esto no le será difícil, si la mujer no es una histérica; basta que él comprenda que debe procurarlo, y es lo que quizá menos le preocupa.

—¿Y por qué no ha de tocarle también a la mujer?

—Me imagino que la mujer lo procurará siempre. Su exigencia capital con el marido será la de que él no posea otra mujer, y por lo tanto, en el fondo, su pensamiento se dirigirá a evitarlo o impedirlo. Quizá no emplee los medios adecuados: en esto puede equivocarse; pero no le quepa duda de que es eso lo que más ardientemente desea, y ello equivale a decir que procurará siempre conservar el cariño de él.

—A veces la mujer con sus mismas excesivas exigencias, conspira contra lo que desea.

—No lo niego: es un error de procedimiento. Pero también el medio tiene una gran culpa de estos errores. El torbellino de las costumbres modernas y el placer con que se habla de los desvíos, hacen que no viva muy tranquila; que por lo menos, la duda inquiete su espíritu, lo cual perturba su serenidad y la hace equivocarse. Y tenga por seguro que la vida que llevamos los hombres contribuye siempre a que en lugar de borrarse, se acentúen esas sombras. Queremos imperar y ni eso sabemos hacer.

—Volvemos a lo de antes: eterna luna de miel y eterno rendimiento masculino.

—De ningún modo. Es indudable que toda mujer delicada y más si ama, quiere ser atendida. Hasta concedo que anhele que la admiren y le tributen algo de devoción: es una exigencia de su imaginación naturalmente romántica. Pero ciertamente que no se sentirá halagada por el rendimiento idiota del hombre simple, ni del embobado por la pasión, sino de aquel que la quiera, sin perder su personalidad. Es necesario que la mujer vea en el hombre cualidades que le den a él mismo derecho a quererla, y por ésto ella no lo querrá sometido, sino inclinado por sus gracias o por el cariño mismo que ella le profese.

Lorenzo iba a formular una nueva objeción, invocando hechos prácticos que conocía, nada favorables a la mujer, para sostener que su amigo empezaba sentando que ésta nunca era culpable de nada, y en tal forma su teoría saldría triunfante siempre, como tesis general. Lorenzo estaba de acuerdo que en muchos

casos ocurría lo que Rodríguez afirmaba, pero veía en él un acentuado espíritu de benevolencia hacia el sexo y la benevolencia era a su juicio un tanto enemiga de la justicia.

Pero en ese momento se cruzó con ellos el automóvil de Acosta en el que venía toda la familia, menos Enrique. Se saludaron: Acosta lo hizo con la mano, y su señora y sus hijas con toda ceremonia. Y Rodríguez tomó de nuevo la palabra.

—Dígame usted, — le preguntó a Irala — ¿qué ilusiones quiere que lleve al matrimonio para complacer a su mujer, un joven como Enrique Acosta, que no tiene un átomo de idealismo, no se preocupa de nada serio, anda a la pesca de conquistas y se gasta la vida en los cabarets, derrochando cuanto dinero le da la madre? Pues como él hay muchos, y aunque todos no frecuenten ciertos lugares, parece que tuvieran el alma muerta para toda verdadera ilusión.

La intención de la pregunta era visible, pero Lorenzo creyó prudente no contestarla, conformándose con los datos que contenía. Se bajaron del lado del lago y penetraron én el rosedal. Lorenzo se admiraba una vez más de los diversos tipos de hermosura de las mujeres que iba encontrando a su paso. La mezcla de razas producía esa variedad, en la cual ningún gusto podía quedar defraudado. Los últimos rayos del sol bañaban los jardines; y los rosales enanos, unos cubiertos de pimpollos y otros ya en flor, parecían querer dar los últimos coqueteos del día, al ver cercana la sombra de la noche.

—Se comprende — dijo Lorenzo — que la gente no quiera salir de la ciudad: hay muchos atractivos en ella

y tiene que costar dejarlos. Todo conspira a que la gente se quede. Este cuadro mismo de poesía, creado para recreo de la población y del cual todos pueden disfrutar sin gasto alguno, o sin más gasto que el insignificante del tranvía que los traiga y los lleve, lo está demostrando.

—¿Cree usted que todos los que vienen aquí lo aprecian en su valor? La mayoría pasará notándolo apenas.

—Cada uno lo apreciará a su modo, pero todos lo apreciarán y a todos tocará en su espíritu con más o menos intensidad. El observador retendrá los detalles: los rosales en flor, el césped tierno, primorosamente cuidado, que acaricia la vista; la combinación de líneas en el trazado de los jardines, el cielo de un azul purísimo, la belleza de las mujeres y la frescura y la imponderable elegancia de la mayoría; el aire tibio del ambiente de primavera... Si es sensible al arte, formará con todo ello un conjunto de poesía que le causará placer en su conjunto y en sus detalles. Si es indiferente, casi no rozará estas cosas; pero ha pasado por entre lo hermoso, y sin notarlo, ha sufrido su encanto. Llévelo usted donde se produzca el contraste; condénelo a perder aquello, y verá hasta dónde estaba infiltrado en su espíritu, aunque no sepa expresarlo.

—Tiene usted razón. — afirmó Rodríguez satisfecho al oir cómo opinaba. — Lo que nos rodea contribuye a plasmar nuestro modo de ser, en mayor o menor grado, según sea nuestra mentalidad o nuestros sentimientos. Por eso se ha dicho que el hábito forma una segunda naturaleza. Pero si todo el mundo se queda en la ciudad ¿quién poblará nuestros campos?

—Es, a mi juicio, cuestión de dirección. El campesino preferirá el campo a la ciudad, mientras no alcance a tomarle demasiado gusto a ésta. Vivirá mejor allá y se divertirá mejor.

—Me parece, entonces, que usted no va a sufrir mucho tiempo al frente de su tambo.

—Eso es diferente: yo llevo un propósito concreto y voy por tiempo limitado.

Regresaron, y Rodríguez se quedó con ganas, por mera curiosidad, de haber oído más a Lorenzo. Se daba cuenta ahora que éste casi no había hablado nada durante el paseo, sin duda por la naturaleza del tema que trataron. Pero Rodríguez se había propuesto distraerle y de ahí su extensa charla. Las últimas frases de Lorenzo le hicieron comprender que variando de asunto, se hubiera animado recíprocamente la conversación.

Al despedirse le dijo que mantenía el fondo de sus teorías respecto de la situación de la mujer; pero que en cuanto a los detalles, de propio intento los había extremado: que no juzgara a priori, por ellos, de las costumbres del país.

—Voy a juzgar por propia observación — le contestó Lorenzo — y aun así dudaré siempre de hallarme en lo cierto. Las costumbres sociales de un país, especialmente si se trata de la vida íntima, son demasiado complejas para aventurarse a generalizar.

—Ya he visto que usted así lo considera y pienso que es el modo de no exagerar los hechos.

—Hemos de ver otro día la parte buena de las cosas, por más que hoy no hayamos visto únicamente la parte mala. Por lo que a mi toca he encontrado muchas cosas buenas.

VII

Aquella misma noche, después de cenar, se fué Lorenzo a casa de su tía. Su paseo de la tarde le dió oportunidad de ocuparse de las personas que había conocido y por lo tanto de Enrique. Y manifestó los conceptos que respecto de éste había expresado Rodríguez, pero sin hacer alusión a sus relaciones con Cristina.

—Rodríguez no quiere bien a Enrique — dijo ésta — y posiblemente exagerará.

Lorenzo defendió a aquél. Era un joven de talento y juicioso: él consideraba su amistad como una valiosa adquisición. ¿Qué interés podía tener en no hablarle con sinceridad respecto de Acosta?

—No quiero decir que no sea sincero; — contestó Cristina — pero si entre él y Enrique hay incompatibilidad de caracteres, su propio mal ánimo puede llevarlo a agrandar los defectos de aquél.

—Yo no creo — dijo la madre — que entre Rodríguez y Acosta haya animadversión como para que Rodríguez hable de él por simple malquerencia.

—Al contrario, tía — afirmó Lorenzo — Rodríguez tiene un fondo benévolo; lo he podido apreciar esta tarde al escuchar sus juicios respecto de las costumbres sociales.

—Enrique me dijo que no armonizaban mucho — se apresuró a contestar Cristina — y por eso he creído que pudiera haber exageración en lo que Rodríguez ha expresado.

Y su tono denotaba que le era molesto hablar del asunto. Cristina suponía que Rodríguez le habría dicho a Lorenzo que Enrique la cortejaba, y aquella conversación le resultaba embarazosa.

Lorenzo dedicó el resto del tiempo que pasó allí a referir las impresiones del paseo, y las opiniones que Rodríguez tenía sobre los temas que trataran.

Al día siguiente habló a solas con su tía, y reprodujo casi textualmente lo que Rodríguez le había dicho sobre las intenciones de Enrique. La viuda de Irala le expresó que ese asunto hacía tiempo la venía preocupando. Había hablado varias veces con Cristina, pero la veía tan serena y estaba tan prevenida, que en cierto modo ella se hallaba tranquila: que una vez le indicó dejara las lecciones que daba a las de Acosta, pues no era de ningún modo conveniente escuchar galanteos de Enrique en esa forma; pero Cristina le dijo que éste en nada la molestaba; que era con ella serio y no veía la necesidad de dejar las lecciones, desde que ella sabía cuidarse: que cuando él — Lorenzo, — le habló la primera vez de lo que Rodríguez decía, ella se lo advirtió y conversaron detenidamente; pero Cristina opinaba todavía lo mismo.

—Pero no creas — agregó la de Irala — que se expresa con tono de resistencia: me contesta afectuosamente. Parece, sin embargo, que la lastimara esa especie de vigilancia, que resulta de mis indicaciones y ahora de las tuyas. No obstante, algo definitivo voy a tener que hacer, por lo menos para aclarar las cosas de parte de Enrique y de su familia.

Lorenzo continuó yendo por casa de su tía. No estaba de acuerdo con la parsimonia que se usaba en una

cuestión de tanta importancia y en la cual tan claramente se podía ver, con los informes suministrados por Rodríguez. Su tía tenía una calma atormentadora, y en cuanto a Cristina era seguro que le gustaba Enrique y por eso no quería interrumpir el curso de los acontecimientos. Esta no se mostraba ahora con él en la forma franca y juguetona de antes: hablaba con más formalidad, prueba evidente de que estaba disgustada.

Pasaron así varios días y su tía no le habló nada de aquello; él, por su parte, habiéndole dicho todo lo que sabía y opinaba, no suscitó de nuevo la conversación al respecto; creía haber cumplido plenamente con su deber. Pero se sentía molesto ante lo que él calificaba de actitud de reserva de la familia. El cambio de Cristina importaba, además, una reconvención tácita, o una indicación de que no se mezclara en sus cosas.

Una tarde, en su pieza de la casa de pensión, verdadero cuarto de estudiante, pensó en ésto con mayor detenimiento que otras veces. Creía que su calidad de pariente había disminuído en el concepto de su tía y Cristina: era cierto que su trato con ellas databa de poco tiempo y que él era extranjero; pero no lo era menos que dados sus lazos de familia, no se precisaba la antigüedad de las relaciones para que se le dispensara una confiánza más íntima: su intromisión estaba lejos de ser oficiosa; por el contrario era obligada, porque él no era ningún extraño. Entretanto, al callarse ambas sobre un asunto de tal magnitud y cuyos peligros él había advertido, demostraban que no querían su intervención.

Lo más sensible para Lorenzo era que, respecto de Enrique, las veía equivocadas. Recordó entonces las

palabras de la señora de Ortiz: "dígale a Cristina que me alegro que usted se quede cerca de ella". ¿No sería ésta una advertencia de que sentía necesario que las protegiera contra las malas ideas de aquél? Si así fuera, ellas no lo aceptaban.

Paseándose por el cuarto, Lorenzo abarcó de una mirada todo cuanto le había ocurrido en América en tan breve tiempo. El fracaso de sus proyectos profesionales, después de una peregrinación verdaderamente dolorosa; sus ilusiones sobre el tambo; las palabras de aliento de Acosta, que le mostraban la perspectiva de llegar a la realización de sus propósitos; la amistad de Rodríguez, cuyo talento merecía su respeto y cuya bondad obligaba su gratitud; el conocimiento de personas y cosas que ensanchaban el círculo de sus ideas y corregían errores sobre las condiciones del país... Había pasado a través de todo como si fuera un sueño; todo lo veía movible y fugaz. La ciudad misma, populosa, amplia, progresista y refinada, le envolvía en su ambiente, mostrándole lo que tenía de más hermoso, como mujer coqueta que acaricia, por el placer de seducir, para luego abandonarnos sin conceder nada. Era la consecuencia forzosa de su escasez de recursos y de su gran yerro sobre la utilización de su título.

En medio de todo creyó contar con un punto estable, y que significaba mucho moralmente: no era vago, ni instantáneo, ni pasajero como lo demás; tenía raíces en el pasado y debía vivir en el porvenir: la familia de su tía. Pero ésta no se mostraba ya tal para él. Al tratarlo con semejantes reservas, tanto su tía como Cristina le colocaban en la verdadera situación de un

extraño. Podía, pues, considerarse solo en América. ¿Se quedaba o no se quedaba?

Lorenzo estaba más enojado con su prima que con su tía. Se decía que aquella era de su misma sangre y debió ser más franca con él y confiarle sus impresiones respecto de Enrique. Al fin si le gustaba, si eran novios, nada tenía de particular; lo único que habría de malo en ello, sería, en todo caso, la insinceridad de aquél y su conducta poco favorable a una unión feliz.

A fuerza de pensar en todo ésto, poseído de una excitación que ultrapasaba los límites de lo razonable, Lorenzo se preguntó si no estaría dando a los hechos una importancia exagerada. ¿Por qué suponer que su tía, mujer prudente y sensata, mirara las cosas con indiferencia o con peligrosa calma? ¿Por qué temer que Cristina fuera a dejarse arrastrar por Enrique adonde él quisiera? ¿Y por qué tanto afán de su parte para que se cortara sin demora la relación?

Lorenzo pensó si no sentiría por su prima otro interés que el de pariente; si su afecto por ella sería o no el creado por el trato de familia y la afabilidad con que se le recibiera en la casa. Lo que Rodríguez le había dicho, era indudablemente grave, y cualquiera, en su caso, se hubiera apresurado a proceder como él procedió; pero esa falta de tranquilidad, la obsesión que se había apoderado de él, la irritación misma contra Cristina, ¿era lógica y razonable? No pudo contestárselo de una manera definitiva.

Lo único evidente para él era que se había producido una mutación en casa de su tía, y que ya no podía encontrar allí la conformidad que hasta entonces buscara su espíritu. El cambio de Cristina le lastima-

na. Y si sentía inclinación por ella, aparte de que ésto le planteaba un verdadero problema, ella se inclinaba a otro. Había cumplido su deber de pariente al transmitir cuanto Rodríguez le dijo; a este respecto su misión estaba terminada. Su permanencia en la ciudad, dados sus limitados recursos, iba a tornársele difícil, salvo que se aislara del todo, y ésto no podría soportarlo.

Lorenzo decidió irse a pasar con Otaegui el tiempo que tardara en llegar la carta de su padre contestanto a su pedido. Daría como pretexto la conveniencia de prepararse en el manejo del tambo. Y así lo hizo.

Lorenzo estaba equivocado en lo que pensaba de su tía. Esta tomó muy en cuenta los informes proporcionados por Rodríguez, y habló con Cristina de la necesidad de cortar toda relación con Enrique, empezando por dejar las lecciones que daba a las hermanas. Nunca había visto bien la forma reservada con que aquél procedía, y si ya se empezaba a hablar en términos desfavorables de sus propósitos y de sus condiciones, la reputación de Cristina corría peligro, por muy seriamente que ella se condujera. Cristina se resistía a creer que Enrique tratara de engañarla; era tan atento y delicado con ella, hablaban ambos con tal formalidad, que no cabía suponer semejante cosa. Sin embargo aceptó la decisión de su madre; pero le parecía demasiado violento proceder inmediatamente, y le pidió le permitiese seguir hasta fin de mes: hablaría con Enrique de las causas por que se retiraba, lo que daría motivo a poner en claro las cosas, y obraría, a pesar de todo, como su madre lo viera mejor.

Esta consintió. La actitud de Cristina le demostraba que sentía más que simpatía por Enrique; sin duda se había ilusionado con él, y seguramente sufriría al ver por el suelo sus ilusiones. Pero era necesario proceder con decisión y aun se disponía a intervenir directamente, si el giro de las cosas así lo requería.

La viuda de Irala nada dijo de esto a su sobrino, a pedido de Cristina. La forma en que Lorenzo se mezclaba en el asunto no le parecía corriente a su prima: a ella nada le decía; ni siquiera le había dado una broma. Entretanto se afanaba por convencer a su madre de que debía cesar toda relación con Enrique: era una vigilancia y una tutela que no podía aceptar en tales términos.

Pero Cristina ignoraba que, en verdad, su primo se había enamorado de ella, y que, sin darse él mismo exacta cuenta, los celos le hacían proceder así. La madre algo vislumbraba de esto, pero guardó silencio, porque aparte de no pasar de una mera conjetura, sugerida por el interés un tanto especial que Lorenzo mostraba en el asunto, veía que Cristina no se inclinaba a su primo. Además, dados los propósitos fijos que Lorenzo traía, aun en el supuesto de que le gustara Cristina, faltaba saber si pospondría sus proyectos a su amor, o trataría de cortarlo en ciernes. Cuando Lorenzo estuvo a despedirse, no obstante los motivos que daba para trasladarse al campo, la viuda de Irala presumió que tales causas eran aparentes. Pero no pudo salir de dudas.

Y sin embargo, ella hubiera visto con gran contento aquellos amores.

VIII

Lorenzo puso el tambo. Durante el tiempo que pasó con Otaegui, maduró detenidamente sus proyectos, decidiéndose a llevarlos a cabo, si la respuesta de su padre se lo permitía. Este no sólo le envió el dinero, sino que lo alentaba.

La distancia no logró borrar de su pensamiento a Cristina: sus amores con Enrique continuaron preocupándole, si bien consideraba el asunto con mayor serenidad de espíritu. Tenía confianza en que su prima no se dejaría llevar a ningún desacierto; no hallaba razón de culparla porque Enrique fuera de su agrado, y se daba cuenta de que no había sido franco con ella, al no hablarle siquiera ligeramente, del asunto. En sus meditaciones, concluyó por convencerse de que la quería, pero vió al mismo tiempo los inconvenientes que mediaban para una feliz realización de su cariño: en primer término, el corazón de Cristina ya no era libre, y en segundo, su matrimonio con ella le impondría la renuncia de los planes que pensaba ejecutar en España.

Lorenzo arrendó doscientas hectáreas de campo a una legua de distancia del establecimiento de Otaegui; dedicó cincuenta a la agricultura y el resto al pastoreo de los animales del tambo. Como en aquella época el ganado estaba barato, pudo sin mayores aprietos plantear bien la explotación, asesorado por Otaegui.

La casa que existía en el campo arrendado, no podía ser más modesta: constaba solamente de tres piezas, una grande al centro, y dos más chicas, aunque amplias, una a cada lado. La cocina y una pieza más unida a ésta y destinada a la cocinera, formaban cuerpo aparte. Los peones dormían en el galpón. Lorenzo tomó a su servicio una vasca ya entrada en años, la cual tenía a su cargo todo el quehacer doméstico. Las comodidades, como se ve, no abundaban; pero Irala se decía que, para un hombre solo que se dispone a trabajar y quiere hacer adelantos, eran suficientes. Una de las piezas laterales, la destinó a su dormitorio; la otra a escritorio, en el cual acomodó los libros que había traído de España, y en la del centro, construída con ese fin, puso el comedor; todo amueblado con la mayor sencillez.

Frente al edificio, había un pequeño jardín abandonado, y después de él un cuadro de tierra cultivada, con algunos árboles frutales y restos de hortalizas, dividido en dos porciones por la calle de entrada a la casa y cercado con alambre tejido. Una vez instalado, se cuidó de arreglar el jardín y de reponer la huerta.

En su idea de no abandonarse a la vida exclusivamente rural, dedicaba una parte del tiempo a la lectura. Quería estar en contacto con el mundo por medio de los diarios y los libros. Regularmente al caer de la tarde se cambiaba la ropa de trabajo y se iba al escritorio a leer o escribir.

A su tía le había escrito algunas cartas dándole noticias de lo que hacía y de la vida que llevaba. En una de las que le dirgió después de haber organizado su pequeño establecimiento, le recordaba que le habían

prometido ir a verle "con gorra de vasco". Les esperaba, pues, a pasar un día con él, y si fuera preciso iría a buscarles. La tía le contestó que con gusto aceptaban la invitación, pero que no podían ir sino más adelante: ella le avisaría. Lorenzo no insistió: su tía era amable y discreta y la prontitud con que contestaba sus cartas, denotaba que tenía agrado en mantener la correspondencia. Entretanto, nada le decía de las causas que obstaculizaban el viaje. Sin duda su prima continuaría incomodada con él y le era molesto verle. Esto le causaba pena.

Al principio todo marchó bien en el tambo. Con el sistema metódico que Irala había adoptado y su atención permanente, la explotación empezó a rendir más de los resultados previstos. Lorenzo, aun cuando extrañaba su nueva vida, se sentía contento. Pero sobrevino una sequía como no se recordaba igual, al decir de la gente; y sus ilusiones rodaron por el suelo.

Lorenzo se instaló en el campo a fines de febrero. Las lluvias, aunque no abundantes, le permitieron disfrutar dos meses de buenas perspectivas; pero durante los cuatro posteriores, casi no llovió nada. Vientos pamperos y fuertes heladas resecaban el campo, el cual pisoteado más de lo común por el ganado, que lo recorría a paso tardo, con mansa tristeza, buscando con qué alimentarse, fué perdiendo los pastos. Los que quedaban se mantenían ralos y a flor de tierra, sin ánimo de crecer. Y Lorenzo contemplaba cómo día tras día se iban desmoronando sus proyectos y sus esperanzas, sin que le fuera dado poder hacer nada para contener el desastre. El remedio sólo podía venir del cielo, y el cielo se le mostraba hostil. Pagan-

do precios excepcionales, podía haber encontrado campo con que salvar la situación; pero carecía de recursos y su falta de práctica le hacía indeciso y lleno de temores. Los animales se enflaquecieron hasta quedar sumidos y empezaban a morirse. Acudió a Otaegui. pero éste no podía ayudarle: pasaba por las mismas dificultades, y Lorenzo lo veía, aun cuando Otaegui contaba con medios para luchar y disminuir los perjuicios, mientras que él se debatía en la impotencia. Otaegui le aconsejó una de estas dos cosas: o tomar una fracción de campo en buen estado para el pastoreo, pagando éste a tanto por cabeza, hasta que el suyo se compusiera, para realizar lo cual le ofreció dinero, o vender la mitad de los animales, pues el resto se iría sosteniendo hasta que el tiempo cambiara. Después de hacer cálculos, se decidió por lo último, realizando la venta, como era de presumir, a precios irrisorios.

A veces, a la puerta del escritorio, sufriendo el intenso frío reinante, consideraba cuán mala se le mostraba la suerte en América, y cuán triste se ofrecía a sus ojos aquel establecimiento que él había imaginado tan risueño, en plena labor y fecunda explotación. El campo mustio y amarillo, el sol pálido y sin fuerza, el viento helado que parecía cortar las carnes y levantaba en el camino columnas de polvo semejantes a arenas del desierto, el ganado macilento y sin ánimo, como si soportara con estoica resignación la pesadumbre de un mal irremediable... ¡cuán distinto era todo del cuadro que se había forjado! Pasó así días amargos a solas con su pensamiento.

Después de sufrir las ideas más pesimistas, empe-

zó a reaccionar, pensando que un hombre como él, joven, lleno de salud, con cierta preparación, si tenía una caída, debía levantarse, de una manera u otra; ello era tanto más razonable cuanto ninguna culpa le cabía en lo que estaba pasando: nada podía reprochársele. Si al fin la suerte no le fuese propicia, regresaría a España; pero estaba decidido a no hacerlo sin haber, por lo menos, recuperado su capital y lo gastado en el viaje. Y con su tenacidad vasca se dispuso a continuar la explotación con los pocos animales que le quedaran. Resolvió también revalidar su título: había notado que socialmente éste tenía mucha importancia en el país, y el ejercicio de la profesión podría ser un recurso de que echar mano en el caso de que fracasara totalmente con el tambo. Por poco que le produjera, siempre le daría algo.

La correspondencia con su tía fué haciéndose menos frecuente. Después de las primeras cartas en que le detallaba la forma en que había planteado la explotación, poco tenía que decirle, pues no se hallaba con ánimo de divagar. En una de ellas la enteró brevemente de lo mal que le iba con la sequía y con esto se consideraba disculpado de escribir — por escribir. Con Rodríguez había cambiado sólo dos cartas. Uno y otro se prometían hablar extensamente cuando Lorenzo fuera a Buenos Aires.

Al fin, en los últimos días de agosto llovió torrencialmente, y el campo se compuso con una rapidez que Lorenzo no esperaba. La tierra era de primera calidad, los días ya más largos, el sol más fuerte: la primavera estaba cercana. En la primera quincena de septiembre, el tiempo fué una alternativa de

frío, últimos colazos del invierno, y de calor excesivo, dada la estación: anuncios del verano. Las lluvias se repitieron a menudo y el pasto brotaba con abundancia.

Lorenzo, ya tranquilo, empezó a sentir deseos de saber cómo marchaban las cosas en la casa de su tía y le escribió a ésta pidiendo noticias de cómo se hallaban. La respuesta, esta vez menos puntual que antes, pero tan amable como siempre, nada decía de lo que deseaba saber. Todos estaban bien, Cristina y Alfredo le enviaban muchos recuerdos; pero ni una palabra respecto a las relaciones de aquélla con Enrique, ni de la prometida visita. Irala se sintió mortificado. Dada la forma en que las invitara, ofreciéndose a ir a buscarlas, ese silencio importaba un desaire.

A principios de noviembre se fué a la Capital: debía hacer las diligencias para revalidar su título; sentía ánsias de disfrutar, siquiera unos días, del ambiente de la ciudad, y quería aclarar su situación respecto de sus parientas, explicarse claramente con ellas.

Lorenzo salió de dudas a las primeras palabras que cambió con su tía. Para ella era el mismo de siempre, y en cuanto a Cristina, si bien se había sentido algo molesta porque no hablara nada con ella respecto de sus relaciones con Enrique y de lo que Rodríguez decía, ya le había pasado todo. Durante el tiempo transcurrido, su noviazgo con aquél se había formalizado bastante.

—Me alegro. ¿Estará usted muy contenta, tía?

La viuda de Irala se encogió de hombros, con un gesto más de conformidad que de alegría.

—A ella parece que le gusta — le respondió.

—De todos modos me felicito de que Rodríguez se haya equivocado. Sin que yo pretenda mezclarme en las cosas de ustedes más de lo que buenamente quieran concederme, créame que ese asunto me ha preocupado.

—Ya lo noté; y a mí me ha preocupado y sigue preocupándome. Por lo demás, nada me ha molestado tu intervención, que al fin no tuvo otro objeto que informarnos de lo que Rodríguez sabía o afirmaba. Al contrario, pienso que era tu deber y estoy grata a tu interés; puedes creerlo.

Ocurría esto al anochecer y al poco rato llegó Cristina. Lorenzo, aunque tenía el espíritu prevenido contra aquellos amores, felicitó a su prima por su noviazgo, y trató de disipar el malentendido que mediara entre ambos, declarando que, en efecto, se consideraba en falta por no haber hablado familiarmente con ella de lo que Rodríguez le manifestara.

Cristina se había adelgazado un poco; pero se notaba a simple vista que se sentía contenta y satisfecha. Y estuvo locuaz y expansiva con su primo. Obligada a manejarse en muchas cosas por sí misma, sola con su madre para afrontar la vida, instintivamente había considerado a Lorenzo, a pesar de su pasado enojo, como llamado a representar a la familia en cualquier caso que fuere preciso. Era un pariente bastante cercano, y sin pensar por qué, Cristina veía en él un punto de apoyo. La franqueza con que, de buenas a primeras, le habló Lorenzo de su noviazgo, tomando participación en su alegría, fué suficiente para que su corazón se abriera y le tratara con más con-

fianza que nunca. Pero no hablaron casi nada del noviazgo: era un tema que a Lorenzo le hacía mal.

Este se quedó a cenar, y durante la comida llevó la conversación hacia las peripecias por que había pasado su tambo, y las pérdidas que la sequía le ocasionaba.

IX

—Estoy por creer que Acosta y Rodríguez tienen razón — dijo Lorenzo, una vez que con su tía y sus primos tomaron asiento en el tren que salía para el Tigre. — Será o no será excesivo el lujo, pero es indudable que en Buenos Aires, la gente gasta mucho en ropa.

—Hay realmente un lujo excesivo; todo el mundo se empeña en vestir bien — afirmó la viuda de Irala.

—¿No ocurre lo mismo en Europa? — preguntó Cristina.

—Se nota más diferencia entre las clases. Me parece, sin embargo, que esta mayor igualdad que se percibe aquí, no consiste solamente en el traje sino en la manera de llevarlo.

Aquella tarde se corrían regatas en el Tigre y Lorenzo, recordando las que se efectuaban en la bahía de San Sebastián, tenía interés en verlas, y pudo convencer a su tía, no sin dificultad, de que debían ir todos, pues ella no iba a estar toda la vida encerrada, y Cristina necesitaba aire y distraerse. Cristina apoyó su opinión y unió sus ruegos para que fueran. Y la señora de Irala accedió al fin.

Lorenzo había promovido aquella conversación sobre el lujo por decir algo, sin ánimo, pues, de continuarla. Contra sus propósitos y no obstante sus con-

tínuas reflexiones, se mantenía en él aquel fondo de tristeza, causado por los amores de su prima. Esta estaba contenta: sus ojos parecían sonreir y él deseaba tanto como ella misma que fuera feliz. Ningún derecho tenía para perturbarla: no se lo había creado, ni era posible que se lo creara, no sólo porque su prima ya había entregado su corazón, siguiendo sus espontáneos impulsos, sino porque él era ave de paso en el país y su decisión de irse no se hubiera conciliado con la situación de Cristina. Y sin embargo le hacían sombra aquellos amores.

Aparte de lo que Cristina había penetrado en su espíritu, aumentaba su tristeza el temor de que Acosta no fuera el hombre apropiado para hacerla dichosa; temor que se afirmaba ante el poco entusiasmo con que su tía contemplaba el noviazgo. Mirando en lo futuro se le ocurría a Lorenzo verla víctima de la indiferencia de aquél, triste en un hogar falto de calor. Pero ponía especial cuidado en no extreiorizar lo que pensaba y sentía, a fin de evitar desagrados. Con Cristina había adquirido una franca familiaridad, aunque ésta muy poco le hablaba de su novio.

Por su tía se enteró del grado de adelanto en que se hallaban las relaciones con Enrique; y a su juicio aquello no era un noviazgo claro; pero también se abstuvo de decirlo. Quería mezclarse lo menos posible en el asunto, y aun a veces temía no hallarse en situación de hacer apreciaciones imparciales al respecto.

Muy diverso era el modo de pensar de Cristina. Ella estaba convencida del cariño de Enrique y tenía completa fe en él. Verdad que los hechos abonaban esta creencia, aunque no de una manera absoluta.

Cristina, conforme a lo prometido a su madre, después de la conversación en que Lorenzo puso de manifiesto lo que Rodríguez decía, manifestó a Enrique que a fines de aquel mes tendría que dejar las lecciones que daba a sus hermanas, porque su madre no estaba de acuerdo con la forma en que mantenían sus relaciones. Enrique protestó y se opuso. Supo entonces Cristina por éste, que el padre le había hablado para saber lo que se proponía, y que Enrique le había expuesto todo cuanto le dijera a ella. Su padre no se oponía, y en cuanto a su madre, trataría de vencer su resistencia. "Ya ves, — agregó Enrique tuteándola. — Si estás bajo la protección de mi padre, no puedes estar mejor garantida. Espera a que convenza a mi madre, para evitar desagrados". Y Cristina no pudo dudar de que Enrique obraba con sinceridad.

Este, sin que se hubiera hecho aún el propósito de casarse con ella, le había tomado cariño durante aquel juego de conquista que venía manteniendo. Por otra parte estaba seguro de que ella lo quería, y esto le halagaba, considerando que la tenía en su mano. Deseaba, pues, no cortar la aventura. La simpatía que él le profesaba y la delicadeza con que ella se conducía, concluyeron por inspirarle no sólo respeto sino cierto sentimiento de conmiseración, no pensando ya en engañarla para llevarla al sacrificio, aunque tampoco se le hubiera ocurrido llevarla al matrimonio. No miró mal la intervención de su padre que le franqueaba el camino a una solución sin menoscabo de su amor propio. En efecto, aquél le había hablado seriamente: "no permitiría que se jugara con Cristina que venía

a su casa confiada en la seriedad de la familia, siendo necesario que se resolviera, sin demora, en un sentido o en otro". Con esta advertencia, Enrique se consideró colocado en la mejor situación para quedar bien ante los amigos que conocían lo que se había propuesto. La conquista de Cristina era un hecho y si no la llevaba a sus extremos, se debía simplemente a que su padre se había puesto de por medio.

Pero no obstante pensar en esta buena salida, dejó para más tarde ponerla en práctica. Cristina había despertado en él un sentimentalismo que hasta entonces no conociera y que le hacía agradable verla y tratarla. Y puesto que ya no tenía malas intenciones, no veía el apuro de poner fin a su trato.

La viuda de Irala, enterada por Cristina de lo que Enrique le había dicho, creyó conveniente hablar con el padre, y fué a verlo en su casa; pero nada adelantó con ello. Acosta la atendió con toda amabilidad y le habló con entera franqueza. Su hijo tenía treinta años: era, pues, un hombre que disponía de su propia voluntad, no sólo ahora, sino de mucho antes. El no había podido sujetarlo desde que llegó a la juventud. En cuanto a su noviazgo con Cristina, si es que se formalizaba, él no lo miraba mal. A Enrique le había advertido ya que no debía jugar con ella.

La franqueza de Acosta dejó a la viuda de Irala en la misma incertidumbre. El padre de Enrique se desentendía del asunto, no por mala voluntad, sino porque de tiempo atrás su hijo se había creado hábitos de independencia, que le impedían a él responsabilizarse de sus actos. No era ciertamente una buena recomendación, dada la vida que Enrique hacía. Pero

Cristina miraba las cosas con más confianza: era ya evidente que Enrique no la engañaba: la familia, en conocimiento de sus amores, no se oponía, y en cuanto a la vida que llevaba aquél, rico y joven, no sería muy diferente de la de los otros jóvenes. Y ella, con una gran seguridad de sí misma y de sus méritos, estaba convencida de que, si se casaban, lograría atraerlo plenamente y concretarlo al hogar. La viuda de Irala no hallaba en realidad un motivo bastante para contrariar los sentimientos de su hija, pero se sentía atormentada por la duda y se la hacía conocer sin reatos.

La madre de Enrique, que con la ida de la de Irala a su casa vió que las cosas podían formalizarse, considerando ridículas las inclinaciones de su hijo, se disponía a despedir a Cristina. Pero éste, acostumbrado a hacer su voluntad, tomó la actitud de su madre como una fuerza de resistencia que se levantaba ante él y que de ningún modo podía aceptar. Y le contestó que cualquier medida que tomara contra Cristina, sería lo suficiente para que se casara en seguida: era libre, y nada le impedía hacerlo en cualquier momento. Estaba lejos Enrique de pensar en cumplir tal amenaza; pero la señora de Acosta se asustó y cambió de táctica, mostrándose apenada.

No duró esto mucho tiempo. Su hijo, que la veía triste, se cuidó de conformarla: no había nada serio con Cristina; se trataba de un mero galanteo, y si bien le era simpática, no pensaba en casarse. Hacer cesar las lecciones a raíz de la explicación con su padre, sería colocarle en la situación de un chiquillo que se maneja como se quiere; y le pidió espera, prometiendo arreglarlo todo por sí mismo.

Sobrevino la sequía y el padre se vió forzado a irse de nuevo al campo y permanecer allí hasta que se produjeron las lluvias. Las idas que durante ese tiempo hizo a la Capital fueron escasas y por breves días, y como Enrique le afirmara que ningún mal propósito tenía, defirió hasta su regreso definitivo, intervenir decididamente en el asunto.

En cuanto a las hermanas de Enrique, cambiaron muy poco en su trato con Cristina, aleccionadas por la madre, quien pensaba que era necesario obrar con prudencia, pues si Enrique se encaprichaba no le faltaría dónde hablar con ella, lo cual sería peor. No le demostraron ninguna hostilidad, dejando correr las cosas como si no les interesaran.

Por lo demás, como Enrique seguía su vida de siempre y les había dicho que ni se inclinaba al matrimonio, ni estaba en condiciones de casarse, no lo creían enamorado. Consideraban sus conversaciones con Cristina como un mero pasatiempo, que no obstante todo lo agradable que para él fuera, terminaría en cuanto ella reclamara una promesa seria, o en cualquier oportunidad que los sacara de aquel compás, siempre igual, en que se mantenían. Esa oportunidad la buscaba la señora de Acosta, pero no se le presentaba.

Un día, viendo que su hijo no rompía por sí mismo, como le había prometido, le interpeló con la calma pachorrienta propia de su carácter, y casi en tono de súplica. "Pero, mamá, — le contestó él — ¿hay algún mal en que converse con Cristina? Nada le prometo ni ella me exige nada. ¿Por qué la vamos a privar de estas lecciones, cuyo importe necesita?" Y la

madre le manifestó que si era así, si no se trataba más que de mera amistad, no veía realmente nada malo en ello.

La de Acosta, después de esta manifestación, y pensando que su hijo no contaba con medios para casarse, llegó a quedar tranquila. Con el padre no podía entenderse, y era ella quien le facilitaba el dinero para sus gastos; cambiar la vida de regalo que llevaba, para sujetarse a trabajar en algo o para irse a vivir a la estancia, no iba a hacerlo. Veía, pues, casi imposible su matrimonio con una mujer pobre.

Pudieron pasar así los meses sin incidencias, porque la fe que Cristina tenía en Enrique y la convicción que se iba formando en ella, de que de todos modos, ya no podría amar a ningún otro hombre, la hacían paciente y tolerante.

Lorenzo, no obstante no conocer de esto sino lo que su tía sabía, hallaba, como ella, bastante poca firmeza de parte de Enrique y hasta demasiada reserva. Pero lo que más le atormentaba era que no veía en él condiciones morales adecuadas para marido de su prima: el dinero no podía llenar, a su juicio, ciertos vacíos.

A pesar de su disimulo se notaba que iba preocupado. Y es que, tanto cómo las objeciones que le merecía el novio, obraba en su ánimo su amor por Cristina, que parecía agrandarse cuanto más lo combatía.

Cuando llegaron al "Tigre Hotel", la concurrencia era tan numerosa que todas las mesas colocadas en el amplio vestíbulo y en la terraza con frente al río, se hallaban ocupadas. Un domingo caluroso, lleno de sol y brillante de luz; el lugar, ameno; la ventaja de

disfrutar del aire fresco del río, y más que todo la seguridad de que se reunirían allí muchas personas de distinción, hicieron del Tigre el paseo predilecto de ese día.

—No vamos a hallar dónde sentarnos. — dijo Cristina.

—No importa, — contestó Lorenzo — tomaremos una lancha, pasearemos por el río y podremos ver mejor las regatas.

—Dentro del hotel ha de haber mesas desocupadas — dijo la viuda de Irala — Podríamos sentarnos allí y esperar a que se desocupe alguna de las de afuera.

—Veamos primero si hay algún lugar dónde sentarse cerca del río — dijo Lorenzo.

Se dirigieron por la calle libre que había frente al hotel y vieron a Rodríguez que con su novia y la hermana de ésta, venían paseando. El encuentro no podía ser más agradable para Lorenzo y Cristina.

—Andamos buscando dónde sentarnos — dijo Lorenzo después que se saludaron.

—Difícilmente encontrarán — observó Ester, la mayor de las Ortïz; — nuestros asientos los cedimos a la señora de Acosta y sus hijas que están con mamá.

—No hay más remedio tía, que tomar un bote, y es también lo mejor.

Sara, la menor de las de Ortiz, se prendió del brazo de Cristina: ella de buena gana les acompañaría: tenía deseos de andar por el río y no le resultaba muy distraído acompañar a su hermana, bastante embebida con Rodríguez, aunque procurara no hacerlo ver, para salvar las formas.

—Si mamá quiere, yo voy con ustedes — le dijo a Cristina.

Esta le apretó el brazo en señal de asentimiento.

—¡Qué lindo, andar por el río! — agregó. — Yo les acompaño. Vamos a ver a mamá para que me deje ir.

—Vamos — dijo Rodríguez — y yo le pediré que consienta.

La de Ortiz accedió sin dificultad alguna, con tal que regresaran pronto. Julia Acosta quiso formar parte de la excursión, y la viuda de Irala, que no tenía mayor interés en ir, se quedó a invitación de la de Ortiz.

Esta, que a su mucha ilustración unía una nobleza de sentimientos que la hacían interesarse sinceramente por Cristina, retuvo a la de Irala con toda intención. Estaba al tanto de las relaciones de Enrique con Cristina, pues informada por Rodríguez, había hablado después con ella. Y aun cuando de todo lo que Cristina le comunicara se desprendía que Enrique tenía algún cariño por ella, y sobre todo, que la miraba con el mayor respeto, suponía que la de Acosta se opondría a aquellos amores y presentía que habrían de concluir con un gran desengaño para Cristina. Se alegró, pues, de que la viuda de Irala, a quien trataba por primera vez, llegara estando allí la de Acosta y quiso aprovechar esta coincidencia para que se conocieran y empezaran a tratarse. Esto facilitaría el camino de las soluciones en uno u otro sentido.

Lorenzo no pudo encontrar ninguna lancha a nafta y se dió por muy satisfecho de conseguir un bote a dos remos. Los excursionistas se acomodaron bajo la tolda y el barco se deslizó por el ancho y tranquilo

río, a impulso de los remos, movidos con fuerza por el patrón, un nervudo italiano.

Lorenzo abarcó de una mirada la perspectiva que se ofrecía a sus ojos. Surcaban el río profusión de embarcaciones en las que las señoras y niñas lucían sus vestidos claros; y a ambos lados del mismo, sobre las extensas islas, se destacaban los bosques de álamos y sauces de un verdor distinto, desde el ligeramente pálido, hasta el obscuro más profundo.

—¿Halla agradable este paraje, doctor? — le preguntó Julia Acosta.

—¡Oh, mucho! — contestó Lorenzo. — Es realmente hermoso.

—Es lo mejor que tenemos cerca de Buenos Aires.

A medida que se alejaban, las embarcaciones disminuían y Lorenzo tomó entonces los remos, con sorpresa de sus compañeras.

—¿Sabes remar? — le preguntó Cristina .

—No se necesita ciencia para ello — contestó él. — Es cuestión de práctica.

—Bueno, — dijo Sara Ortiz — pero esa práctica hay que tenerla, y para tenerla hay que adquirirla primero.

—Ciertamente; — afirmó Lorenzo — algo he remado en San Sebastián.

—¿Y sabes nadar? — le preguntó Alfredo, hasta entonces entretenido en introducir las manos en el río y ver cómo cortaban el agua.

—Algo sé también.

Julia Acosta lo miraba: apoyados los pies en la traviesa del bote, movía a compás el cuerpo y los brazos, que se adivinaban musculosos a través de la ropa.

Era sin duda un joven fuerte, pero su energía estaba envuelta por aquella sombra de tristeza que velaba su rostro.

Mientras Lorenzo remaba, su prima y sus compañeras hacían comentarios sobre el paseo. Cuando llegó el momento de regresar, para poder ver las regatas, Lorenzo devolvió los remos al italiano y les habló de sus ejercicios náuticos en San Sebastián y de las regatas que allí se celebran.

Entretanto, el grupo en que estaba la madre de Cristina se había aumentado con la incorporación del señor Acosta y de María Carmen Vidal de Salcedo, la joven viuda que había bromeado con Enrique, cuando se retiraba de la recepción dada en el cumpleaños de Julia Acosta.

El señor Acosta a su llegada, hablando con la viuda de Irala, prodigó los mejores elogios a Cristina, cosa de que tomó buena nota la viudita de Salcedo. En cambio su señora se mantenía en una actitud de apenas disimulada contrariedad. No la hacía feliz la presencia de la madre de Cristina, y ahora menos, los elogios de su marido. La de Irala lo notó en seguida y resolvió abstenerse de dirigirle la palabra.

—Y Enrique ¿anda por el río? — preguntó María Carmen.

—No; — se apresuró a responder la de Acosta; — ha preferido ir al Hipódromo.

La de Acosta mentía. Ignoraba dónde se hallaba su hijo, quien pasaba aquella tarde con una de las amigas que tenía para divertirse. Por lo demás él no sabía que Cristina iba al Tigre, pues el paseo había si-

do resuelto después que ésta estuvo a dar la última lección en su casa.

—Es singular que haya preferido las carreras a este hermoso paseo al que ustedes venían — observó la de Salcedo.

—Los jóvenes de ahora son así, — dijo Acosta. — Y conociendo lo que había de insidioso para la de Irala en la contestación de su mujer y en las palabras de María Carmen, agregó: —Es siempre lo peor lo que los divierte, no obstante el empeño que las familias ponen en aristocratizarse y quizás por eso mismo. Resulta del mejor tono disipar, no preocuparse de nada, vivir lo menos posible en familia, y seguir todo lo malo de las costumbres de otros países.

Marcela invitó a caminar a Ester Ortiz. Sabía que su padre tomando aquel tema tendría para rato. y a ellas nada les interesaba tal conversación. Rodríguez se quedó.

En efecto, de una palabra en otra, Acosta cayó en lo de siempre: el ansia de figuración de que estaban acometidos todos los que tenían; el lujo que al efecto gastaban, y la displicencia con que veían a los no comprendidos en el círculo que arbitrariamente iban formando. El no hallaba razón alguna para semejante orgullo.

—¿Pero de dónde saca usted semejantes conceptos? — le preguntó la de Ortiz.

—¿De dónde? De lo que veo.

—Eso se ve mucho menos de lo que se dice, Acosta; su tema es demasiado gastado.

Acosta citó algunos casos. Niñas pretendidas por jóvenes de origen humilde, pero llenos de méritos, no

eran atendidos por oposición de los padres de aquéllas, o porque ellas mismas se creían de una alta alcurnia. Y a él no le iban a enseñar la genealogía de las familias porteñas. Más o menos cerca, la casi totalidad descendía de quienes habían venido al país a trabajar.

La conversación tomaba un giro, en el que la de Irala no deseaba terciar a fin de que no se creyeran sus opiniones influenciadas por el caso de Cristina. Y como tenía a su lado a Rodríguez, inició con él conversación aparte respecto de Lorenzo y del tambo.

—No lo niego — contestó la de Ortiz — pero el rechazo responde en muchos casos a otras causas. Esa especie de pugna que se quiere hallar entre los que se han criado en un ambiente de distinción y viven en él, y los que no pertenecen a ese ambiente, no responde a espíritu de antagonismo ni a prejuicios, sino simplemente a desconfianza o falta de igualdad.

—Pero, ¿por qué?

—Desde luego una de nuestras niñas ha de preferir un joven que pertenezca más o menos a una familia igual a la suya. Esto presumo que pasa en todas partes; pero no creo que rechazara a quien, aunque de cuna humilde, contara con méritos propios, si su hogar fuese un hogar honesto. Casos se ven que lo demuestran.

—Quizá ella no lo rechazara, pero es seguro que los padres se opondrían. Es raro que ocurra de otro modo, salvo que medie algún interés especial.

—Tan raro como raros son los jóvenes de verdadero mérito. Se ha abusado mucho de la crítica que usted hace, y realmente ya la cuestión resulta empala-

gosa. En la novela, en el teatro, por todas partes... la aristocracia, la falsa aristocracia, la división injustificable, tratada a base de juicios más o menos falsos.

—Pero, señora, los hechos no quieren demostración. ¿Piensa usted sinceramente que no ocurre lo que yo digo?

—Los hechos por sí solos no dicen nada en este caso, porque no revelan las verdaderas causas que los producen, que es lo esencial. Esas no las conocemos; quedan reservadas. Pero convenga usted conmigo, que si hay de parte de nuestras familias principales el deseo de que sus hijas se casen con jóvenes de su misma condición, hay muchos jóvenes que por haber obtenido un título universitario, sin otro antecedente de mérito ni otro bagaje que el que representa su diploma demasiado fresco, ya creen tenerlo todo para pretender hacer excelentes matrimonios. Si ponen los ojos donde les ocurre un rechazo, atribuyen a orgullo ajeno su falta de éxito y son los que más gritan contra lo que ellos llaman la pretendida aristocracia.

—Perdóneme, pero eso de la aristocracia es ya palabra corriente. La denominación hasta la usan los diarios serios.

—Bueno, eso es cosa de los reporters y es una calificación inocente.

—Al contrario, es la manera de que la gente se maree más.

—Se marearán las inconscientes. En realidad sólo se trata de un modo de decir para designar a la gente de distinción o a la que más figura. Todos sabemos que entre nosotros no hay títulos de nobleza.

—En otros tiempos había más sencillez y muchas menos pretensiones.

—En otros tiempos nos conocíamos mejor; éramos menos y ciertamente se hacía una vida más sencilla. Pero ello no quiere decir que hoy exista eso de la alcurnia; sólo por excepción se dará uno que otro caso. Tampoco podría criticarse que tales o cuales personas hallen estimables sus antecedentes de familia. No hay que confundir una cosa con otra.

Del punto de vista en que él había planteado la cuestión, Acosta no estaba convencido de que su interlocutora estuviese en lo cierto; pero no veía cómo replicarle, y acudió a Rodríguez que en ese momento no hablaba con la de Irala.

—Usted me hace callar — dijo Acosta — pero no me convence. Hasta creo que se me va por otra parte. ¿Qué le parece a usted Rodríguez?

A éste no le hizo mucha gracia la pregunta. No quería mezclarse en una discusión que le exponía a tener que rectificar a la madre de su novia, por más que hasta entonces no la hallara fuera de razón.

—Yo creo — dijo — que ustedes generalizan una cuestión que debe apreciarse solamente en cada caso concreto.

Era irse por la tangente y Acosta lo comprendió así.

—Amigo — le observó — como si no nos hubiera dicho nada...

—Me parece — dijo María Carmen — que la señora de Ortiz tiene mucha razón. Se critica simplemente por criticar, y lo más lógico es que se procure

la igualdad en el matrimonio; es una cosa que siempre se ha recomendado.

—Eso es lo más cierto — agregó la de Acosta intencionalmente, como para que tomase nota la de Irala. — Precisamente la desigualdad es la que trae las mayores disidencias.

Acosta sabía que interviniendo su mujer ya no habría acuerdo posible, y temeroso de que vertiera frases que pudieran herir a la de Irala, se calló.

—La cuestión — dijo Rodríguez al ver que aquél no replicaba — está en saber cómo ha de entenderse esa igualdad. Lo que a veces creemos igual, tiene diferencias que nadie se hubiera imaginado. Sólo es igual al exterior, y de una absoluta discrepancia en el fondo.

—¿Y en qué cree usted que consiste la igualdad en este caso? — preguntó María Carmen.

—En la simple comunidad de sentimientos y de propósitos. Dos personas que sienten del mismo modo y tienen un mismo objetivo en la vida, se entenderán con facilidad. Las otras diferencias no tendrán fuerza bastante para desunirlos.

—Aunque la una sea torpe y la otra delicada — replicó irónicamente la viudita.

—Eso es ponerse fuera de la cuestión, pues debe darse por sobreentendido que las condiciones morales estén al mismo nivel. Hablamos de las diferencias de origen y de fortuna.

—Es precisamente a donde iba yo — dijo Acosta. — La gente se fija mucho en esas diferencia de mero detalle y no se cuida de lo que es esencial. ¡Y así son los grandes chascos!

—Pero no se trataba de eso Acosta — dijo la de

Ortiz — sino de los prejuicios sociales, que yo no creo existan en la medida que usted dice, y los que puedan existir, no los considero de tal naturaleza que un joven de mérito no pueda vencerlos, salvo casos excepcionales.

—Es que usted no quiere ver, y se ha formado de mí el concepto de que soy un criticón.

—No por cierto, y créame, me es agradable su modo de pensar, que tiene un fondo sano. He dicho que se abusa de la crítica. Por este lado también se miran las cosas superficialmente, y por mera impresión se hacen artículos de fe. Una niña ve a otra que pasa, le pone un mote sacado de un antecedente de familia, o de cualquier condición personal, por simple travesura o sin mayor maldad, y ello se toma como una de las displicencias "aristocráticas".

—Convendrá usted conmigo en que las que motejan podían hacer menos uso de los parangones de nacimiento, que, en cambio, son los que más tienen presentes. Si las hijas, cuyos padres extranjeros les han dejado un capital y las educaron bien, se visten y gastan y actúan de acuerdo con su posición, cuando se introducen donde están las que se consideran de abolengo, éstas les dirigen por atrás los dardos más envenenados sobre su origen, olvidándose con frecuencia que el suyo, en época más o menos próxima, no ha sido mejor.

—No exagere Acosta, que no habrá en ello tanto veneno como simple crítica ligera. Piense en todas las familias que se vienen incorporando paulatinamente y sin dificultad alguna a nuestra buena sociedad. ¿Que se moteja? no hay duda. ¿Que ello es criticable? tam-

bién puede admitirse. ¿Pero acaso se tiene en cuenta la psicología de la motejante o los sentimientos con que lo hace? No. Pero supongamos que sea engreída y displicente: se tratará de uno o varios casos particulares, que de ninguna manera constituyen entre nosotros un sistema social. Y seguramente no serán las de más abolengo, las que usan tales críticas. Por otra parte, en una u otra forma, las comparaciones no pueden evitarse.

—Naturalmente, — afirmó María Carmen — el señor Acosta quiere suprimir la crítica y esto no es posible.

—Lo comprendo — dijo Acosta riéndose. — Sería sacar a las mujeres un artículo de primera necesidad.

—No me parece que los hombres lo necesiten menos. Por de pronto la señora de Ortiz nos está defendiendo de sus ataques, y con mucho éxito.

—La señora de Ortiz tiene réplicas oportunas, pero no siempre está en disidencia conmigo.

—Es consecuencia de generalizar — dijo Rodríguez. — Generalizando forzosamente hay que hacer concesiones parciales. La señora de Ortiz tiene, a mi juicio, razón. Un hecho particular, y aun varios hechos referentes a los matrimonios, no pueden dar base suficiente para calificar nuestra sociedad. Cada familia, cualquiera que sea su posición, tiene al respecto sus opiniones propias, pretensiosas o no pretensiosas. Tales padres creen que su hijo se merece una princesa, y si no lo creen, desearían, por conveniencia, por vanidad o por simple aspiración, que se casara con una niña de alta distinción. Tales otros preferirán para él una mujer que se preocupe de su casa, de atender a

su marido, de ser una amante compañera. Y otros pensarán sobre todo en la fortuna. En cuanto a las niñas ocurre exactamente lo mismo. Los candidatos serán. apreciados siempre según las ideas particulares de cada familia o según a lo que obligue la situación. Esto no es exclusivamente nuestro: es humano, ocurre en todas partes. Pero nuestra democracia es causa de que se caiga en el error de aplicar reglas políticas a cuestiones meramente privadas. Nuestro país, en continuo crecimiento, hace a nuestra sociedad un tanto compleja, y conviene precaverse contra los juicios infundados. Por eso me gusta Irala. No avanza opinión alguna; quiere ver, darse cuenta, y a despecho de cuantos reparos se le hagan, que toma como excepciones corrientes, halla excelentes nuestros hogares y encantador el modo de ser de nuestras mujeres.

La viuda de Irala, permanecía callada, y se limitó a hacer una inclinación de asentimiento a lo expresado por Rodríguez. La actitud de la de Acosta, las palabras que había vertido sobre la igualdad en los matrimonios, le hacían ver su oposición a Cristina; y lo sentía por ésta, pues ella ahora menos que nunca estaba conforme con el novio. La forma en que el padre hablaba de él y lo que se decía de la vida que llevaba, era bastante para temer que su hija se viera expuesta a verter muchas lágrimas.

La de Ortiz se dió cuenta de que ella y Acosta estaban monopolizando casi la conversación, cosa que si ocurría así por voluntad de los oyentes, no importaba una atención con la madre de Cristina, que en realidad se hallaba entre personas extrañas a su relación, y a quien ella había invitado a quedarse. Y para re-

parar su inadvertencia y ver si cambiaba algunas palabras con la de Acosta, le preguntó:

—¿Qué opina usted, señora, sobre lo que hablamos?

—Francamente — contestó la de Irala — me parece que Rodríguez ha hablado con exactitud. Participo por completo de sus opiniones. Algunas personas miran mal lo que ellas llaman el "círculo aparte" en que constantemente procura mantenerse un grupo de familias distinguidas, sobre todo durante la temporada de Mar del Plata, y no les escatiman crítica, ni dejan de atribuirles defectos; y hasta analizan el origen de muchas, para no hallarles razón de proceder de tal manera. Por mi parte considero completamente innecesaria la separación en circunstancias así. Las personas que valen, valdrán siempre entre las demás, y cada uno puede elegir sus relaciones y tratarse a la medida de sus deseos, sin necesidad de aislarse para ello.

—En esto estamos de perfecto acuerdo — dijo la de Ortiz.

—¡Ya empieza usted a darme la razón! — exclamó Acosta.

—Sólo parcialmente, como dice Rodríguez — contestó la de Ortiz — porque todavía puedo objetarle que quizá esas personas proceden así por mera comodidad, aunque considere, como la señora de Irala, que no hay necesidad de caer en los extremos.

—Quisiera yo saber — dijo María Carmen a Acosta — en qué otro punto ha estado de acuerdo con usted la señora de Ortiz.

—¡Caramba!; vengo sosteniendo que nuestra juventud por lo general vale poco, y la señora de Ortiz

ha afirmado que es un caso realmente raro encontrar un joven de verdadero mérito.

—Pero me refería a los que se quejan del orgullo de la aristocracia. Yo, francamente, no he visto al héroe digno de quejarse.

—¿Y a qué llama usted el héroe? — preguntó Acosta.

—Pues al joven verdaderamente enamorado de una de esas niñas, al cual su mismo amor le diera todo el aliento de conquista necesario para hacerse querer, y que por su elevación moral y demás condiciones personales, se sintiera digno de ella a pesar de su origen más o menos humilde. Pienso que muchas de las críticas de los jóvenes a que usted se refiere, son confesiones de su propia insuficiencia; y que no han de ser los que verdaderamente valen, los que se quejen. Ya lo he dicho: no basta un título para salir de lo vulgar, y muchos al través de una ilustración que no se les puede desconocer, dejan traslucir tosquedades que chocan, y aun ocultan bajo aquélla más graves defectos. ¡Cuántos de esos que critican no pretenden hacer con su título universitario una especulación matrimonial de rango o de fortuna!

—No son mejores los que frecuentan el "círculo" — dijo Acosta.

—En una y otra parte, habrá de todo. Y así... entre dos males... preferible es quedarse con lo que por estar más cerca nos es más conocido y puede inspirarnos siquiera la confianza del hogar de donde procede.

La de Acosta escuchaba en silencio. Estirada, sin dejar de abanicarse un momento, con su actitud muda quería dar a comprender a la de Irala la distancia que

ponía entre ella. La de Ortiz, no logró, pues, más que en parte sus propósitos, y decimos en parte, porque esa misma actitud significaba bastante.

En el río se produjo un clamoreo acompañado de aplausos. Se corría la regata entre la escuela de Derecho y la de Medicina, y de las embarcaciones se aplaudía a los jóvenes estudiantes que se disputaban la carrera, esforzándose por vencer. Esto interrumpió el diálogo. Al fin los de Medicina lograron pasar adelante obteniendo el triunfo, aunque por escasa diferencia.

Al poco rato llegó Lorenzo con sus compañeras de excursión.

—Ha sido vencido el derecho — dijo Acosta mientras se saludaban.

—Ciertamente; — contestó Lorenzo — pero siquiera por esta vez no sucumbió con él la justicia.

—Y ha habido aplausos para vencedores y vencidos — dijo Julia que estaba realmente contenta.

La viuda de Irala aprovechó la llegada de su sobrino para retirarse en seguida.

X

Cristina no regresó del todo contenta de su paseo. Su madre la enteró en el tren, delante de Lorenzo, de la forma en que se había expresado la de Acosta y de su actitud esquiva. La displicencia de la madre de Enrique, no le extrañaba a Cristina: la había usado con ella sin motivo, fuerza era que la empleara ahora que se veía contrariada. No esperó, sin embargo, tal crudeza, reñida con los más elementales principios de sociabilidad. Su madre estaba por encima de ella en todos sentidos, salvo en fortuna, y ésta ningún derecho daba a la de Acosta para mostrarse despreciativa con los demás. Así lo expresó con bastante desagrado, aunque en tono bajo.

—Lo que dices es cierto, — asintió Lorenzo — pero no hay nada que envanezca tanto como la riqueza, sin duda porque ella permite comodidades que concluyen por hacer creer a quienes las disfrutan, que no sólo en eso; sino en todo, están por encima de los que viven más modestamente. Es una sugestión muy general, y no sé si nosotros mismos no nos dejaríamos llevar insensiblemente por ella si fuéramos ricos.

—No lo creo, ni todos son así. Ya ves la de Ortiz; no puede ser más amable ni más atenta. Y muy bien que sabe distinguir...! Y como ella ha de haber otras.

—Es una cualidad que acusa verdadera nobleza de alma y verdadera distinción; no es frecuente hallarla,

sin embargo, ni tenerla en todos los momentos. Por lo que veo, la de Acosta se empeña mucho en agrandarse y eso es prueba de que se siente pequeña.

—Lo que es yo — dijo la de Irala — la he dejado muy a solas con su desabrimiento; pero no me sería nada grato encontrarme otra vez con ella. Créeme, Cristina, los que están en situación como la nuestra o se tratan con personas de igual posición o se aislan.

—Pero, mamá, — le contestó Cristina — yo no he pretendido nunca que nos tratemos con la gente rica. Esto se produjo por mera incidencia, y de saber que las de Acosta estarían así, por nada me hubiera ido de tu lado.

—Sí; ya lo sé — dijo la madre, como si quisiera dar a entender que no era a eso a lo que se refería.

Pero tanto como la actitud de las de Acosta, le disgustó a Cristina el no haber encontrado allí a Enrique. Es verdad que no sabía que ella iría, y ella a su vez ignoraba que fueran las de Acosta, por lo cual ni había pensado en encontrarle ni su ausencia podía atribuirse a propósito de no verse con ella en público. Pero Cristina se lamentaba de su mala suerte, y a fuerza de tantas contrariedades y de la pasividad misma de Enrique, empezaba a temer.

Entretanto su paseo dió lugar, en el Tigre, a los más variados comentarios de parte de las personas relacionadas con la familia de su novio. No bien se retiraron, la conversación versó sobre ellos. La inició Acosta, preguntando a las excursionistas si se habían divertido, y si Irala era muy alegre.

—No es mucho — dijo Julia — pero nos distrajo bastante contándonos de las regatas en San Sebastián.

Es más bien serio, con una amabilidad tranquila; y cuida de su prima con el cariño de un padre. Sabe remar y ha remado un largo trecho, y dice que sabe nadar.

—Y es preparado — agregó Sara Ortiz. — En la conversación hace frases, si viene al caso. Yo tengo una que nos dijo y que le pedí me escribiera.

—¿A propósito de qué? A ver — dijo María Carmen con la mayor curiosidad.

—Julia, — continuó Sara — hablaba del tono que se dan las de Silva, quienes se cruzaron con nosotras, y yo le dije que se callara. El entonces nos dijo:

"Hace bien la señorita en criticar a los que se enorgullecen demasiado. Yo he escrito no ha mucho este pensamiento, que seguramente no es mío sino en la forma. — Y Julia, sacando de la cartera el papel que le entregara Lorenzo, leyó: "No se es grande con ponerse en la cumbre y mirar hacia abajo. Nadie es más alto porque se coloque sobre un pedestal. La grandeza consiste en la verdadera elevación moral, cualquiera que sea el plano que se ocupe."

—Magnífico — dijo Acosta — Irala está con mis ideas.

—¡Vaya! — dijo María Carmen. — No hay ninguna novedad en lo que ha escrito.

—Aunque no la haya — replicó Acosta. — El mérito está en sostener tales ideas. No es ningún tonto, puedes estar segura. Yo lo he podido comprobar en los días que pasó en la estancia.

—Hay algo de tristeza en su expresión — dijo Julia. — A ese hombre le pasa algo.

—Extrañará su tierra — dijo la de Ortiz.

—O sentirá las vacas que se le han muerto con la seca — dijo despreciativamente la de Acosta, a quien no le sentaron muy bien las palabras que había leído Sara.

Se habló después de Cristina y de la madre; de la buena posición que habían tenido los padres de ésta; y Acosta en cuanto giró la conversación por este lado, las dejó diciendo que se iba a caminar "para estirar las piernas". La de Ortiz se expresó muy favorablemente respecto de todos los que formaban la familia de Irala, en lo cual estuvieron conformes las de Acosta y Salcedo; haciendo, empero, reparos que daban por tierra con su conformidad. Sólo Julia permaneció callada. Hallaba en Lorenzo algo especial que lo hacía respetable y al mismo tiempo agradable a sus ojos, y por esto iba alejándose del modo de pensar de su madre. Nadie insinuó lo de los amores de Enrique: para María Carmen era caso de tratar a solas, y la señora de Ortiz no creyó prudente tocar ese punto. Esta, al poco rato, se retiró con sus hijas y Rodríguez.

Los galanteos de Enrique con Cristina eran conocidos en el círculo de sus relaciones. Las hermanas habían hablado de ellos con sus amigas, pero dándoles el carácter de pasatiempo o de travesura de su "tremendo hermano". Y todas lo consideraron así. Se trataba de una de las tantas conquistas de aquel joven refractario al matrimonio, impenitente y calavera, a quien la fantasía de las mujeres daba el título de seductor de muchachas humildes. Y no se hizo mayormente caso del asunto, vidrioso y vulgar como era.

Resultó así una nota de sorpresa y resonancia, ver a Julia paseando en el río con Cristina, y a la madre

de ésta en el círculo de la de Acosta, lo que se tomó como una formalización del noviazgo y su aceptación por la familia del novio. Y en algunas de las niñas casaderas, se despertó una sorda envidia hacia Cristina, aun de parte de las que hubieran trepidado en admitir a Enrique como pretendiente. Por un lado, la suerte que hacía la novia casándose con un hombre que a la muerte de sus padres sería bastante rico, y por otro el chasco que Enrique les daba, descubriendo un fondo sentimental que nadie habría imaginado, al extremo de ser capaz, no sólo de querer, sino de enamorarse de la profesora de piano de sus hermanas, concitaron contra Cristina los malos sentimientos de varias de las amigas de éstas. Y tácitamente se formó contra ella una conjuración.

Una de las más admiradas fué María Carmen. Se trataba con Enrique con la mayor confianza, y algunas veces éste se le había insinuado, aunque ella se mostró siempre esquiva con él, desechando con franqueza sus galanteos, que por lo demás no creía sinceros ni bien encaminados. Y no es que Enrique le fuera desagradable en su persona, sino que lo consideraba incapaz de querer ni de sujetarse a la vida matrimonial. Los galanteos a Cristina los tomó bajo el concepto que había expresado cuando hablaron en el vestíbulo de la casa de Enrique, al retirarse ella de la recepción habida en el cumpleaños de Julia, concepto que él mismo había confirmado con aquella significativa frase de "genio y figura"... ¿Habia, pues, en aquel hombre despreocupado y trasnochador, cualidades amatorias ocultas y tan grandes que le llevaban a formar un idilio novelesco?

Y cuando se quedó sola con la de Acosta, mientras las hermanas de Enrique se empeñaban, particularmente Marcela, en rectificar los juicios de las amigas que las rodearon cerca de donde estaba la madre, para comentar el noviazgo, la joven viuda trató de saber con certeza cómo estaban las cosas.

—Qué sorpresa, Antonia — le dijo a la de Acosta, — no me hubiera imaginado que Enrique se enamorara de Cristina y que el noviazgo se formalizara.

—¿Quién te ha dicho que hay noviazgo? No faltaría más.

—¡Caramba! Está aquí la madre con ustedes, Julia se va con Cristina y su primo a pasear por el río, ¿quién no va a creer que las cosas no están muy adelantadas?

—Ha sido una casualidad y la de Ortiz tuvo la culpa, pues fué ella quien la invitó a quedarse con nosotras. A mí, maldito lo que me agradó.

—¿Pero, qué piensa Enrique?

—En pasar el rato; así lo dice al menos, y yo no creo que esté enamorado, ni que piense en casarse.

—Pero ¿por qué no hace cesar usted esa relación? ¿Para qué se expone a que dé un "campanazo" rompiendo más tarde, cuando todo el mundo pueda decir que se portó mal y creer que ustedes lo consintieron? A este paso las cosas se complican y traen compromisos morales. Ya usted lo está viendo.

—Hace tiempo que se lo digo, pero no se resuelve. No creas que se preocupa mucho de Cristina, pero se ve que le tiene simpatía.

—Entonces, se casará con ella. Le habrá llegado el cuarto de hora. No le quepa duda.

—No me parece. Además ¿con qué se va a casar y sostener su casa?

—Podría irse a la estancia, y el padre estaría contento de que lo hiciera. Se nota que él acepta a Cristina, y quizá tenga razón al pensar que con una mujer así Enrique cambiará.

—Sería ridículo. Acosta es así, muy blando con quien le sigue la corriente. Pero yo no lo consentiré.

—Entonces haga concluir ese estado de cosas. En su mano está.

—Tendré que insistir, no hay duda; pero Enrique no se deja manejar. Basta que se le exija, para que haga lo contrario.

—Le digo que en su mano está. Hágalo venir a la realidad. No le dé dinero. En cuanto se vea sin él y considere que mientras no los herede a ustedes no podrá crearse compromisos serios, verá que debe seguir soltero y le pasará todo.

—Quizá tienes razón; no se me había ocurrido. Pero estoy convencida de que no está enamorado; si lo estuviera, si tuviese intención de casarse con Cristina, no se limitaría a hablar con ella cuando va a dar las lecciones.

—Será así; pero usted misma dice que le tiene simpatía y por ahí se empieza. Posiblemente a ella le habrá prometido algo. Cristina es juiciosa y la madre bastante prudente para consentir simples bromas de Enrique durante tanto tiempo.

—La madre quizá lo ignore.

—No lo creo. Algo le habrá dicho Cristina, y a una madre seria eso le basta para preocuparse de sa-

berlo todo. El primo también está enterado y ya ve cómo se cuida de hacer notar que es instruído.

—Sea como sea, después de lo ocurrido hoy en que trataron de introducirse, voy a tomar mis medidas. ¡Buen matrimonio iba a hacer mi hijo!

La familia de Acosta cenaba aquella noche en el Tigre, y María Carmen se apresuró a aceptar la invitación que le hicieron para que se quedara. Andaba con su hijita, una preciosa nena de seis años, única que tenía de su matrimonio y que estaba constantemente en poder de la niñera. Las mandó a las dos a su casa, con encargo de que dieran de cenar a la niña y la acostaran. Ella regresaría con la familia de Acosta. Antes de que la niñera ocupara el automóvil en el que volvían a la ciudad, besucó varias veces a su hija con grandes demostraciones de cariño. Después las vió alejarse quedándose muy tranquila.

XI

María Carmen se constituyó en una decidida colaboradora de la de Acosta para convencer a Enrique que debía poner fin a sus relaciones con Cristina. Más inteligente que aquélla, más sagaz, aconsejó que no se precipitaran las cosas. Primeramente había que conocer el verdadero estado de ánimo de Enrique y de ésto se encargaba ella. Entretanto debía tratarse a Cristina como siempre y dar a aquél muy poco dinero, el menos posible.

De todo el plan, lo que más contrariaba a la de Acosta era el no poder despedir en seguida a Cristina. Mientras consideró la relación de su hijo como un mero juguete o como una distracción agradable, que ni siquiera trascendía al exterior, no vió el apuro de cortarla, convencida como estaba de que Enrique no se casaría ni podría casarse con una niña pobre. Más ahora que sus amistades querían ver en aquello un noviazgo formal y lo rodeaban de comentarios, sentía impaciencia por poner término a tal situación y porque Cristina no pusiera más los pies en su casa. Marcela estaba tan apurada como la madre porque "se la echara", entendiendo que ya debían haberlo hecho antes, sucediese lo que sucediese, que al fin nada hubiera sucedido, porque Enrique ni estaba enamorado de ella, ni se iba a casar por mero capricho.

Las amigas en quienes el supuesto noviazgo causara extrañeza y envidia, instaban a las dos hermanas para que cambiaran en seguida de profesora manifestando que sería realmente una lástima que Enrique fuese a entusiasmarse con Cristina, ya que podía hacer mejor suerte. Esto contribuía a enconar el ánimo de Marcela, quien aguijoneaba a la madre para que no fuera blanda con Enrique. Julia miraba el asunto con más calma. Sin defender a Cristina, no veía la necesidad de impacientarse tanto y menos de proceder con violencia. Y es que Julia pensaba en Lorenzo. Este había adquirido a sus ojos una importancia inesperada. Los elogios que de él hacía su padre, su aspecto sereno, su inteligencia, que ella suponía grande, después que le escuchó en el paseo por el río, el conjunto de su persona, despertaron en Julia una consideración por él bastante extraordinaria. Iraia le había causado ya cierta impresión, según hemos visto, cuando lo conoció por primera vez en el Hipódromo. Ahora pensaba si aquel hombre intelectual, fuerte, abogado, lleno de aspiraciones, no sería uno de los jóvenes que su padre juzgaba como capaces de formar buenos hogares. Y con tal buena impresión y tales pensamientos, preocupábale lo que podría decir Lorenzo, si procedían con Cristina de mala manera.

Entre sus amigas, no faltaban las que hacían justicia a Cristina: era una niña fina, inteligente y no fea. Pero ya se sabe que toda campaña de maldad es más activa que la contraria: aquélla obra insidiosamente y muerde de continuo; ésta, por lo general, se limita a hallar mala la otra. De modo que prosperaba

la guerra contra Cristina, guerra que se encubría bajo las frases ligeras pero intencionadas de la simple conversación sobre el caso:

Cristina hubiera pasado un serio disgusto el día que, después de su paseo al Tigre, estuvo a dar lección a las de Acosta, a no ser el compás de espera que María Carmen había impuesto, empeñada en sondear de improviso los sentimientos íntimos de Enrique. Llegó allí con bastante sobresalto, pues su madre había perdido toda confianza en la seriedad de los amores de Enrique y suponía que la de Acosta se apresuraría a impedir se hablaran más en su casa. Pero nada ocurrió de nuevo. Enrique la esperaba como siempre. Marcela estaba con dolor de cabeza y no vino a la lección; y en Julia no se notaba cambio. El paseo al Tigre fué el objeto de la conversación de los tres durante un largo rato, y Julia hizo a Cristina por primera vez varias preguntas sobre Lorenzo, aplaudiendo que revalidara su título y le gustara escribir.

Pasaron así quince días. Marcela, aconsejada por María Carmen, que iba seguido a su casa y de la cual se había hecho una íntima confidente, no dejaba traslucir en las lecciones nada de su contrariedad. Enrique empezó a sentir la falta de dinero. Su madre, para no dárselo, se excusaba en que Acosta se lo mezquinaba ahora a ella, y le mostró algunas cuentas que tenía impagas.

—Pero tú tienes tus bienes y tus rentas — le dijo Enrique — no puede proceder así contigo. Yo le voy a hablar.

—¡Por Dio, hijo! — le respondió la madre — tu

padre tiene mal carácter y yo no quiero disgustos. Ten paciencia; ha de cambiar.

—Le pediré, entonces, a él, a ver con lo que me sale y qué es lo que se propone con tenernos así.

Esto obligó a la de Acosta a hablar con su marido. Empezaba a darse cuenta de que por mucho que quisiera, no podía prescindir de él.

Acosta, durante los meses que la sequía le retuvo en el campo, pensó bastante en los galanteos de Enrique a Cristina. Sabía que su mujer y sus hijas no estaban conformes con la novia, y le extrañó que después de haber estado con él la viuda de Irala no se apresuraran a cambiar de profesora. O Enrique se les había impuesto o las habría convencido de que todo era simple broma.

Por su parte, y como le había dicho a la de Irala, no veía mal aquellos amores. Pero temía que su hijo estuviera jugando con Cristina y que, de interesarse realmente por ella, si llegaran a casarse fuera a mirarla al poco tiempo con despreocupación, y se diera a la misma vida de soltero. Para una mujer sensible como Cristina esto seria condenarla a un verdadero tormento. ¿Qué le tocaba hacer a él, como padre, para evitar futuros males?

Acosta pensaba plantear con claridad la situación en cuanto regresara definitivamente a la Capital a fin de descargar su conciencia de toda responsabilidad. Que los actores decidieran por sí mismo de su propio destino. Hombre de experiencia, a su regreso le bastó ver a Cristina conversando con Enrique para convencerse de que estaba enamorada de él, y antes de pro-

ceder quiso observar la firmeza de los sentimientos de su hijo. Al fin si por una de esas extrañas casualidades que ocurren en materia de amores, Enrique la quisiera de veras, no sería difícil que entrara en juicio. El hecho mismo de casarse con una niña pobre, lo supondría. Dudaba de que esta conversión se realizara, pero no la veía imposible.

Cuando su mujer habló con él para decirle que había resuelto no dar dinero a Enrique, convencida de que era ya tiempo de que pensara más seriamente, Acosta, aunque supuso al momento que aquello iba encaminado contra Cristina, aplaudió la medida, porque servía a sus propósitos de conocer a fondo el grado de seriedad y buena intención de los amores de su hijo. Y le allanó el camino, para que cargara sobre él la culpa de la restricción. "Ya debías haberlo hecho antes — agregó Acosta. — Deja que se entienda conmigo"

Acosta sospechó también que en el asunto andaba metida la mano de la viudita, cuyas frecuentes visitas no podían responder a otra cosa. Vislumbraba el complot que se estaba formando, y ganas le dieron de desbaratarlo en el acto tomando la defensa de Cristina contra todos. Pero ¿qué objeto tenía provocar un conflicto, si su hijo, parte principal, no respondiese a sostenerlo?

Enrique no tardó en pedirle dinero. No podía andar sin él, acostumbrado como estaba a gastarlo sin mayor cuidado. El pedido lo hizo con toda sumisión.

—¿No podrías darme unos pesos, papá? — le dijo. — Mamá no tiene.

—Si, puedo — le contestó Acosta — ¿pero para qué necesitas dinero? Estando de novio y con miras, supongo, de casarte, debes cambiar de vida. El tener dinero, es lo que te echó a perder.

—De novio no puede decirse que esté. Cristina me gusta, pero no nos hemos comprometido.

—¿Estás seguro?

—Y tampoco he pensado en casarme en seguida — siguió Enrique sin contestarle. — Tengo que tratarla bien antes de decidirme.

—Entonces, por lo que se ve, estás jugando con ella y yo te previne que no quería lo hicieras.

—No; jugando no. Le he guardado toda la consideración y respeto debido, y es la primera mujer a quien he tratado en una relación de simpatía, sin lastimarla con la menor mala insinuación ni directa ni indirectamente. Pero tú comprendes que eso de casarse es ya cosa grave y no se puede resolver de un momento a otro.

Enrique era sincero; tenía simpatía por Cristina, pero eso de casarse con ella eran palabras mayores. Había empezado con intenciones no santas y jugando, jugando, le había tomado cariño. Pero hombre disipado, no podía dejar de ser calculista, y no se sentía con ánimo de esclavizar su voluntad a una mujer sensible como ella y cuya posición le impondría un cambio radical de vida.

—Entonces — dijo el padre — mejor es que la dejes de una vez.

Enrique se calló y Acosta, contra lo que antes se había propuesto, le dió dinero. Pensaba que su hijo

le decía la verdad, y veía claramente la situación. Cristina había despertado una intensa simpatía en Enrique. Este llegó así a respetarla. Hombre idealista, se hubiera enamorado del todo y habría visto como una suprema felicidad su matrimonio con ella. Pero su materialismo, su concepto de la vida, le detenía a las puertas mismas del amor. Estaba en su naturaleza o era consecuencia de la vida que había llevado, y Cristina no sería capaz de cambiarlo. Lo que urgía, entonces, era poner fin a aquellas relaciones para evitar que más tarde fuese mayor el disgusto que debía sufrir Cristina. Por lo tanto no vió ya la necesidad de secundar los planes de su mujer. Esa medida que él aconsejara antes, sin ser oído, debía responder a un objeto más fundamental.

—Es necesario que pienses — dijo Acosta — y resuelvas pronto la situación. Puesto que te agrada y la respetas no debes demorar en hablarle claro; porque ni tienes derecho ni es ya tu fin engañarla, ni hacerla sufrir.

Enrique quedó admirado de la templanza de su padre y fué a contarle a la madre el resultado de su conferencia; la de Acosta no podía salir de su asombro y María Carmen, cuando lo supo todo, vió más peligro en ésto que en las discusiones. Por lo demás ¿habría sido sincero Enrique con su padre? Si fuese así se confirmaba que había en él un fondo de sentimentalismo apreciable, y que ella, joven y rica, muy bien podía ser la mujer que él necesitaba para abandonar su vida de soltero. Dado que Enrique dijera la verdad, era indudable que si Cristina fuese rica ha-

bría concluído por hacerlo caer en las redes del matrimonio.

En María Carmen aumentó la curiosidad por penetrar al fondo de los sentimientos de Enrique, y en esa curiosidad se encerraba un vago deseo de atraerlo, si al fin resultase que le convenía. Y le invitó a que fuera a tomar te con ella una tarde, lo que Enrique aceptó en seguida, quedando en ir al día siguiente.

XII

—Con que te tenemos enamorado...? ¡quien lo creería! Siempre he pensado que eras refractario al matrimonio.

La joven viuda de Salcedo hablaba con Enrique, mientras servía el te. Se había arreglado con el mayor esmero para recibirlo, sin salirse de lo que el buen gusto imponía a las circunstancias; y así, con su fino pero sencillo traje de casa, aparecía en toda su elegancia.

—¿Enamorado? — respondió él — hasta por ahí no más. Me es simpática Cristina. Le encuentro algo agradablemente extraño: su modo de decir, su mirar, el aplomo de sus juicios y a la vez la vivacidad de su espíritu....

—Enamorado; completamente enamorado. Así sucede a veces: se encuentra fuera de nuestro centro lo que nos agrada. Y el amor requiere un poco de sentimentalismo.

—¿Crees tú por si acaso que yo he caído en eso? No.

—Mira, nada de extraño sería. Muchas noches en el Colón, contemplando las figuras bastante rígidas de las niñas de nuestro mundo, he pensado que no se casan por falta de flexibilidad. Y también porque muchas se componen demasiado.

—Para eso tú, que no necesitas componerte.

María Carmen se había propuesto sondear a Enrique favoreciendo calculadamente sus amores con Cristina; y luego conducir la conversación en forma de que, por contraste, se diera cuenta de la diferencia que existía entre casarse con aquélla o con una mujer de posición.

—¡Vaya! no puedo permitirte galanterías. Te he invitado a tomar te, porque tu cambio de frente me induce a creer que ha llegado al fin para tí el momento de la seriedad.

—¿Y por qué no puedo decir que no necesitas componerte? Eso es verdad y no hay en ello lisonja.

—Sí; — continuó María Carmen sin responderle y jugando entre los dedos con las tenacillas del azúcar — no me extraña que te haya llamado la atención Cristina; generalmente vamos en pos del contraste.

—¿Por qué contraste? ¿Por la diferencia de posición...?

—De ninguna manera. Pero un hombre como tú, un poco calavera, de una negligencia suma, acostumbrado a la buena vida, tenía que caer de ese lado. Casi es una penitencia que impone la naturaleza.

Enrique se rió de la ocurrencia.

—Bueno — le dijo — hablemos de otra cosa.

—De lo que tú quieras.

Enrique no sabía qué tema tomar. ¿Las regatas del Tigre...? Iba a salir Cristina de nuevo al tapete, y esto era lo que no quería.

—Te escucho — le dijo ella, al ver que permanecía callado.

En ese momento entró corriendo Mechita, la nena de María Carmen, que se había escapado a la ni-

ñera. Tendió los brazos a la madre, y ésta la sentó sobre sus rodillas besándola con calor.

—¿Qué dice mi hija?

—Que yo quiero estar aquí.

—Bueno, querida.

Y volvió a besarla con efusión.

—Debes sentirte feliz con una nena tan preciosa — dijo Enrique.

—Ya lo creo; este diablito me endulza la vida.

—Sólo así no te sentirás demasiado sola. Verdad que sabes entretener el tiempo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Enrique la contemplaba. Su cara risueña, en la que parecía brillar la alegría de vivir, su cuerpo de formas acentuadas y en pleno vigor, la blancura de su cutis fino y fresco... En aquella intimidad de la conversación, solos, porque la nena no podía darse cuenta de nada, una ráfaga de sensualismo pasó por su sangre y asomó a sus ojos.

Ella lo notó, y se sintió halagada por este triunfo de su persona.

—Pero no creas — continuó — tiene sus inconvenientes el ser sola.

—¿Por qué no te vuelves a casar?

—No he pensado mayormente en ello. También el casarse tiene sus desventajas. Y si vuelvo a hacerlo, será por amor, exclusivamente por amor.

—Entonces tienes que elegir algún romántico, o por lo menos un intelectual: un artista te vendría bien.

—Yo no quiero salirme de mi mundo, Enrique. Parece que sólo los románticos y los intelectuales su-

pieran amar. Yo no soy ni lo uno ni lo otro, y sin embargo, siento que puedo querer de veras.

—Pues ya no te hubiera faltado con quien casarte. Algunos te han pretendido.

—No me han satisfecho. En estas cosas lo que manda es la simpatía, y ésta debe ser espontánea.

—Vas a inclinarte, entonces, del lado que digo.

—¡No...! — exclamó María Carmen riéndose — Pienso que los románticos, lo intelectuales, los artistas, han de ser muy enamorados de su arte. Soy más realista y eso no me contentaría. Quiero el hombre para mí y de mi mismo mundo. — Y mientras decía esto acariciaba a su hija.

—Pero tú misma me has dicho que el amor r quiere un poco de sentimentalismo.

—Verás: entiendo que en él ha de haber una ilusión que no responda a simple cálculo. Pero esto no es incompatible con mi modo de pensar. Casi te diría que lo confirma, más bien.

—Ya te saldrá, entonces, el que deseas. Eres capaz de dominar a quien te propongas.

—Vuelves a las galanterías. No basta que yo dominara: es preciso que me sintiera también dominada. Creo que ahí está el punto esencial del amor.

—Pero cuando deseases dominar a alguno, sería porque ya él te agradaría, porque empezabas ya a sentir su encanto.

—Eso sí; pero no haría nada para dominarlo. Me gusta la espontaneidad.

Se encontraron sus ojos: los de él llenos de fuego, los de ella llenos de blandura. Ella le había estado observando a su vez, y ahora de buena gana le hubiera

echado los brazos al robusto cuello y se lo besaría. La joven viuda contaba con algunos de estos pecados leves; leves porque no pasaban del pensamiento.

—Lo harías — le respondió Enrique — aun sin quererlo, sin darte cuenta.

—En ese caso, habría tenido él más poder que yo, y me pondría en guardia contra un hechizo que no fuera plenamente correspondido. Por eso creo que haces muy bien en casarte por amor. Supongo que te irás a la estancia, te la llevas a Cristina y podrás realizar el mejor de los idilios.

—Pero ¿quién te dice que me voy a casar, ni que piense en irme a la estancia?

—Ambas cosas caen de su peso. El amor conduce al matrimonio, y como no tienes bienes propios ¿dónde podrías estar mejor que en el establecimiento de tus padres? Eso no quiere decir que no vengas a la ciudad; pero créeme no te sentará mal que tomes el manejo del establecimiento y ayudes a tu padre, porque, en verdad, ya es tiempo de que te hagas serio. A mí francamente no me gusta el campo...

—A mi tampoco. Pero lo que dices ni lo he pensado.

—No puedo prescindir del ambiente de la ciudad — continuó María Carmen, como si no hubiera oído — de mis paseos a Palermo, de mis noches del Colón, de las conversaciones con mis amigas, de todos los preciosos detalles que rodean nuestra vida en Buenos Aires.

—De modo que si te casaras, ni siquiera viajarías — dijo Enrique en el tono expansivo con que ella acaba de expresarse.

—Por mi gusto, no... ¿ni para qué? ¿Quieres cosa más inoportuna que un viaje de novios? En mi casa, donde lo tengo todo dispuesto a mi modo, donde puedo moverme dentro de la mayor amplitud y de la mayor intimidad, donde me sería dado vestirme al gusto de mi marido para agradarle a él solo, donde ninguna mirada curiosa o impertinente vendría a molestarme, libre, en fin, de las imposiciones del mundo... Me parece el mayor de los contrasentidos eso de consagrar el amor en tren o en vapor.

Enrique se quedó callado. Su corazón latía con violencia y en su mente se dibujaban las escenas amorosas que María Carmen acababa de insinuar, y que él, en su imaginación, iba multiplicando y viendo desarrollarse con formas concretas, en medio del ambiente de molicie y lujo que rodeaba a su interlocutora. En la luz tenue en que estaba sumido el comedor, aquella mujer bonita, atrayente, en plena juventud aun, ofrecíase a los ojos de Enrique con toda la seducción de sus formas, de su posición social, y de la dulce intimidad en que iban penetrando. Pero no le pareció prudente en esta primera entrevista de tal carácter, avanzar por donde serían sus deseos.

Ella lo dejó en silencio un momento, mientras hacía monadas a su hija, que le servía para disimular la importancia de sus palabras.

—¿No eres de mi parecer? — le preguntó después.

—Ya lo creo. Estaba pensando en que no eres la misma — dijo como excusa a su silencio.

—¿Y qué me hallas de extraño?

—¿Por qué nunca te has detenido a hablar conmi-

go en la forma en que lo haces hoy? — preguntó él a su vez.

—No vino nunca el caso, y aunque hubiese venido, quizá no me tomaría la molestia de hablar contigo seriamente.

—¡Gracias!

—A un hombre indiferente hacia nosotras, que malgasta por ahí la vida y el tiempo, y reduce todo su mundo a un estrecho y malísimo círculo, una mujer de mis condiciones no puede hablar con él sino trivialidades. Ahora estás, — al menos me parece que estás — mejor encaminado; se ve que a pesar de todo tienes buenos sentimientos, que no eres insensible a las cosas del corazón... Y si resuelves casarte, hasta podría darte buenos consejos para que seas feliz.

—Vuelves a lo mismo.

—Pero dime, francamente, ¿qué piensas hacer entonces? Tu madre está preocupada, y yo me intereso, como amiga, en saber lo que te propones, para conformarla.

—Para eso me has invitado a tomar te — dijo él sonriéndose. — Para satisfacer tu curiosidad.

—No es cierto; puedes creerme que si bien deseo conocer tus sentimientos con el fin que he dicho, por mera curiosidad no te hubiera invitado nunca.

—Y entonces, ¿por qué?

—¡Vamos! te ruego que no me confundas con esas mujerzuelas más o menos brillantes con quienes pasas el rato y con las cuales no necesitas cuidarte de ser discreto para hacer preguntas. Te invité, porque hay amistad entre nosotros y porque, como ya te lo he dicho, me era grato hablar contigo después de tu cam-

bio. Ahora, si crees que nuestra amistad me autoriza para pedirte que seas franco, respecto del carácter de tus relaciones con Cristina, que son ya conocidas y se comentan, queda hecho mi pedido.

—No hay más de lo que te he dicho. En cuanto a casarme con ella, es cosa que ni he pensado.

—Pero ¿cómo has seguido tanto tiempo así, en esa vaguedad, y siéndote simpática, no has formado aún un propósito definido?

—Las circunstancias se prestan a ello. Hablamos cuando va a casa a dar las lecciones; es muy espiritual, delicada, instruída... Sentiría el vacío de no verla, de no conversar con ella. Pero no he pensado en casarme.

—Es extraño — dijo María Carmen.

—Posiblemente mediará en esto, como tú dices, algo de sentimentalismo, o seré por naturaleza, indiferente al matrimonio; quizá también no lo he pensado, porque de todos modos no estoy en condiciones de casarme. Al campo nunca he querido irme, y mi padre no me haría adelantos como para vivir con independencia.

—Pero, entonces, debes terminar. Piensa que ella te puede querer y va a sufrir.

—Ya me quiere; pero se le pasará.

—Los hombres siempre sois así, de un egoísmo verdaderamente cruel. ¡Ya se le pasará...! — Luego volviendo a su tono amable, agregó: — Hay dos faltas graves en tu conducta. Una, que o bien la has engañado con promesas o simplemente la engañas manteniéndola en el error de que pudieras llegar a casar-

te con ella. La otra, que le puedes hacer perder algún pretendiente de verdad.

—Es el pecado menos grave que he cometido con las mujeres.

—¡Vamos! no te jactes tanto. Tus pecados son a meedias, y tus conquistas me imagino que tienen más de mecánicas que de otra cosa. Empezaste con Cristina jugando, seguramente con malas intenciones; pero te cerró el camino que querías llevar y ha concluído por serte agradable de veras.

—Me alegro que me juzgues así — le contestó riendo. — Me tendrás más confianza que hasta ahora.

—Otra jactancia — dijo ella riéndose a su vez. — Nunca te he temido, ni poco ni mucho.

—Pues bastante esquiva has sido siempre conmigo.

—Por otras razones, sin duda alguna. Antes no valías para mí lo que ahora vales.

Y lo miró con dulzura. Mechita, cansada de estar quieta en las faldas de la madre, se quiso ir nuevamente con la niñera. Y María Carmen, que vió brillar los ojos de Enrique, se levantó.

—Tienes que disculparme — le dijo — debo asistir a una sesión de la "Sociedad de obras caritativas", y mientras cambio de traje, ya se me hará tarde.

—¡Te vas... y tan luego ahora!

—Ahora, sí; pero no me voy del mundo.

XIII

Enrique salió un poco trastornado de casa de María Carmen. La hallaba interesante y había estado expresiva, íntima con él, no sólo en las palabras sino en el tono general del coloquio. Nunca ella le había hecho caso: ¿qué se proponía ahora? Enrique lo mejor que pensó de su amiga es que empezaba a echar de menos el matrimonio. Su amor propio se sentía halagado con aquella entrevista que le ponía en camino de conquistar a una mujer bonita y de rango, cosa que hasta entonces no había conseguido; sin duda, pensaba él, porque no se dedicara a eso con constancia.

Veía necesario para ello romper con Cristina. Era, además, lo indicado, porque su padre no consentiría que siguiera como hasta entonces y porque al fin si no se iba a casar con ella, abandonado su propósito inicial no tenía objeto el continuar engañándola. En su casa le dejarían así tranquilo y tendría más libertad para abordar a María Carmen. Pero Enrique, no obstante considerar la ruptura como cosa corriente y sin importancia, sentía tener que buscar un mal pretexto para provocarla. Era ella tan sincera con él, tan inocente, malgrado aquella rectitud defensiva con que se ponía a salvo de toda incorrección, y había visto él en sus ojos, tantas veces, la sinceridad de su cariño, que ahora le daba lástima.

Enrique, a la vez que María Carmen flotaba en su

cabeza con todos los contornos de su seducción física, como una visión de diosa fina del placer, se sentía ligado a la atracción dulce, verdaderamente moral, de Cristina. Era ésta la primera mujer que le había hecho pensar con seriedad; que en su conversación le había conducido a un terreno de sensatez á que no estaba habituado antes, y la única también que no había tenido con él ninguna de esas quejas o exigencias tan propias de las mujeres con quienes se tienen relaciones amorosas, de cualquier naturaleza que éstas sean.

Pero aquello tenía que concluir, y Enrique juzgó lo mejor ausentarse. Se iría a Montevideo, para lo cual conocido el objeto, su madre le daría dinero suficiente, y de allí le escribiría a Cristina en forma adecuada. Sin embargo no quiso hacerlo en seguida, a fin de que María Carmen no fuera a imaginarse que lo había embobado y que obraba a impulso de sus consejos.

María Carmen, para quien Enrique fué hasta entonces un hombre de bastante poco mérito, principalmente porque, como le dijo a él, le veía desenvolverse en un círculo vulgar, se dió cuenta con su perspicacia de mujer, de que aquél quería a Cristina. Lo demostraba el hecho de considerarla singular, distinta de las demás. Y esto cambió su opinión respecto de él. Hallaba en aquellos amores su parte de idealismo. Siendo ella rica y debiendo él serlo a la muerte de sus padres, visto que era capaz de querer a fondo, dejaba de ser un candidato peligroso. María Carmen comprendió también que el casamiento con Cristina sería difícil. Pero Acosta podía facilitar el camino a su hijo: se imponía, pues, aprovechar de la indecisión de Enrique,

y buscar el medio de que los novios se pelearan lo más pronto posible. Ella tenía la seguridad de atraérselo después, hacerse querer por él y llevarlo a las redes matrimoniales.

Al día siguiente se vió con la de Acosta y le dió cuenta de las impresiones que había sacado de la entrevista. Cristina ejercía ascendiente amoroso sobre Enrique, lo que no dejaba de ser un peligro; pero él no tenía miras de casarse, en sus actuales circunstancias. Bastaba un empujón para que todo concluyera: la menor desinteligencia que tuviera, sería lo suficiente para que quebraran. Por otro lado aconsejó a Marcela le diera bromas a Cristina con ella, diciéndole que Enrique la festejaba.

Marcela no aceptó semejante misión; no podía realizarla; su antipatía hacia Cristina, disimulada a duras penas durante las lecciones, no se lo permitía. No quería, por otra parte, que directa ni indirectamente, Cristina supiese por ella, que tomaban sus conversaciones con Enrique como cosa seria. Lo que debía hacerse era despedirla a fin de mes. María Carmen insistió en que era mejor provocar el rompimiento previamente; así se concluiría del todo.

A Marcela se le vino entonces la idea de enviarle un anónimo; pero no dijo nada de miedo a que no se aceptara el procedimiento. Lo haría ella sola, puesto que Julia estaba desentendida del asunto y se plegaba ahora a las ideas del padre.

Y llegó el día en que Cristina debía ir a dar la lección, y a la mañana recibió por correo el anónimo. Marcela lo había hecho, pero se valió de una amiga para escribirlo, poniéndose así a salvo de toda imputa-

ción. Ajena Cristina, a cuanto se tramaba en su contra y a tales mezquinos medios de intrigar, su sorpresa fué grande. No conocía la letra de las de Acosta, pero supuso que de allí procedía. ¿A quién más podía interesarle su noviazgo con Enrique? Cualquiera de sus relaciones se lo hubiera dicho en otra forma.

El anónimo decía: "Señorita: Mientras usted cree que Enrique Acosta la festeja con seriedad y buenos propósitos, éste ha iniciado relaciones formales con la joven viuda de Salcedo, en cuya casa se pasó toda la tarde del miércoles. En el círculo de sus relaciones, sus amoríos con usted siempre han dado que hablar en sentido desfavorable para la reputación de usted, cosa que no ha de extrañarle dada la diferente posición entre ambos. Y ahora, con doble motivo se juzgará mal de su conducta. Una persona que la estima y siente su situación, cree hacer bien en advertírselo".

En su buena fe y en su confianza en la corrección de Enrique, Cristina no dió en el primer momento importancia alguna al anónimo. Lo miró con desprecio, y aun supuso que si las de Acosta acudían a tan miserables recursos era porque comprendían que Enrique no estaba jugando con ella. En el escrito hallaba vertido todo el veneno de esa gente; la frase relativa a la diferente posición era muy de ellas. Después de hacerse estas primeras reflexiones, llamó a su madre y se lo entregó.

—El anónimo en sí — dijo ésta una vez que lo hubo leído — no es de tenerse en cuenta. Pero me temo que diga la verdad. Tú ya conoces mi modo de pensar respecto de tus relaciones con Enrique, y creo que ya es tiempo de que te desengañes.

Cristina quedó muda. No esperaba que su madre tomara tan a lo serio el contenido de un escrito sin firma, que por sí mismo acusaba una intriga.

—Ya ves — continuó la madre — como yo me lo temía, se habla de tu conducta.

—Pero, mamá, ¿cómo pueden hablar? ¿qué tienen que decir?

—La gente es propensa a suponer lo malo, y esa reserva en que Enrique continúa al cabo de tanto tiempo, es motivo bastante para que se desconfíe de sus intenciones y se dé por probable lo que no existe. Por mi parte no estoy conforme con que esto siga así.

—Pero ¿quieres más prudencia y rectitud de la que he observado?

—No eres tú sino él quien se conduce mal. Si realmente te quisiera, si pensara casarse contigo, habría venido a verte alguna vez en tu casa o hubiera hecho público en alguna forma su noviazgo. Has creído que yo le juzgaba mal, le has tenido fe, has querido que esperara, y yo he vivido viendo llegar de un día para otro el desencanto. Felizmente estás prevenida.

—Pero él me quiere, mamá, estoy segura; y tú has hablado con el padre. Son "ellas" las que se oponen.

—Ya te digo que no creo que él te quiera. Es de él de quien desconfío y con fundamento. La oposición de la madre, la de todo el mundo nada significaría, si él se propusiese casarse contigo. Pero como no querrá, la oposición, con serte hostil, ningún mal te hace.

Cristina hallaba lógicos los razonamientos de su madre, pero no perdía la fe.

—¿Y qué objeto tendría Enrique en haber seguido tanto tiempo, pidiéndome que espere hasta que con-

venza a su madre? ¿Por qué había de engañarme por el simple placer de hacerlo? — dijo Cristina casi llorando.

—En la mayoría de los casos, querida, los hombres no dan importancia a esa verdadera mala acción. Es un privilegio que se atribuyen, y cuando son de las condiciones de Enrique, se dan por muy cumplidos con no haber hecho daños de otro orden. A mí me parece que hoy mismo debes dejar esas lecciones.

—¿Pero no ves que creerán que es por el anónimo?

—Que crean lo que quieran. Si yo tuviera fe en él, te aconsejaría lo contrario; no la tengo y debes suponer que estoy en mejores condiciones que tú para juzgar. Además, si hoy lo ves, puedes decirle por lo que te retiras, y él, si te quiere, como tú supones, hará lo que debe hacer. Pero desengáñate no hará nada. Y quizá sería mejor que fuera yo, les hiciera saber que no puedes seguir, porque no te alcanza el tiempo, con lo que te evitas desagrados.

—No; he de ser yo misma quien les avise. No quiero que piensen que me han corrido con semejante insidia.

La madre hizo un gesto que denotaba poca conformidad.

—Si tú quieres — prosiguió Cristina — hablaré con la de Ortiz. Puedo ir a verla antes de la lección. Ella que trata a la familia de Enrique, podrá también orientarte.

—Vela; tengo mucha confianza en su buen juicio y ha sido siempre cariñosa contigo. Y cualquier cosa que ocurra en casa de Acosta, ya sabes, mucha

delicadeza y mucha dignidad. Es la manera de conducirse y la de que no te veas humillada.

Cristina no comió ese día. Apenas si su madre pudo hacerle tomar un poco de leche. El tono decisivo, aunque bondadoso con que ésta le había hablado, produjo en su ánimo una gran depresión. Antes le hacía ver sus dudas, la aconsejaba; ahora sus conclusiones eran definitivas, poniendo al borde del precipio sus ilusiones. Las críticas, que según el anónimo se hacían a su conducta y que su madre daba por ciertas, amargaban también su espíritu. ¿Cómo podían existir almas tan perversas? ¿No había cuidado ella de evitar todo acto que pudiera dar motivo a la mínima sospecha de incorrección?

Cuando salió para ir a casa de la señora de Ortiz, confiaba en que Enrique la tranquilizaría, adoptando una resolución clara ante su familia. Su madre la acompañó hasta la puerta, como la primera vez que fuera a la casa de Acosta; la despidió cariñosamente, y la vió partir con una pena distinta y más intensa que la de entonces.

La señora de Ortiz coincidió en un todo con la madre de Cristina.

—Comprendo, hija mía, que va a pasar usted por un mal trance. Su confianza en Enrique ha sido excesiva en el sentido de que usted haya llegado a quererlo antes de tiempo y mucho más de lo que merece, y no le queda otro remedio que resignarse y tratar de olvidar.

Cristina le recordó todo lo que él le había dicho para que confiara: hasta que la colocaba bajo la protección del padre.

—Yo no quiero — le contestó la de Ortiz — aventurar mayores afirmaciones. Pero es preferible que usted se prepare para lo peor. De todos modos considero que habiendo oposición de la dueña de casa, debe usted dejar esas lecciones y retirarse antes de que ella la despida. Esto es lo esencial. Ahora le diré, como amiga, que quizá algún día se felicite usted de lo que ocurre.

Cristina la miró extrañada.

—Sí — continuó aquélla. — Suponiendo que usted haya causado en Enrique una impresión extraordinaria, nada revela que esto tenga influencia en su carácter ni en sus costumbres. ¿Qué seguridad tendría usted al casarse con él de que se amolde a ser un buen marido?

—¡Oh! yo procuraría hacerle la vida agradable, modificarlo...

—Para que usted lo lograra sería preciso que él ahora, por el influjo de su amor y de la seriedad que el matrimonio impone, hubiera empezado ya a transformarse. El anónimo contiene una verdad irónica contra usted, pero que puede volverse con más propiedad contra él. La diferente posición de usted es ciertamente un peligro en este caso. Si Enrique fuera un joven capaz de concebir el matrimonio como la consagración de dos almas y de ver el hogar bajo el elevado concepto que debe merecer, el que usted no tenga fortuna ni capital alguno no sería inconveniente ni grande ni pequeño. Tiene usted eximias condiciones para llenar una casa y hacer feliz un hogar, y ningún peligro existiría en que usted se casara con un hombre rico, siendo juicioso y caballero. Pero tratándose de Enri-

que es distinto. La vida que sigue llevando no es recomendable; gasta de lo que la madre le da. Piense usted en el riesgo que iría corriendo al casarse con él, cuando ahora, no obstante todas las promesas que a usted le ha hecho, no ha pensado en prepararse para su nueva vida.

—Quizá lo hiciera más tarde. Muchos han estado de novios durante algunos años.

—Habrán estado esperando a mejorar su posición, pero lo habrán procurado desde el principio, y sino. sería prueba de que no se han querido lo bastante. Lo que quería decirle es que en las actuales condiciones de Enrique, dada la vida que lleva, y su falta de inclinación a sujetarse, usted estaría expuesta después de los primeros tiempos, a que la mirara como una traba y concluir por ser víctima, cuando menos, de su indiferencia. Malograría usted así su vida. Lo extraño es que dada la posición de él y los malos hábitos que debido a ella se ha creado, usted lo haya creído. Por algo ha de ser que al amor lo pintan ciego.

Cristina no le hizo objeción.

—Pero como quiera que sea, el que su mamá y yo pensemos de esta manera no es motivo para que usted lo deseche. Ahora deja usted las lecciones, se retira tranquilamente y espera la decisión de Enrique. No es el anónimo el que me mueve a aconsejarle esto; pero él revela que le van a hacer la guerra sin perdonar medios.

Cristina le dió las gracias y salió decidida no sólo a dejar las lecciones sino a explicarse con Enrique para concluir en uno u otro sentido con aquella situación que ella había considerado clara y definida, pero que

los demás veían envuelta en incertidumbres, y daba lugar a malos juicios. No obstante sus esfuerzos por serenarse, los nervios la dominaban, y se sentía llena de inquietud y de amargura.

Cuando llegó, como de costumbre, a la lección, Julia fué la primera que se presentó.

—Quisiera hablar con Enrique — le dijo Cristina — si ustedes me lo permiten.

Julia lo fué a llamar y Enrique entró solo. Cristina le entregó el anónimo, diciéndole con tono reposado:

—Mira lo que he recibido.

—¿Y tú vas a hacer caso a esto? — le dijo él después de leerlo.

—Yo no le hago caso; sé que no debo hacérselo; pero la situación en que estamos no me es ciertamente favorable, como tú comprenderás.

—Pero ¿por qué?

—Tu madre y tus hermanas me son hostiles, no hacen una simple alusión a nuestras relaciones: dirán que estás pasando conmigo el tiempo. Por tu parte nada haces para comprometerte, siquiera moralmente ante los demás. Parece que esquivaras hablar conmigo delante de la gente o temieras hacer saber que estás de novio conmigo, y eso revelaría la poca seguridad de tus sentimientos.

—Esas son tonterías.

—No, no lo son. Los juicios equívocos que se hacen respecto de una mujer, aunque no tengan base real, deben ser destruídos, evitando lo que haya dado lugar a ello. Así no podemos continuar Enrique. Por mi parte hoy dejaré de dar las lecciones en tu casa. Quiero

evitar a tus hermanas una molestia que no me explico cómo han podido soportar hasta ahora.

Enrique no había tenido desinteligencias con Cristina, porque la suavidad de ésta impedía que se produjeran. Cuando estaban en desacuerdo, ella no discutía, procuraba simplemente convencerlo. Esta blandura de ella, la posición de él, de la cual estaba bastante pagado, y el mal hábito de tratar a ciertas mujeres con superioridad, hacían que Enrique considerara a Cristina como una criatura supeditada a él. El cariño que le tenía, no bastó a borrar este concepto. Y resuelto como estaba a romper con ella, se reveló en él su inclinación a los malos procedimientos al escuchar sus últimas frases.

—¿Vas a hacerme ahora una escena? — le dijo con irascibilidad. — ¡Yo no quiero ni tengo por qué justificarme de los anónimos!

Cristina vió en el tono de su voz todo lo que hasta entonces había permanecido oculto. Su madre y la señora de Ortiz tenían razón. Reprimió toda la sublevación que en su alma despertaba la violencia de aquellas palabras y levantándose por encima de su propia angustia, lo miró con ojos serenos.

—Te he considerado un caballero — le dijo — porque no me has mezquinado tus amabilidades y has sido conmigo correcto, no puedo negarlo. A pesar de todo cuanto de tí se me decía, he tenido fe en tí, porque no veía el objeto de que me engañaras y porque creí que me querías. A un caballero, en tu situación, para quedar libre, le basta decir sencillamente y con buenos modos, que se ha equivocado, y pedir disculpa. Ninguna mujer que vele por sí misma va a exigirle a

un hombre el cumplimiento de promesas que no respondan a un sentimiento sincero. Aparte de que sería inútil, ya no le convendría a ella que se cumplieran.

Enrique advirtió una vez más la superioridad de Cristina; pero en aquel momento le hacía daño: sus palabras le caían como latigazos, aunque no fuera la intención de ella darles tal efecto. Y le replicó con la mayor brusquedad:

—Con todo eso quieres decirme que no soy caballero y no puedo tolerarlo. No soporto imposiciones de mujeres, y debo convencerme, además, de que tu cariño es falso: tus palabras lo demuestran.

Cristina estuvo a punto de caerse. ¿Falso su cariño? Se apoyó en el piano y con voz trémula le pidió le hiciese el favor de llamar a la madre.

Marcela y Julia habían estado escuchando detrás del cortinado.

—Anda en seguida — le dijo aquella a Julia. — Yo voy a hablar con mamá.

Julia se sentó al piano como para dar la lección y Enrique se retiró en silencio. Empezó aquélla a recorrer el teclado, pero Cristina no la escuchaba: extraña a cuanto había a su alrededor, su pensamiento estaba en lo que acababa de ocurrir. Julia la miraba a cada momento, y al ver su expresión de dolor, le dió al fin lástima, considerando una crueldad lo que con ella se hacía.

Al poco rato llegó la señora de Acosta y Marcela. Cristina al verlas se repuso, para no mostrarse abatida.

—Señora — le dijo a la de Acosta — la he molestado para decirle que por razones que a usted no

se le ocultan, no puedo continuar con estas lecciones, y que desde ahora me retiro.

—Señorita — le contestó la de Acosta aleccionada por Marcela, quien supuso lo que Cristina iba a decir — se anticipa usted a mis deseos. Precisamente pensaba decirle que en vista de los tratos que usted tiene con mi hijo, no estimaba correcto siguiera usted de profesora.

—¿Qué tratos, señora? ¿quiere usted explicarse?

—Eso lo sabrán ustedes — dijo la de Acosta malhumorada y por su cuenta, pues la lección de Marcela no alcanzaba sino a la primera respuesta.

—Usted debe saberlo también, señora, puesto que los invoca como causa de su propósito de despedirme. Y usted no puede injuriarme con una imputación velada: debe decirme usted qué es lo que ha hallado de incorrecto en mí.

La de Acosta ya no supo qué contectar.

—Nosotras — dijo Marcela fríamente — nada de incorrecto hemos visto; no lo hubiéramos consentido. Pero se habla... y puesto que usted ya había resuelto retirarse, es así mejor.

Cristina no quiso insistir, Parecíale verse envuelta en una atmósfera glacial, tal era la actitud de rigidez que había tomado la de Acosta y el tono de frialdad de Marcela.

Julia estuvo a punto de decir que si en efecto así era mejor, en cambio no había motivo para que la ofendieran a Cristina; y que Enrique se había portado mal. Pero no dijo nada.

Cristina salió apresuradamente de aquella casa, donde acababan de desplomarse sus más caras ilusio-

nes, y donde se había pretendido tratarla con la más refinada crueldad. En el tranvía encontró asiento del lado de la ventanilla, y mirando a la calle, sin darse cuenta de nada, iba pensando cuán poco había valido para Enrique, cuanto la había lastimado éste con su tono iracundo y brutal, y cuán engañada había estado. Al llegar a su casa se abrazó a su madre sollozando.

XIV

Lorenzo se había ido al campo pocos días después del paseo al Tigre.

No obstante la oposición que la de Acosta hacía al noviazgo de su hijo y de la desconfianza de su tía, Lorenzo concluyó por no ver imposible el casamiento de Cristina. Ella lo quería a Enrique, y éste, aunque no de una manera franca, se estaba comprometiendo voluntariamente. Acosta se hallaba conforme con aquellos amores, Julia había acompañado a la novia en la excursión por el río: era probable que las otras resistencias se vencieran más tarde o que Enrique se casara a pesar de todo. El noviazgo no tenía aún contornos definitivos: Enrique se descuidaba bastante de su novia; no mediaba en el trato esa intimidad de dos personas que se quieren, y que por ello, desean estar juntas en todos los momentos que puedan. Había, en efecto, una diferencia radical entre estos amores y los de Rodríguez con la señorita de Ortiz. Pero Lorenzo pensaba que esto podía responder a idiosincrasia del novio, hombre ya hecho y corrido, o a que las cosas se hallaban aún al principio, a pesar del tiempo transcurrido, o quizá a que Enrique desease evitar altercados con la madre. Debía descartarse ahora que éste quisiera burlar a Cristina: ella no se prestaba; el padre de él estaba de por medio y la familia de Ortiz, tan respetable, servía de control social para que En-

rique fuera a arriesgarse a tan mala acción, conociendo cuánto esa familia estimaba y se interesaba por Cristina. Además ¿quién sabía lo que los novios se dirían cuando hablaban a solas y el grado de confianza y afecto con que se trataban?

Al fin él había juzgado a Enrique por los dichos de Rodríguez. Sus defectos en un hombre rico como aquél, eran bastante comunes; Cristina seguramente no los ignoraba, y, como todas, confiaría en que de casado se haría otro, según por lo general se piensa. Sobre todo, ella lo quería.

Irala modificó sus anteriores opiniones, sugestionado por las mismas apariencias que engañaron a Cristina. Continuaba, empero, dudando de que Enrique fuera el hombre apropiado para ella: una criatura sensible y delicada como Cristina, llena de ternura, requería un marido que, por lo menos, supiera compartir la vida del Club con la del hogar, y que, queriéndola mucho, la plegara a su espíritu por el afecto. Temía que Enrique no la comprendiera, o no se preocupara de comprenderla; que desde su posición de hombre rico, la mirara con favor, cosa que para ella había de ser amarga. Pero ella lo quería, y cada cual aceptaba a su gusto su cruz.

Lorenzo se entregaba ahora con mayor afán a las tareas del tambo y a las del estudio de los códigos, preparándose para la reválida. Más que nunca, quería consagrarse a llenar los propósitos que había traído, y regresar a España. La explotación del tambo se resentía de la diminución de animales que la pasada sequía había ocasionado. El campo podía contener doble cantidad, y duplicar los productos. Pero Irala no

tenía dinero ni a quién acudir. A Otaegui, que también había sufrido los perjuicios del mal invierno, le sobraba campo. Lorenzo pensó en Acosta; éste tenía ganado en cantidad, gastaba a lo grande, era rico y hombre franco y de buenos sentimientos: podía proporcionarle al fiado los animales que él necesitaba, sin que ni siquiera se notara en sus establecimientos.

Lorenzo le escribió una carta detallándole su situación y pidiéndole le vendiera a plazos unas cincuenta vacas. Acosta le contestó en seguida, diciéndole que había dado orden de que se enviaran, y a los pocos días las recibió, en efecto, y eran de mejor calidad que las que tenía. Acosta le manifestaba también que no se preocupara del pago: podía hacerlo cómodamente, pues a él no le corría apuro.

Irala quedó así en condiciones normales de sacar todo el provecho a su pequeña explotación rural y de estudiar tranquilo.

Grande fué su sorpresa una mañana en que por el mismo correo recibió dos cartas: una del señor Acosta, en la que le rogaba que cuando fuera a la ciudad se viera con él, pues tenía necesidad de hablarle; y la otra de su tía en la que le contaba lo ocurrido con Enrique.

"Tu pobre prima — le decía al final — sufre en silencio más de lo que me había supuesto, y temo que se me enferme. Creo que más que su cariño por Enrique, la amarga el haber sido engañada con una premeditación que considera cruel y mezquina, y contra la cual se subleva; y también el haber confiado con exceso en sus propios juicios".

Lorenzo se fué sin demora a la Capital. Toda la

mala voluntad que siempre había sentido hacia Enrique, se tornaba ahora en rencor. Era simplemente canallesco su proceder con Cristina, y él podía, tenía derecho a pedirle cuenta. De la estación se dirigió directamente a casa de su tía. Esta le amplió los detalles de lo ocurrido y de la crisis porque pasaba Cristina, quien había tenido que suspender sus lecciones, porque su estado nervioso no le permitía salir de casa.

—No quiere verse contigo — agregó la de Irala. — Después de lo que ha pasado con motivo de tus advertencias, le parece que se sentiría deprimida en tu presencia.

—Pero eso es una tontería, tía. Lo único que hay que lamentar es que se haya engañado, y en su caso, cualquiera se engaña.

—Es cierto; pero será mejor no contrariarla. Eso le pasará.

Lorenzo no insistió. En su rostro se reflejaba toda la irritación que sentía contra Enrique, y su tía, al saber que iba a verse con el señor Acosta, aprovechó la oportunidad para pedirle que no suscitara ningún altercado, entendiendo que con ello podía sufrir la reputación de Cristina. El procedimiento de Enrique había sido fríamente perverso; pero no se trataba de un caso raro: los hombres no daban importancia a engaños de esa naturaleza, y promover cualquier clase de incidentes sería dar margen a que se sospecharan cosas más graves.

A la tarde Lorenzo se vió con el padre de Enrique.

—Amigo — le dijo Acosta sin preámbulos — lo he molestado para significarle a usted y para que se lo diga a su tía, que siento lo ocurrido con Cristina, y

que en ello no me cabe ninguna culpa. A su tía, cuando me vió, le hablé con toda franqueza respecto de mi hijo, y no es que haya querido lavarme las manos, sino que no me era dado poder hacer más que hablar con franqueza. Lo supongo a usted enterado.

—Sí, señor Acosta, y tanto mi tía como yo, ningún cargo tenemos que hacer a usted.

—Este asunto me ha preocupado aquí y en el campo, y hasta llegué a creer que Enrique la quería o empezaba a quererla.

—Seguramente usted se ha equivocado. Enrique ha estado brutal con ella cuando ella trató de definir una situación que tardaba demasiado en exteriorizarse y empezaba a comprometerla. Si algo la quisiera le habría guardado otra consideración, que por lo demás, debía merecerle su persona, independiente de todo cariño.

—Yo no sé concretamente cómo han pasado las cosas, y usted me excusará de que no desee hacer mayores apreciaciones al respecto. Había hablado antes con Enrique, hablé después. Ultimamente me confesó que había estado mal; que posiblemente, sin razón, le irritaron las frases de Cristina; que comprendía que para romper con ella, no necesitaba ser torpe ni inconsiderado; que tanto era así que antes de que eso ocurriera tenía resuelto ausentarse a Montevideo y escribirle de allí, dándole las razones por qué no podían seguir. Su tía sabe que en ningún caso lo he defendido, y ha de creerme cuando afirmo ahora, que si creo sincero lo que me ha dicho, es porque realmente lo veo de esa manera.

—Pero usted comprende que Enrique nunca ha

tenido ningún propósito serio respecto de Cristina, y sin embargo, se ha comprometido con ella.

—En eso no lo defiendo. Habrá empezado jugando, o Dios sabe con qué intenciones. Pero ella llegó a agradarle, no me cabe duda. Lo que hay es que no se ha sentido con voluntad o virtud suficiente para casarse con ella y hacer el cambio de vida a que estaría obligado. ¡Qué quiere usted...! Muchos jóvenes son así, y para Cristina es mejor que las cosas hayan concluído y no que fuera a casarse para después llevar una vida de sufrimiento.

Lorenzo lo entendía también del mismo modo. ¿Y qué podía replicarle a Acosta, cuando sabía que éste, como padre, se quejaba de su hijo? No; el señor Acosta no tenía culpa ninguna, ni siquiera de negligencia, por que no sólo era hombre de buen juicio, sino que hablaba claro y sin vueltas, y no se había opuesto a las relaciones de Enrique con Cristina.

—Es de lamentar — dijo al fin Lorenzo — que algunos jóvenes miren estas cosas como simples bagatelas. Un egoísmo estúpido y una despreocupación criminal, nos hace olvidar que tenemos familia, y que no nos sería nada aceptable se jugara con el corazón de los nuestros.

—Así es, doctor; estoy muy de acuerdo con sus ideas y aun podría decir algo más. Pero los "muchachos", cuando proceden así, en lo que menos piensan es en que tienen hermanas, y los hay que no se preocuparían mayormente si las vieran en alguno de estos trances. Quizás fueran capaces de decirles que eran demasiado sensibles; que debían echarlo todo a risa.

Lorenzo se levantó para retirarse. Le reiteró a

Acosta su agradecimiento por la venta de las vacas, lo que ya había hecho por carta. Acosta le contestó que eso carecía de toda importancia y lo despidió diciéndole:

—Amigo, le he invitado a que me viera, para tener el gusto de poner a su disposición mi casa. Cuando esté en la ciudad tendré mucho placer en que nos veamos. A Cristina le pasará todo, porque, como usted sabe, estas cosas pasan, y sigo creyendo que para ella habrá sido un bien no seguir adelante.

La presencia de Irala llamó la atención de las de Acosta; y Marcela y Julia se aproximaron en punta de pies a la puerta para oir lo que hablaban. Aquélla quedó contenta del resultado de su trama; lo que escuchaba era el punto final, y todo concluía buenamente. Su padre se había enojado con ellas y con María Carmen, atribuyéndoles la intriga que dió origen a la discusión entre Enrique y Cristina; pero como todas negaron y a ella, que era la autora, nada se le podía probar, permanecía muy tranquila. Al fin su padre consideraba que el rompimiento más bien beneficiaba a Cristina: su enfado pasaría, pues, muy pronto. Obligadas a retirarse, cuando Lorenzo se despedía, no vieron el aspecto sombrío y pensativo de éste.

Acosta se quedó en el escritorio, y Julia se fué allí después que salió Lorenzo.

—¿Estará muy incomodado Irala, papá? — le preguntó.

—Irala es un hombre razonable — le contestó el padre — y no puede incomodarse más de lo natural. Me supongo que no lo traga a tu hermano, pero en medio de todo, ha comprendido que no se halla en pre-

sencia de un hecho extraordinario; y no hay nada grave que deba preocuparlo.

—Le preocupará Cristina; estará muy afectada seguramente, y él ha de sentirlo.

—Cristina estará muy afectada, sin duda; es muy sensible y ha de haber tenido fé en Enrique. La engañó bien, porque en realidad sólo bajo un aspecto la engañó.

—¡De ningún modo debió engañarla!

—Me alegro que lo comprendas. Para ver con exactitud la situación de los demás, nada hay mejor que colocarse en su propia situación. Ponte tú en la de ella, sin omitir circunstancia alguna, y piensa el efecto que te causaría el proceder de tu hermano.

Julia se calló. Acosta estaba contento de que siquiera aquella de sus hijas, empezara a ver las cosas con seriedad. Habían perdido tanto tiempo en frivolidades y tonterías, pasando la vida como si caminaran en el aire, que se sentía satisfecho de poder conversar con Julia de una manera formal. El, que conocía el mundo, podía enseñarle tantas cosas aprendidas en la experiencia! Pero su familia, desgraciadamente, nunca lo había creído así.

—Pero tú — dijo de pronto Julia — podías hacer algo por Irala, ya que es tan bueno y tan inteligente... Ahora se recibe aquí de abogado, podías recomendarlo; y si no quiere trabajar en la ciudad, ayudarlo en el campo.

Acosta la miró sorprendido, y ella, al notarlo, agregó:

—Así, indirectamente la ayudarás a Cristina. Po-

días también hacerle dar a ésta otra clase de música en las escuelas.

—Irala es muy independiente — le contestó Acosta, haciéndose el desentendido. — Aunque nada tiene conmigo y al contrario sabe que yo lo estimo, estoy seguro que ahora siente deberme esas vacas que le he fiado, sólo por lo que pueda decir tu hermano. Pero en fin, allá veremos.

Julia no quedó descontenta con esta respuesta. La voz serena de Lorenzo cuando hablaba con su padre, había repercutido en su ánimo con el mismo agrado con que venía contemplando los actos y la persona de aquél. Y los conceptos vertidos sobre la conducta que los hombres observan con las mujeres, tratando de engañarlas, sin preocuparse de cuanto con eso pueden hacerlas sufrir, afirmaba en ella su idea de que Lorenzo poseía verdaderos sentimientos caballerescos.

Esto y todas las demás excelentes condiciones que Julia le reconocía, hacían que lo viera con la encarnadura de los hombres especiales, que no se encuentran a cada paso. Y al dejar a su padre, creyendo que por esa vez ya le había dicho bastante, pensaba en la personalidad que Lorenzo tomaría si actuara en el medio y con los recursos de fortuna en que ella se hallaba.

Irala salió de la casa de Acosta poseído del mismo encono que llevaba contra Enrique y contra la madre y hermanas de éste. La conversación tenida con Acosta no desarmó el rencor que sentía hacia aquéllos, cuya conducta ni Acosta mismo se animaba a excusar. Para Lorenzo, el punto cardinal de la cuestión radicaba en Cristina. Esta sufría, estaba expues-

ta a enfermarse, mejor dicho, estaba enferma ya, y aquella gente tenía la culpa. Nada significaba que Enrique hubiese llegado a quererla algo: su falacia había sido constante, puesto que nunca tuvo intención de casarse con ella. No se juega así con una niña delicada, y mayormente cuando ésta no da lugar a ello. La familia, con su despreocupación o su tolerancia, se había prestado a una complicidad deprimente, propia de almas ruines o de gente sin cabeza. Y no le satisfacía dejar las cosas así, malgrado las recomendaciones de su tía, y la satisfacción personal que acababa de darle Acosta, único a quien excluía de sus cargos.

Lorenzo seguía inconscientemente por la calle Callao en rumbo al Sur, pensando en en lo que podría hacer, para, por lo menos, reprochar a los culpables, especialmente a Enrique, su miserable conducta. Al detenerse en una bocacalle, mientras pasaba el tranvía, se dió cuenta de que vagaba al azar. Consultó el reloj: eran las cuatro; podía ver a Rodríguez, en la redacción del diario en que escribía. Y se fué allí.

La preocupación de Irala era visible, y Rodríguez supuso en el acto que querría hablar con él de lo ocurrido a Cristina.

—Me encuentra desocupado — le dijo. — Vamos hasta el Club. Allí podremos hablar cómodamente.

Rodríguez, no bien llegaron, se anticipó a promover la conversación sobre el asunto. Estaba al tanto de todo, porque la señora de Ortiz, dado su interés por Cristina, le había pedido se informara y la tuviera al corriente.—Lo que había pasado era cosa prevista, y aunque lamentable, por lo que Cristina sufría, felizmente carecía de toda otra importancia. Novios,

seriamente comprometidos con intervención de sus respectivas familias, se peleaban y deshacían sus compromisos.

Lorenzo no hacía fincar en ese aspecto de la cuestión, la importancia que le atribuía, sino en la conducta falaz de Enrique. Era muy distinto deshacer un compromiso por una causa justificada, o porque cualquiera de los novios se convenza, aunque sea a última hora, de que no podrá ser feliz, a fingir sentimientos que no se tienen, a desenvolver un plan de seducción refinada, con el único propósito de engañar.

—Pero, ¿cómo podría usted probar las malas intenciones, y más cuando están tan bien disfrazadas y su prima no tiene que quejarse ni de un solo acto de falta de respeto o de una insinuación molesta? ¿Y cree usted que le conviene a ella se planteen las cosas en esos términos, y que se promuevan incidentes sujetos a comentarse de diversos modos?

—Mi tía también me ha pedido que los evite, por esa misma razón. Pero no se trata de eso, sino de demostrarle a ese hombre que Cristina tiene hoy quien vele por ella, y que lo que con ella se ha hecho, a mí me ofende.

—Aunque sea así, y en cualquier forma que usted quiera hacerlo, dará lugar a los comentarios y a la maledicencia. Por lo demás, Enrique no es propiamente un pervertido, un libertino que atropella; carecerá de sentimientos nobles respecto de las mujeres; profesa la teoría de que no deben dejarse engañar; pero ni usa con ellas la violencia, ni los recursos que emplea pasan de los de mera seducción. Y usted sabe que jóvenes de éstos hay en abundancia. Ahora

bien; yo he hablado con él respecto de Cristina, y me ha confesado que siente por ella un gran aprecio, que es una criatura, para él, singular; que iba penetrando paulatinamente en su ánimo, y que lamenta no haber quedado en buena amistad con ella. Tratándose de un hombre vanidoso respecto de mujeres, como lo son todos los de sus condiciones, es de suponer que dice la verdad, y es la mejor satisfacción que puede dar de su conducta.

Lorenzo se calló. Lo que acababa de decir Rodríguez coincidía con lo dicho por Acosta. Rodríguez continuó:

—Lo que usted debe procurar es que le pase pronto a Cristina el disgusto que ha sufrido. Cuánto menos importancia ella le dé tanto mejor.

—Tiene un espíritu demasiado delicado para no sufrir.

—Que aparente, que salga, que se distraiga, engañándose a sí misma y a los demás. Dentro de poco no le quedará de todo más que un frío recuerdo.

—Es lo que no quiere ni puede hacer.

—Pero para ella, lo ocurrido no debe haberla tomado completamente desprevenida. Usted la habrá hecho dudar de la sinceridad de Enrique, dado lo que habíamos hablado.

—Tuvo fe en él, no quiso creer, no podía creer cuanto se le decía, y pienso que lo que más la afecta ahora, es la burla de que se considera víctima.

—Pues hágale ver que no es así, que no ha sido burlada del todo; que si en Enrique, el cálculo, las conveniencias se sobreponen a su simpatía, ello no constituye un fenómeno en el mundo en que vivimos,

y cualquier mujer está expuesta a que le ocurra lo que a ella.

Rodríguez cambió en seguida la conversación, preguntándole cómo marchaba el tambo; y Lorenzo refirió los entusiasmos con que iniciara la explotación, los días amargos y los quebrantos ocasionados por la sequía, y las esperanzas que de nuevo abrigaba ahora. Y luego regresó al hotel donde se hospedaba.

Después de cenar volvió por la casa de su tía. Había estado pensando, y concluyó por hallar razón a ésta y a Rodríguez en cuanto a la inconveniencia de provocar cuestión alguna con Enrique. Lo más prudente era, en efecto, reducir el hecho a un noviazgo o mera simpatía que no marchó adelante. Si alguna vez se le presentaba la oportunidad de que se encontrara con él Enrique, no le faltaría motivo para decirle, sin referirse a ese asunto, que no lo juzgaba un caballero, sobreviniese lo que sobreviniese. Ahora, dado el caso que Cristina persistiera en no hacerse ver, regresaría en seguida al campo, escribiría con frecuencia a su tía, enviándole palabras de aliento para su prima, que al leerlas, le harían más efecto que lo que le dijera por intermedio de la madre.

La viuda de Irala no podía estar más afligida. Como le había dicho a Lorenzo en la carta que le escribiera, no pensó nunca que Cristina sufriese tanto por un hombre, cuyas condiciones no eran nada recomendables, y contra el cual ella le había tenido constantemente sobre aviso.

Cuando Lorenzo le contó lo que había conversado con Acosta y con Rodríguez, se explicó en parte el enamoramiento de su hija. Enrique la había tratado

con seriedad, con finura; y como en realidad le era simpática, habría tenido para ella manifestaciones de afecto que ella admitió como pruebas irrecusables de sinceridad. Pero la viuda no perdonaba a Enrique su proceder. Y más rebajado lo veía con su brutalidad para provocar la ruptura, sin otra razón que la de su conveniencia personal: toda su delicadeza era mera exterioridad.

—A pesar de todo — dijo Lorenzo — yo creo, como Acosta, que para Cristina es un bien. Ese hombre no la hubiera tratado como ella merece.

—Yo también lo creo así, pero ninguna necesidad tenía, para dejarla, de portarse tan canallescamente. A Cristina no le convenía... no le convenía; muchas veces lo he pensado: hubiera sufrido con él, con la madre, con las hermanas. Pero no podía contrariarla más allá de lo razonable, tanto más cuanto ella, que es bastante inteligente, lo defendía. Era de suponer que lo conociera mejor.

—Lo ha conocido, tía, bajo la faz con que se le ha presentado. No estuvo ciega ni ha visto mal, ya que no es posible penetrar en el fuero interno de las personas.

—Tienes razón. Ha sido una verdadera perversidad de ese hombre que se quedará, no obstante, muy tranquilo, mientras mi pobre hija sufre.

Lorenzo no quiso estarse más, puesto que con su presencia privaba a Cristina de que estuviera con su madre.

—¿Cree usted que insistirá en no hacerse ver? —preguntó Lorenzo a su tía.

—Por ahora pienso que sí.

—Entonces, mañana regreso al campo. De allí le escribiré a usted con frecuencia y trataremos de animarla. Convendría distraerla.

—Ya lo procuro; pero forzoso es que el tiempo llene su obra de olvido, y espero que ha de ser pronto. No ha perdido el objeto de sus ilusiones; se ha desilusionado, seguramente, y sufre del desengaño.

—¿Lo cree usted así?

—Es lo que lógicamente se debe creer.

Lorenzo se retiró pensando que en cuestiones de amor, la lógica, muchas veces, está del todo ausente.

XV

Pasaron seis meses, y el otoño trajo sus días pálidos y grises. Cristina estaba ya curada de aquel ensueño que se había forjado con Enrique y de la pena que su desilusión le había causado. Pero la idea de que ya no podría ni debía amar a ningún otro hombre, continuaba aferrada a su mente con los caracterés de las convicciones irrevocables. Los días pálidos no encontraban, pues, en el alma de Cristina, sino leves restos de tristeza; pero con su calma, venían a acompañar la calma de aquel espíritu que había cerrado el horizonte de su vida a toda nueva ilusión.

Como lo preveía su madre, la crisis no fué larga, pero sí profunda y excesivamente sentida. La actitud violenta e inesperada de Enrique, le causó una conmoción tan grande, que se tradujo en un desequilibrio nervioso y en una angustia para ella invencibles. Le parecía todo aquello imposible; no podía conformarse con que pudiera ser; y en medio de su pena, abrigó, durante los prmeros días, una vaga esperanza de que Enrique hubiese obrado en un momento de arrebato, como consecuencia del cual, sus palabras y su actitud estuvieran en contradicción con sus sentimientos.

Después, la realidad debió ser aceptada al fin, porque no dejaba lugar a dudas; y Cristina se resignó a su dolor, con la conformidad pasiva de quien se cree víctima del destino. Y lloró muchas lágrimas en si-

lencio, pues no quería aumentar la aflicción de su madre. Quebrada, de una manera tan brusca y sin causa, la fé y el encanto con que había querido, su corazón sufría no sólo el vacío del ideal que muere, sino la amargura de la inconsideración con que fué tratada. Espíritu un tanto místico, su desconsuelo avivó los sentimientos religiosos que anidaban en su alma, haciendo nacer en ella un ansia de paz absoluta, lejos de las crueldades del mundo. Si no fuera que no podía abandonar a su madre y a su hermano, se hubiera retirado al claustro.

La ternura de aquélla, en la que se refugiaba como bajo un ala protectora; las consideraciones que le hacía sobre la renovación que se opera en todos los órdenes de la vida y sobre las perspectivas alentadoras que se ofrecen a la juventud, no producían en su ánimo efecto alguno. Su resolución, surgida espontáneamente en su alma, era la de consagrarse a su madre y a su hermano. Su felicidad estaba asegurada, ahora, con llenar esta misión tranquila y filial.

Cuando recobró un tanto la calma, reanudó sus tareas, y celosa de no hacer conocer su dolor, se mantuvo serena y se mostró cariñosa con sus discípulas, — sin falsas alegrías, — pero sin asomos de apocamiento. Sólo con la señora de Ortiz daba expansión a sus sentimientos.

Esta, el día que recibió aviso de que no podía ir a dar las lecciones, había ido a verla. Al tanto de lo ocurrido, por los informes que Rodríguez le suministrara, supuso que Cristina se habría enfermado, y quiso llevar una palabra afectuosa y de aliento, tanto a ella como a la madre. Cristina la abrazó sollozando.

Aquella mujer era una santa, y su visita le causó un gran alivio. Parece que el consuelo debe venirnos de los de afuera, porque los de casa se confunden en nuestra propia desgracia.

La señora de Ortiz, al oir sus ideas respecto del futuro y su aspiración a la paz espiritual, le aplaudió que pusiera su pensamiento en el cielo, pero sin dejar, por eso, de cumplir la misión que el cielo mismo le imponía en la tierra. El porvenir sólo corresponde a Dios, y en ese momento no se hallaba ella en estado de tomar decisiones.

Luego, paulatinamente, sobrevino del todo la calma. Cristina tomó sus tareas con más aplomo y metodizó mejor su desempeño; no faltaba los domingos a misa y sentía que en la iglesia su espíritu se elevaba al influjo de sensaciones de bondad y rectitud venidas de lo alto; leía en los ratos desocupados, por lo general, después de acostarse; pensaba y discurría sobre lo leído; periódicamente llevaba flores a la tumba de su padre.

La viuda de Irala no estaba conforme con lo que ella llamaba "la resignación pasiva de su hija"; su deseo sería verla alegre, risueña, menos inclinada a los pensamientos hondos, y menos absorbida por el idealismo místico. Pero la de Ortiz, con la que se trataba ahora, creía que aquello pasaría poco a poco, y que estaba en el mejor terreno para adquirir un concepto más exacto de la vida, vista antes con un espíritu parcialmente infantil. De todos modos, no podía hacerse monja, y en el momento en que la vida llamara a las puertas de su corazón, todo su actual idealismo le serviría para responder con más plenitud al llamado.

Los espíritus delicados sufren, pero si tropiezan con lo bueno, saben saborearlo hasta en su esencia misma, agrandarlo y embellecerlo con la propia delicadeza de sus sentimientos. Peor hubiera sido que cayese en el escepticismo, o en un pesimismo sombrío.

En aquellos seis meses, Lorenzo hizo frecuentes viajes a la Capital. Primeramente escribió a su tía, como se lo había dicho, ocupándose del caso de Cristina, quitándole importancia y confiando en que se reanimara y viera la vida con el optimismo que nos brinda, pues era un error de imaginación creer que nos ofrece más amarguras que satisfacciones. Habiendo salud, sólo un orgullo del que no nos damos cuenta impide que veamos agradables las cosas que lo son; no cuidándonos de conservar esa conformidad bondadosa que hace felices los fines de nuestra vida, y rodea de alegría el cumplimiento de nuestra misión, dentro del círculo, amplio o modesto, en que nos desenvolvemos.

Lorenzo aprovechó de esa correspondencia para desarrollar algunos de los conceptos que profesaba sobre el particular, y sus cartas hacían pensar a Cristina tanto como la lectura de los libros que sacaba de la biblioteca que dejara su padre.

Cuando la señora de Irala le avisó que su hija se había serenado ya y que no oponia objección a verlo, Lorenzo hizo su primer viaje; después, con motivo de su examen de reválida, pasó algunos días en la Capital, y más tarde iba todos los domingos. Y para Lorenzo su prima era un enigma indescifrable.

Nada le extrañó que al principio pesnara y obrara como lo hizo: era una consecuencia natural del desen-

canto que había sufrido y de la contrariedad que sentiría por la demasiada fe y confianza con que contemplara sus amores con Enrique. Pero esperaba que todo pasara con el tiempo, y Cristina volviera a ser la de antes. Lejos de ello, se había transformado en una persona excesivamente formal para su edad, demasiado metódica en el empleo de su tiempo, y en extremo reservada en cuanto a sus pensamientos íntimos.

Cristina ponía a cada momento en evidencia su interés por los demás. Cuidaba de que su madre estuviera contenta y tranquila; de que a su hermano no le faltara nada, cumpliera puntualmente sus deberes escolares, y mirara la vida como un campo de actuación a base de pundonor y caballerosidad. Y hasta de él, de Lorenzo, se preocupaba. Después de su examen de reválida, rendido con todo éxito, le dió su parecer sobre un plan de trabajo que podía realizar combinando sus tareas profesionales con las del tambo, con lo cual siendo económico y paciente, estaba ella segura que alcanzaría a reunir los recursos que venía buscando para desenvolver con holgura su actuación en España. Posteriormente no disminuyó su interés por cualquiera de sus asuntos. Todo ello con la misma tranquilidad con que podría hablarle una hermana que hubiera traspasado los cincuenta años y fuera además muy juiciosa.

En cambio Cristina no quería que se ocuparan de ella; no exteriorizaba sus sentimientos ni sus ideas en cuanto pudiera referirse a un punto personal suyo. Sobre eso, entendía haber dicho lo único que podría decir. Lorenzo, que hablaba con ella no sólo de temas de actualidad, sino también de los que sugerían las lecturas

que ella hacía, procuraba estudiar su naturaleza. para inferir una idea de los cambios que pudieran operarse en sus resoluciones y su vida del presente.

Cristina era, a su juicio, idealista: su misticismo, sin menoscabo de la sinceridad de su fe religiosa, estaba apoyado por la seducción del misterio y de las concepciones elevadas: sin creencias religiosas fijas hubiera sido lo mismo mística. No tenía un concepto pesimista de la vida; la lastimaba el mal, porque la hería en sus sentimientos, haciéndola sufrir; pero era incapaz de sentir rencor, ni de oponer la maldad a la maldad. Inteligente y delicada, poseía espíritu artístico; por eso amaba la música y la buena literatura. Su mentalidad crecía y se vigorizaba a cada paso, con las nuevas lecturas, ensanchando el radio de sus ideas. Observándola, sin que ella se diera cuenta, parecía a veces, que desde lo profundo de su cerebro estuviera mirando lejos, muy lejos.

Y Lorenzo hallaba que todo esto estaba en contradicción con la norma de vida que había adoptado. ¿Cómo podía Cristina con semejante naturaleza hacer abstracción de su porvenir, consagrarse exclusivamente a los demás, observar esa actitud tranquila, reposada, en que la alegría juvenil parecía haber huído por completo? ¿Cómo esa insensibilidad respecto de sí misma siendo ella tan sensible? ¿Un desengaño amoroso podía traer semejantes consecuencias, o es que escondía su alma?

Lorenzo, al tratar de escudriñarla, llevándola indirectamente al terreno de las disquisiciones sobre el matrimonio, la familia y las cosas buenas que entre malas hay en la vida, expresaba naturalmente sus

ideas propias. Ella eludía siempre toda declaración que pudiera interpretarse como relativa a su caso personal. Lorenzo, a sus raras conjeturas tuvo que agregar la de que quizás adivinara que le hablaba con algún interés propio, y no siendo él el hombre llamado a despertar en ella una leve ilusión, trataría ella de evitar el asunto. Quizás también el recuerdo de Enrique perdurase, y sintiera agrado en conservarlo. De todos modos Lorenzo estimó prudente poner término a sus conversaciones sobre tales temas.

La vida tranquila, sin ansiedades, — porque Cristina al anular toda idea de cambio de estado, había adquirido una mayor confianza en que sus tareas le proporcionarían, en todo tiempo, los medios de vivir más o menos bien, — favorecieron su salud y su robustez. Estaba mejor que antes, se habían acentuado sus formas de mujer, y aparecía más linda. La madre y Lorenzo, que en el primer mes que siguió a la ruptura con Enrique, al ver cómo se había adelgazado y cómo sufría, temían que de un momento a otro se fuera a enfermar, estaban ahora completamente tranquilos a este respecto. Esto creaba una duda más a Lorenzo. Del buen estado físico de Cristina, deducía que su estado moral no era ya de sufrimiento, y por lo tanto, menos podía explicarse su modo de ser exterior, ni por qué en su conversación no ponía nuevamente alguna de aquellas graciosas bromas que empleaba cuando él llegó al país y apenas se conocían personalmente. Ahora ni siquiera decía que "para conquistar la América, hay que quemar las naves, como lo había hecho Hernán Cortés".

Cristina en efecto, como ya hemos dicho, tenía

la idea de que no podía abrir su corazón a un nuevo amor. Primero creyó que no podría amar a ningún otro hombre que no fuera Enrique; que éste estaba de tal manera en su espíritu, que constituiría su ensueño de siempre, aunque él se casara con otra. La experiencia le demostró que no era así, que el encanto formado sin base real, podía deshacerse y borrarlo el tiempo con cierta facilidad. En este sentido fué un bien para ella la brusquedad e inconsideración con que Enrique había puesto fin a sus relaciones. Después creyó su corazón muerto para siempre, y más tarde pensó que aunque así no fuera, cuando se ha querido una vez, ya no se debe querer más. Hallaba una incompatibilidad moral entre el primer amor y el segundo: una mujer que ha consagrado su corazón a un hombre, por más que haya sido defraudada, ¿cómo puede decirle a otro hombre que aquello no fué nada? No lo querrá ya, es cierto, pero esto no borra el punto esencial, que es el haberlo querido.

Y esta era la razón por qué Cristina consideraba inútil hablar de todo cambio en su vida. Lorenzo ni siquiera se imaginaba estas ideas de su prima, y de ahí el enigma con que se presentaba a sus ojos. Llena de idealismo, por nada quería entrar en el terreno en que el idealismo, las ilusiones, pueden desarrollarse más hermosas y lozanas.

Pero Cristina estaba lejos de mirar con indiferencia a Lorenzo. Sentía gratitud por la dedicación que le había prestado durante aquel período amargo de su vida; por lo mucho que trataba de distraerla; por el decidido apoyo con que se colocó al lado de la familia para cuanto de él se necesitara. Y hasta sen-

tía gratitud por la forma delicada que había observado, no haciendo la mínima alusión a sus advertencias de antes, y pasando sobre lo ocurrido, casi sin rozarlo. Cristina lo consideraba como un verdadero hermano, como el mejor de los hermanos. Y si no le abría su alma para darle a conocer claramente las ideas que determinaban su decisión, era porque, a pesar de todo, Lorenzo no era su hermano y temía creyese que buscaba una refutación a sus teorías, o pensara cualquier otra cosa. Por otra parte, Lorenzo parecía observarla; dijérase que había una reserva mental en él: no se prestaba, a juicio de Cristina, a tan íntimas confidencias. También en su actitud había algo enigmático para Cristina.

Durante esos seis meses, Lorenzo se había ligado más a ella por el afecto y hasta había pensado en la posibilidad de su matrimonio con ella. Para sus planes ofrecía algunos inconvenientes, pero no eran insalvables. Alfredo andaba cerca de los doce años, y en la forma en que se educaba, dentro de cinco más, sería un joven serio, juicioso, en condiciones de hacerse cargo de la administración del tambo; cosa que podría realizar desde Buenos Aires sin dejar de seguir la carrera a que pensaran dedicarlo. Su tía, que seguramente no querría abandonar su país, lo vigilaría, y él desde España les daría las instrucciones necesarias. En caso preciso le sería fácil un rápido viaje anualmente. Con la capitalización que esperaba obtener, sus rentas y lo que en España ganara, alcanzaría para todos, mientras Alfredo no pudiera atender a la madre. Pero Cristina siempre estaba lejos de él en el sentido en que él quisiera verla cerca; y

Lorenzo no creía prudente en tal situación, darle a conocer ni indirectamente sus sentimientos. Dadas las ilusiones que ella había concebido en el pasado, consideraba que antes debía estar seguro de dos cosas: la primera, que aquellas ilusiones habían desaparecido, no dejando rastro alguno en su alma; la segunda, que él las despertaba iguales o aún superiores en ella. No quería Lorenzo que su prima le aceptara como un recurso de amparo, como un sometimiento a las circunstancias de la vida, o con afecto meramente de familia. Y para obtener la seguridad completa de esas dos cosas, veía indispensable que ella las revelara espontáneamente sino de palabra, por lo menos con una actitud que no dejara lugar a dudas. Y no había miras de que esto sucediera.

Lorenzo se proponía instalar su estudio de abogado en Buenos Aires a principios del año siguiente. Lo que había dicho como un simple pretexto para establecer el tambo, iba a realizarse, ante las ventajas que en ello preveía. Cuando revalidó su título, Rodríguez le dedicó una noticia encomiástica en el diario en que escribía. El suelto fué reproducido por el periódico del pueblo a que correspondía el campo ocupado por Lorenzo, con el agregado de entusiastas felicitaciones. Después Lorenzo publicó bajo su firma algunos artículos literarios y sobre cuestiones agrícolas en el diario de Rodríguez, y como ese diario gozaba de autoridad, pronto se hizo de nombre entre sus convecinos. Otaegui, por su parte, cada vez que venía al caso, ponderaba las excelentes cualidades y la inteligencia de su paisano y pariente. Lorenzo empezaba a ser consultado sobre asuntos judiciales por al-

gunas personas del Partido, que iban a verlo exprofeso al tambo, y se hizo cargo de dos asuntos que no le exigían una atención fija y podía tramitar sin distraerse mayormente de sus tareas rurales. Como había tenido el buen tino de no mezclarse ni en la política local, ni en las rencillas que siempre se suscitan en los pueblos pequeños, viviendo en paz con todos y prudentemente alejado, contaba con la consideración de cuantos le conocían. Luego, se le miraba como a un hombre de Buenos Aires que había implantado su pequeña explotación rural como un accesorio de sus futuras actividades de abogado y escritor. Lo que Lorenzo no hubiera logrado profesionalmente en varios años de permanencia en la Capital, le venía en forma casi espontánea, allí, en el campo, donde el hacerse conocer era cosa de poco tiempo y donde se le tenía a mano. Lorenzo consideró que si lograba acapararse una buena parte de la clientela de aquel municipio, con eso y el tambo, tendría lo suficiente para sobrepasar bastante la suma que según sus proyectos debía reunir para irse a España.

Convencido al fin, después de los seis meses, de que ninguna influencia ejercería sobre el corazón de su prima, disminuyó sus viajes a Buenos Aires. Creía necesario hacerlo así, porque aquel trato frecuente con ella, agrandaba su pasión, la cual, ante la indiferencia de Cristina, iba convirtiéndose, para él, en elemento de tortura. Obligado a ocultar sus sentimientos, en virtud de aquel deseo de merecer su cariño espontáneo y libre de toda ilusión del pasado, no contaba con el consuelo de poder quejársele de su esquivez. Y este silencio forzoso le hacía sufrir. Decididamente, pen-

saba Lorenzo, Cristina se había cruzado en su camino, para crearle penas, por una u otra causa. Escribió a su tía diciéndole que tardaría en ir, porque deseaba hacer algunos arreglos en el tambo, antes de poner el estudio en Buenos Aires; y confió en que con un esfuerzo de voluntad y esta ausencia, llegaría a olvidar.

Pero su alejamiento no pudo ser largo. Rodríguez se casaba y Lorenzo recibió de él una invitación para asistir a la ceremonia.

———

XVI

Lorenzo llegó en automóvil a casa de su tía.

—¿Están prontas? — les preguntó al entrar.

—Sí, vamos cuando quieras — le contestó la tía.

Aquella noche a las nueve se efectuaba el casamiento de Rodríguez con Ester Ortiz, en la iglesia de la Merced. La viuda de Irala había recibido una invitación de los padres de la novia, y ésta había expresado además a Cristina que no le perdonaría su inasistencia. Lorenzo deseaba llegar temprano a la iglesia para ocupar un sitio donde pudiera observarlo todo.

Después del paseo al Tigre, era la primera vez que Cristina salía con Lorenzo; y ahora menos alegre que entonces, ponía, sin embargo, más atención en él. No llevaba el frac con mucha elegancia, pero sí con la mayor despreocupación; y como era alto, sereno, y hasta serio, se le antojaba a Cristina que tenía cierto aspecto de personaje. Empezaba a valorar también los méritos de su primo: hombre sosegado, de talento, lleno de aspiraciones, poseía la virtud de coordinar el idealismo con las necesidades prácticas de la vida. Si se quedara en el país, no le sería difícil casarse muy bien.

Lorenzo estaba contento de acompañarlas, tanto porque el secreto amor que sentía por su prima le hacía gratos los momentos que pasaba a su lado, como

porque de estar solo en la iglesia, entre desconocidos, se hubiera visto completamente aislado.

—Vamos a ver cómo se portan los novios — dijo cuando iban en el automóvil.

—Se portarán bien — contestó Cristina. — Se han tratado tanto, se conocen tan a fondo, que creo no sentirán mayor emoción.

—Sobre todo — dijo la señora de Irala — se quieren y se tienen recíproca confianza; Rodríguez es un joven bueno y Ester una niña dignísima; ¿qué pueden temer?

—Pero usted se olvida, tía, que la felicidad también emociona.

—Tienes razón. Y el acto en sí mismo impresiona bastante. No se pasa de cualquier modo a una nueva vida.

—A Ester la he visto muy serena — dijo Cristina. — Seguramente que se emocionará, pero no ha de notársele mucho.

—Si tuviera tanto dominio sobre los nervios como tú tienes — dijo Lorenzo — quizá pasara así. Pero me supongo que no lo tiene hasta tal extremo, y como, por otra parte, no habría razón de que lo pusiera en práctica, verás como se le notará la emoción.

Cristina quedó un tanto confusa. ¿Hablaba Lorenzo con doble sentido? ¿Y qué quería decir?

—No te entiendo — le contestó con una gravedad que hacía suponer a Lorenzo que sus palabras le habían desagradado.

—Me refiero — le dijo riéndose — a tu fuerza de voluntad, que yo admiro.

En la iglesia, pudieron colocarse bastante ade-

lante, pues llegaron de los primeros. A medida que se acercaba la hora de la ceremonia, crecía el número de los concurrentes. El matrimonio era de resonancia social, y se esperaba que acompañando a los novios vendría un buen número de relaciones íntimas de la familia.

Las de Acosta concurrieron poco antes de la hora fijada. Marcela y Julia habían tratado de formar parte del cortejo, pero la señora de Ortiz venía evitando estrechar amistad con aquella familia. Como la de Acosta invocaba a cada paso, ante sus amigas, su mucha intimidad con la de Ortiz, creyó conveniente llegar a último momento, cuando hubiese bastante gente para que no se notara tanto que no venían con los novios.

Estos llegaron poco después de la hora designada, y Lorenzo no perdió detalle del acto. Ester, del brazo del padre, venía realmente tranquila y risueña, y Rodríguez, que daba el brazo a la madrina, les seguía con aire triunfante, que a Lorenzo le pareció afectado. Sin duda su amigo forzaba un poco la voluntad para aparecer sereno. Entre las numerosas familias que asistían, las caras risueñas de las niñas, daban la nota saliente. Al penetrar el cortejo en la iglesia, la orquesta ejecutó la obligada marcha nupcial, y Lorenzo vió que su prima se embebía en aquella música armoniosa que cantaba el himno de la vida. Era indudable que mentalmente seguía el canto de la orquesta.

Después de un corto discurso de Monseñor Albornoz, sobre los fines del matrimonio y los deberes de los esposos, lleno de frases elegantes y hermosos concep-

tos, los novios fueron desposados, y pasaron a la Sacristía para recibir las felicitaciones.

—¿Has visto cómo se puso pálida la novia, durante el acto? — preguntó Lorenzo a Cristina.

—Es cierto; sin embargo entró muy tranquila y risueña.

—¡Claro! porque venía del brazo del padre. Ahora ya va del brazo del marido y...

—Vamos a la sacristía — le interrumpió Cristina.

—Dejemos pasar a los demás — dijo la señora de Irala. — Así vemos la concurrencia, y pasaremos después más comodamente.

Cruzaron cerca de ellos las de Acosta y María Carmen, quien conversaba, a frases sueltas, con Enrique. La joven viuda le comprometió a que la acompañara, con una persuasión dulce que a él le resultó muy agradable. Se habían repetido las tardes del te y se iba estrechando la relación, sin que hasta entonces se hubiera formalizado nada. Enrique eludía, como siempre, comprometerse, porque su objeto era otro; y María Carmen ninguna insinuación le hacía al respecto, convencida de que las palabras no tienen valor alguno si no responden a los hechos. Lo esencial era que Enrique se viera dominado por ella, que lo demás ya vendría de suyo. Y a su parecer había hecho más de la mitad del camino. Y es que Enrique se dejaba ir. Le satisfacía la afabilidad de la de Salcedo, su empeño en agradarle, posiblemente en conquistarlo. Su fatuidad también con esto se sentía halagada. Por otra parte, ningún peligro veía en María Carmen: caso de que llegara a quererla, o si sencillamente se decidiese a casarse con ella, siempre le resultaría un

buen partido. La madre de Enrique miraba con entusiasmo aquel "flirteo": María Carmen era rica y actuaba en la alta sociedad.

Cristina vió a las Acosta con marcada indiferencia. La aglomeración que se formó a la entrada de la sacristía y el empeño que ponían por pasar los que salían de los escaños, hizo que María Carmen y Enrique quedaran separados de la madre y hermanas de éste.

—Esperemos a que se despeje el paso — dijo la de Salcedo.

Y penetraron en la fila de escaños siguiente a la en que se hallaba Lorenzo con su tía y Cristina, sin fijarse en éstas, entretenidos como andaban.

En los actos de la viudita siempre había alguna intención, y la de ahora era que la viesen en intimidad con Enrique, las amigas que marchaban por el centro de la nave. Colocados casi al medio de la fila, que había quedado totalmente desocupada, daban la espalda a Cristina.

—Emocionante... muy emocionante — decía María Carmen a Enrique. — Cuando se ve esto dan más ganas de vivir.

—Y de imitar — agregó él.

—Sí, francamente, de seguir el camino. ¡Cuántas habrán soñado en este instante, y deseado que les llegue el turno!

—¿Y tú?

María Carmen dobló un poco la cabeza y le dirigió una mirada que era toda una promesa.

—Ester — dijo luego — estaba admirable. ¡Con

qué tranquilidad traspasa el dintel del matrimonio! Consecuencia de un noviazgo en regla.

—Rodríguez es un buen muchacho; se puede confiar en él.

—Debías imitarlo.

—¿Acaso soy yo malo?

—Para mí no, que he podido conocerte a fondo; pero tienes mala fama.

—Ya he dado pruebas de que sé ser caballero... de no abusar cuando no debo hacerlo.

—Me han dicho que a Cristina le sentó bien el rompimiento; que está mejor que antes.

—A las mujeres les pasan pronto esos disgustos.

—¡Claro! Quisiérais los hombres que les duraran siempre. Además no te ha de haber tenido mucha confianza; que sino...

—No creas que no lo habrá sentido.

—No lo creo, no — contestó con un poco de displicencia. — Con su romanticismo y su sensiblería, tiene que haberlo sentido. Por eso a mí me gusta ser franca. Pero ya ves; no se ha muerto, y está más gruesa, según dicen. — Y volviendo al tema de antes agregó: — En estos actos una revive el pasado.

—Y se prepara para el porvenir.

Ella le miró con ojos soñadores y una sonrisa picaresca.

—Dios me perdone — dijo — pero creo que estamos hablando cosas impropias de la iglesia.

—¿Por qué? Estamos de boda.

—Están, querrás decir. Vamos, ya se puede pasar.

Al salir de los escaños, se dieron cuenta de quié-

nes estaban detrás. Pero no se inmutaron e hicieron como si no hubieran visto.

Cristina pudo oir la mayor parte del diálogo, y no despertó en ella sino una gran repugnancia hacia ambos. Un orgullo interior de su pulcritud, parecía dignificarla más. Instintivamente se prendió del brazo de Lorenzo, y a su vez, le invitó a pasar a la sacristía.

—¿Y tía — dijo Lorenzo — se va a quedar atrás?

—Yo les acompaño al lado — dijo ésta.

Veía con tanta satisfacción del brazo a los dos primos y le había encolerizado tanto lo que acababa de escuchar respecto de su hija, que le parecía la mejor respuesta, esta actitud de unión de los dos jóvenes.

Ester Ortiz y Cristina, se besaron cariñosamente.

—Te prometo devolverte en igual forma tus felicitaciones — le dijo aquélla.

Las de Acosta, María Carmen y Enrique estaban del lado de la salida de la sacristía, esperando al señor Acosta que se había quedado atrás, y no se les escapó la cordialidad tan deferente con que eran tratadas las de Irala, por los novios y la familia.

Sara Ortiz que estaba del brazo del joven con quien había formado parte del cortejo, se encaró con Lorenzo y Cristina.

—Todavía conservo el grato recuerdo de nuestro paseo por el Tigre, doctor — le dijo a Lorenzo.

—Hace usted justicia al río y al paisaje — le contestó éste.

—Y también a mis acompañantes.

—Gracias por lo que a mí y a mi prima nos toca.

Salieron los tres, y pasaron al lado de las de Acosta, con toda naturalidad, como si nunca se hubieran

visto. Durante este breve paso por la sacristía, Julia no sacó los ojos de Lorenzo; y Cristina lo notó al dirigir involuntariamente la mirada hacia el grupo. Recordó, entonces, por asociación de ideas, que en el paseo por el río, le miraba también de una manera particular, y relacionando esto con el cambio de modo que en las lecciones posteriores había observado Julia con ella, empezaba a darle que pensar.

—Esta "chica" — dijo Lorenzo al salir y refiriéndose a Sara Ortiz — es la amabilidad en persona.

—Son todos muy buenos, los de esa casa — dijo Cristina. — Se hacen querer de veras.

—Y tú te has hecho querer por ellas. Se ve que te estiman sinceramente.

—No me cabe duda, porque no pierden ocasión de demostrármelo.

En cuanto dejaron atrás a las de Acosta, exclamó Marcela:

—¡Pero han visto el desenfado de Cristina!

—Estará orgullosa con el favor que le hace la de Ortiz — dijo la madre. — Le cayó realmente en gracia.

—No tanto favor, mamá — replicó Julia. — Cristina tiene excelentes condiciones; su madre era hija de estancieros, se crió muy bien, y tiene muy buen trato. Porque ahora se vean en posición modesta, no es motivo para decir que se les hace favor en tratarlas.

—Marchemos, ya viene allí tu padre, — se apresuró a responder la de Acosta, para cortar la conversación, y que aquél no se enterara de lo que hablaban.

Julia nunca se mostró conforme con la manera en que había sido tratada Cristina cuando su desinti-

ligencia con Enrique. Se había plegado ahora completamente a su padre, dándose cuenta de que tenía muchísima razón en sus críticas y protestas, y miraba a su hermano como a un ser inútil, lleno de defectos, que si no tuviera de qué vivir, se moriría de necesidad o viviría a costa de otros. No se perdonaba haberse callado, estando ya a punto de hablar, cuando su madre, después del enojo entre Enrique y Cristina, dirigió a ésta aquellas palabras ofensivas, llenas de veneno, preparadas por Marcela. Suponía, aunque todos lo negaran, que el anónimo había salido de su casa, y se acordaba con pena de la cara de angustia, de sufrimiento concentrado, que tenía Cristina cuando la despidieron. Julia alimentaba sus ilusiones con Lorenzo. Su padre le decía que era un joven de provecho, de gran porvenir; había leído los artículos que publicó en el diario de Rodríguez y la noticia de su brillante examen de reválida: abogado, intelectual, inclinado a las faenas rurales, hombre que no disipaba la vida, a Julia le gustaba. Pero lo que más continuaba impresionando su espíritu era aquel aire de tristeza que tenía en medio de su indiscutible energía, y a pesar de aquella musculatura que ella consideraba de hierro. Sin saber por qué, era eso lo que más simpático le hacía a sus ojos.

Julia pensó en ésto muchas veces. Lo ocurrido con Cristina fué un grave inconveniente para cualquier relación con él. Si Enrique hubiera obrado de buena fe o al menos con caballerosidad, no se habría cerrado tanto el camino para tratarlo. Y si en lugar de romper con Cristina, se hubieran formalizado las cosas, el camino habría quedado completamente abierto.

Abrigaba una ligera esperanza de relacionarse con él, dada la amistad que conservaba con su padre, por más que Lorenzo esquivaba verle en su casa, sin duda por lo que habían lastimado tan crudamente a su prima. Hasta entonces esa esperanza no se había cumplido, y Julia no tuvo nunca la oportunidad de hacer ver su disentimiento con lo ocurrido. Ni siquiera le fué dado a su padre gestionar la clase de música que ella le había pedido para Cristina: la de Ortiz se anticipó a conseguírsela, a medio de la poderosa influencia de su marido.

Al ver ahora a Lorenzo del brazo de Cristina, sus eventuales esperanzas se disipaban más, y le dió rabia contra todos los causantes del rompimiento, y especialmente contra su madre, que tan malamente y sin razón alguna, se expresaba.

Lorenzo no se detuvo mucho en casa de su tía. Empezaron a hacer comentarios sobre el casamiento que acababan de presenciar, y Cristina se expresó con bastante expansividad; pero de pronto cayó en la actitud de reserva de siempre. La madre al verla así se desahogó contra la de Salcedo y Enrique, por lo que habían estado hablando; pero Cristina se encogió de hombros: todo lo dicho respecto de ella, la tenía sin el menor cuidado. Tales personas eran para ella como si no existieran.

Lorenzo supuso que Cristina no hablaba con libertad, porque él se hallaba presente, y considerando un bien para ella que continuara ocupándose expansivamente de la boda, se levantó para retirarse.

—Te veo hoy más contenta — le dijo al despedirse — y esto me alegra mucho.

—Hace tiempo que ya no estoy triste. Mi vida no puede ser más tranquila.

—Excesivamente tranquila — afirmó él.

—¿Qué quisieras? ¿que ande alborotando la casa?

—No, ciertamente. Quisiera verte como hace un momento, quieta, pero con el espiritu animado, y quisiera que pensaras que existe para tí en la vida algo más a que aspirar.

Cristina se calló y Lorenzo no se detuvo más.

XVII

El casamiento de Ester Ortiz dejó en el ánimo de Cristina diversas impresiones. La iglesia resplandeciente de luz; la orquesta, cuya música había seguido con delicia; la concurrencia numerosa, selecta y sonriente; el breve, pero hermoso y expresivo discurso de Monseñor; la emoción de Ester, cuya pálida y blanca cara, bajo el tul de desposada, la asemejaba a una virgen del amor; en una palabra, el ambiente todo de la ceremonia, se infiltró en ella, produciéndole una vaga sensación de renacimiento: algo así como un despertar de vida adormecida. Y en medio de esta sensación general, venían las impresiones particulares.

Pasada, sin dejar rastro alguno, la ilusión que había tenido con Enrique, la conversación de éste con la de Salcedo, si bien la lastimaba, no la tomó en cuenta. Simples expresiones de espíritus frívolos y malos, sólo debían merecer su desprecio. Sin embargo, lo que había escuchado, vino a demostrarle de una manera concluyente el gran error que sufriera al juzgar las condiciones de Enrique y sus sentimientos; y consideraba una suerte para ella haber salido de su engaño y haber roto con él en la forma en que lo hizo. Quizá la creyesen orgullosa, pero no tenía por qué haber sufrido desmedros en su dignidad. El anónimo, con toda su mala intención, había expresado un hecho cierto. Era visible que Enrique se iba tras la de Salcedo,

tanto porque ésta ponía en juego todos los recursos de la seducción para atraérselo, como porque era bastante rica para mantenerlo en la vida de disfrute que él quería darse. La señora de Ortiz lo había adivinado todo, porque le conocía a fondo. Y su madre también había estado en la verdad al no tomar en cuenta lo que él decía, dado que los hechos no concordaban con sus palabras. Con un hombre así jamás se hubiera entendido y estuvo expuesta a ser su víctima. Cristina se admiraba ahora de cómo pudo estar tan embobada con Enrique y sentía cierta repulsión hacia él. Era un mal caballero al ocuparse de ella en esa forma, y además se iba tras del dinero.

En cambio Lorenzo se agrandaba a sus ojos. El y Rodríguez pertenecían a otra clase de hombres. Ester podía sentirse feliz, con legítima razón, al unir su destino a un joven fino, culto y sensato, preocupado de las cosas serias de la vida, sin dejar de lado al buen humor y la alegría naturales de la juventud.

A Cristina le había llamado la atención la afabilidad con que Sara Ortiz se dirigió a Lorenzo, y que Julia Acosta tuviera fijos los ojos en él, como si buscara su mirada. Respecto de lo primero consideró que se trataba de un cumplido social propio del carácter amable y afectuoso de Sarita. En lo segundo veía otra significación y correlacionándolo de nuevo con la manera extraña con que también lo mirara en el paseo del Tigre, se preguntaba si Lorenzo no le gustaría a Julia.

Debido a la forma asidua en que su primo les trataba, al parentesco que tenían y al cariño protector que con ella observaba, Cristina se había acostum-

brado a ver a aquél como algo que le pertenecía, al menos en parte. Las miradas de Julia le causaron un efecto igual al que hubiera sentido si se quisiera privarla de esa parte que consideraba de ella. Y esto la llevó a meditar sobre el futuro.

Lorenzo marcharía a España y no les quedaría de él más que el buen recuerdo de su paso por la Argentina: algunas cartas en los primeros tiempos llevarían y traerían noticias recíprocas; más tarde la correspondencia iría decayendo hasta cesar. El recuerdo mismo se esfumaría poco a poco hasta perderse en la penumbra de las cosas lejanas. Si por el contrario, Lorenzo se vinculara al país, si como tantos otros se casara en él, lo más probable sería que ya no se fuera nunca definitivamente. Pero formado su hogar, también quedaría alejado de ella en el sentido de la intimidad y de su dedicación. Así, pues, de uno u otro modo él se iría. ¡Ah! pero lo más doloroso para Cristina era que fuese Julia quien se lo llevara.

Cristina pensó en todo esto la misma noche del casamiento de Ester. Cuando no hay sueño, ningún lugar estimula tanto las meditaciones como la cama. Al día siguiente era domingo, y se levantó tarde. La madre la dejó dormir hasta que se aproximó la hora de la última misa, en la iglesia del barrio.

De regreso de la iglesia, Cristina habló con su madre de lo que había pensado la noche anterior: sentía necesidad de desahogarse con ella. La oprimía la idea de que Lorenzo pudiera casarse con Julia. Nada podía ni pensaba hacer para impedirlo; pero quizá por eso mismo, se sentía angustiada. Aquel matrimonio lo reputaba como la mayor burla a que pudiera condenársela.

—Quizá a Julia le guste tu primo — le dijo la madre. — Para mí tiene suficientes méritos para que se le aprecie, y en materia de impresiones amorosas ocurre que se produzcan con quien menos se piensa. Pero no creo que Lorenzo haya reparado siquiera en semejante cosa, ni que la de Acosta estuviese conforme. Basta que tu primo sea extranjero para que no le entre.

—Eso la tendría sin cuidado a Julia, — le observó Cristina. — Son "chicas" acostumbradas a prescindir de la madre y más bien la manejan a ella. Además, el señor Acosta se pondría de su parte. Estima y elogia mucho a Lorenzo.

—No creo que Julia armonice con el modo de ser de Lorenzo.

—Se adaptaría a él, mamá; cuando se ama espontáneamente, una se dispone con gusto a las mayores abnegaciones. Y Lorenzo procuraría complacerla, porque es bueno. Ella es rica y a él le convendría.

—Lorenzo no se fijará en las conveniencias. Tiene un carácter muy independiente y no es fatuo. Creo que se casará con una mujer a quien quiera y que estime digna de él, sea rica o pobre.

Cristina se calló.

—Lorenzo es bueno — prosiguió la madre — y nosotras estamos en deuda con él... Ni siquiera hemos correspondido a su invitación de ir al tambo. Otro se hubiera enojado; entretanto él nos ha tratado con mayor solicitud. Tenemos que ir.

—Ahora no, mamá. Después de lo que ha pasado diría que somos cumplidas porque Enrique me dejó,

que de lo contrario no hubiéramos ido. Iremos más tarde, cuando no pueda imaginárselo.

La viuda de Irala se calló. Pensaba que bien merecía Cristina esa penitencia, pero no quiso decírselo para que no se afectara.

—Han pasado ya más de seis meses, Cristina... De todos modos, creo que debes tratarlo con mayor franqueza. Anoche le has dicho aquel "no te comprendo" con un acento concentrado y una seriedad, que parecías incomodada.

—No puedo tratarlo de otra manera, mamá; él tampoco es franco conmigo; nunca lo ha sido; y por otra parte me temo llegue a creer que mi amabilidad tiene otro fin. De todos modos tu ves que siento verdadera estimación por él y eso debe bastarle. Por otra parte ya no me interesan los hombres; ya no es posible que me interesen, bien lo sabes.

—¿Es que todavía lo quieres a Enrique?

—No, eso ya pasó completamente. He creído en su lealtad y mi desengaño ha sido demasiado grande para que pudiera merecer siquiera mi aprecio. Y después de lo que he oído ayer...

—¿Pero entonces? Debes ser franca conmigo, querida, debes abrirme tu corazón. Hasta ahora nada te he dicho, porque en estas cosas obra mejor el tiempo que todos los consejos. Pero tu actitud es un poco indescifrable. Me has manifestado que ya no te casarás. Bueno, eso lo dicen muchas al principio de un desengaño como el que tú has sufrido, y algunas lo cumplen, las menos por cierto, en lo cual hacen bien. Pero una cosa es que no deseen casarse y otra que ya no les

sea posible hacerlo. No quiero ser juez de tus actos, sino tu confidente.

—¡Por Dios, mamita! Nada incorrecto ha mediado entre Enrique y yo. Habrá sido para él un simple galanteo en los primeros tiempos, quien sabe con qué intención...

—Con ninguna buena; de eso puedes estar segura, porque Rodríguez lo sabía y ahora lo vemos confirmado.

—Pienso, a pesar de todo, que después ha de haber sentido por mí algún cariño... Al menos, así parecía. Yo le quería; ¿para qué negarlo? ¡Me habló siempre con tanta formalidad; tenía tanta confianza en él! Pero toda nuestra intimidad no fue más allá de nuestras conversaciones. El no lo ha pretendido, ni yo lo consintiera.

—Por eso; porque sabía que tú no lo consentirías es que no lo hizo, temiendo quebrar la relación y quedar en rídiculo.

—Quizás. De cualquier manera, aun en el supuesto de que yo le haya agradado, se ve que lo subordina todo al interés. Se casará con la viuda que es rica y condescendiente. Te aseguro que su proceder hace tiempo que ha dejado de afectarme y que hoy le miro con la aversión que podría inspirarme cualquier desconocido que me hubiera agraviado.

—Pero dime, ¿cómo has podido confiar tanto en él y hacerle lugar en tu corazón, prevenida como estabas de su conducta poco recomendable y de que debías dudar de él?

—Ya me has preguntado eso muchas veces.

—Sí, pero me has dado respuestas muy breves.

—Verás, mamá. Primeramente adquirí la firme creencia de que me quería, de que al fin había llegado a quererme. Luego pensé que mi amor lo cambiaría, que podría realizar yo esa obra de mejoramiento, haciéndole agradable la vida del hogar. Ya supondrás todas las ilusiones que a este respecto puede hacerse una niña que tiene exento su corazón de maldad. Las dudas de ustedes me parecieron antojadizas.

—No has sido suficientemente franca conmigo; no debías haberme ocultado el menor de tus pensamientos — dijo la madre suspirando.

—Tienes razón, mamá. ¡Pero tenía tanta confianza en mi buen juicio! Era yo la que lo trataba, creía que lo conocía mejor que nadie. Además, esperaba algo decisivo de su parte, para decírtelo todo.

—Sí, cuando fuera ya demasiado tarde para evitar que sufrieras.

—¡Oh, mamá! ¡Sufrir...! sufrir hubiera sufrido desde el principio; desde que llegaron a dominarme las ilusiones.

La señora de Irala no le replicó. Recordaba cuando ella, con más acierto que su hija, se enamoró del padre. Unas pocas conversaciones amables despertaron su simpatía por él, y al muy poco tiempo llenaba su corazón y su pensamiento. Era indudable que cuando a una mujer le gusta de veras un hombre y éste la corteja, el amor de ella marcha a toda velocidad.

—Pero en todo esto — dijo la de Irala — no veo razón para que sea imposible que te cases. Las impresiones que un hombre cause en nosotras, desaparecen totalmente si él mismo, con sus actos nos produce el desencanto. Así te ha ocurrido a tí. Enrique, que era

tu ídolo, se cayó del pedestal en que lo habías colocado, y si ya no ocupa tu pensamiento, no sé a qué responde tu decisión.

—No, mamá; te lo he dicho muchas veces, ya no pueden interesarme los hombres.

—¿Pero por qué, criatura? Debes decirme por qué.

—Porque considero que una mujer que ha querido, aunque se haya equivocado y llegue a olvidar completamente, no conserva su situación de antes. Su sinceridad ante cualquiera que le pretenda puede ponerse en duda. Por otra parte, lo menos què puede pensar su pretendiente es que, no obstante todo, "ha querido a otro".

—Bueno... bueno — dijo sonriéndose la madre. — Me encanta tu lealtad; pero es extremada, mejor dicho ilógica: lo que fué ya no existe, y es como si nunca hubiera existido.

—No lo creo así. Lo que ocurrió no es posible hacer que no haya ocurrido.

—Tratándose de hechos, eso es cierto. Pero no cuando se trata de meras impresiones. Pero no vamos a hacer discusión ahora sobre ello. ¡Ay! hija mía: si todas pensaran como tú, cuántas se quedarían inmotivadamente sin casarse.

—Es que tú no quieres considerar seriamente la cuestión. El amor es de tal naturaleza que, a mi juicio, no puede emplearse sino una vez. Uno nuevo choca indudablemente con el anterior, aunque éste haya pasado. ¿Cómo puede una mujer decir a otro hombre que aquello no fué nada?

—¿Y tú estás segura de haber querido a Enrique

lo suficiente para sostener tan ilógicos escrúpulos? Ni te lo imagines. Si lo hubieses querido tanto, a pesar de su comportamiento, habrías continuado queriéndolo. Y en ese caso comprendería tu decisión. Pero esto no me interesa, desde que al respecto, te sientes absolutamente tranquila que es lo que yo deseo. Lo que se ve todos los días es que un nuevo amor no sólo no choca con el de antes, sino que llega a borrar todo rastro del otro, si alguno queda.

—Ocurrirá eso en personas de distinta psicología que la mía. No creerás que estoy haciendo argumentos por el gusto de refutar tus ideas.

—No; no lo creo, y ojalá fuera así — se apresuró a responderle la madre, contra todo lo que sentía.

La viuda de Irala no había podido obtener de su hija confidencias como las que acababa de oir. Cristina se limitaba siempre a contestarle que después de su desengaño, le había tomado aversión a los amores. Y la madre no se extrañó, dada la naturaleza tranquila de su hija. No era el primer caso en que tales decepciones hacen que una joven ya no quiera casarse. Habiéndola visto sufrir primero, inclinada después a la piedad religiosa, cada vez más llena de cariño por ella y por el hermano, creyó que la conmoción sufrida por su espíritu la alejaba del matrimonio. Y hasta dejó de aconsejarle más animación. Si el tiempo no la hacía cambiar, los razonamientos nada influirían en ella. Por otra parte, a Cristina no le gustaba tocar tales temas. Lo que acababa de oir suponía un gran cambio. Cristina razonaba demasiado para que tuviera el corazón realmente muerto. Hablarle antes de que pudiera llegar a casarse, era mortificarla; aho-

ra lo que manifestaba respondía más que a una disposición particular de su naturaleza, a una teoría meramente convencional. El tiempo podía cumplir, pues, su obra de mudanza. La señora de Irala vió el cielo abierto al escuchar la exposición final de su hija y el tono animado en que la hizo; y no sólo creyó oportuno no seguir rebatiéndola, sino que quiso dejarla contenta. De ahí la forma y apresuramiento de su contestación.

—Pero eso no puede ser motivo de que no observes con Lorenzo la franqueza que debe mediar entre parientes. Es tu primo, y como tal bastante se ha interesado por nosotras.

—Con franqueza lo trato; y no sé a qué quieres referirte.

—Quizás debido a tu estado de ánimo a veces parece que te defendieras contra él.

—Es que no le comprendo: no puedo comprenderlo. Mientras estás tú, la conversación se desenvuelve llanamente. Pero si estamos solos me habla ya en otra forma. Antes, aunque nunca fué franco, no procedía así. Al verme afectada me hablaba con cariño, razonaba con la mayor afabilidad. Desde hace tiempo tiene un modo incomprensible. Si en el giro de la conversación se entusiasma alguna vez, reacciona en seguida, toma un tono casi frío, desarrolla una lógica de hierro: puro razonamiento sin flexibilidad alguna. Entretanto, yo soy con él ahora como era antes. Cuando anoche le dije que no le comprendía, es porque realmente me pareció que sus palabras tenían doble sentido.

La madre se calló.

—Comprende — prosiguió Cristina — que si él

es así, yo no debo mostrarme sino como siempre, aunque en verdad le estoy agradecida. Proceder de otro modo podría ser mal interpretado.

—Quizá, quizá — dijo la madre, como si pensara en otra cosa.

Después de esta conversación, la señora de Irala creyó conveniente salir un tanto de su encierro. Era necesario que Cristina se distrajera con algo más que sus tareas diarias. Hasta entonces ésta se había opuesto a cambiar la vida que había adoptado: la de Irala creía poder vencer ahora su resistencia. Tendría que proceder despacio y con tino, porque Cristina con su sensibilidad, a veces aguda, se contrariaba fácilmente, y aun cuando siempre le obedecía, lo principal en este caso era evitarle todo desagrado.

Lorenzo se quedó unos días en Buenos Aires. La ciudad le atraía y su presencia en el campo no era indispensable, pues tal como tenía arregladas las cosas se podían manejar perfectamente sin él. Si había resuelto continuar hasta fin de año en el tambo, se debía a su deseo de alejarse de Cristina y al de no gastar inútilmente el dinero, que en la Capital se le iba sin sentir. La viuda de Irala sólo esperaba a que se fuera para tratar de distraer a su hija, pues temía que ésta se resistiera más, hallándose él presente.

Lorenzo adquirió el convencimiento de que su prima no sentía ya nada por Enrique. Aunque conocía su fuerza de voluntad para dominar sus impresiones y ocultar, si era necesario, sus sentimientos, la indiferencia con que había visto a aquél, no podía ser fingida. Cristina estaba, pues, curada de sus pasados amores. ¿Volvería a querer? Quizá era demasiado pronto

para preveerlo. Durante los días que llevaba en Buenos Aires, sólo fué una vez por la casa de su tía. Halló a su prima más contenta, y su aspecto era otro por más que tenía intermitencias en las que caía en la actitud de antes. En cuanto a él, continuaba lo mismo. Lorenzo recordaba la espontaneidad con que se prendió de su brazo para pasar a la sacristía. Fué aquello, sin duda, un chispazo que pasó como un relámpago; una ligera debilidad de su espíritu lastimado por la conversación de Enrique, que la impulsó instintivamente a buscar amparo en él, que era su primo. Y él aun así, sentía la sensación agradable que esto le causara.

Lorenzo se ocupó muy poco ante Cristina de aquella conversación. Pero no estaba dispuesto a tolerar que Enrique siguiera hablando de su prima. Antes su tía le había prohibido pedir explicaciones que pudieran provocar un incidente. ¿Se lo prohibiría también ahora? Lorenzo fluctuaba entre pensamientos opuestos. Por un lado su intervención podría sugerir a Cristina la idea de que él la quería, cosa que, al menos por ahora, deseaba continuar ocultando. Por otro temía que su tía tomara a mal que obrase por su cuenta y le cargara con razón la culpa de lo que pudiera decirse de Cristina. Entretanto, Enrique se le hacía cada vez más odioso; sentía la necesidad de decirle algo y se consideraba en una situación deprimente, al no pedirle explicaciones, después de lo que había oído. Al fin se decidió a hablar con su tía, en momentos en que Cristina estaba en sus tareas.

—Tanto como tú lo puedas detestar — le dijo aquélla — lo detesto yo. Pero en sus palabras no ha

habido más que un prejuicio de fatuo al decir que sabe ser caballero cuando debe serlo. Los hombres prejuzgan con demasiada facilidad de la posible debilidad de las mujeres. Su relación con Cristina sólo ha sido conocida de la familia de él y de unas pocas de sus relaciones. ¿Para qué darle una resonancia y una gravedad que no ha tenido y que vendría a perjudicarla? Ninguna cuestión de honor nos obliga a ello.

La tía le rogó que nada hiciera, que se fuera más bien al campo. Cristina se afectaría seriamente, tan luego ahora que empezaba a animarse. Lorenzo tuvo que ceder. Y resolvió regresar al tambo al día siguiente, ya que todo se ponía en contra de sus deseos.

La viuda de Irala, en aquel aislamiento en que se había mantenido después de la muerte de su marido, cortó la mayor parte de sus relaciones. A algunas amigas íntimas les había comunicado su domicilio. Pero la mayor parte de estas mismas, sólo cumplieron con ella al principio de su luto. Después, tanto por el retraimiento de ella, como por la situación en que la veían sus amigas, se fueron alejado. Dispuesta a sacar a su hija de la vida retraída que hacían, pensó en reanudar algunas de sus relaciones y buscar algún otro esparcimiento. Su situación, con la nueva clase oficial de música que Cristina tenía, era más desahogada, y en Buenos Aires hay en que distraerse con poco gasto, cuando no se quiere fantasear. Con ir los días de fiesta a Palermo en el tranvía, o al biógrafo, y a una que otra función de teatro, no se iban a ver mal.

El trato que la de Irala tenía con la de Ortiz, no constituía lo que podríamos llamar una relación social. La madre de Cristina no se hallaba en situación

de sostenerla. Pero la de Ortiz que conocía sus antecedentes de familia, y juzgaba por la hija de las condiciones de la madre, le abrió las puerta de su casa, después de aquella visita que les había hecho cuando Cristina pasaba por el período agudo de su desengaño. Se estableció así, entre ellas, una relación privada a la que Cristina servía de constante vínculo; y aunque se veían de tarde en tarde, llegaron a estimarse de veras. La de Ortiz se dispuso a secundarla en sus propósitos de hacer cambiar a Cristina.

XVIII

Cuando a los dos meses Lorenzo fué a la Capital, quedó admirado del cambio que se había producido en la familia de su tía. Cristina, sin perder su carácter serio, estaba animada de un espíritu de vida que ponía en actividad todas sus facultades sensitivas. Salía a paseo con la madre, iba con ella y Alfredo al teatro o al biógrafo, hablaba de sus amigas, comentaba cualquier suceso: había vuelto, en fin, al estado normal de las personas satisfechas o conformes con su situación y que no tienen cosas graves que las preocupen. Bajo su aspecto, siempre sereno, Lorenzo creía ver que la juventud dominaba en su interior, con todos los estímulos de su fuerza creadora. En cuanto a su tía y a Alfredo, cada uno con arreglo a su estado y su edad, demostraban también más animación.

Lorenzo manifestó su contento por el cambio. Era así como debían vivir, puesto que con crear sombras a la vida, nada se ganaba, y, al contrario, mucho se perdía.

—Durante el luto — le dijo la tía — no teníamos ánimo para hacerlo. Pero fuerza es convencerse de que con apenarse no se remedia nada. No creas, sin embargo, que andamos de fiesta.

—Ya comprendo que no se trata de eso, por cierto. Desde luego me satisface verla a Cristina así. Ahora te convencerás — agregó dirigiéndose a ésta — que

lo que decía en mis cartas era exacto. Me agrada cuando se confirma prácticamente alguna de mis teorías.

Cristina hizo un gesto de duda.

—Vas a insistir — le dijo él — en teorizar contra la realidad, y sería, sin duda, lo menos conveniente.

—En tus cartas — le contestó Cristina — decías muchas cosas. Algunas se han cumplido, otras no podrán cumplirse.

—Si no te explicas, no sabré a lo que te refieres y no podré formar juicio. Creo no haber tratado de nada imposible, ni siquiera difícil.

Cristina se calló.

—Por lo pronto ya ves — continuó él — aunque lo creamos, no siempre poseemos la verdad respecto de nuestra vida, ni de las mudanzas que puede sufrir.

Lorenzo dijo esto con el fin de hacerla hablar algo sobre el futuro, pero su tono, un poco frío, hizo creer a Cristina que le enrostraba la contradicción en que la hallaba.

—Ciertamente — le replicó — y por eso debes desconfiar de la certeza de tus propias afirmaciones.

El tono de ella era agrio y Lorenzo quedó desconcertado con esta respuesta, que no esperaba.

—Siento que tomes a mal lo que he dicho — manifestó él después de un momento. — Creía hacer un bien en darte seguridades de que tus ideas están mejor encaminadas ahora que antes.

Ella no le contestó. Se había emocionado y las

lágrimas querían asomar a sus ojos. Un esfuerzo de voluntad las contuvo a tiempo.

—Hablais en una forma — se apuró a decir la señora de Irala — que difícilmente se comprenden vuestras intenciones, aunque debe suponerse que ninguno las tendrá malas. Con remontarse, no se explica mejor ni más claramente lo que se quiere decir.

—Será así, tía; a fuerza de pensar y escribir, allá solo, en el campo, habré tomado la mala costumbre de hacer frases; pero con pedirme una aclaración todo se habría explicado.

Cristina continuó callada, mirando a otra parte, y al ver su actitud, Lorenzo creyó oportuno retirarse. En cuanto salió, brotaron en los ojos de aquélla las lágrimas que pugnaban por salir.

—Pero, querida, ¿qué te pasa? Eres excesivamente sensible — le dijo la madre acariciándola.

—Sí; siempre me ha de hablar en ese tono de superioridad que parece una imposición o un reproche — contestó Cristina, mientras se secaba las lágrimas.

Cristina había pensado mucho en Lorenzo durante aquellos meses. Analizaba la dedicación que le había consagrado en sus cartas y personalmente, después de su ruptura con Enrique; y la encontraba harto particular. No fué, a su juicio, una solicitud de pariente que se interesara por ella y por su bienestar moral, en razón de los lazos o del afecto de familia. Le parecía a Cristina que en su ternura, en la pena con que se asoció a su tristeza, debía existir algo distinto y que respondiera a otro sentimientos. Recordó cómo se preocupaba de sus amores con Enrique, de su eno-

jo cuando creyó que no hacían caso a sus advertencias, del odio que tenía hacia aquél.

Se dió cuenta, a la vez, de que la desilusión sufrida por ella, no obstante lo mucho que la había afectado, no alcanzó a secar su corazón; que habiéndose borrado de él el amor que sintiera por Enrique, se hallaba como si nunca hubiera querido; y que la dedicación con que su primo se preocupó de ella, inclinaba su espíritu hacia él más seriamente quizá de lo que se inclinara por Enrique, porque Lorenzo le inspiraba otra clase de confianza, reconocía en él mejores condiciones morales, superior inteligencia, y verdadera nobleza de alma. Vió así, que se había equivocado en muchas cosas. Respecto de Enrique, aunque no desconocía el entusiasmo que por él había tenido, dudaba ahora se tratara de un verdadero amor. Le había querido, es cierto, a través de todas las desconfianzas creadas a su alrededor; pero el hecho mismo de que se dispusiera a sufrirlo y a mejorarlo, suponía que su alma no había sido atraída por la de él, que más bien éstas habían estado distanciadas. Y respecto de las consecuencias que la ruptura tendría sobre corazón, había ido más lejos de la realidad, como lo demostraba lo que experimentaba ahora.

Hasta pensó que si siguiendo el primer impulso se hubiera hecho monja habría sufrido un gran error, que la tendría de continuo a mal con Dios. Cristina no advertía que si estaba cambiada, se lo debía a Lorenzo; que fué él con su asiduidad y su gran espíritu, quien había hecho que su corazón latiera de nuevo; que la vida estimula la vida, y que si se hubiera enclausurado en aquel período agudo de su desenga-

ño, cuando su alma ansiaba la paz, la hubiera hallado seguramente en el claustro, ajena a toda impresión que le despertara a las cosas del mundo.

De la pasada actitud de Lorenzo, deducía Cristina que posiblemente principió a enamorarse de ella; pero que, ya fuese porque su proyecto de irse a España no se conciliara con casarse en el país, o bien porque siendo de su misma opinión, no hallara grato hacerlo con una mujer que había querido a otro, el caso era que reaccionó, ahogando aquel principio de amor; según se deducía de su retraimiento y su frialdad en los últimos tiempos.

Ella por su parte desechaba, no sin cierto pesar, la posibilidad de casarse con él; en primer lugar porque mantenía la idea de que cuando se ha querido a un hombre y éste vive y anda en el mundo, es muy delicada la situación para poder querer a otro; y en segundo, porque habiéndola visto Lorenzo entusiasmada con Enrique y tan decepcionada después de la ruptura, con su primo menos que con nadie, podría entrar en ese terreno. Su delicadeza no se lo permitía; se sentiría abochornada ante él, al tratar de la materia.

Su madre, después de aquella conversación motivada por lo ocurrido en el casamiento de Ester Ortiz, le hizo conocer su idea de reanudar algunas de sus relaciones y de salir de vez en cuando. Alegó la de Irala su vida demasiado encerrada, lo que podía llegar a hacerle mal; siquiera ella, Cristina, salía con motivo de sus lecciones. Cristina le halló razón y por más que su ánimo no estaba por aquel entonces para paseos, se prestó a acompañarla con toda voluntad. Pe-

ro después, cuando aquellos pensamientos respecto de su primo, vinieron a preocuparla, fué ella la más interesada en evitar el encierro. Convencida, como estaba de que no podía alentar por Lorenzo otros sentimientos que los del cariño fraternal, y deseosa de combatir su nueva preocupación, que guardaba cuidadosamente en lo oculto de su alma, vió la conveniencia de distraerse.

La señora de Ortiz, que pertenecía a todas las sociedades de beneficencia de carácter católico de Buenos Aires, les mandaba entradas para los conciertos y funciones que se daban a beneficio de cualquiera de esas sociedades, entradas que ella pagaba junto con las suyas. No les faltaban, pues, ratos de recreo, sin mayores gastos, dado el sistema de orden que observaban.

En aquellos dos meses Lorenzo escribió menos que de costumbre y ya no se ocupaba de Cristina sino para mandarle recuerdos. Sin embargo, siguiendo una práctica que hacía tiempo había establecido, periódicamente les remitía algunos productos del establecimiento; manteca, huevos y algunos pollos.

Cristina, tan atendida por él anteriormente, sentía el efecto de su frialdad posterior; pero lo que más la contrariaba era que tal actitud se produjera precisamente cuando ella le consagraba los mejores de sus pensamientos. Pensaba que bastante tenía ya con la situación especial en que estaba colocada, y que Lorenzo, o debía tratarla como siempre, o bien no mezclarse para nada en su vida ni en sus asuntos.

Todo esto fué causa de que la impresionara tanto el tono en que la había hablado, dando lugar a su respuesta bastante violenta.

El día siguiente era domingo y Lorenzo había sido invitado por su tía a comer. Dada la desinteligencia habida con su prima, pensó excusarse, pero luego cambió de parecer. Lo ocurrido carecía de importancia y sólo revelaba que Cristina le era hostil, que había entre ambos falta de atracción para poder entenderse corrientemente. Si él despertase en ella alguna simpatía, recibiría sus palabras en otra forma, le rectificaría amablemente, o se reiría de su preceptismo. Pero aquello no debía ser causa de que desairara a su tía. No obstante estos juicios, Lorenzo tenía dudas sobre los verdaderos sentimientos de su prima. No se le ocultó que estaba conmovida cuando le replicó. ¿Tanto la había lastimado? ¿Era a tal extremo sensible que la más pequeña presión la hacía llorar?

Lorenzo fué a comer decidido a no hablar ni una palabra referente a Cristina, y así lo hizo. La conversación se deslizó sin tropiezos, y Cristina hasta estuvo alegre. ¿Cómo entenderla? ¿Cómo penetrar en su alma, si presentaba manifestaciones tan distintas?

A la tarde fueron a uno de los biógrafos del centro, por el cual tenía Cristina predilección. Lorenzo tomó un palco, y se dió el caso de que uno de los jóvenes de la platea mirara insistentemente a Cristina. Esto bastó para que Lorenzo creyera tener la explicación del enigma que hallaba en la actitud de su prima: principio de nuevos amores con aquel joven. Cristina veía la vida otra vez risueña, prefería ese biógrafo a los demás, porque había hallado allí lo que le agradaba. No podía comprenderlo a él, no vislumbraría nunca que la quería porque ahora, como antes, su corazón se inclinaba a otra parte. En lo úni-

co que él había acertado era en que su idealismo la restituiría a la vida.

Lorenzo cayó en un mutismo que no le fué posible vencer. Estaba celoso y no le era dado hablar de lo que quisiera. Lo demás no le interesaba. Cristina supuso, con alegría, que le enojaba que la miraran. Pero ¿cómo saberlo de cierto? ¿Cómo hacerle hablar al respecto? ¿Y con qué objeto si al fin ella no podía entrar en ese terreno?

—¿Qué tienes? ¿Estás mal? — le preguntó la de Irala.

—No, tía... Estaba componiendo mentalmente un párrafo de una obra que tengo en preparación.

Cristina quedó desconsolada. Ni siquiera podía tener la pequeña e inocente ilusión de que su primo se interesara cuando la miraban. A la salida, Lorenzo procuró recobrar su serenidad. Se estaba portando como un chiquillo. Como tantas veces lo había pensado, Cristina era dueña de querer a quien quisiera. Si él sufría con eso, ella no tenía la culpa, puesto que entre ambos no había mediado nunca la más leve alusión amorosa. Podía quejarse de su mala suerte, pero de ningún modo poner una nota de desagrado en su trato con ella y con la madre. Al acompañarlas hasta la casa, procuró mostrarse alegre, pero era visible que no estaba lo mismo que en la comida.

Ya en la casa de su tía, quiso retirarse en seguida. Por encima de todos sus razonamientos, estaba de mal humor, y se daba cuenta de que en ese estado no haría buen papel. La tía le obligó a que se quedara un rato: Cristina tocaría algunas piezas de piano, ya que a él le gustaba tanto la música. Y con el pretex-

to de que tenía que ver cómo andaba la comida, los dejó solos.

La viuda de Irala notaba en su sobrino las mismas rarezas que Cristina; pero ella las atribuía a que ésta le interesaba algo más que como prima. Lo suponía, como ya hemos visto, de tiempo atrás. Pero como Lorenzo nada manifestaba y más bien parecía rehuir lo que puediera denotarlo, la de Irala no alcanzaba a comprender lo que se proponía. Si su sobrino hubiera venido al país sin aquel proyecto de regresar dentro de un término fijo, o si ella se hallase en condiciones de no necesitar de Cristina, habría podido formarse quizá una idea más concreta de las intenciones de Lorenzo. En la actual situación, se inclinaba a creer que éste sostenía una lucha entre su simpatía por Cristina y sus propósitos de volver a España, y que daba preferencia a lo último. Coincidía, pues, con lo que también pensara su hija, con la diferencia de que ésta creía que Lorenzo había logrado ahogar su naciente amor, mientras que la madre opinaba lo contrario. El choque de esas dos inclinaciones producía sin duda aquella disparidad del carácter de Lorenzo: su adhesión, al último reservada, pero siempre continua hacia Cristina, y a la vez sus desinteligencias con ésta. Pensaba la viuda de Irala que si así no fuera, Lorenzo habría hablado, por lo menos con ella, para aclarar las cosas. Porque ella no creía, ni por un momento, que la indecisión de su sobrino tuviese por causa el pasado noviazgo de Cristina. Entendía también que era caso de dejar que las cosas marcharan por sí solas hacia el término a que por su propio impulso debieran llegar; pero que convenía para

la tranquilidad de Cristina, cesara ese antagonismo aparente y forzado en que empezaban a caer; que se trataran lisa y llanamente, con franqueza y claridad. Y a ese fin los dejó solos, para que hablaran con más libertad.

Cristina se sacó el sombrero y los guantes, que colocó sobre el piano, y se disponía a sentarse para tocar. Lorenzo que la estaba mirando de pie, la detuvo.

—Dime — le dijo — ¿por qué no eres franca conmigo? ¿Por qué no me tratas como a pariente en lugar de ocultarme los puntos más esenciales de tu vida?

—Pero si yo nada te oculto — le contestó ella — ni nada tengo que ocultar.

—He pensado que mi conducta debía merecer toda tu sinceridad y veo que no es así. Cuando tus amores con Enrique, no has tenido conmigo, al principio, una sola palabra al respecto, una de esas conversaciones espontáneas que se usan en familia. Y si algo has hablado después, estando yo presente, ha sido porque yo he provocado la conversación con motivo de los informes de Rodríguez.

Nada podía ser más doloroso, para Cristina, que traerle este recuerdo. Y no pudo contestarle en el acto. El la miraba abrumada, dolorida; pero quería hacerla hablar, sacarla del misterio en que se encerraba. También él sufría.

—Me reprochas falta de franqueza en ese asunto que ni deseara recordarlo — le contestó al fin, repuesta y con la altivez que en ella despertaban los ataques. — Y yo, por mi parte, podría achacarte lo mismo.

—Sí; pero yo me excusé a mi regreso del campo.

Me declaré en falta, no obstante no ser mía sola; mientras que tú nunca has usado conmigo una frase especial que significara que marecía tu estima.

—Será así, y lo siento; — contestó ella ya con calma — pero he creído que no era necesaria tal manifestación. ¿Por qué no había de estimarte?

—Les invité a visitar el tambo, me ofrecí a venir a buscarlas, me han prometido ir, y hasta ahora no llega el día que lo cumplan. No me dirás que es de tía la culpa: ella no sólo es franca conmigo, sino que me ha tratado como a un hijo.

Cristina se calló. En esto le hallaba razón.

—Vaya que no fueras — continuó él — cuando alentabas otras ilusiones, pero después...

—No me mortifiques — le contestó ella apenada. — Después...! Debes pensar en los sentimientos de delicadeza que pueden impedir apresurarse a ir, cuando no se ha hecho antes.

—Es precisamente lo que no debo pensar, porque entre nosotros no puede haber posibilidad de malos juicios. Y así debías entenderlo y lo entenderías si realmente me consideraras como tu pariente, si confiaras en mí. Durante seis meses he hecho lo posible por ayudar tu ánimo y nunca me has abierto tu alma. ni siquiera en cuanto a tus mismas angustia. Si algo he sabido de tí ha sido por tía.

—¿Qué podría decirte que no supieras?

—Todo lo que callabas. No es lo mismo suponer, que tener la certeza de las cosas; y en tu situación se habla aún de lo sabido, como desahogo del espíritu. Pero se habla con quien se tiene confianza, y yo jamás la he merecido de tí.

—Estás en error; mi confianza la has tenido siempre. En cuanto a hablar de lo que dices, no me era posible... porque... porque me has tratado siempre de una manera extraña.

—¿Extraña, por qué?

—¡Qué sé yo! — dijo ella exaltándose de nuevo. — Reclamas de la falta de familiaridad. ¿Pero la has tenido, ni la tienes tú conmigo? Ahora mismo hablas con una dureza y traes cosas pasadas que me atormentan y que no le toleraría a otro. — Y luego agregó conmoviéndose: — Por mucho que te esté agradecida, y por mucho que tenga que sufrir, no puedo soportar una situación humillante.

—Ni yo lo pretendo; sabes muy bien que no lo he pretendido nunca, ni eso se acomodaría con mis sentimientos. ¿De dónde puedes sacar semejante deducción? Dílo: precisamente lo que quiero es que te expliques.

—La saco de lo que pasa ahora.

—¿Querrás decirme que en tí no hay nada oculto y que sin embargo yo lo podría saber?

Cristina se calló de nuevo. ¿Cómo decirle que lo oculto era que pensaba demasiado en él, que se veía al margen de quererle, sino le quería ya, y que su situación la condenaba a luchar contra la naturaleza de tal afecto? Estuvo propensa a negar, pero todo lo que había escuchado le hizo la impresión de que Lorenzo percibía la menor de sus sensaciones, aunque ignorara sus causas, y estaba segura que notaría su mentira. ¿Y cómo desconocerle el derecho de interrogarla, si al fin lo hacía invocando títulos a su consideración que ella no debía ni le sería posible rechazar?

—Ya ves — dijo Lorenzo serenamente — como tengo razón. Me ocultas tus sentimientos, pero tú no has nacido para la farsa, y no puedes disimular. La noche del casamiento de Rodríguez tu espíritu sufrió un cambio, impresionado sin duda, por la invitación a vivir que reinaba en el ambiente de la iglesia. Has regresado contenta a pesar de las cosas desagrables que habías oído, las que ya no tenían importancia, ni podían pesar en el renacimiento que en tí se operaba, porque más bien concurrían a matar el pasado, evidenciando el error de concepto que habías sufrido; vengo del campo y hallo ya tu vida totalmente cambiada, y noto respecto de mí una hostilidad igual a la que tenías al principio de tus amores con Enrique. Tu enfado de ayer no puede ser más sugerente. Vamos al biógrafo de tu predilección y lo encuentro todo explicado. Le interesas a un hombre, es de tu agrado, y eso alegra de nuevo tu vida. Y en tu alegría no sólo me excluyes de toda participación sino que parece que te hiciera sombra. ¿Por qué no me has dicho francamente que tenías un nuevo pretendiente, que aquel joven te es simpático?

Cristina le escuchó al principio encantada por su modo de decir, y a la vez temblorosa. ¿Sería posible que hubiese descubierto sus sentimientos y le causara la humillación de decirle que, conociéndolos, no podía aceptarlos por las diversas causas que lo impedían? Respiró luego, cuando habló de su hostilidad, y al final estuvo a punto de reirse. En todo aquello Cristina vió que estaba celoso, y que si sentía celos era porque la quería. Fué como si se descorriera de golpe un velo que le impedía ver. Nada le importaba, en

ese momento, que Lorenzo luchara por desprenderse de ese amor; que obrara en contra de él; ella por su parte había resuelto combatir el suyo, y en último caso, no seguir sus impulsos, ya que era un amor imposible. Pero de todos modos se alegraba. Hasta entonces poco le había mirado de frente. Ahora irguió la cabeza, tranquila, y le dijo con el acento sincero de la verdad:

—Eso no podía decírtelo, Lorenzo, porque es la primera vez que veo a ese joven.

Y temorosa de entrar en otras explicaciones, le dejó con la sorpresa de lo que acababa de oir, se sentó al piano e inició un nocturno de Chopin.

Lorenzo no dudó de sus palabras, pero se le escapaba como un pájaro que hubiera tenido aprisionado en su mano; y quedaba sin esclarecer lo demás. Sin embargo, se sintió aliviado, y se puso a mirarla. Parecía embebida en la música, como si las notas saliesen de su propia alma. Le era imposible comprenderla. Al poco rato regresó la madre y Cristina dejó de tocar.

Lorenzo se hallaba un poco desconcertado. La afirmación y la actitud de Cristina, no sólo lo colocaba ante ella como víctima de juicios erróneos, sino algo así como burlado. Al verlo, la de Irala supuso que habrían estado otra vez en desacuerdo.

—¿Ha habido una nueva desinteligencia? — preguntó afectada.

—No tía, — le contestó Lorenzo. — He hecho cargos a Cristina, porque todavía estoy esperando que vayan a conocer el tambo.

—Tienes razón, Lorenzo; pero créeme que no ha sido por mala voluntad hacia tí ni porque no tenga-

mos gusto en corresponder a tu atención. Las cosas han venido así. El próximo domingo iremos.

—Usted, tía, me habla con franqueza, y me deja siempre complacido. Vendré el sábado para buscarlas.

Lorenzo no quiso quedarse a cenar. Cristina lo despidió sonriente, pero no se animó a decirle nada, de miedo a las interpretaciones. En seguida le contó a la madre todo lo ocurrido.

—Hace tiempo — le dijo ésta — que a mí me ha parecido que Lorenzo tiene simpatía por tí. De mucho antes de la ruptura con Enrique, creí notarlo en el interés especial que mostraba por tí y por tus amoríos con aquél.

—¿Y cómo no me dijiste nada?

—Era una simple suposición, como la que hacemos ahora, y muy bien podía ser infundada. El nunca me ha dicho nada al respecto y conmigo habla sin reserva de todas sus cosas. Luego, como tu pensamiento estaba solo en Enrique...

—De todos modos — dijo Cristina con cierto sentimiento — él debe irse a España, y yo de ninguna manera podría aceptar su cariño.

—¿No te es simpático, Cristina?

—No es eso. Es mi situación.

—¡Vaya! Déjate de tonterías. Que no te cases porque no quieras casarte o porque no haya quien despierte el amor en tí ¡santo y bueno! Pero por lo demás, sería un disparate. Y no me repliques, porque en ésto nunca estaremos de acuerdo.

XIX

Un día claro, sereno, envolvía a Buenos Aires en una luz transparente: suave como de sol de invierno. Una fuerte helada, caída la noche anterior, había cubierto las calles de las afueras y las que rodean las plazas, con una ligera capa blanca, la cual a las diez de la mañana estaba fundida yá; dejando a trechos, bajo la sombra, la pequeña humedad producida por el deshielo. Los inviernos en Buenos Aires no son crudos, salvo uno que otro día excepcional; y cuando el cielo está limpio y no reina viento, la ciudad se destaca plácida y animada en medio del tolerable frío ambiente, sonriendo a las caricias del sol.

Era sábado y Lorenzo había llegado esa mañana a la ciudad para acompañar, al día siguiente, a su tía y a sus primos en su paseo al tambo. Aquella semana no había dejado de pensar bastante en Cristina. Su vida aislada en el campo le incitaba a la reflexión y sus ideas empezaron a orientarse en un horizonte más amplio que el que trajo a América. Cristina no tenía novio, y no sólo había recuperado su modo de ser de antes sino que lo sobrepasaba, dando mayor expansividad a su vida. Puesto que él la quería, era necesario que procurara atraérsela. Bien estaba pretender su cariño espontáneo; pero sería extremar las cosas pretenderlo como un sometimiento: así no se produciría; y aun de producirse, ella se cuidaría de ocultarlo.

Lorenzo analizó cada una de las frases de la conversación del domingo. Su prima se consideraba tratada por él de una manera extraña, y en realidad tenía razón. Era delicadamente altiva y sería imposible todo cuanto hiciera por conocer sus ideas y sus sentimientos si procedía chocando con su delicadeza y su altivez. En la discusión del domingo, había exhibido algo del fondo de su alma, seguramente forzada por los cargos que él le hacía; pero era mucho lo que aun quedaba oculto. Tendría que observarla de nuevo siguiéndole la corriente que ahora había tomado. Quizá así insensiblemente llegase a descubrir lo que se proponía con su nueva vida y lo que pensaba respecto del porvenir.

Para ello, Lorenzo resolvió anticipar la instalación de su estudio en Buenos Aires. Ahora miraba como cosa menos importante el regreso a España dentro del término fijo que se había propuesto, y en esto no influía sólo el amor por su prima. Lorenzo iba perdiendo la nostalgia que tenía por su tierra y encariñándose con el país. El tambo y su estudio de abogado hacían prever perspectivas de adelanto que excitaban su deseo de aprovechar en mayor escala los resultados. El capital que antes se proponía juntar, lo consideraba insuficiente para asegurarse, siquiera relativamente, el porvenir. Por otra parte, había entrado en su ánimo una nueva inspiración: hacerse propietario de la tierra que explotaba o de una fracción análoga. Dejaría así, cuando se fuera, colocado en forma segura su capital en el país, donde tan buenos rendimientos daba.

No perdía, pues, la idea de regresar a Epaña ni la

de poner en práctica allí sus proyectos políticos; pero no tenía aquella ansiedad por hacerlo dentro del menor tiempo posible. El cosmopolitismo brindándole a cada paso personas de su misma nacionalidad, arraigadas y sin miras de irse; su calidad de español que le identificaba en mayor grado con la raza nacional; su tía y sus primos argentinos a quienes le vinculaba un parentesco tan próximo; la fuerza asimiladora del país; en fin, todas las circunstancias que le rodeaban, concurrían a que se fuera borrando en él la idea de que se hallara en tierra extraña. Sabía que era extranjero, pero ya no lo tenía en cuenta en su vida de relación.

Lorenzo recordaba con frecuencia lo que conversara con Otaegui y con Acosta, antes de poner el tambo. Durante la última semana, tanto como en Cristina y cual si ambas cosas se vincularan a un mismo propósito, había pensado en las grandes fortunas hechas por la simple valorización de los campos. Lejos de la Capital existían extensas zonas de tierra muy barata, cuyo valor iría en aumento a medida que la población y los ferrocarriles fueran acercándose. Lo que ocurriera en el pasado en las zonas inmediatas se produciría en el porvenir en las zonas lejanas. La Argentina ofrecía aún perspectivas brillantes para hacer fortuna a quienes tuvieran fe en su desarrollo futuro y procedieran con tino.

Lorenzo, después de sus dos años en el país, de haber estudiado las leyes agrarias; leído día a día los diarios, enterándose de los precios de la tierra y del movimiento económico; de haber recorrido varias veces el mapa de la República y medido las distancias

que median desde la Capital y los puertos hasta las zonas interiores semidesiertas, hallaba razón a las críticas que había hecho Acosta respecto de la acción negativa de los gobiernos. El sistema que se seguía era inadecuado, y hablando más propiamente, se carecía de verdadero sistema para poblar las tierras desocupadas, porque todo quedaba confiado a quienes se arriesgaban a establecerse en ellas. A este respecto los conquistadoras seguían un procedimiento más eficaz, de verdadera política pobladora. Ellos fundaban una ciudad, un pueblo, constituían en él todas las autoridades necesarias y distribuían la tierra. Los vecinos, malgrado estar aislados de los otros núcleos de población, poseían desde el principio todo cuanto necesitaban para su desenvolvimiento individual y colectivo; tenía asegurada su vida orgánica de ciudad, pueblo o villa; se radicaban por ello permanentemente.

En los tiempos modernos, en medio de una mayor civilización, con más recursos y elementos ¿por qué se dejaban abandonadas las tierras, esperando que el empuje de la población limítrofe o la acción particular, siempre interesada y extraña a toda mira de gobierno, las poblara?

Lorenzo, a través de lo escuchado a Acosta, en sus meditaciones en el tambo, había bosquejado un plan de población, a su juicio, de resultados positivos. El gobierno debía fundar centros urbanos en los parajes adecuados, siguiendo un procedimiento análogo al de la conquista. A cada pueblo, desde el principio, debía concederle las prerrogativas de tal, con derecho a constituir su municipalidad, tener juez letrado, jefe superior representante del poder central, escuela, igle-

sia, jefe militar y un destacamento del ejército, tan numeroso como fuere posible: los solares, como se hacía ya, debía darlos a quienes desearan levantar su casa en ellos, y las parcelas de tierra de labor o con destino a ganadería, venderlas a los precios más reducidos con obligación de explotarlas en seguida. Pero lo esencial para Lorenzo estribaba en dos cosas: las autoridades superiores y el ejército. Las capitales de las gobernaciones más importantes, debían ser una especie de capitanía general: el ejército con carácter permanente lleva tras sí el comercio y la población; por sí mismo ya constituye una parte de ésta. Por simple acto de presencia aleja el bandidaje y la gente mala, y constituye la mejor garantía para la población pacífica. No importaría que sus componentes se renovaran, lo esencial era que esos centros contaran siempre con un determinado número de tropa. Luego, las autoridades gubernativas y judiciales debían formarse con personas capacitadas para desempeñar sus funciones no sólo como una obligación mecánicamente legal, sino con el objetivo superior de crear la vida urbana, desenvolverla progresivamente. Para esto no sólo habían de ser ciudadanos especialmente elegidos, sino estar remunerados debidamente. Lorenzo hallaba un contrasentido en que a funcionarios de puntos tan lejanos y aislados, se les abonaran menores emolumentos que a los de la Capital de la Nación, rodeados de toda clase de comodidades.

Con un plan así se crearía el espíritu local. Teniendo esos centros autoridades y colegios en forma, asegurada su vida pacífica, el hombre rural argentino o extranjero, se radicaría con facilidad en el territorio.

El núcleo se aumentaría constantemente. Al vasco que venía del aislamiento de su montaña ¿qué le importaba estar más aquí o más allá, si donde estuviese contara con vivir y trabajar tranquilo, poder oir misa, mandar sus hijos a la escuela, verse, en una palabra, bajo los auspicios más o menos cercanos de la ciudad, sede de la región, con autoridades que constituyeran un elevado exponente de rectitud y cultura? ¿Qué temor podría inspirar, en esa forma, el desierto? ¿Y cuántos de los mismos soldados del ejército, al obtener la licencia no se quedarían allí, formarían allí sus hogares y buscarían en la explotación de la tierra un seguro bienestar? ¿Y cuántos hombres de las capitales no se irían allí? Acosta estaba en lo cierto. La atención de los gobiernos debía descentralizarse, mirar más allá de la Capital.

A Lorenzo no le cabía duda que ya se habría pensado en la necesidad de ocuparse más eficazmente de los territorios lejanos; que se pensaría actualmente en ellos y que no tardaría la adopción de medidas encaminadas a darles otra vida. Y contemplando el mapa de la República veía, con la evidencia de tantos otros, la gran nación futura que estaba llamada a ser la Argentina, cuando su vasto territorio estuviese como la Europa, llena de pueblos: sería un imperio inmenso en el que bulliría una civilización enérgica, activa, emprendedora, de una superior cultura, como lo denotaba ya la base del presente. El problema más grande, el más importante, el principal de todos era el de poblar: un plan agrario desenvuelto con constancia y con vigor, podría conducir rápidamente a transformar la potencialidad de la Nación. Y ese plan de-

bía tomar por base la ciudad urbana, el exponente de la civilización, hecho núcleo. Todo el porvenir estaba en la tierra: era necesario enseñar a amarla, y para ello debía empezarse por facilitar no sólo su adquisición y explotación, sino los medio de vida civilizada.

Lorenzo veía con toda la clarovidencia de su entusiasmo teórico-práctico, la formación de una gran ciudad en los territorios despoblados, casi desiertos. La veía surgir floreciente, a impulso del vigoroso empuje de los argentinos, demostrado más de una vez, especialmente en los grandes adelantos edilicios de la Capital y a base de la seguridad de autoridades, como las que él concebía, de tipo un tanto histórico. Un gobernador que fuera algo más que un simple empleado administrativo, un juez recto, perfectamente compenetrado de representar la justicia nacional, no sólo en su acción de dar a cada uno lo suyo, sino en su alta investidura; la fuerza del ejército con su jefe y sus oficiales; los maestros de escuela; el párroco; los empleados de las diversas ramas administrativas; todos poseídos de un alto espíritu de civilización y de progreso. He ahí el núcleo gubernativo y social sobre que se afianzaría la ciudad, tutelada sin restricciones por el soberano poder de la Nación. Dividida la tierra, lo demás afluiría espontáneamente, y se iría agrandando, sin duda alguna, hasta tornarse en un emporio. Casi de inmediato el colegio de segunda enseñanza; más tarde la universidad. Formar el núcleo con todos los elementos de cultura que la civilización demanda era la forma única de transformar rápidamente el desierto, de descentralizar la población, de crear el espíritu local de ciudad y de provincia. El resultado se-

ría doblemente positivo, cuanto más lejos estuviese la ciudad de la capital de la Nación. Muchos se establecerían transitoriamente; pero muchos se radicarían del todo. Y aunque así no fuera, el que se ausentara para residir en otra parte, o bien dejaba allí sus intereses, con el debido personal en actividad, o sería reemplazado con otro a quien enajenase su comercio o su tierra.

Lorenzo pensó también que la inmigración que necesita el país, era la trabajadora, esencialmente la de carácter rural: hombres como él, se sienten demasiado atraídos por la ciudad y no hacen más que aumentar la enorme urbe de la capital. Pero pensó, al mismo tiempo, que muchos podrían hacer lo que él había hecho. Constituir en el campo una fuente de recursos, aun en pequeña escala, alternar la vida de la ciudad con la explotación rural. Pero el labriego, siempre que proceda de una civilización análoga a la del país; ése era el llamado a contribuir con más eficacia a la población de los campos. Llevado directamente a la parte semidesierta, gobernada en la forma que él concebía, la distancia misma le haría localista, se arraigaría con más facilidad; y vinculado a la tierra, en ella se quedaría.

Si él se quedara, todo su afán sería, después de adquirir la tierra del tambo, comprar lejos una extensión grande, tan grande como le fuese posible. Tenía una fe absoluta en el porvenir de la República, porque tenía fe absoluta en la tierra. Quizá no él, pero sus descendientes, aprovecharían de esa tierra en forma que sorprendería, relacionándola con el precio de costo.

Indudablemente había aún en la Argentina hermosas perspectivas para hacer fortuna. Pero para ello, como dijera Cristina, había que quemar las naves. En cuanto a él, para lograrla, tendría, por lo menos, que dejar su regreso a España para mucho después del término fijado.

Lorenzo ponía en todas las cosas que lo entusiasmaban la gran dosis de idealismo que poseía su espíritu. El tambo le resultó un lugar de estudio, de reposo y de utilidad práctica. No veía en él una parcela de campo, cubierta de pasto, llena de vacas y terneros que demandan una labor rústica: veía un explotación rural tan elevada como el más dignificante de los trabajos. La elevación estaba en él, y no la perdía porque se sumiera en el aislamiento, ni porque ayudara a ordeñar las vacas, si era preciso, o realizara cualquier otro trabajo. Si fuese dueño de la tierra, para hacer en ella y en su beneficio todos los adelantos de que era susceptible, el tambo, convertirlo en verdadera granja, sería su mayor orgullo: tendría por aquel pedazo de tierra el amor que se siente por las cosas más queridas. Le había dado al principio dolores, pero jamás le escatimó sus halagüeñas promesas. ¡Y si fuese de él!

Lorenzo se planteaba el problema de vida en las grandes ciudades, y como lo habían afirmado ya escritores de varios países, hallaba que la gente trabajadora sufría necesidades y luchaba estérilmente, por no querer salir al campo, y buscar en la tierra una base de vida cómoda y tranquila. Esto, en la Argentina, donde la tierra abundaba, constituía más que en Europa un real contrasentido. Y Lorenzo se pregun-

taba. ¿Por qué la explotación de la tierra no había de constituir una labor dignificante, como la de culaquier profesión liberal? ¿Por qué sólo se aceptaba como de alta significación el ser estanciero, es decir dueño de mucha tierra y mucho ganado y no se miraba del mismo modo el ser agricultor, el explotar pequeñas parceelas de tierra? En la escala de la riqueza, era indudable que los grandes propietarios ocupaban más alta posición; pero en la aplicación de las actividades en sí mismas, ¿qué diferencia puede haber entre explotar un tambo o cultivar una chacra, que manejar una estancia? Todo nos viene de la tierra. Ella es la fuente madre de la riqueza. Suprimamos su explotación y el mundo económico se viene abajo, y la humanidad vuelve al estado primitivo. ¿Por qué la explotación de la tierra no ha de considerarse, entonces, como una de las labores más dignificantes? ¿Será porque esa labor ha estado confiada en otros tiempos a los siervos, a la gleba ruin que formaba un accesorio de la tierra misma y se vendían junto con ella gravitando sobre ambos el dominio feudal de los grandes señores? ¿Pero la humanidad no había progresado lo bastante para matar esa noción antinatural, y borrar ese preconcepto, resabio de sistemas absurdos y tiránicos, muertos para siempre? ¿Será porque las faenas rurales obligan a ensuciarse las manos? ¿Pero acaso el médico no tiene que ponerse en frecuente contacto con cosas más sucias aun, en su misión augusta de curar la podredumbre que se infiltra en la miseria humana? ¿Pierde acaso, por ello, su categoría?

Lorenzo, a través de su visión de progreso, de bienestar social, hallaba en el cultivo de la tierra la

base angular para la solución de las necesidades que afligen a la humanidad. Desde el simple trabajador que podía hallar en el campo medios suficientes de vida, hasta el pequeño capitalista que podía tener también en él una fuente segura de sostenimiento, todos los que en las ciudades llevan una vida difícil la encontrarían holgada trasladándose al campo. Algunos lo hacían ya; y Lorenzo no hallaba cosa más noble que la del hombre que después de haber usado en el campo el traje adecuado a sus faenas, se ponía orgulloso el frac para asistir en la capital a las reuniones sociales. En este sentido el señor Acosta tenía un valor intrínsico que muchos no alcanzaban a ver. En pequeño o en grande, todos los que no tenían profesión debían de imitarlo. Y aun los profesionales que pudieran, debían hacerlo también, como medio de acrecentar sus recursos.

Lorenzo, a fuerza de pensar solo, en esto y en su prima, durante aquella semana, que le pareció más larga que las demás, y en la que sintió, como nunca, el aislamiento, recordó que debía visitar a Acosta. Y por ello anticipó en un día su llegada a Buenos Aires.

Después de la entrevista que tuvo con aquél a raiz del rompimiento de Enrique y Cristina, no lo volvió a ver; y habiéndole ofrecido la casa y pedido que lo visitara, consideraba que no había cumplido debidamente con él. Hacía de esto más de nueve meses; sus viajes a la Capital fueron frecuentes y Acosta tenía derecho a atribuirle ingratitud. Pero Lorenzo hasta entonces no se había sentido con ánimo de ir a su casa: temía encontrarse con Enrique y en ese caso no sabía lo que debía hacer; miraba con mala voluntad

a la familia, y aunque comprendiera que Acosta era distinto de los demás y estuviera reconocido a sus deferencias, no le hacía feliz visitarlo en su domicilio. Pero después de la última conversación con su prima, disminuyeron sus prevenciones. Para él siempre era mejor lo que había ocurrido. Cristina era nuevamente libre, y él podía tener mayores esperanzas.

Lorenzo llegó a Buenos Aires a las siete de la mañana y como a las diez habló por teléfono con Acosta desde el hotel, anunciándole su visita a la hora que le indicara. Acosta le pidió que fuera a las cuatro de la tarde.

Le quedaba mucho tiempo disponible y después de comer salió a recorrer la ciudad: tenía deseos de observar con detención sus características, cruzarla de uno a otro extremo. Era muy extensa, y él sólo conocía bien el centro.

En la Plaza de Mayo tomó el tranvía que va a Belgrano y pasadas las primeras cuadras de la calle San Martín, en las que la afluencia de gente en la cercanía de los Bancos era numerosa, las calles ofrecieron a sus ojos un aspecto tranquilo. Lorenzo encontraba siempre algo particular en esta ciudad moderna que se diferenciaba de cuanto había leído imaginaba respecto de las demás grandes capitales. Tenía para él un encanto desconocido, una plétora de vida joven, pero sin vértigo. Las damas que veía a su paso, caminando por las aceras, tenían la mayoría un andar apacible, una seriedad dulce, un aire de distinción en el que no se traslucía la menor rigidez; y las jóvenes, marchaban serenas sin descoco, pero también sin un ápice de gazmoñería, exhibiendo con la natura-

lidad de las flores, la frescura de sus facciones suaves. Todas se cuidaban de la perfecta hechura de sus trajes. A Lorenzo se le ocurrió que las mujeres de Buenos Aires tenían un gran sentimiento artístico respecto del arreglo de sus personas y un marcado empeño en creerse eternamente envueltas en un ambiente de principio de primavera.

Ya mediodía, el sol caía en la calzada con su luz clara y el sumum de su débil calor invernal. De las escuelas salían los niños del primer turno escolar, alegres, pero sin bullicio ni desorden y las mujercitas mostraban en todos sus modales, su preparación para señoritas y damas del futuro: hasta las pobres, las modèstas, estaban poseídas del papel femenil que les había encomendado la naturaleza. Lorenzo vió aquí un exponente de las distintas razas que se estaban fundiendo en la Capital. Rubias de ojos garzos; "morochas" dè mirar aterciopelado, en la sombra semiobscura de sus ojos negros, de sus pestañas largas y de sus naturales ojeras; las de color blanco mate del país, suaves como gamuza de guante crema; y entre todas ellas los diversos términos medios. Unas rosadas, otras pálidas; éstas de mediano desarrollo, las de allá con exuberancia de vida: en la mayoría se comprobaba el cruzamiento de tipos distintos; pero casi todas estaban saturadas en sus maneras, en su aire, del estilo especial del país.

El tranvía en su marcha, había recorrido la calle Charcas, doblado la de Callao seguido después por la de Santa Fe y se internaba ya en la de Cabildo. Lorenzo había visto a su paso las plazas, los edificios, la gente que caminaba por las aceras; y la ciudad se le ofrecía sonriente por todas partes. Sus calles rectas,

uniformes, la cuidadosa urbanización municipal; las casas elegantes, compactas, unidas, la esmerada limpieza: de todo, de las personas y de las cosas, fluía un aspecto agradable. Buenos Aires no era una ciudad alegre, era sencillamente una gran ciudad sonriente, con una fina cultura que se infiltraba en todas las cosas.

Cuando llegó a Belgrano, se bajó del tranvía y se encaminó a la plaza que se extiende encima de la barranca. Algunos niños, y entre ellos hijos de ingleses, de alemanes, de cabezas rubias, color alabastrino y mejillas rosadas, jugaban en el césped de la pendiente cuidados por las niñeras. Desde la meseta los miró con amor, como retoños de vida lozana y fecunda. Contempló después el río extenso, semejante al mar, velado en el círculo del horizonte por ligera bruma. Y sintió la sensación de lo grande, en una vida nueva de paz y de labor, surgida de un mundo distinto, más humano y por ello más feliz.

Después se sentó en uno de los bancos de la plaza bajo la sombra de un árbol de hoja permanente. Un ambiente tranquilo reinaba por todos lados en la quietud de la tarde y en el silencio del paraje, apenas interrumpido cuando se deslizaba alguno de los trenes por la vía tendida en el bajo, o cuando los niños que jugaban, soltaba sus risas cristalinas.

Lorenzo, dominado por aquella apacible calma, pensó que las agitaciones humanas respondían simplemente a un extraviado concepto de la vida, a un exceso de ambición, o a nociones exaltadas de teorías incompatibles con la evolución progresiva, impuesta por la naturaleza, como ley ineludible, a la marcha de la sociedad. La tierra inhabitada estaba invitando eter-

namente al hombre a vivir tranquilo con los productos que podría arrancar de su seno; y en la habitada misma, cabía aún mucha gente. En la Argentina esto estaba a la vista. Sin embargo, más que en parte alguna se oían quejas: el mal tiempo, los pequeños salarios, los pésimos gobiernos, la baja del valor de los productos... nunca falta motivo. Había leído de agitaciones obreras en la Capital, que acababa de cruzar, y veía tan hermosa, tan pagana, en un florecimiento de vida nueva que parecía sonreir a un eterno elevado destino. Y le parecían esas agitaciones algo raro e inadecuado. En los tranvías, en las calles, había visto varias veces a los obreros regresando del trabajo: su aspecto no era de penuria; sus trajes no revelaban esa pobreza necesitada que apura la ropa hasta su máxima resistencia; sus semblantes no denotaban que fueran unos vencidos por la carga del trabajo. Como él, cruzaban la ciudad y como él podían disfrutarla, bañar su espíritu en su ambiente, recrear su vista en todo cuanto de hermoso ofrecía al paso, desde el pavimiento asfaltado hasta el purísimo azul del cielo. Hallaba justo que procuraran mejorar su situación, tener una parte mayor en el banquete de la vida. Pero ¿cuánto dejaban de disfrutar por olvidarse de que el amor y la naturaleza, comunes a todos, dispensa por igual sus alegrías y sus emociones? ¿Acaso con el dinero puede comprarse un solo sentimiento?

Creía Lorenzo haber notado que muchas personas confundían la aspiración legítima, que es móvil del progreso, con la ambición excesiva, inquietante, perturbadora del espíritu. Sentían ésta y la legítimaban con el manto de aquélla, creándose el descontento. Colo-

cados siempre al margen de nuevas ambiciones, en lugar de aspirar, sonriendo al presente, se envenenaban la vida, insatisfechos, rodeándola de sombras y queriendo claridades que esas mismas sombras impedirían siempre percibir.

Un exacto equilibrio en la vida de cada uno ¿no proporcionaría los medios de felicidad relativa, si las nociones extraviadas, el descontento creado por teorías mal comprendidas, el exceso de ambición arriba y abajo y el ilimitado deseo de disfrutar más, no perturbaran muchas conciencias, haciéndoles malo o sin valor cuanto de hermoso y grande les rodea?

En una democracia sino pura, bastante democrática, ¿no estaba obligado cada cual a ser el obrero de su propio bienestar? ¿Y acaso el hombre sin posición no puede ser feliz en su modesto hogar, como el rico en su encumbrado palacio? ¿Por qué al procurar lo mejor, la generalidad pone de lado las satisfacciones morales, patrimonio de todos?

Lorenzo pensó que el mayor sufrimiento que pesa sobre la humanidad, es originado por la falta de paz del espíritu.

Algunas señoritas que llegaron a la plaza y paseaban en grupos por las calles que separan los macizos de césped, le sacaron de sus meditaciones. Se levantó y se dirigió al boulevar Cabildo para tomar el tranvía de regreso. La ciudad era muy grande y para conocerla bien, había que recorrerla por partes.

Puntualmente, a las cuatro, estaba en casa de Acosta, quien le recibió en el escritorio.

—¿Qué tal ese tambo? — le preguntó aquél en el tono familiar que usaba con él.

Lorenzo le enteró de la marcha del pequeño establecimiento y de su optimismo en cuanto a los resultados, que empezaba ya a obtener; se disculpó de no haber pagado aún las vacas que le había comprado, pues sus quebrantos del principio le habían atrasado por algún tiempo.

—No se preocupe de eso, ni poco ni mucho, doctor; nadie mejor que yo sabe que en su situación, comprarlas para hacerse de recursos con el tambo mismo y abonarlas en seguida, sería peor que no comprarlas. Me las pagará y ésto si le viene bien, cuando venda los novillos que le hayan producido. Se trata de poca cosa y en otros tiempos menor hubiera sido; allá por los años en que el principal valor de las vacas consistía en el cuero: valía más éste que la carne; imagínese cómo serían de baratas. ¿Ha venido a pasar el domingo en la Capital?

—He venido para llevar mañana a tía y a mis primos al tambo, a fin de que lo conozcan; pero llegué un día antes, porque deseaba verle a usted y recorrer solo la ciudad, conocerla bien.

Lorenzo se excusó de haber tardado tanto en visitarle: no había sido por falta de voluntad ni por desconocimiento de sus atenciones. Pero Acosta no le dejó continuar. Para sí se daba cuenta de los motivos que habían demorado la visita, aunque él no tuviera parte en ellos. Y le preguntó, para interrumpirle, cómo hallaba la ciudad.

Lorenzo dió rienda suelta a las impresiones que acababa de recibir, y lo hizo con tal razonado entusiasmo, que Acosta, no obstante sus críticas a la Capital, se sintió halagado en sus sentimientos de argentino

por los elogios particulares que de ella hacía, y por el concepto general que de la misma se había formado.

—Me parece — le dijo — que la ciudad concluirá por tragárselo a usted también, alejándolo de sus empresas rurales.

Lorenzo protestó. Una cosa no era incompatible con la otra, y las actividades de Acosta mismo eran el mejor ejemplo. Y discurrió a través de cuanto había pensado sobre las ventajas de hacerse propietario de una parcela de tierra igual a la del tambo; sobre la valorización futura de la tierra lejana, y respecto de los procedimientos que, a su jucio, debía emplear el gobierno para llevar la población a los territorios donde era escasa o no existía.

En una descripción optimista, Lorenzo hizo surgir en medio del desierto la ciudad nueva, grande, floreciente, llena de vida y cultura, sirviendo de metrópoli al territorio, de cerebro del mismo; que atraería los habitantes a su seno y radicaría en una extensa periferia la población suburbana y rural.

—No querrán ir allí, mi amigo — observó Acosta. — A todos esos funcionarios de que habla usted y a la demás gente les parecería un destierro radicarse tan lejos con sus familias.

—El gobierno nacional lo puede hacer todo. Bastaría una ley de rotación en los empleos, y una remuneración adecuada. Supóngase usted que se estableciera como base de ascenso en la magistratura, en la carrera administrativa, en la militar, etc., la obligación de desempeñar dos años funciones en la nueva ciudad, sobrarían quienes solicitaran ir allí. Luego, fundada aquélla con los elementos sociales y lós re-

cursos que he mencionado, en muy pocos años no sólo no se la consideraría como un destierro, sino que sería preferida a muchos otros puntos de la República.

Acosta se dejó convencer. En los territorios del Sur, con una buena línea de vapores y un ferrocarril desde la ciudad al puerto inmediato de escala, se asegurarían las comunicaciones y el intercambio, y el telégrafo la tendría al día de los sucesos de importancia. Se había fundado La Plata cerca de la Capital Federal y era una ciudad moderna, hermosa, que consultaba todas las necesidades del porvenir; pero que su misma proximidad a la gran metrópoli le hacía llevar una vida lánguida: la gente vivía en ésta, aunque tuviera que desempeñar tareas allí; y era un mal irremediable. La Municipalidad de la Capital había realizado en pocos días, como por arte de encantamiento, obras colosales y costosas, tales como la Plaza del Congreso. Si el gobierno nacional, que había gastado también muchos millones en edificios públicos, se propusiese crear y dar vida a la gran ciudad del Sur, con que soñaba Irala, ¿cómo dudar que lo lograría, suprimiendo con ello el desierto y haciendo la obra más patriótica y necesaria que reclamaba el progreso de la República?

Así se lo dijo Irala, y éste se alegró de que coincidiera con sus vistas, y no le considerara un iluso

Hablaron después del paseo al tambo, y Acosta expresó una vez más la excelente opinión que tenía de Cristina y la madre. El las había tratado poco, pero se veía que no era gente vulgar, que tenían fondo, y sabían conducirse.

—Su prima — agregó — debe ser una monada. Tiene don natural, y por eso no lo pierde, aunque deba trabajar para vivir.

—Es en efecto — le contestó Lorenzo — inteligente y delicada. Y ahora empieza a mirar la vida con más alegría, lo que me tiene contento. Creí que pudiera caer en un desconsolador pesimismo.

—Hubiera sido sensible. Pero no era de esperarse. Entre ella y Enrique no hubo una real compenetración de ideas, porque no era posible... ¿Es esta la primera vez que va al tambo?

—La primera.

—Pienso que ha de hallar mucho encanto en el paseo, sobre todo si usted se esmera en que le sea muy agradable.

Lorenzo vió en esta frase un alusión a amores que Acosta consideraría posibles. Pero no deseaba tocar el punto.

—Imagínese usted si lo procuraré, dado que mi tambo, en su pobreza, ofrece tan poco en que recrearse.

Cuando Lorenzo se retiró, Acosta se dijo para sí: ''Este no vuelve más a su tierra. Comprará campo, se casará con su prima y, dadas las miras que lleva, se hará rico o por lo menos se formará un regular capital y los hijos y la propiedad le vincularán para siempre al país''.

A la noche, cuando supo Julia la visita de Lorenzo, preguntó a su padre de qué habían hablado, y éste, que la veía bastante interesada por él, le explicó ligeramente la conversación que habían tenido; pero recalcó lo del paseo al tambo. Lo más probable era que Lorenzo y Cristina, dada la intimidad con que se tra-

taban, llegasen a quererse, y él y ella harían una buena suerte, porque eran dignos el uno del otro.

Julia lo presentía, y sin embargo esta noticia llevó a su alma la primera real desilusión, no muy profunda, porque sus sentimientos hacia Lorenzo no tuvieron oportunidad de echar raíces hondas; pero sí sentida, como la pérdida de una aspiración hermosa que hemos creado en la concepción íntima de nuestro ser, la hemos acariciado en secreto como cosa posible, y cuyo camino se nos cierra, obligándonos a abandonarla por irrealizable.

XX

Al día siguiente, en el tren que salía de la estación Retiro a las ocho de la mañana, emprendieron su viaje los excursionistas. Lorenzo se sentó al lado de su tía y frente a ellos Cristina y Alfredo.

La mañana era bastante fría; pero serena, de cielo limpio, auguraba un día de sol. Del lado de la ventanilla, Cristina contemplaba a través del vidrio el paisaje cruzado por el tren: primero Palermo y después Belgrano, y, entre ellos, lomas y planicies verdeantes, sobre las cuales se asentaban los chalets con sus hermosos jardines al frente; luego sucesivamente los pueblos cercanos rodeados por la campiña llana y solitaria, con sus huertas y grandes extensiones de gramilla.

Cristina no experimentaba la alegría que se prometiera con este paseo. La noche anterior cenó Lorenzo en su casa; había repetido allí las impresiones que recibiera en la tarde, así como sus ideas respecto de la valorización de las tierras, de la fundación de grandes ciudades en los territorios, y del porvenir indudable de la Argentina. Sentíase satisfecho con la aprobación de Acosta; iba a establecerse en la Capital poniendo su estudio de abogado; el tambo que dirigiría desde la ciudad le aseguraba su sostenimiento con independencia. Deseaba ser rico; estaba muy animado; parecía feliz. Y a Cristina se le

ocurría que tal cambio, lo separaba de ella. Quizá Julia concluyese por ser su novia.

Con su largo saco de pieles, conservado cuidadosamente desde antes del fallecimiento de su padre, su sombrero ancho que velaba su cara pálida; perdida la mirada en el horizonte, asemejábase a una de esas figuras finas del norte de Europa, saturadas de todo el sentimiento de las leyendas y las baladas tristes.

Lorenzo, al verla así, cambió algunas miradas significativas con su tía, y la dejaron entregada a sus pensamientos, durante un largo trecho en el cual sólo pronunciaron algunas frases sueltas sujeridas por preguntas de Alfredo. Lorenzo suponía que su prima meditaba sobre el pasado, y aquella ligera pena que se traslucía en su semblante, la consideraba para él del mejor augurio. Al fin su tía le indicó que la hablara.

—Es agradable salir de vez en cuando de la Capital — dijo Lorenzo tocándola con el diario. — La vista y el pensamiento se dilata en esta amplitud del horizonte.

—Es cierto — respondió ella mirándole con ojos misteriosos. — Voy viendo muchas cosas hermosas en que hasta ahora no había puesto mayor atención, y otras que no conocía.

—No es ésta, sin embargo, la mejor estación para salir al campo; ahora no hay flores, los árboles están sin hoja; y en el tambo poco habrá que ver.

—¡Oh! exclamó Cristina, el campo tiene un verde precioso, que por sí solo es un encanto. Y nos hace un día espléndido.

—¿Hace mucho que no han salido ustedes al campo, tía? — preguntó Lorenzo.

—Bastante — contestó ésta. Tu tío, en verano, cuando podíamos, prefería llevárnos a Montevideo, por una corta temporada. Nos arreglábamos conforme a nuestros recursos y lo pasábamos bien. Desde que mi padre se arruinó, perdí el gusto por salir al campo. Cristina no conoce más que algunos pueblos próximos a la capital. No ha de recordarse mucho de cuando íbamos a la estancia del abuelo. Era muy pequeña, por que más tarde mi padre empezó a andar mal en sus negocios y Juan no quería ir.

—Algo recuerdo — dijo Cristina.

Y empezó a dar detalles, algunos confusos. Con esto se animó y la conversación se mantuvo sostenida hasta la Estación de llegada.

En ella les esperaba el coche de alquiler que Lorenzo había visto de antemano para que les llevara y en él cruzando el pueblo a fin de que la tía y sus primos lo vieran de paso, se dirigieron al tambo.

Por el camino se cruzaron con varias jardineras, en las cuales las familias de los chacareros, luciendo los trajes de fiesta, iban al pueblo a oir misa. Pasaban también algunas victorias y uno que otro automóvil, con personas mejor puestas y de otro aspecto social. El día sin viento, aligeraba el frío, perfectamente soportable, bajo la ropa de invierno. El sol bañaba el campo sin estorbos, iluminándolo con la luz diáfana del día claro, que se proyectaba sobre la llanura verde y falta de sombras.

Cristina hallaba todo aquello pintoresco, hermoso, de una amplitud en que el espíritu se expandía

con agrado. El cambio de ambiente, la distancia misma de la ciudad, sacándola de su vida ordinaria, parecía trasladarla a otro mundo en el cual el pasado no existiera. Empezaba a estar contenta y el color asomaba a sus mejillas.

Ya en el tambo un peón se acercó a abrir la portezuela del carruaje y la vasca cocinera salió de la cocina secándose las manos en el delantal, a saludarlas. Lorenzo, no obstante la poca importancia de su pequeño establecimiento, tenía sobre las personas a su servicio los prestigios que le daba no sólo su calidad de patrón sino su título de abogado y su dedicación a las letras. Familiar con todos, manteníase sin embargo, entre él y sus peones, natural y espontáneamenté, la distancia de su diferente condición. Conforme a la costumbre del país, todos le daban el tratamiento de doctor.

Cristina quedó sorprendida de la modestia con que Lorenzo estaba instalado. Sabía que no contaba sino con un edificio de tres piezas; pero se había imaginado que fueran más confortables, revocadas al frente, con cielo rasos de yeso, una buena galería; en fin, pensaba en una pequeña, pero coqueta casita de campo, al estilo de las que se veían en los alrededores de Buenos Aires. Aquélla, no sólo era de una sencillez primitiva, sino desprovista de todo decorado. ¿Cómo se había allanado Lorenzo a vivir largos meses solo entre aquellas paredes desmanteladas, él cuyo pensamiento tenía tanto vuelo, y cuya preparación intelectual le llamaba a vivir en otro ambiente? Mientras que con su madre se sacaba el sombrero y los guantes en el dormitorio, discurría sobre la fuerza de voluntad que se necesitaba para condenarse a seme-

jante vida. Lorenzo, que había salido a encargar al cochero les fuera a buscar para el último tren de la tarde, entró diciendo alegremente:

—Quedan ustedes en posesión de mi gran establecimiento.

—Por algo se empieza — le contestó la tía, alegre con el paseo, que hallaba encantador.

Sentía reminiscencias de las temporadas que había pasado en la estancia de sus padres y lejos de notar el contraste entre aquella y el tambo, experimentaba la alegría de verse en el establecimiento de su sobrino, por muy pequeño que fuera. Luego, al través de los alambrados, el campo no tenía límites, y la vista podía extenderse como en la más grande de las estancias.

Salieron al patio. El jardín, no obstante los cuidados, tenía un aspecto triste. Falto de arbustos de hoja permanente, los rosales exhibían sus ramas podadas y desnudas; y sólo el césped que bordeaba los macizos, ofrecía su verdor a la vista. Los árboles frutales mostraban también sus ramas sin hoja, y en la huerta algunas verduras de invierno, no muy lozanas, agregaban un poco de vida frente a la casa. El campo presentaba mejor perspectiva. Las lluvias no habían escaseado y los pastos de invierno entremezclados con la alfalfa lo tapizaban por completo.

Alfredo quería andar a caballo. Todo lo agradable de la excursión, se encerraba para él en satisfacer este deseo que venía acariciando desde la Capital. Lorenzo le proporcionó en seguida un caballo manso y lo confió a un peón para que le enseñara cómo tenía que sentarse y le acompañara.

La viuda de Irala no podía prescindir del mate. Lorenzo lo sabía e iba a ordenar lo trajeran, pero ella quiso arreglarlo a su gusto, y se fué a la cocina.

—Si lo crees conveniente — le dijo antes — puédo disponer con la cocinera la comida.

—Creo que todo andará bien tía, sin necesidad de que usted se moleste, sobre todo — agregó en tono juguetón — si de antemano se dan ustedes por satisfechas.

—Eso puede tenerlo usted por descontado, doctor — le contestó la tía, graciosamente y riéndose.

Estaba contenta con la alegría de Lorenzo, y se sentía satisfecha de poder causarle aquel momento de placer, con la visita que hacían al tambo. ¡Era tan bueno con ellas y valía tanto!

—Pues hijo — le dijo Cristina — no lo has de haber pasado muy alegre en tu tambo, sobre todo durante el invierno.

—¿Lo hallas triste? — le preguntó él.

—Para vivir solo, como tú has vivido, en este aislamiento, y en esta modesta casa, no por modesta, sino por su aspecto poco alegre... Se me ocurre que a mí me invadiría la tristeza.

—Un hombre solo, no puede sentirse tan mal como una mujer sola. Pero te diré: si a mí me condenaran a vivir aquí, en la forma en que he vivido, simplemente para aislarme, habría sufrido enormemente. Teniendo, como tengo, un objetivo, la cosa varía. No hay como formarse un ideal y trazarse un plan de ejecución, para que uno halle agradables todos los esfuerzos que haga en procura de realizarlo. Yo tomé con amor el tambo, porque en él he cifrado la ba-

se del éxito de mi vida; he visto más allá de él, pero partiendo de él, cosas muy agradables a las cuales me encamino. El contento que me proporciona la posibilidad de lograrlas, creándome aquí los primeros medios, ha neutralizado los efectos de mi soledad. He vivido acompañado de mis ilusiones, que no es la menos grata de las compañías. Pero también he sufrido.

—Se comprende. A pesar de todo, un espíritu como el tuyo ha debido sufrir al encerrarse aquí.

—No; no ha sido eso. Decidido a trabajar en esta forma, con voluntad firme de obtener resultados, todo lo que aquí me rodea me ha servido de estímulo, sobre todo después que pasó la sequía. He sufrido por otras causas y en eso quizá la soledad puso algo de su parte.

Se sentaron en la galería. Cristina estuvo a punto de preguntarle cuáles eran esas otras causas; pero suponiendo que pudieran referirse a ella, se contuvo de temor a lo que fuera a decirle. La madre empezó a traerles mate.

—Supongo que todo habrá pasado — dijo Cristina. — Ahora te noto muy contento, lleno de ánimo, con grandes proyectos para el porvenir. No hay en tu vida nada que te perturbe...

—¡Quién sabe! — exclamó él.

—Me parece que tus convicciones idealistas tienen sus momentos de decaimiento. Y es lógico, a veces nos formamos un ideal, tenemos fe en que es cierto. pero como se trata de una mera ilusión, nos decepcionamos y lo que quizá es peor, malogramos la vida. Tengo ya yo para creerlo así mi propia experiencia.

—Nadie puede realizar lo imposible, le contestó él, y todos estamos sujetos a engañarnos. Pero el ideal, por sí mismo, ninguna decepción nos ofrece: él es siempre bueno; los hombres o las cosas serían en todo caso las malas o las que sin serlo, se nos presentan mal. Ahora, en cuanto a tu experiencia, no veo por qué un error de apreciación haya de malograr tu vida.

Cristina suspiró sin darse cuenta. Su primo se le hacía cada vez más simpático, y aquella conversación tranquila empezaba a emocionarla.

—Vamos a engolfarnos en una divagación sobre el ideal — le dijo sonriendo — y no voy a ver nada de tu tambo. Caminemos al sol. Y Alfredo ¿por dónde anda?

—Recorrerá el campo con el peón. Puedes estar tranquila.

Se introdujeron por los senderos del pequeño jardín.

—¿Qué deseas ver? — le preguntó Lorenzo. — Con dirigir la mirada por el campo ya lo tienes visto todo.

—Y es agradable tender la vista sobre un espacio tan grande.

—Es forzoso — dijo él — que vengas de nuevo en la primavera, cuando los rosales estén en flor. Y a tí más que a nadie te conviene contemplar la resurrección de las plantas.

—A mí ¿por qué? — le preguntó ella con un poco de rubor.

—Porque el despertar de la naturaleza en una ve-

novación de vida, lo asemejo yo al despertar de las almas.

Cristina temió descubrirse. Y él no le había dicho nada respecto de sus sentimientos ni siquiera indirectamente. ¿Cuáles eran sus propósitos? ¿Luchaba con su amor para poder irse a España, tenía otras intenciones, la querría o serían cosas que a ella se le ponían en la cabeza sin fundamento alguno?

—Tienes siempre una frase de concepto en tus conversaciones — le dijo dominándose para aparecer natural. — Es admirable la facilidad con que las creas. Pero tú sabes que yo no estoy en las mismas condiciones de las plantas.

—¿Cómo estás, entonces?

Cristina, como suele decirse, huía de las llamas para caer en las brasas. Sin embargo, ¡con cuánto gusto le diría ella, con toda naturalidad de ser posible, sus ideas respecto a la influencia que atribuía a sus pasados amores sobre su porvenir! ¡Con cuánto agrado le manifestaría, que no obstante sus convicciones, su corazón no estaba muerto, ni siquiera dormido! Pero aquella suposición de que él la quería, le causaba un invencible embarazo para hacerle su confidente.

La madre, que había dejado el mate y pasado al comedor para poner la mesa, aliviando así a la vieja cocinera, le evitó la respuesta, asomándose a preguntar por Alfredo. Lorenzo fué detrás de la casa, para mirar donde andaba, y Cristina se unió a su madre. Alfredo y el peón venían conversando, con los caballos al paso.

—¿No vamos a recorrer el campo, mamá? — preguntó Cristina.

—A pie no se puede, hija, cuando venga la volanta lo verás todo.

Cristina aprovechó aquel momento de ausencia de Lorenzo para recorrer las piezas y observarlo todo. Tenía una gran curiosidad por escudriñar la vida de aquel hombre solitario. Todo allí era modesto, pero reinaba el mayor orden. En el escritorio Lorenzo tenía sus libros, su escopeta de caza, colgada en la pared, con un cinto repleto de tiros al lado, y sobre la mesa algunos volúmenes, diarios y papeles. Cristina alzó por una punta la tapa de la carpeta y vió algunas cuartillas escritas. ¿Qué dirían? Temerosa de que Lorenzo llegara y la sorprendiera, no se animó a tocarlas, y volvió al comedor. La madre había concluído de poner la mesa y ella la tomó del brazo y la llevó en busca de Lorenzo, con el que se encontraron a la salida.

—Ya viene Alfredo — dijo éste — y en cuanto llegue vamos a comer. A la tarde daremos una vuelta por el campo. La volanta vendrá con tiempo suficiente.

Cristina quiso saber lo que se hacía en el tambo y cómo se manejaba. Y Lorenzo le explicó minuciosamente las tareas que requería. Bien planteado todo, para él era ahora simple cuestión de vigilancia y estaba muy contento del personal que tenía. Si el campo fuese suyo habría hecho en él otros adelantos; lo transformaría en una verdadera granja, plantaría muchos más árboles, ampliaría el edificio, haría nuevos potreros...

En la mesa se habló de la gente conocida, de las de Acosta, de las Ortiz, de Rodríguez y demás; pero ninguna alusión se hizo a la pasada relación de Cristina con Enrique. Después la conversación volvió de nuevo al tema del campo, y Lorenzo describió las ansiedades que había pasado en el invierno anterior, durante la sequía, y los días tristes que le tocara sufrir; haciéndolo con la soltura de lenguaje que le era peculiar, facilitada por el hecho de haber soportado y sentido lo que contaba.

Cristina le escuchaba conmovida. En su alma aumentaba la ternura que sentía por él produciéndole un vivo deseo de borrar con su cariño las reminiscencias de aquellos días amargos de soledad y quebranto. ¡Y con qué gusto lo haría, si pudiese!

Luego Lorenzo habló otra vez de la conveniencia de comprar campo en las zonas lejanas, donde ahora tan poco valía; y su tía y Cristina al verlo tan entusiasmado con las cosas del país, tuvieron el presentimiento de que sus proyectos de volver pronto a España, pasaban a segundo término.

El sol, lejos de molestar, convidaba con su apocado calor a disfrutar de él; y concluída la comida fueron a recorrer la huerta. Lorenzo hizo que se pusieran los sombreros y preguntó a Alfredo si quería volver a andar a caballo. Este estaba satisfecho con el paseo de la mañana.

—En las vacaciones debes venir a pasar una temporada.

—Ya lo creo que voy a venir — contestó él entusiasmado. — Me gusta mucho el campo.

Y habló de lo que había visto: de las vacas, los

terneros, los caballos, haciendo a Lorenzo un sinnúmero de preguntas.

Cristina se sentía cambiada. Había comido con gran apetito no obstante la emoción por que pasaba; y allí, al aire libre, ante el campo que veía casi sin ondulaciones, le daban ganas de correr, de hacer cualquier ejercicio.

Por uno de los senderos de la huerta tenían que marchar de a dos y Lorenzo colocándose a su lado le dijo:

—Has dejado sin contestar mi pregunta de esta mañana.

—¿Sobre qué era? — le preguntó ella no obstante recordarla muy bien.

—Sobre el estado de tu alma.

—¿Qué puedo decirte a ese respecto? Que me siento muy contenta: que, a pesar de todos los pesares, vuelve a serme muy agradable la vida.

—Lo vengo notando y me alegro. De ese modo, cuando el amor te sonría de nuevo, podrás casarte, y a esta "renovación del alma" me refería esta mañana.

—Eso ya es otra cosa — dijo ella, como si hubiera pasado una sombra por su espíritu.

—¿Por qué? — interrogó él un tanto sorprendido.

—Porque tengo mis teorías particulares, respecto de...

Iba a decir "de los segundos amores", pero le parecía ahora una grave inexactitud calificar de amor lo que había sentido por Enrique, y no concluyó la frase.

—¿Respecto...? — interrogó Lorenzo.

—Te diré... respecto de mi situación personal.

—No comprendo.

—Bueno; ya te lo explicaré en otro momento — le dijo turbada y sin mirarle.

Lorenzo se puso sombrío. "Su situación personal". ¿Había Enrique abusado de la confianza de su prima? Tuvo un momento de tortura que retorcía en su interior todo cuanto había en él de vida. Desechó mentalmente semejante idea: Cristina respiraba alegría, miraba con indiferencia a Enrique, ni aun le concedía la gracia de sentir rencor por él; si hubiera ocurrido aquello, esto sería imposible. Pero la impresión de la sospecha había sido demasiado fuerte y no se borraba. Cristina ante su silencio le miró asombrándose de la rigidez de su cara. La mirada de ella, serena, curiosa, llena de luz y alegría, disipó aquel mal pensamiento de su primo, pero ahora era ella la atribulada. Fué todo esto cosa de un instante y sin embargo produjo entre ambos un misterio tan profundo que por su misma magnitud les impelía a aclararlo sin demora.

—¡Lorenzo...! — exclamó ella — ¿Qué te pasa?

—¿Por qué no me dices ahora tu situación personal? — le dijo él procurando hablar con naturalidad.

—Se trata de convicciones personales que tengo respecto de lo que llamaré, para que me entiendas mejor, los segundos amores — le contestó ella bastante confusa.

—¿Pero no media ninguna otra circunstancia; se trata solamente de meras teorías tuyas, no hay ningún hecho...?

—¡Lorenzo! — exclamó ella en tono de reproche.

—Perdóname, perdóname — le pidió él sumiso y contento.

—Se trata simplemente — dijo ella, ansiosa en aclarar — de la incompatibilidad moral que yo hallo, cuando una ha querido o creído querer a un hombre para poder atender después a otro, y hasta para inspirarle confianza. Sobre esto, como ves, se puede hablar mucho; por eso te decía que lo haríamos en otro momento.

El le tomó la mano casi sin darse cuenta y se la estrechó con efusión.

—Así lo haremos — le dijo recobrando su tono alegre. — ¿Qué le parecen mis hortalizas, tía? — le gritó a ésta que iba con Alfredo más adelante.

—Que están preciosas — contestó la de Irala dándose vuelta.

Cuando el carruaje fué a buscarles, antes de partir recorrieron el campo del tambo en el que muy poco había que ver. Las vacas estaban gordas, los novillos y los caballos lustrosos: abundaba el pasto. Y Cristina lo miraba todo con aparente atención. Su pensamiento estaba en lo que había dicho a Lorenzo, en el tono con que éste le pidiera disculpa, en las explicaciones que debía tener con él. Casi se arrepentía de no haberse escapado por la tangente, contestándole cualquiera de esas vaguedades que no dicen nada. Pero su amor por él, la forma en que él la trataba ahora, tan distinta de la de antes, y la necesidad que había de aclarar sus palabras, hicieron que hablara espontáneamente. En todo ello nada había de

particular y sin embargo se sentía como asustada de tener que hablar de nuevo con él sobre tal cosa.

De regreso a la Estación, cambiando camino, pasaron por el establecimiento de Otaegui y se bajaron a saludar a la familia. Estaba aquél, su mujer y las dos hijas solteras. Lorenzo hizo las presentaciones y la de Octaegui les invitó a pasar y tomar te. Lorenzo consultó el reloj: había tiempo andando ligero.

Otaegui empezó a hablar de los Irala: los conocía a todos, incluso el padre de Cristina; habían estado juntos en la escuela: Juan era muy listo. Entusiasmado con los recuerdos de la niñez pasaba revista a cuanto se relacionaba con ella, y llevaba miras de monopolizar la palabra. La escuela, el maestro, el lugar donde vivían unos y otros, intercalando una serie de detalles sobre las personas y las cosas. Hombre ya de edad hablaba pausadamente, con una llaneza franca y sincera, que agradaba.

—Tiene usted buena memoria, le dijo la de Irala aprovechando una pausa.

—Admirable — agregó Lorenzo.

Con esta interrupción, la viuda de Irala pudo dirigir la palabra a la de Otaegui, que servía el té, y las hijas de aquél empezaron a hablar con Cristina preguntándole si le había agradado el paseo.

—Pero usted no es vasca — le dijo la de Irala a la de Otaegui.

—No señora, soy argentina.

—Esta es vasca, nacida en el país, dijo Otaegui; sangre vasca, apellido vasco; pertenece a la raza.

La Otegui se rió. Su marido tenía aquel empeño de

que fuera vasca. Pero ella, si bien hija de vascos, era argentina y quería ser argentina.

—Ya ves, soy hija de vasco, casada con vasco, y sin embargo, la señora de Irala notó que era argentina — le contestó riéndose.

El tiempo apremiaba y hubo que continuar el viaje.

—Véngase a pasear aquí unos días — les dijo Otaegui cuando se despedían. — Lorenzo es un hombre solo y no tiene comodidad. Pero está cerca y puede venir de día a estar con ustedes.

Llegaron a la estación juntamente con el tren.

—¡Caramba! — dijo la de Irala alegremente en cuanto tomó asiento en el coche. — Casi nos quedamos. No se dirá que no hemos aprovechado hasta el último momento.

—Hay otro tren a las once, tía — le observó Lorenzo.

—Sí; en el que llegaríamos a la una de la mañana.

—¿Y qué tendría eso de particular?

—Verdad que tú nos acompañas.

Lorenzo no había visto nunca a su tía tan animada, ni tan contenta. Presentaba para él una faz nueva, que no se le notaba en su casa, en la apacible tranquilidad de su vida doméstica. Era ágil, tenía vivacidad cuando venía el caso, y viajaba con la disposición de quien estuviere acostumbrado a hacerlo con mucha frecuencia. Lorenzo hubo de recordar que la juventud de su tía había sido muy distinta de su posición actual.

XXI

Lorenzo no pudo esperar a que llegara la ocasión de que Cristina le explicara por extenso sus teorías sobre lo que ella llamaba los segundos amores. Sentía un gran apuro por definir la situación, por saber a qué atenerse. Había pasado demasiado tiempo observando los pensamientos, el ánimo y hasta los gestos de su prima, y no lograba descubrir algo positivamente favorable a sus pretensiones, si bien veía que ahora era tratado con un afecto más íntimo y con mayor franqueza. Pero, como eran primos, eso ninguna seguridad le daba. Entretanto, su amor por ella iba en aumento, no siendo lo que menos le cautivaba, su gracia porteña: aquel aire tan delicado que había llamado su atención desde el primer momento y que tanto suavizaba la hermosura de su rostro y tan dulce hacía la vivacidad de su espíritu.

Aprovechando que hallaría sola a su tía al día siguiente, se quedó para verla y hablarle de lo que sentía, en demanda de saber algo cierto de lo que Cristina pensaba, y sobre las probabilidades de que llegara a quererle. Lorenzo consideró que había estado procediendo como un chiquillo en todo aquel tiempo: era una pretensión ridícula esperar que Cristina fuera a demostrarle su amor, aunque llegara a sentirlo, si primeramente él no la trataba de otro modo, tanto más cuanto se oponía a ello la relación que había te-

nido con Enrique, y lo que había sufrido ante él con la ruptura. Irala, aunque nada viera claro, aunque se formara conjeturas opuestas respecto de lo que en cuanto a él pudiera pensar Cristina, de lo que hablaron en la sala, al regresar del biógrafo y de su actitud durante el paseo al tambo, sacaba esperanzas de que llegara a corresponder a su amor. Y contando, como contaba, con su tía para saberlo todo y orientarse bien, veía que era simplemente una imbecilidad no salir de dudas. Con su tanto de filosofía, se excusaba empero, del procedimiento erróneo que hasta entonces había seguido: otros enamorados, con igual motivo, lo habrían hecho peor, porque es proverbial su ofuscación en casos así.

Lorenzo expuso a su tía su amor por Cristina y su plan respecto de su regreso a España, no ya a plazo fijo, sino cuando contara con suficiente capital y Alfredo pudiera manejarle los intereses que dejaría en la Argentina. La viuda de Irala le escuchó sin sorpresa, porque, como hemos visto, suponía el amor de Lorenzo, aunque ignorara sus miras. Y le manifestó tranquila, pero no sin gran contento, que la confiaría a él con más placer y más seguridad que a ningún otro.

—¿Cree usted tía, que llegue a quererme?

—¿Y puedes dudarlo? — le contestó la de Irala. — Te querrá más y mejor que si no hubiera sufrido la decepción que sufrió. Entre tú y Enrique, para una niña como Cristina, no cabe punto de comparación.

—¿Y querrá irse a España?

—Sentirá sin duda alejarse de mí y de su país, pero se irá. La mujer cuando quiere de veras sigue

al marido a cualquier parte. Y como eso no va a ser en seguida...

Hablaron después de las ideas que tenía Cristina respecto a casarse, y la viuda de Irala le contó todo cuando aquélla le había expresado.

—Como ves — agregó — son escrúpulos sin consistencia. Lo malo sería que ella no se sintiera capaz de querer, pero puesto que no es así, su amor por tí y la fortaleza con que tú lo apoyes, disiparán tales ideas.

Lorenzo pidió a su tía que no le dijera nada de lo que acababa de hablar; quería ser él exclusivamente quien tratara el asunto con ella. Y la de Irala se lo prometió, dispuesta a cumplirlo, convencida como estaba de que las cosas llegarían espontáneamente a un feliz término.

De allí Lorenzo fué a saludar a Rodríguez en la redacción del diario donde éste escribía. Tuvo la suerte de incontrarlo y Rodríguez, al verlo, pudo notar que soplaban mejores vientos para su amigo. Pero Lorenzo nada le dijo de las causas de su buen talante, porque en realidad nada de positivo podía anunciarle. En cambio le consultó sobre la apertura de su estudio de abogado en Buenos Aires. Rodríguez lo alentó. Siendo moderado en los gastos, puesto que la base de su clientela estaba en el distrito rural donde tenía el tambo y esa gente de labor le buscaría más por la confianza que por el aparato, era seguro que obtendría buenos resultados.

A la noche volvió a casa de su tía después de la cena. Cristina no había comido; estaba con dolor de cabeza y no tenía apetito, pero no quiso acostarse,

porque suponía que sin sueño en la cama lo pasaría peor.

—Y yo que venía con deseos de que me expusieras extensamente tu modo de pensar respecto de los "segundos amores" — le dijo Lorenzo.

—Hablaremos otro día ¿quieres? — le pidió ella. — Las tareas de hoy me han fatigado, sin duda porque me cansé algo ayer.

—¿Cómo no voy a querer? — dijo Lorenzo. — Me he referido precisamente a la inoportunidad de tu dolor de cabeza que viene a privarnos de hacerlo hoy.

—No he visto un dolor que sea oportuno — le observó ella gozosa de pescarlo en aquella falla. — Quiere decir que en otro caso mi dolor de cabeza no te hubiera importado.

—Me he expresado mal; tienes razón — dijo Lorenzo riéndose. — En cuanto a tus dolores, cualquiera que sea la causa y el momento en que se produzcan, no necesito decir que no pueden serme indiferentes. Por lo demás podría sostener, pero no quiero, que el dolor es un medio para curar muchos males.

—Y yo podría replicarte, pero no quiero, que lo mejor es no tener el mal, con lo que no habría necesidad de soportar el dolor de la cura.

Lorenzo tuvo una explosión de risa ante la réplica, y se dió por vencido de muy buena gana. Cristina casi le pregunta por qué no le eran indiferentes sus dolores; pero se contuvo. Un impulso interior la inducía a provocar a su primo para que hablara, pero la reflexión y el temor que descubriera que le quería, contrarrestaban su curiosidad.

El dolor de cabeza de Cristina tenía su origen en una gran contrariedad que sentía consigo misma. Su primo se le había metido en el corazón en una forma que perturbaba su sosiego espiritual. Estaba contenta con quererlo; pero no con que su cariño dominara de tal modo su voluntad que la obligara a esfuerzos poderosos para no dejarse arrastrar por él, exponiéndola a que Lorenzo descubriera su amor sin que él le hubiese dicho una palabra concreta de que la quería, ni de lo que pensaba hacer. Esta pasión profunda, que no había sentido durante sus relaciones con Enrique, la llenaba de confusión. Se reprochaba su debilidad, creía que Lorenzo mismo la hallaría informal al verla cambiar con tanta facilidad, al notar su contradicción con todas las ideas pesimistas que después de su desengaño había sustentado. ¿Acaso podía darse cuenta él del proceso de transformación real que se había operado en el alma de ella? ¿Cómo podía verlo claramente y hallarlo razonable y lógico cuando para ella misma era misterio?

Para aumentar su trastorno, aquella tarde, durante la lección dada en casa de la señora de Ortiz, ésta y Ester hablando del paseo al tambo, habían hecho grandes elogios de Lorenzo: le auguraban un brillante porvenir intelectual y económico. Y la señora de Ortiz, había estado bastante curiosa por saber lo que conversaron, preguntándole además si él no pensaba en casarse; si le gustaban o no las porteñas, y cosas así que en otro estado de espíritu de Cristina habrían sido simplemente corrientes, pero que ahora conmovían su alma.

Y ella, que no podía dejar de ser franca con aque-

lla señora que con tanta distinción y cariño la trataba y que después de su madre, parecía comprenderla mejor que nadie, le contó todo lo referente a la actitud de Lorenzo. La señora de Ortiz se dió cuenta al momento de que Cristina quería al primo, y supuso que él tenía por ella algo más que el interés de pariente.

—Si la pretende a usted, Cristina — le dijo — y si a usted le agrada, debe atenderlo con franqueza. Si no lo hace así, contrariando posiblemente su inclinación, cometerá el error más grande de su vida, quizá esta vez irreparable: su primo tiene excelentes condiciones y usted quedaría condenada a pensar siempre en él como se pensaría en la felicidad que ha estado a nuestro alcance, se nos ha brindado y hemos rehusado aceptarla. Eso sería más tarde simplemente desconsolador.

—Sí; tiene usted razón — le confesó Cristina. — Pero, ¿cómo puedo hablar con él de amores, después de lo que me ha visto sufrir con motivo del otro? Además, él nada claro me ha dicho y tiene sus proyectos de regresar a España.

—El pasado ha tenido en usted menos efecto del que usted se imaginaba. Estoy por creer que usted no ha querido a Enrique plenamente, y eso debe saberlo usted mejor que nadie, comparando las impresiones que él le produjo con las que le produce o pueda producirle su primo. Si éste le habla, como espero, y usted le quiere, todo se reduce a que usted le muestre su alma; a que le hable de sus sensaciones del pasado, sin consistencia y definitivamente muertas, y de las que sienta ahora por él, más intensas y real-

mente verdaderas. Lo del regreso y lo demás no debe preocuparla. Eso se arreglará fácilmente.

—Me será imposible — dijo Cristina con amargura. — No sé por qué Lorenzo me infunde cierto temor para tratar ese punto.

—Háblele como si fuera su hermano. No hay necesidad de que se entusiasme: basta que no lo haga con forzada frialdad, porque entonces no sería usted sincera, y él podría interpretar mal su sentir.

Cristina no supo que replicarle; renegaba contra sí misma por haberse dejado llevar de las falsas palabras de Enrique, tomando a lo serio sus amores con él, y por haberse afectado tanto después que quebraron.

La de Ortiz la dejó para que diera la lección a Sara; ésta antes de empezar, tomándole la mano, confirmó las opiniones de su madre, con estas palabras, dichas en tono familiar:

—Serás realmente tonta, por no decirte algo peor, si rechazas a tu primo sin otra razón que la de haber tenido un novio. No tendrás perdón de Dios, que te ofrece esa suerte, y que, según se ve, quiere que no te quedes soltera.

—Pero, querida, si no hay todavía nada concreto, — le dijo Cristina complacida, a pesar de todo, con lo que oía.

—¡Oh! lo que has contado es muy sugerente. Pero, ¿cómo quieres que te diga nada claro, si tú no te prestas siquiera a insinuaciones? Estoy segura que ha sido ayer la primera vez que te has mostrado algo accesible con él. Y tú le quieres.

Todo esto hizo que Cristina no sólo dudara de

su buen juicio, sino que se sintiera burlada por los acontecimientos. Ella, que había creído que su lógica era de hierro; que se imaginaba conocer la vida, poder trazarse el camino a seguir, con la seguridad de no arrepentirse! ¡Ni aún sus sentimientos podía ocultar! Se transparentaban, los percibía la señora de Ortiz y Sara, no obstante su cuidado en que no salieran al exterior.

Y para colmo de su perturbación, al regresar de las tareas, supo por su madre que Lorenzo había estado a la tarde. La viuda de Irala habría hallado más conveniente no decirle nada, pero para ello tenía que encargar reserva a Isidora, la muchacha que habían criado, y esto se prestaba a malas suposiciones.

Cristina se interesó en saber a lo que había ido su primo. La madre le dijo que a tomar mate, a hablar de la resolución definitiva que había tomado de abrir sin demora su estudio de abogado y a enterarse si les había sentado bien el paseo. Aunque no dudó de lo que su madre le decía, Cristina supuso que Lorenzo deseaba estrechar más el trato con ellas.

Cristina hubo de meditar sobre su situación. Su primo tenía de tiempo atrás un marcado empeño en conocer sus sentimientos íntimos, su manera de pensar respecto a su porvenir. Pero se reservaba sus propios sentimientos y sus própositos. ¿Qué se proponía? ¿Por qué no hablaba claro? Y ella, supuesto que no estuviera engañada y Lorenzo la quisiera y le hablara de ello, ¿qué iba a hacer? Lo razonable sería expresarse con franqueza, decirle que ella también lo quería, pero que dado su anterior noviazgo con Enrique, era mejor para ambos no llevar las cosas más

adelante. ¿No la había visto sufrir por aquél y no constituiría ese hecho toda la vida un penoso recuerdo para él, haciéndole presente que había querido a otro, que por ello quizá no lo quisiera a él con toda la plenitud debida?

Cristina concluyó por decidirse a hablarle así, claramente, si al fin él le hacía alguna declaración. Pero le era tan penoso, lo hallaba tan difícil, tan en contra de su propia sinceridad, que estaba llena de vacilaciones. Esta crisis de su fortaleza la tenía contrariada, y había motivado su dolor de cabeza.

Lorenzo se retiró temprano. Su prima estaba nerviosa, se apretaba la cabeza para hablar, y aunque la notaba decidora, no consideró conveniente para ella misma que conversara mucho.

Quedaron de acuerdo en que hablarían el próximo domingo, sobre el tema que deseaba Lorenzo: los segundos amores. Cristina hubiera querido aplazarlo indefinidamente, al menos hasta que en cualquier conversación viniese a cuenta; prefería continuar así, tratando a su primo en aquella intimidad de pariente, mientras él no le dijera nada en concreto. En su situación de espíritu, temía como siempre delatarse, lo que sería para ella una verdadera vergüenza y más grande, si su primo, aun queriéndola, tuviera la idea de regresar soltero a España. Pero Lorenzo había elegido precisamente el día de fiesta, en que ella estaba desocupada, para tratar del asunto, y no le quedaba otro recurso que aceptar so pena de acudir a pretextos infantiles de colegiala, que serían inadecuados y podían incomodar a su primo. Y Cristina no que-

ría ahora causarle ningún enojo. ¡Lo había colocado tan alto en su pensamiento!

A la noche siguiente Lorenzo se presentó de nuevo en la casa de su tía, y Cristina que no lo esperaba, pensó por qué no se iría al campo, dándole tiempo a estar más serena. Lorenzo, que la halló sin el dolor de cabeza de la víspera, y con una inusitada disposición a conversar de cosas sin importancia, la abordó de lleno sobre el asunto pendiente.

—¿Por qué no hablamos ahora sobre lo que hemos de hablar el domingo? — le preguntó. — No creo que se trate de una cosa tan grave.

—¿Pero qué apuro tienes en eso? — le contestó ella queriendo echarlo a broma.

—Me gustan las disquisiciones serias, y presumo que ha de interesarme lo que voy a oir.

—Pues te equivocas. No estoy para discurrir y ni siquiera para exponer bien mis ideas.

—Tanto mejor, discurriré yo. Basta que me enuncies tu pensamiento.

—Ya te lo enuncié en el tambo.

—Sí; pero necesito conocerlo más concretamente, sobre todo saber las razones en que basas tus ideas.

—¿Crees tú — le preguntó ella — que la mujer que ha querido a un hombre, puede querer a otro e inspirarle debida confianza en su afecto aunque su anterior cariño ya no exista?

—Según sea la mujer. Por de pronto si su cariño anterior ha pasado no veo por qué no pueda volver a querer.

—¿Y en cuanto a la confianza?

—La confianza está asegurada con que el cariño

anterior se haya borrado del todo y el nuevo sea sincero.

Cristina movió la cabeza negativamente. Pero no le replicó de palabra. A pesar de haber meditado tanto sobre el asunto y en lo que debía decirle, su cabeza parecía embotada ahora, y no le salían las palabras para explicarse. Habló él, restando importancia a esa idea que tanto la preocupaba. Cuando un amor pasa es porque no tuvo raíces profundas, o porque éstas se secaron; y si el corazón está dispuesto a querer de nuevo, él y la propia conciencia son quienes deciden la cuestión. Si ésta, sin átomo de duda, nos revela que en el nuevo cariño no hay engaño, que el hombre a quien ahora se le entrega el corazón, reina por completo en él, serían escrúpulos de mera imaginación pensar que el pasado, ya muerto, sea obstáculo para seguir los impulsos de aquél, para orientar de nuevo y quizá mejor el destino de nuestra vida.

Cristina permanecía callada. La madre, que estaba con ellos, los dejó solos, segura de que Lorenzo iba a llegar hasta el fin.

—Yo desearía — continuó Lorenzo, — que me hicieras conocer tus objeciones.

—He pensado tanto sobre ello. Ya te he dicho que ahora no estoy para discurrir. ¿Has querido tú alguna vez y has olvidado?

Cristina creyó cambiar con esto lo que tenía de personal para ella la conversación. Pero se engañó.

—He querido y quiero — le contestó él. — Creí tener que resignarme a olvidar; pero las cosas han cambiado, y abrigo esperanzas, nada más que esperanzas, no sé aún si fundadas o sin fundamento. Te quiero a

tí, Cristina, creo que desde que nos conocimos. De ahí la anormalidad de mi conducta para contigo, porque sufría y tu situación no se ha prestado hasta ahora a que pudiera obrar de otro modo. Ayer a la tarde hablé con tía y ella me ha alentado.

Lorenzo le expuso el programa que tenía para lo futuro, tal como se lo había manifestado a la madre.

—Si crees que podrás llegar a quererme — concluyó — yo haré todo lo posible por lograrlo. De lo contrario quizá anticipe mi regreso a España.

Ella lo miró y él vió en sus ojos todo el cariño que por él sentía y la profunda emoción que la embargaba. ¡Con qué placer le diría ella que hacía tiempo le quería! Pero no quiso decírselo, no por lo que antes había pensado, sino porque le parecía que si se lo decía en el acto, le causaría una desilusión, apareciendo a sus ojos como demasiado ligera, quizá como frívola. ¡Oh! si no fuera por sus pasados amores...! ¡Y deseaba tanto inspirarle una confianza absoluta, demostrarle que era seria, a fin de que no dudara de sus sentimientos!

Pero Lorenzo con lo que había visto no necesitaba que le dijese nada, y dándose cuenta de su situación, trató de aliviarla.

—Quizá esto te sorprenda — le dijo. — Pero no es fuerza que me contestes ahora.

—Bueno, sí, — le respondió ella turbada por lo que sentía y por verse obligada a mentir — algo me ha sorprendido lo que me dices... más que todo por mi modo de pensar... Pero no creas que queda en mí el mínimo recuerdo agradable del otro.

Lorenzo estimó prudente dejarla.

—¿Te vas ya?

—Quiero dejarte tranquila. No volveré hasta el domingo. Puedo anticiparte que tengo una confianza completa en tu sinceridad y que sea cual sea tu respuesta, no dudaré un momento de que me dices la verdad. Conozco bien tu corazón y tu conciencia.

Cuando se retiró, Cristina increpó a la madre.

—¿Por qué no me dijiste lo que te habló Lorenzo ayer a la tarde? — le preguntó llorando, no de pesar sino de amorosa emoción.

—Porque me pidió que no te dijera nada, pues quería él tratar directamente el asunto; y era prudente permitir que se convenciera por sí mismo de que le quieres.

—Pero ¿quién te ha dicho a tí ni a él que le quiero? ¿Se lo has asegurado, acaso, y por eso ha estado tan paternal conmigo?

—Ni palabra le dije. Le dí a entender simplemente que no veía motivo para que no llegases a quererlo. Y creo que no lo hay. Me supongo que lo mismo le habrás dicho tú.

—He quedado de contestarle. Hasta el domingo no volverá.

—Bueno: en esas cosas tú te entiendes.

Pasado el primer momento de explosión, Cristina echó los brazos al cuello de su madre y la besó, diciéndole:

Pero ¿cómo sabías tú que yo le quiero?

—Me lo imaginé simplemente, querida. No te preocupes de eso.

—Pues bien, mamá, lo quiero; y a él sí que es de veras.

Y después de esta confesión sintió la necesidad de acariciar y besar a Alfredo, que había dejado de estudiar y entraba en ese momento donde estaban. Y abierto el camino de las confidencias con la madre, camino que ella se había empeñado en cerrar, se agregó al gozo que sentía, una gran parte de tranquilidad.

Luego cayó en la cuenta de que se había visto de nuevo burlada en sus propósitos. ¿Por qué no le dijo en seguida a Lorenzo todas las ideas que constituían sus convicciones de antes y sus reparos de ahora? ¿No era la oportunidad de hacerlo, cuando él le pidió que le diera a conocer sus objeciones? Ella que era tan serena en cualquier circunstancia, que sabía dominarse, no le faltaba una contestación oportuna, y regularmente se explicaba bien, ¿por qué se había callado? Cristina no estaba conforme con su silencio, y se propuso hablarle extensamente a Lorenzo, el domingo, aunque después contestara afirmativamente a su declaración. Felizmente todavía estaba a tiempo de puntualizar bien las cosas.

XXII

A Lorenzo le pareció excesivamente largo el tiempo que había fijado para ver de nuevo a Cristina. Y no es que sintiera apuro por obtener una respuesta que de antemano veía favorable; sino que ansiaba estar al lado de su prima, conversar íntimamente con ella, oir las manifestaciones de su corazón con tanto cuidado reservadas por ella hasta entonces.

Llegó al fin el domingo, y contento, dispuesto a pasar la tarde en casa de su tía, regresó temprano del campo a donde se había ido para no caer en la tentación de anticipar su visita. Pero se halló con una desagradable noticia que trastornaba totalmente su programa. Alfredo se había enfermado, tenía neumonia doble, y su vida estaba en serio peligro.

—Pero, tía, ¿por qué no me avisó usted? — dijo al enterarse de lo que ocurría.

—Se sintió mal el jueves y creí que sería cosa pasajera.

—¿Le habrá hecho mal la salida al campo? — preguntó Lorenzo con pesar. — La mañana estaba bastante fría.

—No, no, se apresuró a contestarle la de Irala; el médico dice que no.

El médico decía en efecto eso, no obstante lo cual la viuda de Irala tenía sus dudas. Pero ¿qué culpa le cabía en ello a su sobrino para afligirlo con tal idea?

Desde ese momento Lorenzo se consagró a ayudar a cuidar al enfermo. Pasó así tres noches en vela a su cabecera, acompañado unas veces de Cristina, otras de su tía, que se turnaban. Todo su valor de hombre fuerte, fracasaba allí, aunque lo disimulara, al ver la cara angustiosa de Cristina, quien la mayor parte del tiempo observaba a su hermano siguiendo paso a paso el proceso de la enfermedad y los mínimos gestos y movimientos que hacía. El médico no daba muchas esperanzas; la neumonia tenía carácter infeccioso y el corazón estaba excesivamente debilitado. Las inyecciones de cafeína y de suero, no surtían sino pasajero resultado.

A la cuarta noche sus augurios fueron ya del todo fatales. Habló con Lorenzo aparte: el caso era perdido: convenía estuviera sobre aviso y preparara a la familia: el desenlace iba a sobrevenir de un momento a otro. Lorenzo se limitó a decir a su tía que era conveniente no se acostara, y que el médico estaba desesperado con el giro de la enfermedad. Ella y Cristina comprendieron al momento la significación de esta advertencia y juntas se fueron a llorar a la pieza contigua. Después volvieron a la cabezera del enfermo, que postrado respiraba con dificultades. Sobre la madrugada tuvo un momento de aparente reacción y Cristina alentó una vaga esperanza. Pero fué cosa de pocos instantes, volviendo a quedarse inmóvil en un sopor que auguraba su próximo fin. Luego hizo algunos movimientos como si quisiera defenderse contra el último y más agudo avance del mal y su fisonomía se contrajo en un postrer dolor o esfuerzo, to-

mando por fin la placidez del descanso: había fallecido.

La madre e Isidora, la muchacha que habían criado, de un lado, Lorenzo y Cristina del otro, de pie a su cabecera, inclinados sobre él, desde que había empezado a agitarse, vieron este casi insensible pasaje de la vida hacia la muerte. Cristina al ver su quietud puso sus ojos angustiosos e interrogadores en su primo, y ante la mirada de éste, tristemente afirmativa y su actitud protectora, sintió definitivamente todo el peso de lo irreparable.

—¡Lorenzo! — exclamó desolada.

Y sollozando reclinó su cabeza en el pecho de él. Este la dejó llorar en silencio, acariciando su cabeza paternalmente, mientras la madre, sollozando también, besaba entre lágrimas al muerto. Y Lorenzo se sentía doblemente conmovido por aquella escena angustiosa que le hería en su sangre y su afecto, y por la ternura con que Cristina se confiaba a él en su dolor.

La familia estuvo bastante acompañada en su duelo. Las amigas íntimas de la viuda de Irala; las otras con quienes había reanudado el trato; sus hijas amigas de Cristina; algunas de las compañeras de ésta en las tareas docentes, acudieron todas a la casa murtuoria. La de Ortiz y su hija Sara también fueron a la tarde y a la noche. Durante el día la concurrencia fué femenina, y sólo Rodríguez hizo compañía a Lorenzo; pero en la primera parte de la noche había algunos señores y jóvenes pertenecientes a las familias que hemos mencionado, todos desconocidos de Lorenzo y a los cuales él atendía, ayudado por Rodríguez. Ester no pudo ir: estaba un poco indis-

puesta y temieron que la impresión no le sentara bien. Acosta había enviado un mensaje a Lorenzo, dando su pésame y poniéndose a la disposición de la familia. ¿Iría un momento al velorio? Después de la ruptura con Enrique, no había vuelto a ver Cristina, y temía llevarle, con su presencia, un mal recuerdo. Y sin embargo por ella, más que por los demás, sentía vivos deseos de hacer acto de presencia. No conocía la casa; la suponía modesta; quizá no abundarán los recursos, puesto que Lorenzo aun no le había pagado las vacas. Su simpatía paternal por Cristina brotaba de nuevo en esta otra situación dolorosa porque pasaba; se sentía animado de aquel espíritu de protección con que la contempló en su casa, cuando la veía bajo la indiferencia de los suyos y de la peligrosa seducción de Enrique. De corazón blando para con las mujeres que le agradaban, le arrastraba el deseo de ayudarla, de demostrarle el concepto elevado, la alta estima que continuaba mereciéndole. La enemistad que mediaba entre su familia y la de Irala era, por último, lo que más le hacía trepidar. Pero al fin se decidió a ir llegando a las once, cuando la de Ortiz se disponía a retirarse.

Cristina no había abandonado un momento la capilla ardiente. Sobre el túmulo, arreglado con sencillez, rodeado de flores, iluminado por los cirios adornados con lazos de gasa blanca, yacía Alfredo en la placidez tranquila de la muerte. La cara pálida, la nariz contraída, el óvalo algo prolongado, parecía diseñarse en su boca una ligera sonrisa. Y Cristina sentada a su lado, le miraba durante largos ratos, como si le hablara desde lo profundo del alma expresándole

todo el intenso cariño que sentía por él, toda la inmensa pena con que le veía partir para siempre. En su mente estaban fijas dos ideas: la una precisa, concentraba en sí todos los sentimientos de dolor en que ella y su madre se veían sumidas con la pérdida de aquel ser a quien habían mirado como la esperanza de la familia y para el cual habían tenido los más tiernos afectos y cuidados; la otra, algo difusa, nacía de una inmensa gratitud hacia Lorenzo; de un anhelo por consagrarle su espíritu, hacerle dulce la vida en todo cuanto de ella dependiese. Y Cristina prefería estar sola al lado del muerto dominada por estos dos pensamientos.

Las amigas intentaron sacarla, siquiera por un rato, de allí. La señora de Ortiz, y por último la madre, que debía estar en la pieza contigua con las señoras también se lo rogaron sin conseguirlo. Por lo demás no se notaba en ella ninguna consternación. Su dolor, reflejado en sus ojos, era el dolor sereno de las almas que saben aceptar el sufrimiento y apurarlo y sentirlo tanto más hondo cuanto más lo ven como cosa identificada con su propio ser. Cristina sentía que el suyo se confundía con su cariño por el muerto, y no se explicaba cómo querían alejarla de él, siendo su cariño y su dolor una sola cosa.

Acosta, no obstante sus vacilaciones para ir a la casa, entró con la naturalidad de las personas acostumbradas a tales actos. Su carácter franco lo ponía, por otra parte, a salvo de las preocupaciones que le asaltaron antes de decidirse. En el patio se encontró

con la de Ortiz y su hija que salían, y tuvo que detenerse a saludarlas.

—A ver si consigue usted sacar a Cristina de la capilla mortuoria — le dijo la de Ortiz. — Esa criatura lleva varias noches sin dormir, no quiere separarse del hermano, y aunque no esté desesperada, su misma serenidad me hace temer.

—¿Cree usted que sea yo el indicado para intervenir?

—¿Y por qué no? Cristina no tiene sino buenos recuerdos de usted.

Acosta pasó al comedor donde estaban los hombres, y Lorenzo al verlo llegar le salió al encuentro. Se estrecharon la mano en silencio y Acosta lo trajo al patio.

—Amigo — le dijo — si están ustedes sin dinero, hábleme con franqueza. Yo estoy pronto a facilitarle lo que precise.

—No, señor Acosta. Muchas gracias — le respondió Lorenzo. — Si por un evento fuese necesario, acudiré a usted o a Rodríguez, únicas personas a quienes podría hacerlo.

—Acuda a mí con confianza. No le hago un ofrecimiento de cumplido.

—Gracias; muchísimas gracias — le respondió Lorenzo conmovido por su noble espontaneidad.

Entraron en seguida al comedor, hablando de la enfermedad que causara la muerte de Alfredo. Acosta no encontró allí más persona conocida que Rodríguez, con quien se puso a conversar.

A medida que la hora avanzaba, los concurrentes empezaron a retirarse y como a la media noche no

quedaban más que Acosta y Rodríguez. Acosta consultó entonces con Lorenzo si creía oportuno pusiera en práctica la indicación que le había hecho la de Ortiz.

—Creo que será inútil insistir — le dijo Lorenzo. — Yo me proponía obligarla más tarde a que esté, por lo menos, con la madre. Sin embargo, su pedido de usted puede confortarla.

Acosta pasó a la capilla ardiente con Rodríguez, como si llevara el fin exclusivo de ver el cadáver. Lorenzo les seguía atrás. Cristina en cuanto notó la presencia de aquél, se levantó y le tendió la mano, mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo. Acosta conmovido, le aconsejo cariñosamente resignación. Cristina buscó después con la mirada a Lorenzo: estaba más atrás contemplándola.

Acosta pensó que correspondía a Lorenzo insistir con su prima para que se acostara o pasara a la otra pieza. El, probablemente, no obtendría mejor resultado que los demás, y el primo, como de la familia, podía proceder con más confianza. Rodríguez pensaba pasar allí la noche, pero Acosta consideró más oportuno dejarlos solos. Cuando no hubiera nadie era posible que Irala sacára a Cristina de su obsesión.

Y en efecto, después que, cerca de la madrugada, Acosta y Rodríguez se retiraron a su vez, Lorenzo intentó llevarse a Cristina con la madre.

—Debes ser razonable — le dijo — esta obsesión permanente y la falta de reposo te va a hacer mal. Ven siquiera con tu madre.

—No.. si estoy tranquila ¿no ves que estoy tran-

quila? — le contestó poniendo en él sus ojos claros, velados por la pena.

—No obstante haces, más de lo que te parece, un esfuerzo excesivo.

Ella no tenía deseo de contrariarlo, pero lo tenía aún menos de retirarse de allí.

—¿Cómo vamos a dejarlo solo? Y mamá está muy abatida para poder permanecer aquí mucho tiempo.

—Yo me quedo mientras tu descansas. Todos se han retirado.

Ella le dirigió una mirada suplicante, como pidiéndole que no la obligara a irse; y Lorenzo no insistió, sentándose a su lado.

La viuda de Irala se hallaba en efecto muy abatida. Unico hijo varón, había cifrado en él todas las esperanzas de un porvenir mejor para la vejez. A su dolor de madre se unía lo irreemplazable de la pérdida. Sus esfuerzos por mostrar una relativa entereza, tanto más necesaria cuanto veía a Cristina tan asida a su pena, resultaban inútiles. No había quedado con ella sino la señora de Pérez, una de las amigas íntimas del pasado, que se mantuvo siempre igual al través del cambio de situación de la de Irala y que se había dispuesto a acompañarla hasta después que sacaran el cadáver.

Desde que se quedó sola con ella, la viuda de Irala había estado dos veces en la sala mortuoria. Un impulso interior le movía a contemplar al hijo y a estar cerca de Cristina; pero todo el valor de que se creía segura desaparecía en cuanto se hallaba en presencia del ataúd, afluían las lágrimas a sus ojos y de-

bía retirarse para no quebrantar la fortaleza en que se mantenía su hija.

Cuando la señora de Pérez vió que no había nadie en el comedor, la llevó a él, hizo preparar con Isidora café para las dos y hablando de Cristina y de Lorenzo, logró que cobrara ánimo.

Entretanto Cristina, sintiéndose más fuerte con la presencia de su primo, se quedó semidormida y su mente empezó a divagar con el muerto. Su misticismo, intensificado por la situación, fué envolviendo a su hermano en una vaguedad misteriosa, en que era persona y era espíritu. Lo veía lejos, en el infinito, sonriéndole desde la penumbra formada por una aureola de gloria: algo así como una ténue y transparente bruma blanca, iluminada por rayos de sol; tenía su misma cara de muerto pero menos material y con vida en los ojos. Estaba lejos y estaba cerca, muy alto y sin embargo ahí no más, en el espacio visible hablándole con el espíritu sin decirle nada concreto, y siempre con la sonrisa en sus labios exangües. Duró este ensueño místico pocos instantes. Cristina se recordó en un movimiento brusco de su ser, y cayendo de rodillas se puso a rezar, conmovida hasta lo más profundo por aquella visión.

Lorenzo, de pie desde que ella se había arrodillado, la contemplaba a su vez conmovido. Aquella criatura tenía realmente el alma grande; poseía la suprema grandeza de la bondad en el dolor. ¿Qué sentimiento infinito pasaba por su espíritu haciéndola obrar así, poniéndola en contacto con lo sobrenatural, ajena a él y a todo lo que no fuera el muerto?

A pesar de las circunstancias, Lorenzo pensó cuán

grande era su amor por ella y cuán erróneamente había procedido en procura de obtener algún reflejo espontáneo del suyo. Un alma así con grandezas de heroismo y ternuras de niñas ¿no había que tratarla con la claridad más absoluta? Sólo ahora la conocía bien.

Cuando se levantó, terminado el rezo, estaba más serena. Lo tomó a él de la mano, haciéndole sentar de nuevo a su lado.

—Parece que moviera los ojos, que estuviera con vida — le dijo Cristina contemplando el cadáver.

Lorenzo estrechó suavemente aquella mano que ella había dejado con tanta naturalidad en la suya, y con un movimiento débil procuró atraer su atención hacia él, para que cambiara de pensamiento. Pero no se le ocurrió decirle nada. Ella le dirigió una mirada tan llena de cariñoso reconocimiento, que Lorenzo tuvo la sensación de que su alma le pertenecía por entero.

En ese instante llegó la madre acompañada por la de Pérez.

—Vayan a tomar café; — les dijo ésta — lo tienen servido en el comedor.

Cristina miró a la madre. Estaba menos abatida. Aquel momento de conversación íntima con la de Pérez, lo mucho que ya había llorado, la necesidad que tenía de velar por Cristina, levantaron su ánimo.

—Vamos; — le dijo Lorenzo tomándola de la mano — volveremos al momento.

Ya en el comedor, mientras tomaban el café, Cristina exclamó como hablando consigo:

—¡Cómo lo hubiéramos pasado si no estas tú!

—Todo se hubiera arreglado lo mismo — le contestó él. — En la circunstancia difíciles, salen fuerzas de flanqueza. Y vosotras contáis con relaciones que se hubieran ofrecido a secundarlas en lo que fuera preciso. Ya lo has visto.

—No es igual. Una persona de la familia es más de nosotros y está más cerca de nuestros sentimientos íntimos, que el mejor de los amigos. Aun distanciados por cualquier causa y a pesar de nuestras reservas, no podemos dejar de ver el vínculo que nos liga a los parientes y que les da una participación más directa en nuestras desgracias. Y tú has tenido siempre para nosotros la más sincera adhesión.

—Sabes que ello me ha causado el mayor de los agrados y que a ello me ha inclinado un doble motivo del corazón. Por lo demás, nada he hecho que no hiciera otro en mi lugar.

—¡Quien sabe! — exclamó Cristina recordando el pasado.

—No lo dudes. No ha habido entre nosotros nada que creara un motivo fundado de enojo; porque nuestras pequeñas disidencias han nacido de causas que no envolvían ninguna maldad, ni siquiera un propósito de inconsideración.

—¡Oh! eso puedes tenerlo por seguro. Aun ofuscada he visto siempre en tí al pariente de cuyo apoyo podría necesitar. Pero de todos modos tú eres muy bueno...

—Sin que por ello constituya un caso extraordinario. Vosotras también los sois, y bondad con bondad se paga.

Lorenzo procuró prolongar todo lo posible la con-

versación; pero a su pesar, no pudo retenerla mucho más tiempo en el comedor.

Cuando al día siguiente, después de haber descansado, conversaban los tres de la familia e nel comedor, y Lorenzo completaba los detalles de cómo se había efectuado el entierro y las personas que habían cansado, conversaban los tres de la familia en el coal relato y a las preguntas y respuestas a que el mismo daba lugar, Cristina le dijo con la pena de que estaba poseída:

—Ya ves cómo no siempre se puede mirar la vida bajo el aspecto optimista con que tú la concibes. ¡Quien había de imaginarse una desgracia semejante y cómo hacer esfuerzos para no sentirla!

—Los motivos son distintos de aquellos a que yo me refería, Cristina — contestó él pausadamente — pero aun así mismo nada aconseja a que nos dejemos vencer por la desgracia. Se puede sentir y anonadarse con el sufrimiento, y se puede y se debe sentir cuando hay razón para ello, pero sin detenerse en el camino de la vida misma. Por lo demás es lo que nos manda la resignación cristiana.

Ella lo miró como para que continuara. Tenía ese aspecto de las almas fuertes que agotado el sufrimiento, se quedan tranquilas soportando su dolor. Y Lorenzo se sentía dominado cada vez más por el influyo de aquella delicada criatura que tanta protección necesitaba y tanta protección podía dispensar desde la cumbre de su espíritu elevado.

—La ley primordial de la vida es la vida misma— prosiguió él.—Todo tiende en la naturaleza a mantnerla y a perpetuarla. Nuestro organismo lucha con las

enfermedades, se defiende de ellas con todos sus recursos, sin darnos nosotros mismo cuenta. Por encima de todo quiere siempre vivir y trabaja por vivir, aunque más tarde o más temprano tenga que caer fatalmente vencido en la lucha. Esta es una conclusión también obligada de la vida. Si sentimos la muerte de los seres queridos, es por esta fuerza vital orgánica que existe en nuestro ser, que nos produce la pena de que ellos no la tengan ya como la tenemos nosotros. Sabemos que no hacen más que precedernos, por razón de su edad o porque han debido anticipar el viaje; pero nos sería imposible disipar nuestro dolor con estas sencillas y evidentes reflexiones. No lloramos su muerte por lo que ella significa en sí, y tan ineludible para ellos como para nosotros. Sentimos que no continuen viviendo, que se vean privados del don de vivir, conque nosotros contamos aun.

Ella continuó callada. Le hacía bien oírle; lo veía transformado, distinto, hablando con el corazón y con el más exacto raciocinio. ¿Por qué se le había ocultado tanto tiempo, no obstante el trato frecuente que habían tenido? ¿Por qué le había mostrado sólo su inteligencia fría, reservándose los bellos matices de su alma?

—Tienes razón — dijo la tía. — Pero nuestra desgracia no puede ser mayor.

—Es grande, tía, pero si usted reflexiona verá que para el dolor y para la alegría, mientras tengamos vida, siempre hay algún más allá. Basta pensar que quedamos nosotros para velar los unos por los otros.

La de Irala, vió la evidencia de esta conclusión y las proyecciones de las palabras finales, pero no qui-

so desviarlo de su pensamiento. ¿No estaba llamado a ser su hijo político, a hacer la felicidad de Cristina? En contacto permanente con la muerte, la vida nos llama siempre a atenderla. Su pobre hijo vería desde el cielo con la plena inteligencia de los seres que se han confundido en la gloria de Dios, que estas ideas tan en contraste con su desaparición, fluían de la vida misma, santificadas por la pureza de las intenciones. Y estaba segura de que Lorenzo no se saldría de la necesaria prudencia. Pero su silencio produjo el silencio general; y Lorenzo por cortarlo agregó:

—Nada nos es más difícil que poseer la verdad absoluta.

Esta frase fué para Cristina como una evocación. Había comprobado tantas veces su exactitud, al recordar lo que por ella pasara desde la muerte de su padre, que la afirmación de Lorenzo, a nadie, como a ella, la creía aplicable. Y sintió necesidad de decírselo a él, de hacerle la confesión sincera de lo que ella llamaba sus graves errores. ¿Acaso no los conocería él, dado su espíritu perspicaz, y no la habría juzgado como una criatura inexperta?

—Nada, en efecto, más difícil que poseer la verdad — dijo ansiosa de hablar. Y cuán lejos estamos a veces de ella! En poco tiempo lo he experimentado por mí misma, reiteradas veces. Primero fué la confianza que puse en el trabajo. Me consideraba la solución fija del desamparo en que quedamos cuando murió mi padre; y veía matemáticamente nuestra vida tranquila, feliz en una modesta posición de paz, desenvolviendo con regularidad y contenta mis tareas. Las dificultades surgieron desde el principio; el

trabajo tenía sus sinsabores: en la calle, en el tranvía las miradas atrevidas de los indelicados; en las lecciones, la versatilidad de algunas discípulas particulares, en la escuela del Estado, el egoísmo, la envidia de algunas de las maestras, las obsequiosidades improcedentes de algunos funcionarios. No había forma de cruzar la vida sin ser lastimada. Después la confianza en mi propio juicio, la fe en la rectitud de los demás, la idea de la imposibilidad de ser engañada, siendo yo sincera; la creencia de poseer la virtud de hacer más buenos y mejores a los otros con mi misma bondad. Tras ello el desengaño, seguido de la noción de cerrarse allí el horizonte de mi vida, no dejándome otra cosa que el amor a Dios y a los míos y la firme convicción en un principio irredutible que levantaba una barrera entre el pasado y todo futuro que traspasara ese círculo de hierro. Y era también una falsa ilusión; la pesadilla de un sueño, y una excesiva seguridad de mí misma. Después... después...

Cristina iba a decir cómo se había engañado también con Lorenzo; cómo no lo había conocido, no obstante tenerlo tan cerca; cómo contra todas sus convicciones había llegado a quererlo. Pero las circunstancias y un sentimiento de pudor, cortaron sus palabras, apresurándose a agregar:

—También confiamos como cosa segura en el porvenir del pobre pequeño, tronchado ahora tan fatalmente.

—A veces — continuó luego — pienso que soy demasiado criatura; que mis veintiseis años no me han aprovechado; que lo que sé y lo que conozco, no me

sirven para hacer la luz verdadera en mi espíritu, para tener confianza en mis juicios.

—Ese es también otro error — le observó Lorenzo. — Tu propia sinceridad te pone en contacto con la verdad real. Cuando creas sin condiciones, sin temores, sin las dudas que tus propios desengaños han infiltrado en tu espíritu y que servirán para prevenirte contra el error, tendrás todas las probabilidades de no equivocarte. Nunca como ahora, has estado capacitada para ver claro y para responder de tí misma.

Los ojos de ella, llenos de claridad, se fijaron en él; su amor, pasando por encima de las circunstancias, quería hablar, responder a aquella insinuación, decir cuan grande y decisivo era. Y él deseaba oirla, percibir la dulzura de su voz en una manifestación de tal naturaleza y convencerse al fin de que no sólo era querido sino que ningún obstáculo se interponía entre su amor. Lo deseaba también, para apresurar su incorporación a la familia en un carácter más íntimo, sacar a su prima de las tareas que estaba obligada a desempeñar, y producir el cambio natural que su calidad de hombre traería a la casa.

Pero el mismo momento supremo porque pasaba Cristina, la profunda emoción que dominaba su espíritu, confundiendo su pena con su amor en una sola sensación de cariño hacia el que se había ido al cielo y hacia el que esperaba su respuesta en la tierra, ahogaron su voz. ¡Cuán poco dueña era en ese instante de sí misma!

El comprendió todo lo que pasaba por su alma.

—Cristina — le dijo — tú sabes que ahora más que nunca, tanto tú como tía, podéis contar incondi-

cionalmente conmigo. Dando esto por descontado, las circunstancias porque pasamos me mueven a definir nuestra situación en el deseo de ocupar otro lugar en esta casa, si puedo ocuparlo, y. sino para velar por tí en otra forma. No hay en mi pedido nada de pecaminoso, porque hace días espero tu respuesta, y al dármela dentro de tus sentimientos, no haremos más que colocarnos en la verdad de que antes hablábamos, sin sombra de ofensa a la memoria del pobre muerto.

—¡Oh sí, sí! — dijo ella en voz baja. — Mi alma está con él y está contigo. Te quiero Lorenzo, y siento que esto es verdad: una verdad sin dudas y sin sombras. Hace tiempo que lo siento y que deseo confundir mi destino con el tuyo incondicionalmente.

Y como si se hubiera asustado de lo que acababa de decir en un momento que consideraba tan inoportuno, miró a la madre. Esta la llamó a sí y en su pecho vencida por la emoción rompió a llorar.

—Yo también lo quiero así, mi hija; también lo quiero así — le dijo la madre acariciando su cabeza. — Ya lo sabía y nada malo hay en confesarlo para entrar en la claridad. Lo demás, queda para después.

Lorenzo se les acercó.

—Quizá, tía, he debido esperar a otro momento, pero la conversación me llevó insensiblemente a ello... Y deseo que cuanto antes deje Cristina las lecciones.

La tía lo miró con ojos en que pugnaban por brotar lágrimas de ternura. Y tomándole la mano, se la estrechó con un afecto superior a toda respuesta.

XXIII

El verano derramó sobre el tambo de Lorenzo, todos los dones de su fuerza creadora y fructífera. El jardín, en el que había plantado algunos arbustos finos, nuevos rosales, y muchos lirios, geranios y crisantemos, lucía entre el verde lozano del follaje, flores rojas como sangre, blancas como la nieve, y otras tornasoladas de púrpura y amarillo, mientras en los cercos de alambra tejido la madreselva, regada por una acequia hecha a su borde, trepaba vigorosa con miras de taparlo todo. En la huerta, los durazneros inclinaban sus ramas cuajadas de duraznos grandes, ya en sazón, que tanto como a saborearlos, incitaban a contemplar su aterciopelada piel, amarilla en unos, clara en otros, en parte diluída en un granate obscuro y apagado; los perales erguían sus ramas llenas de fruto aun verde; y en la tierra simétricamente dividida en cuadros libres de toda maleza, las diversas hortalizas mostraban su lozanía, alimentadas por el necesario riego.

Lorenzo, una vez comprometido con Cristina, se había esmerado en dar más vida y más hermoso aspecto a la huerta y al jardín, considerando que el tambo sería de tiempo en tiempo el paseo obligado de la familia, como así sucedió, en efecto. Más tarde hizo pintar interiormente la casa y le agregó un cómodo

cuarto de baño, trayendo el agua por cañerías, en conexión con el depósito del molino a viento.

Ahora, mes de Enero, se hallaba allí con Cristina. En Diciembre se habían casado en la mayor intimidad, en la casa de aquélla, donde vivían con la madre.

Al casamiento concurrieron muy pocas personas: Rodríguez, que tenía ya un heredero gordinflón, y que sirvió de padrino en representación del padre de Lorenzo; Ester Ortiz, su esposa, que quiso cumplir la promesa hecha a Cristina, de devolverle con la misma efusión sus felicitaciones; la señora de Ortiz y su hija Sara; y la señora de Pérez que, como sabemos, era la más íntima de las amigas de la viuda de Irala.

La de Ortiz había considerado probable aquel casamiento, desde que conociera a Irala en el Hipódromo. Y llevada de su natural bondad lo deseó en todo tiempo para Cristina, por creer que le convenía. Por prudencia y porque pensaba que hechos de esa índole deben producirse con cierta espontaneidad, no había tomado otra participación en el asunto que la que conocemos. Pero su interés en saber de Lorenzo, sus consejos a Cristina cuando fué a consultarla respecto del anónimo, y cuando ésta habló de la actitud de Irala, antes y durante el paseo al tambo, tendían suavemente a la realización de su buen deseo. Y sentía satisfacción de que se cumpliera, porque consideraba, ahora con más fundamento que antes, aquel enlace verdaderamente apropiado para Cristina. Así que, cuando ésta le participó su compromiso y que el matrimonio se celebraría en la mayor intimidad, le manifestó ella que se creía en el número de las personas lla-

madas a concurrir, tanto más cuanto le había cabido darle algunos consejos al respecto. Y Cristina recibió esta manifestación de afecto con el contento consiguiente.

Los novios sólo habían hecho un corto paseo por Montevideo en seguida de casarse, y Lorenzo, que quería tanto a su tambo y deseaba ir a él con su mujercita, porque allí había pensado, más que ninguna otra parte, en ella, resolvió pasar en él con ella y su tía, una parte del mes de Enero, en que los Tribunales estaban cerrados.

Inmediatamente después de la muerte de Alfredo, Lorenzo había abierto su estudio de abogado en Buenos Aires, y estuvo así en íntimo contacto con Cristina.

La terminación de dos de los asuntos que le encomendaran en el campo, le rindieron honorarios que le permitieron casarse con una más amplia base económica. Pagó a Acosta, no tenía otras deudas, y le quedaba dinero. Y fué él quien designó la época en que se efectuó el matrimonio, fijándola, como máximo, para seis meses después del fallecimiento de Alfredo.

Cristina, sin olvidar a su hermano, había sufrido en aquel tiempo un proceso de transformación rápida, alentada por su amor y por su fe en Lorenzo, que la sacaron de la inquietud y tristeza en que la envolviera la situación producida por la muerte de su padre y los sucesos porque después había pasado. No sólo quería a su primo apasionadamente, sino que tenía en él esa confianza absoluta que aleja todo pensamiento de duda o temor respecto del porvenir. Veía tan evidente su felicidad, que empezó a saborearla

desde el momento mismo en que se comprometieron; y se abrió para ella una vida distinta, que enlazaba los días risueños vividos en el hogar paterno, con los que ahora disfrutaba. Lo ocurrido en el intermedio, lo veía como la pesadilla de un sueño, de un mal sueño, que la atormentara para hacerle más hermoso el despertar. El amor realiza aún mayores milagros.

A veces se reprochaba su mismo contento: se extrañaba de pensar y sentir, según ella, con tan poca seriedad y tan en pugna con la reciente muerte de Alfredo y aún con su modo de ser. Pero creyente, pensaba que sería también ofender a Dios, no apreciar la dicha que él en su suprema bondad le concedía, tanto más cuanto que no por eso dejaba de seguir sintiendo la pérdida de su hermano. Y así era en efecto. En algunos momentos en que estaba sola, comparando su felicidad actual con la infausta desgracia de la muerte de aquél asomaban las lágrimas a sus ojos. Su fondo místico, no tan grande que creara una incompatibilidad con el amor humano; su idealismo, que realzaba todos los pensamientos que su amor le sugería; su misma gran sensibilidad, servían ahora, como lo había previsto la de Ortiz, para justificar y agrandar su exaltación amorosa. Y Lorenzo, intelectual e idealista también, que la quería y deseaba desde que la conociera, no hacía más que alentar su ensueño, que tan feliz le hacía a él.

Sus conversaciones, antes de casarse, giraban, pues, alrededor de su vida futura: una serie de proyectos y de aspiraciones, y un programa completo de lo que harían para ser más felices; todo muy sensato,

por cierto, pero con los colores rosados con que la fantasía sabe envolver esas cosas.

Habían llegado al tambo el día anterior, y a menos de un mes de casados, estaban aún en plena luna de miel. Y se hallaban solos. La viuda de Irala, cuando su sobrino le manifestó su opinión de que lo más que podrían estar allí, serían unos quince días, puesto que las comodidades no eran muchas, optó por quedarse. Ella tenía aún demasiado presente que su satisfacción hubiera sido completa, si su hijo no se hubiese muerto, y deseaba no pesar demasiado con su pena, en aquella época de la vida de los jóvenes. Por otra parte, se trataba de una corta ausencia, estaban cerca, y convenía que Cristina fuese adquiriendo el hábito de dueña de casa, que no ejercitaba a su lado. Por último, estarían más libres.

La costumbre de madrugar, que Lorenzo había adquirido en el campo, hizo se despertara poco después de aclarar el día. Cristina dormía como una santa. Con la cabeza abajo de la almohada, descansando sobre el brazo derecho, desnudo y doblado; tendido el otro sobre la sábana con el abandono del sueño, tenía la frescura de su juventud, alegrada por la vida nupcial en que había penetrado. Una ligera sonrisa flotaba en su boca. Lorenzo la contempló, y no quiso despertarla: le parecía sumida en un ensueño hermoso, que sería un crimen interrumpir. Se levantó con cuidado, y en puntas de pie se fué al escritorio. Rodríguez le había entregado algunos originales de un libro que estaba escribiendo sobre la etnografía y desenvolvimiento del país, para que le diera su opinión: aprovecharía ese momento para escribirle.

Ocupó en ésto como una hora, y al terminar se asomó a la puerta del dormitorio: Cristina continuaba durmiendo. Diríase que, después de grandes desvelos, recobrada totalmente la calma, se desquitaba de pasados insomnios. El estuvo tentado de acercársele y besarla en la boca, para beber su sonrisa, como se absorbería la miel del cáliz de una flor. Pero se contuvo: saldría a respirar el aire de la mañana, y Cristina recibiría la sorpresa de encontrarse sola. Y tomando los periódicos del día anterior, se fué a sentar bajo los árboles, y se puso a leer.

Cristina no tardó en despertarse, miró a su alrededor con ojos soñolientos; lo buscó a él con la mirada, por todo el dormitorio, vió la hora y halló que no era tarde. ¿Por qué no la había despertado Lorenzo, aunque fuera temprano? Se calzó las zapatillas, y se puso el batón apuradamente, abrió el postigo de la puerta, luego el de la ventana; no se le veía. Pasó al escritorio, y los papeles sobre la mesa, le indicaron que Lorenzo había estado trabajando. Pero, ¿por qué no la recordó al terminar? Miró a través del vidrio de la puerta, y lo vió sentado leyendo. Iba a abrir y llamarlo, pero previamente quiso leer lo que había escrito.

Vió los papeles de Rodríguez, de que Lorenzo ya le había hablado, y una larga carta de éste para aquél. Cristina se sentó a leer.

Rodríguez trataba, en esa parte de su libro, del nacionalismo, y Cristina empezó a recorrer a saltos los originales, porque quería irse junto a Lorenzo. De todos modos, a su tiempo leería el libro detenidamente, bastándole ahora saber de lo que se trataba.

para apreciar mejor la contestación. Pero se detuvo en el siguiente párrafo, cuyas ideas le parecían relacionadas con su futuro.

"Un amigo mío, extranjero, hizo venir de su tierra unas semillas que sembró en su huerta, y las cuales brotaron y crecieron lozanas hasta dar fruto. La tierra argentina les entregó maternalmente la substancia vital de sus entrañas; el sol argentino alumbró su nacimiento, las acarició con su luz, y las vigorizó con su calor; el rocío argentino refrescó sus hojas; la lluvia argentina regó sus raíces, bañó sus ramas y alimentó su savia; y la brisa argentina las movió amorosa, dándoles el hálito necesario para su vida. La tierra, el clima, el ambiente, se mostraron tan propicios y mimosos para con ellas, como si se tratara de la semilla de plantas originarias del país. Y aquellas plantas alimentadas así, mostraban con su misma lozanía, que toda su vida era del ambiente y para el ambiente en que crecían y maduraban. Si pensaran, no conservarían seguramente memoria de su origen, a la manera que en los espíritus, según la teoría religiosa, muere el pasado, cuando se encarnan para una nueva vida. Esta ley lógica de la naturaleza se cumple en las plantas y se cumple en las personas. Los que lo vean con extrañeza, o pretendan que sea de otra manera, se olvidan, o se ponen en contra de las leyes inmutables de la vida, produciendo el mal que se sigue de contrariarlas. Tenemos todos los climas propicios, y nuestras instituciones políticas y nuestra idiosincracia, hacen de esta tierra, la tierra por excelencia, de asimilación y nacionalización de todos los hombres útiles. Nuestro nacionalismo debe

intensificarse, haciendo ver a los extraviados la ley natural que he mencionado, poniendo de manifiesto nuestro valor moral, nuestras virtudes y nuestro vigor, y, especialmente, los grandes anhelos de perfección que alimentamos, los cuales nos ponen, por encima de la fuerza, a la par de las naciones más civilizadas''.

Cristina meditó un momento. ¿No ocurriría aquello con Lorenzo mismo, aunque no hubiese nacido en el país, como ocurrió con su padre y con tantos otros? Ella lo veía probable, y le sería muy grato, aun cuando estaba dispuesta a seguirlo amorosa, a su tierra o a cualquiera otra parte.

Se asomó de nuevo por ver si venía. Estaba ahora en la huerta observando las plantas, con los diarios en la mano. Seguramente ya no tardaría en volver, y a ella lo que más le interesaba era leer lo que él había escrito. Volvió presurosa, y recorrió el principio de la carta para Rodríguez. Del preámbulo se deducía que éste le pedía que, como extranjero, le diera su opinión sobre las ideas que esbozaba, y lo hiciese franca y explícitamente, con absoluta confianza.

Lorenzo aceptaba sin trepidar todas las conclusiones sentadas por su amigo, agregando que tenía a su lado una prueba evidente que las abonaba: Cristina.

Después le indicaba que hablara en su libro de los despoblados territorios del Sud; de la fundación en ellos de la gran ciudad nueva. ''Usted — le decía — como argentino, podrá hacerlo con toda amplitud, no escatimando críticas, y poniendo en el pro-

yecto todo el entusiasmo que debe merecer una obra realmente patriótica. Yo concibo esa ciudad con un carácter un tanto señorial, sin duda por atavismo de raza, impregnado, quizá con exceso, de la vieja tradición. Descríbala usted democrática, pero grande y espiritual, como exponente de la civilización y atalaya de la soberanía nacional; porque no creo que la democracia deba ser sinónimo de la vulgaridad. A despecho de todo el espíritu de igualdad, yo creo, amigo mío, que los hombres no somos todos iguales sino en cuanto a los derechos jurídicos. Creo más: creo que existe una nobleza, que no es la de la sangre, ni la de la riqueza, ni siquiera la del talento, porque los intelectuales pueden tener fallas personales que los coloque lejos de aquella cualidad. Creo en la nobleza del espíritu, en la nobleza del sentimiento, que levanta a las personas por encima de los que carecen de tal virtud; y esta nobleza, lo mismo puede poseerla el rico que el pobre''.

''Y si usted me permite, usando de un ejemplo, como usted hace al describir las plantas cuya semilla ha sido traída del extranjero, ahí va la demostración concreta:

''Declina la tarde, y el crepúsculo va envolviendo la tierra en las tenues sombras precursoras de la noche. Terminada la labor del día, el honrado y laborioso agricultor se recoge en su cabaña, acompañado de sus hijos, que le ayudan en las faenas. La naturaleza majestuosa y serena imprime en él el sentimiento de inmensidad que produce la contemplación del universo. Tranquilo y fuerte, porque nada es más fuerte que una conciencia tranquila, penetra en el ho-

gar, donde le esperan su mujer y sus hijas, flores del campo, sencillas como ellas, y como ellas vivificadas por el aire libre. La morada es modesta; pero reina allí el hálito espiritual de quienes creen en las excelencias de la virtud, y ven más allá de la tierra, el Espíritu Superior que preside los destinos humanos, para dispensarles a su tiempo la debida justicia. Es la hora del ángelus, y todos de rodillas, presididos por el jefe de la familia, con el pensamiento en el cielo, elevan a él la oración de la tarde. Y aquellas almas han estado en contacto con el infinito, tanto como pueden estarlo las de los más poderosos de la tierra"...

... ...

Cristina, cautivada por esta descripción tan en consonancia con sus sentimientos, quiso ver otros pensamientos de Lorenzo. Más que ir a buscarlo, deseaba ahora que él viniera. Alzó la tapa de la carpeta, y halló algunas cuartillas escritas. Se referían a impresiones del pasado, como si debieran formar parte de algún diario que llevara Lorenzo. Y leyó:

"La mirada amable por propio modo de ser de la mujer que encontráis a vuestro paso y no conocéis, puede recrear y recreará vuestro espíritu, sabiendo contentaros con recibir ese don que en ella puso la naturaleza, y que va distribuyendo como gracia, que, no obstante natural, parece favor... Pero cuando me mira ella, asomando su alma a los ojos, su mirar me envuelve en un dulce marasmo que agranda mi amor y mi tristeza, ya que nuestras almas no pueden confundirse. ¿Por qué me mira así?

... ...

"El amor está en nosotros como la sangre misma.

Lo siente el idealista, y lo siente el materialista, porque es ley de vida. Los que no creen en él es porque no se observan a sí mismos; y los que por inclinación lo desvían de sus objetos naturales. lo fijarán en cualquier otra cosa. Se cambiará la forma, pero no se suprimirá el amor: algo ha de quererse. El que nada amara, marcharía en la vida cruzando una noche lóbrega, envuelto en el más tenebroso vacío. Y esto no puede ser... En mi amor por ella, no obstante la tristeza de no ser correspondido, hay la luz y la vida que ella constituye e irradia sobre mí. Aún sin ser para mí, la llevo en mí: llena mi existencia".

... ...

"He visto claramente que me ama, y mi dicha no puede ser mayor. Y no obstante, quizá la misma emoción porque paso, pone en el fundo de mi alma un poco de tristeza. Nunca el color mate de su tez apareció más fino a mis ojos, y nunca su porte de niña delicada se exhibió tan suave, como durante su turbación; nunca su cara asumió tan precisos los contornos cautivadores de su hermosura, como en el momento en que dobló la cabeza para no mirarme de frente cuando me decía que sí... que se había sorprendido. Y sin embargo, me pareció notar en su semblante una apenas perceptible expresión de travesura, y bastante alegría. Parecía surgir a una nueva vida, conteniéndose para no entregarse de lleno a ella.

"Se me ocurre que el amor pleno y sin zozobras, unirá su alegría de la infancia con la de ahora, y volverá a ser lo que es en realidad, y que no ha podido ser durante el período de sus pesares. Y tendrá el juicio de las personas serias, en medio del contento de

quien ve llenadas sus aspiraciones. Me parece que su gran sensibilidad es tan grande para el dolor como para el placer, y que su fondo místico no es más que un compuesto de idealismo e intimidad.

"Mirando dentro de mí, me sería imposible describir mi amor por ella. Un romántico diría que es la fusión de dos almas en Dios; un materialista, que es la atracción fisiológica de los sexos. cuya afinidad los arrastra a confundirse. En mí no alcanzo a saber concretamente lo que pasa: es un cúmulo de sensaciones indefinibles que me llevan hacia ella: su figura se dibuja en mi cerebro con toda la atracción de su cuerpo grácil, de su cara preciosa, de su mirar sereno, cuando habla seriamente, vivaz, cuando intercala alguna frase espiritual e intencionada, sin perder por ello su graciosa suavidad... su eterna suavidad. La veo y la quiero con todo cuanto hay en ella de forma física y de vida espiritual, y su cuerpo y su alma se han infiltrado en mí de tal manera, que no podría establecer si al besarla, besaría más sus labios que su alma. ¿Me querrá ella así? ¿Cómo me amará ella?"

La llegada de Lorenzo interrumpió su lectura, y Cristina, palpitante por lo que acaba de leer. corrió a su encuentro con los brazos abiertos.

—¿Por qué no me despertaste? — le dijo reclinando la cabeza en su pecho.

—Porque era muy temprano. Estuve escribiendo a Rodríguez, como habrás visto; después salí a tomar el aire fresco de la mañana. Dormías tan sonriente, que parecía un sacrilegio despertarte.

Ella lo miró con ternura, y él continuó:

—Además, quería que recibieras la sorpresa de verte sola.

—Gran sorpresa, sabiendo que estarías cerca. Te ví desde el escritorio, leyendo, sentado bajo los árboles; más tarde miré de nuevo, y estabas en la huerta, observando las plantas.

—En ese momento pensaba en lo que dice Rodríguez, a propósito de la semilla venida del extranjero, y sembrada aquí.

En efecto, Lorenzo había estado discurriendo sobre el punto, relacionándolo con su casamiento, y con su regreso a España. Se sentía tan feliz, que toda su vida la concentraba ahora en el hogar que había constituído, cimentado sobre el amor. Consideraba que ya nada habría para él que pudiera proporcionarle un placer, un goce más grande que el que estaba experimentando. Su proyectada carrera política, sus triunfos intelectuales, la adquisición de riquezas, todo cuanto deseaba y lograra conquistar, no traería a su vida sino satisfacciones parciales: ninguno de sus éxitos condensaría la plenitud de las sensaciones dulces que le brindaba su enlace; porque nada puede ser superior a la emoción dichosa de dos almas que se aman y confunden. Pasarían los años; él y Cristina llegarían a tener canas: la vida les proporcionaría inevitablemente penas y alegrías; pero el período que estaban pasando, no se borraría jamás. En el espíritu — si el espíritu vive siempre — y en los huesos, lo llevarían al infinito y a la tumba. Durante su existencia, la dicha actual sería una fuerza dinámica que les alentaría siempre a vivir; porque sensaciones así no mueren, sino que se proyectan en el tiempo: estarían

siempre en ellos, formando parte de su substancia, aunque no lo notaran. Por simple rememoración, hallarían, que cuando se ha sido una vez tan feliz, bien se puede soportar después todo. Lorenzo veía así, con la evidencia de quien palpa los hechos, malgrado el vuelo que les daba su imaginación, que en lo futuro, toda su labor tendría como pensamiento básico, su casa, su hogar, porque era en él donde había hallado la insuperable satisfacción de la vida. Ahora, todas sus aspiraciones partirían de allí, del hogar, como parten los rayos de luz del núcleo que los produce; porque en mira de él y para él, lo haría todo.

—Me chasqueé en lo de la sorpresa — agregó Lorenzo.

—Estuve por llamarte — le contestó Cristina — pero me arrastró la curiosidad de ver lo que habías escrito.

—La contestación a Rodríguez... la ciudad nueva... el tema de siempre.

—Eso está precioso. Pero he leído algo más. Algunos pensamientos del pasado... y el último... después que nos comprometimos.

— Hay ahí una pregunta que ya no necesita respuesta.

—Claro que no — contestó ella.

Y para confirmarlo mejor, le ofreció sonriente la boca, en la que él depositó aquel beso que pensara darle antes.

—Y ahora voy a darte una noticia — continuó Lorenzo — aunque sé que ya no tiene interés para tí. Enrique se ha comprometido con la de Salcedo. Lo dice el diario.

Ella se encogió de hombros, luego preguntó:

—¿Podrán ser felices?

—Podrán serlo a su modo, querida; pienso que en esto, lo esencial consiste en agradarse y entenderse recíprocamente, y ellos quizá se entiendan.

—Entenderse, quizá — dijo Cristina — Agradarse y quererse... Un gesto de duda sirvió de conclusión a la frase.

—Pienso, no obstante, — observó Lorenzo — que la felicidad tiene sus gradaciones.

—Y nosotros estamos en la superior — dijo ella cariñosa, demandando con los ojos la respuesta afirmativa.

—¡Estamos! — confirmó Lorenzo atrayéndola más hacia sí.

Y ahora fué él quien inició los besos.

... ...

Al autor no le cabe la menor duda de que, más tarde o más temprano, Irala irá a su tierra, con Cristina y quizá con sus hijos, si, como es de suponerse, llega a tenerlos; irá a visitar el pueblo donde nació, a ver y recordar las cosas que rodearon su infancia. Pero, ¿llegará a irse para quedarse allá del todo?





ed

JOSE INSUA

CRISTINA

(NOVELA)

BUENOS AIRES
Imprenta Rodriguez Giles - Calle Sarmiento 1172
1918

ae